PUBLICACIONES DEL INSTITUTO TEOLOGICO SALESIANO

ANGEL RONCERO MARCOS, S.D.B.

INTRODUCCION A LA CRISTOLOGIA

11

COLECCION 'TEOLOGIA Y VIDA'

GUATEMALA,
1999

Obsequio para la Biblioteca
de la Universidad Francisco Marroquín
P. Angel Roncero

INTRODUCCION A LA
CRISTOLOGIA



PUBLICACIONES DEL INSTITUTO TEOLOGICO SALESIANO

ANGEL RONCERO MARCOS, S.D.B.



INTRODUCCION A LA CRISTOLOGIA

11

COLECCION 'TEOLOGIA Y VIDA'

INSTITUTO TEOLOGICO SALESIANO
20 Av. 13-45, Zona 11
GUATEMALA, 1999

Con las debidas licencias

Impreso en Lito-Offset y Papelera Fuentes, 3a. Calle 5-66, Zona 2 Tel.: 232-8301 • Fax: 232-7647



PROLOGO

Este pequeño manual de Cristología está destinado a los laicos, religiosas y seminaristas que inician el estudio del misterio de Cristo.

Por experiencia docente, conozco las enormes dificultades con que tropiezan los jóvenes principiantes en Teología al tomar en sus manos obras muy extensas y de alta investigación teológica. La terminología técnica, la fraseología, los conceptos previos y los problemas cristológicos que los investigadores suponen ya conocidos por el lector, son un obstáculo casi insormontable, si antes no se ha tenido una visión general o un curso introductorio. Casi podríamos decir un curso de *explicatio terminorum.*

Esta es la finalidad principal de la brevísima **Introducción a la Cristología** que ofrezco al público estudiantil de habla hispana.

En lenguaje claro y sencillo he procurado resumir algunos de los principales problemas planteados por la inteligencia humana sobre el misterio cristológico a través de los siglos.

Como se verá especialmente en el capítulo de los concilios trinitarios y cristológicos, pasaron varios siglos antes que la Iglesia lograra formular reflejamente su doctrina acerca de Cristo: el Verbo eterno, Hijo del eterno Padre, segunda persona de la Santísima Trinidad, sus relaciones con el Espíritu Santo, la unión y relaciones de sus dos naturalezas (humana y divina) en su única persona (divina), la realidad de su encarnación con los enormes problemas que ésta plantea a la inteligencia humana, su obra salvadora en el misterio pascual de pasión, muerte, resurrección, ascensión y envío del Espíritu Santo en Pentecostés, etc., etc. Fueron siglos de acérrimas polémicas y hasta de guerras y persecuciones. Y todo en nombre de Cristo que vino precisamente a salvar a todos los hombres y a unirlos en una fraternidad universal. Parece una paradoja, pero esta división, contradictoriamente en nombre de Cristo y por fidelidad a él, per-

siste después de veinte siglos, como se puede ver en otra sede con la historia del movimiento ecuménico.

Inicio este sencillo estudio con una breve reflexión sobre el sentido del misterio y la expectativa de Cristo en el Antiguo Testamento. Entro después en la teología positiva del Nuevo Testamento con la presentación bíblica de la figura de Jesús: los evangelios sinópticos de Marcos, Mateo, Lucas, seguidos de la arrolladora teología de Pablo y del místico Juan. Todos ellos, no sólo Pablo o Juan, son ya verdaderos teólogos y escriben teología en sentido amplio. Cada uno de ellos da una visión diferente de Cristo, conforme a la perspectiva teológica propia. Como una fotografía del mismo cuadro, pero tomada desde ángulos diferentes y con objetivos también distintos.

Después de una breve presentación de la doctrina de la Iglesia antenicena y de los concilios cristológicos (y trinitarios), se intenta penetrar en el núcleo del misterio cristológico con el extenso capítulo especulativo de la Unión Hipostática. O sea, la unión personal en Cristo de sus dos naturalezas, humana y divina, en su única persona divina, el Verbo Encarnado.

Se concluye este estudio introductorio con los dos breves capítulos de la Soteriología, o acción salvadora de Cristo mediador, sacerdote y víctima del Nuevo Testamento. Acción realizada principalmente en su misterio pascual de muerte y resurrección, de cruz y de gloria, culminada con el envío del Espíritu que anima la Iglesia en su misión de predicar y actualizar sacramentalmente aquí y ahora, la redención universal realizada de una vez para siempre por Cristo, eternamente Hijo del eterno Padre y en el tiempo también Hijo de María de Nazaret, Dios verdadero y también verdadero Hombre, en todo igual a nosotros excepto en el pecado.

Dios bendiga el esfuerzo y esmero puestos en este manual para que pueda ayudar a sus destinatarios en la contemplación y presentación del misterio de Cristo al pueblo cristiano.

Angel Roncero Marcos, S.D.B.
Roma 29 de junio de 1992
Solemnidad de San Pedro y San Pablo.

INDICE

1a. PARTE: CRISTOLOGIA

CAPITULO I

CAPITULO II

CAPITULO III

CAPITULO IV
LA CRISTOLOGIA DE SAN PABLO 77

CAPITULO V
CRISTOLOGIA DE SAN JUAN 101

CAPITULO VI
LA CRISTOLOGIA DE LOS PADRES ANTENICENOS 125

CAPITULO VII
CRISTO EN LOS CONCILIOS CRISTOLOGICOS 137

CAPITULO VIII
LA UNION HIPOSTATICA 165

1a. PARTE

CRISTOLOGIA

CAPITULO I

CRISTO: MISTERIO DE FE

Ante la persona de Jesús, la primera pregunta que se asoma a nuestra mente es: "**¿Quién es este hombre?**". Fué la primera pregunta que Jesús hizo a los apóstoles sobre su persona: "**¿Quién decís que soy yo?**".

A esta pregunta ha habido una variada gama de respuestas en la historia conforme a la actitud tomada frente a Cristo. Para introducirnos en la meditación de la persona de Jesús, consideremos la respuesta dada por S. Pablo. ¿Quién es Jesús para S. Pablo? . . . Es un misterio, es el misterio, el misterio de Dios.

Para comprender la realidad de Cristo, que es un misterio, es necesario que nos entendamos primero sobre el misterio en sí, para no darle un significado equivocado. Veremos pués:

I. SIGNIFICADO DEL MISTERIO

No es del todo exacto decir por ejemplo que el misterio es aquello que rebasa nuestra capacidad y que nosotros no podemos comprender. El misterio es esto y **algo más**. Si fuera sólo eso podríamos preguntarnos que para qué nos lo reveló Dios. ¿Sería sólo para humillarnos reconociendo nuestras limitaciones? . . Tal vez no.

En este campo el N.T. y sobre todo S. Pablo nos dan mucha luz. San Pablo en Rom. 16, 25 -26 hablando de su misión nos dice estas palabras: *"Al que puede confirmaros según mi Evangelio y la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio, mantenido en secreto durante siglos eternos".*

Efesios 3, 4-10

En Efesios 3, 4 -10: *Por su lectura podéis conocer mi inteligencia del misterio de Cristo, que no fue dado a conocer a otras generaciones, a los hijos de los hombres, como ahora ha sido revelado a sus santos apóstoles y profetas por el espíritu: Que son los gentiles coherederos y miembros todos de un mismo cuerpo, copartícipes de las promesas en Cristo Jesús, mediante el Evangelio, cuyo ministro fui hecho yo por don de la gracia de Dios a mí otorgada por la acción de su poder. A mí el menor de todos los santos, me fue otorgada esta gracia de anunciar a los gentiles la insondable riqueza de Cristo e iluminar a todos acerca de la dispensación del misterio oculto desde los siglos en Dios, creador de todas las cosas, para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora notificada por la Iglesia a los principados y potestades en los cielos. . .*(Ef. 3, 4 -10). Este misterio antes escondido y ahora revelado, es Cristo del cual S. Pablo pretende tener una gran inteligencia. Cf. también sobre este punto: Col.1, 25-26; 2, 2 -4; Mt. 13, 11; Mc. 4, 11.

En los textos citados del N.T. se ve que para S. Pablo el verdadero misterio es el designio, la voluntad que Dios tiene desde toda la eternidad, de salvar a todos los hombres en Cristo, y mediante Cristo introducirnos en la vida divina. De hecho, este misterio permaneció por mucho tiempo oculto, era un secreto, un secreto de Dios.

Al llegar la plenitud de los tiempos Dios lo manifiesta y lo realiza en su Hijo Jesucristo. Pero a pesar de esta revelación, siempre queda algo de insondable o mejor dicho algo de inagotable. No que el misterio sea incognoscible, sino que sus detalles de luz son tan deslumbrantes que nuestra inteligencia queda alucinada, encandilada, como sumergida

en un mar infinito de luz que jamás podrá ser explorado totalmente. O sea, el misterio para S. Pablo es un secreto divino que conocemos sólo porque Dios nos lo ha revelado y, nos lo ha revelado sólo porque nos amaba. Esta revelación es un misterio de Dios. Pero aún después de la revelación este misterio tiene algo de insondable, o mejor dicho algo de inagotable.

Si no logramos resignarnos a aceptar este carácter fundamental de la realidad de Cristo basta que pensemos en la misteriosa complejidad de la persona humana. Todo hombre es en cierta medida, también un misterio para los demás, y esto sin que entre en juego la unión personal con la divinidad como ocurre en Cristo.

En efecto toda persona humana tiene algo de misterioso y de oculto, algo de secreto para los demás. Cada cual posee su propia intimidad incognoscible para los demás sin la revelación de dicha persona. Sólo conocemos a otros en la medida en que ellos aceptan entregarse a nosotros con su confianza. Y una persona acepta darse a conocer a otra, abrirse a ella, sólo cuando ama. Cuando uno se entrega a otro es porque ya lo ama y porque desea que penetre más todavía en el misterio de su vida y de su amor.

Con todo, aún con esa confianza de una persona para con otra, la persona humana permanece siempre un misterio para los demás. Aún más, cuanto más se conoce a una persona, más se da uno cuenta de lo mucho que queda por conocer de ella.

En nuestra misión de educadores de la juventud y de pastores de las almas, esta constatación debe hacernos cada vez más prudentes y comprensivos para no dar juicios apresurados sobre ellos.

Por tanto, si el mismo hombre es un misterio para los demás, con mayor razón lo será **Xto., Dios-Hombre.** Y si podemos conocer al hombre sólo si él acepta entregarse a

nosotros porque nos ama, mucho más necesaria será la revelación y el amor de parte de Dios para que podamos conocerle. Aún así Dios sigue siendo un misterio y esto no porque haya obscuridad en Dios, sino a causa de la excesiva luz divina; no porque falte claridad en el misterio de Dios, sino porque es demasiada para nuestros pobres ojos humanos.

Abandonemos, pues, la idea que a veces nos formamos de los misterioso como algo incognoscible, incomprensible, impenetrable, como algo obscuro que no se puede conocer porque le falta cognoscibilidad.

Resumiendo, para el cristiano el misterio es Dios que nos revela algo de su secreto porque quiere introducirnos en su amor, en su amistad, porque quiere salvarnos.

II. PERSPECTIVAS DEL MISTERIO:

a) **El misterio es eterno, pero también es histórico:** El misterio es eterno porque es eterno el designio de Dios de salvar al hombre en Cristo. Pero es también histórico, en primer lugar porque ese designio de Dios se realiza en la historia, en la historia sagrada que es la historia de la salvación; en segundo lugar porque se revela por la historia y en la historia. Dios nos ha revelado actuando ese misterio. Dios no nos ha revelado su misterio nocionalmente, sino a medida que lo realiza y por esa misma realización. Dios nos revela en qué consiste la salvación, salvándonos; el amor, amándonos.

b) **El misterio es personal, pero también comunitario:** Como hemos visto el misterio es Dios que se nos entrega y quiere salvarnos en Cristo. Ahora bien, tal misterio no puede ser más que personal, nadie puede ser salvado a pesar suyo; a nadie se le puede forzar

que ame contra su voluntad. Si el misterio es un misterio de amor, no puede ser más que libre y personal. Pero este misterio de la salvación en Cristo es al mismo tiempo comunitario. Dios ha querido salvarnos en comunidad, en Iglesia.

c) **El misterio es verdad y también vida:** Es una verdad porque es la revelación del designio de Dios. Para participar en él es necesario ante todo creer en él. Esta verdad es al mismo tiempo vida; es una verdad no especulativa, sino vital. Se, trata, como dice San Juan (Jn. 4,16), de creer en el amor para lo cual es necesario entrar en ese movimiento de amor, es necesario amar y amar es vivir.

Precisamente porque el misterio cristiano es una verdad no especulativa sino vital, pueden penetrar en el interior de este misterio, sólo aquellos que están dispuestos a considerarle no sólo como verdadero sino a convertir esta verdad en la regla y en el corazón de sus vidas. Puesto que el misterio es una verdad vital, es preciso acercarse a él, no sólo con la inteligencia sino con toda el alma, con todo el ser.

III. UNIDAD DEL MISTERIO Y SUS DIFERENTES ASPECTOS:

El misterio cristiano, como hemos dicho, es fundamentalmente uno, y es la realización en Cristo del designio de Dios sobre la humanidad, sobre el mundo. Si no se admite esta unidad y totalidad del **Misterio**, el **Credo** se convertiría en una simple enumeración de proposiciones.

Comprendiendo bien esta unidad y totalidad del misterio, no deberíamos hablar tanto de diferentes verdades cristianas, sino más bien de un único plan de Dios sobre el mundo con sus diferentes aspectos. Sin embargo, este Misterio considerado en su totalidad es tan infinitamente rico

que nuestra pequeña inteligencia no puede captarlo más que contemplando sus diferentes aspectos. En este sentido . . . Estudiar a Cristo es, en fin, estudiar los Misterios de la Gracia, de la Iglesia, de los Sacramentos, del juicio, de los novísimos, ya que por Cristo entra la Salvación en la humanidad; mediante la gracia se le aplica en la Iglesia; crece en esta vida mediante los Sacramentos y será consumada en la Jerusalén celestial cuando Cristo presentará la humanidad al Padre y Dios será todo en todos. En este sentido hablamos de los diferentes misterios.

Esto hacemos cuando consideramos las **diferentes fases** de realización del misterio: el Misterio de la Creación del hombre en gracia y elevado al plano sobrenatural, el Misterio de la Caída, el de la Encarnación, el de la Redención. **O también** cuando nos fijamos en los **diferentes aspectos** de ese Misterio: el punto, de partida y de llegada, que es la Trinidad, su principio de realización en Cristo, realización plena en la Iglesia y aplicación personal en nosotros, mediante la Gracia.

O también cuando consideramos los **diversos ritos** llamados Sacramentos, que significan y realizan las realidades de la Salvación, permitiéndonos participar en el Misterio total.

Pero el centro de todos estos Misterios, o ritos, o aspectos o fases del Misterio total, es indudablemente **Cristo** quien contiene en sí directa o indirectamente todos los misterios.

Cristo ocupa el centro de la historia de la salvación que es el Misterio fundamental; él está en el corazón de todas las realidades de la fe y de la salvación.

Estudiar el misterio de Cristo es situarse en el centro, en la encrucijada hacia donde convergen y de donde irradian todas las avenidas del misterio total.

Estudiar a Cristo es estudiar directamente el Misterio de la salvación que El realizó en Sí y en su obra, sobre todo con su muerte y resurrección. Es estudiar el Misterio de Dios y de la Trinidad, siendo El, el hijo natural y la segunda persona en la comunicación de esta vida trinitaria en la cual El nos introduce.

IV. LA FE Y EL MISTERIO DE CRISTO

Hemos visto, pues, que el Misterio fundamental es uno: el designio de Dios de salvar a la humanidad y que el centro de ese Misterio es Cristo.

Por tanto para comprender el Misterio, hay que comprender a Cristo. Y así como el Misterio es inaccesible sin la fe, Cristo es también incomprensible sin ella. En El era visible a los ojos del cuerpo la naturaleza humana, pero la naturaleza y personalidad divinas quedaban ocultas ordinariamente a la visión humana a no ser en los casos en que hacía aparecer su Gloria y poder divinos.

Y no creamos que para sus contemporáneos, incluso para sus padres, fuese mucho más fácil que para nosotros la fe en la gloria y en la divinidad de Cristo. Todo lo contrario; tal vez les fué más difícil, pues la debilidad y limitaciones de la naturaleza humana de Cristo estaban más presentes a ellos que a nosotros.

Sin embargo, esta gloria y divinidad también resplandecían en Cristo, en sus milagros y transfiguración, de tal manera que pudieran conocerla los bien dispuestos a la fe. Podemos decir que su gloria podía verse tanto como para que pudieran creer en El los de buena voluntad y estaba tan escondida como para que los de mala voluntad la dieran por no vista.

Es posible estudiar a Cristo sólo desde el punto de vista puramente humano, histórico, como se puede estudiar a Cicerón, a Homero, por los documentos históricos que de ellos poseemos y esto ya es mucho.

Pero con este método sólo se llega hasta el umbral de la Gloria de Dios, de la divinidad que se halla en Cristo. Si a ese punto el alma no toma la dicisión de entrar en el Santuario de Cristo mediante la fe, no se puede penetrar en su Misterio, el alma se queda en el atrio de ese santuario. El estudio histórico de Cristo puede demostrar que Cristo existió y que se tuvo por Hijo de Dios y que es un hombre que merece confianza. Aunque limitado, ese conocimiento es una introducción a la fe para el que ya cree en Cristo. La fe, es pues, el único camino que nos introduce en la verdadera realidad de Cristo. Ahora bien, esta fe en Cristo es esencialmente un don del Padre; nadie llega a ella si no es llevado por el Padre. Si bien es verdad que el estudio histórico de Cristo puede ser una iniciación a la fe en EL, también puede suceder como sucedió ya en los tiempos de Cristo, que la consideración de este personaje, "Jesús de Nazareth", provoque un escándalo contra Dios y una negativa a la fe. (la tentación y el escándalo sobre Jesús experimentada por Judíos y Griegos).

San Pablo mismo constató que la encarnación del Verbo y muerte de Cristo, fué escándalo para los Judíos y lo-
I Cor. cura para los Gentiles. Cf. I Cor. 1,22-25. *Porque los ju-*
1,22-25 *díos piden señales, los griegos buscan sabiduría, mientras nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalos para los judíos, locura para los gentiles, mas poder y sabiduría de Dios para los llamados, ya judíos, ya griegos. Porque la locura de Dios es más sabia que los hombres, y la flaqueza de Dios, más poderosa que los hombres. . .* (I Cor. 1,22-25). Aquellos no podían imaginar que Dios llegara hasta la humillación de la cruz; éstos, en cambio, no lograban entender cómo Dios siendo un espíritu infinitamente elevado sobre la materia, pudiera tomar la carne humana; I Corintios 1, 22-25.

Este escándalo y tentación lo podemos sentir todos y es natural que se nos presente. Es una señal de que uno se ha colocado en el centro del problema y que ha comprendido realmente lo que quiere decir Encarnación de Dios.

Ante Cristo sentirá el hombre siempre estas dos clases de tentaciones: negar la Encarnación por considerarla una locura o una humillación demasiado grande o seguir perezosamente en una fe tranquila y tradicional porque uno no se ha planteado jamás este problema. Este último podría ser tan peligroso o infructuoso como el escándalo sobre Cristo.

Pero también la tentación del escándalo sobre Cristo tiene sus peligros bien ocultos. Esta tentación puede llevar al hombre, como sucede en el caso del protestantismo, a aceptar por una parte en línea general la divinidad de Cristo y la Encarnación, pero a negar sus consecuencias. La raíz de la división entre católicos y protestantes puede estar tal vez en este rehusar admitir la Encarnación seriamente en toda su crudeza y hasta las últimas consecuencias.

Y esto, hay que admitirlo, es realmente duro para el hombre; más duro de lo que sintieran los oyentes de Jesús al oír las palabras sobre su cuerpo y su sangre como comida y bebida ante las cuales exclamaron: *"durus est sermo hic"*.

Si el protestantismo aceptara las consecuencias de la Encarnación de Dios en Cristo, le sería más fácil aceptar por analogía la participación de la autoridad y obras divinas por la Iglesia, por el Papa, por los Obispos, por el Sacerdote.

El exagerado espiritualismo y carismatismo protestantes en definitiva proceden de no creer plenamente en la Encarnación con todas sus consecuencias. La revelación nos dice que Dios tomó la carne humana realmente y con todas sus exigencias, se hizo en todo igual al hombre, excepto en el pecado.

Para comprender a Cristo es necesario convencernos dando fe a la palabra de Dios de que la segunda persona de la Trinidad se hizo realmente hombre, el Verbo se hizo carne, y fué constituido el único Redentor de la humanidad caída.

Y eso lo sabemos sólo por la fe, por la revelación. Sin la fe en la palabra de Dios que nos ha revelado el Misterio de la Encarnación, Cristo permanece totalmente incomprensible para toda inteligencia. La fe es el único acceso a Cristo.

Pero por lo que hemos dicho del protestantismo, no vayamos a creer que nuestros hermanos separados subvalorizan la persona y actividad salvífica de Cristo en pro de la humanidad. Todo lo contrario. Ojalá estuviéramos convencidos como algunos de ellos de lo que Cristo cuenta también para el hombre actual.

Veamos a modo de ejemplo un testimonio del celo apostólico y fe profunda en Cristo Salvador que existe entre muchos luteranos: En la feria mundial de N. York algunos jóvenes luteranos de 20 a 25 años distribuían sin reparo humano alguno en el pabellón protestante, folletos acerca del Cristianismo. En una de las hojas volantes ponían frente al hombre actual el problema de Cristo en tal forma que puede hacernos reflexionar también a nosotros. Dice así: **"La pregunta más importante"**:

"Un joven puede debatir la proposición de si le conviene o no cambiar de empleo. La indecisión puede afectar a un gran banquero en la ejecución de un préstamo. Una madre puede hallarse perpleja ante la delicada tarea de educar a sus hijos. Un vendedor puede vacilar en cuanto al método de presentar su mercancía a un cliente. . . .

Todas éstas son preguntas de mayor o menor importancia. En muchos casos puede haber una diferencia sincera de opinión respecto a la debida respuesta.

Pero hay una importante pregunta que confronta a todo ser humano en una que otra ocasión y que tiene que ser contestada. La pregunta es en sumo importante, aún más, se ha llamado la pregunta más importante de la vida. Es la siguiente: "¿Qué haré con Cristo?. . . .

Aunque te des cuenta o no, todo el que ha oído el Evangelio cristiano ya ha contestado a la pregunta de un modo o de otro. O has aceptado a Cristo como al Hijo de Dios y tu Salvador personal o lo has rechazado como tal. O te has dado cuenta de que ***"en ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre bajo el cielo dado a los hombres en que podamos ser salvados"***, o has decidido andar con aquellos de quienes se nos dice: ***"Si no creéis que Yo soy (*** el Cristo ***) en vuestro pecado moriréis"***.

Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores. Vino a expiar tus pecados. Jesús dió su vida; derramó su preciosa sangre y fué aceptado por Dios como el substituto del pecador. Dios Padre dió prueba de que estaba satisfecho con el pago hecho por su Hijo cuando lo resucitó de los muertos. Por medio de Cristo tienes la certidumbre de la vida eterna, pues el Salvador dice: ***"El que cree en Mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en Mí, no morirá eternamente"***.

Hazte la siguiente pregunta: "¿Qué haré con Cristo?". Aún más: "¿Qué he hecho hasta ahora con Cristo?". . . . ¿Cuál es tu respuesta? . . . . Es así, para todo hombre que haya oído el Evangelio, llega un momento en la vida en que debe hacerse esta pregunta sobre Cristo y responderla".

Si preguntamos a los hombres de nuestro tiempo: **¿Qué piensan ustedes de Cristo? ¿Lo consideráis la persona más importante de vuestra vida, más que vuestro padres, hermanos, esposa, novia; más importante que vosotros mismos? ¿El único en el cual se cifran nuestras esperanzas de felicidad?** A estas preguntas muchas personas, incluso cristianas, responderían negativamente. . . Unos responderían

que Cristo fue un visionario, predicador de una fraternidad utópica, otros un revolucionario alucinado, otros un fantasma, un sueño, una apariencia de hombre de naturaleza humana que nunca fue unida a la divinidad; las personas fuertes dirán que fué un hombre débil que predicó la humildad y los débiles lo llamarán un héroe. Otros un charlatán, un ilusionado y hasta un loco, o si no un buen tipo perc fuera de la realidad. Por irrespetuosas que nos parezcan todas éstas, son respuestas que la humanidad ha dado y que tal vez seguirá dando al problema de Cristo. . . Nosotros ciertamente le hemos dado ya solución. Pero podemos y debemos ratificar, corregir, rectificar continuamente nuestra respuesta. La continua reflexión sobre este problema y su respuesta hará ciertamente que, con la gracia de Dios, nuestra vida sea un testimonio cada vez más perfecto de fidelidad a Cristo.

CAPITULO II

EXPECTACION DE CRISTO EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

Al hablar de este tema suponemos ya por la Sagrada Escritura una idea general de la historia de los tiempos de Jesús y del ambiente bíblico que precedió a su llegada. Antes de ver la figura en el Nuevo Testamento conviene considerar su preparación en el Antiguo Testamento.

Suponemos también hecho el estudio de las relaciones entre los dos testamentos: del A.T. y el N.T.

Se ha escrito mucho al respecto, pero tal vez es posible que todavía no se haya dado una respuesta definitiva.

Hay dos explicaciones salientes en este problema:

La primera supone que Dios planea desde la eternidad la historia de su pueblo elegido teniendo en mente la vida terrestre de Jesús de tal manera que sus intervenciones sobrenaturales en el mundo significarían originariamente tipos o prefiguraciones de Nuestro Señor que tendrían valor sobre todo por la luz que arrojarían sobre él más tarde.

La segunda sostiene que Cristo —libremente y según su propia discreción— habría adaptado sus enseñanzas y sus acciones a la historia sagrada de Israel (como una ocasión que se le ofreció). (David J. Bowman, **The Word made flesh** p. 17).

Tal vez sea necesaria una combinación de estas dos opiniones. Lo cierto es que no podemos entender a Cristo sin emplazarlo en el contexto de su tiempo y sin considerar, aunque sea brevemente, su preparación en el A.T.

I. MONOTEISMO: El primer hecho que hay que tener en cuenta para comprender a Jesús es el rígido monoteísmo del A.T. La fe en este monoteísmo era la condición de existencia de Israel como pueblo de Yavé y de la protección de Este sobre el pueblo: Gn. 17,1-14;
Gen. Ex. 19.20: Ex. 20,2-11; Dt. 6,4. RENOVACION DE LA
17,1-14 ALIANZA. LA CIRCUNCISION —*Siendo Abram de noventa y nueve años, se le apareció Yavé y le dijo: "Yo soy El-Saddai; anda en mi presencia y sé perfecto. Yo haré contigo mi alianza, y te multiplicaré muy grandemente". Cayó Abram rostro a tierra, y siguió diciéndole Dios: "he aquí mi pacto contigo: serás padre de una muchedumbre de pueblos, y ya no te llamarás Abram, sino Abraham, porque yo te haré padre de una muchedumbre de pueblos. Te acrecentaré muy mucho, y te daré pueblos , y saldrán de ti reyes; yo establezco contigo, y con tu descendencia después de ti por sus generaciones, mi pacto eterno de ser tu Dios y el de tu descendencia y darte a ti, y a tu descendencia después de ti, el país donde moras, la tierra de Canán, en eterna posesión, y seré tu Dios. Tú, de tu parte, guarda mi pacto, tú y tu descendencia después de ti, por sus generaciones. Este es mi pacto, que guardaréis entre mí y vosotros y entre la descendencia después de ti; circuncidad todo varón, circuncidad la carne de vuestro prepucio, y ésa será la señal de mi pacto entre mí y vosotros. A los ocho días de nacido, todo varón será circuncidado en vuestra descendencia, ya sea nacido en casa o comprado por plata a un extranjero, que no es de tu estirpe. Todos, tanto los criados en casa como los comprados, se circuncidarán, y llevaréis en vuestra carne la señal de mi pacto por siempre; y el incircunciso que no circuncidare la carne de su prepucio,*
Exodo *será borrado de su pueblo; rompió mi pacto"* (Gn. 17,1-14).
19,20 *Descendió Yavé sobre la montaña del Sinaí, sobre la cumbre*

de la montaña, y llamó a Moisés a la cumbre, y Moisés subió a ella. . .(Ex. 19,20) *"Yo soy Yavé, tu Dios, que te ha sacado de la tierra de Egipto, de la casa de la servidumbre.* *Exodo 20,2-11*

No tendrás otro Dios más que a mí. No te harás esculturas ni imagen alguna de lo que hay en lo alto de los cielos ni de lo que hay abajo sobre la tierra, ni de lo que hay en las aguas debajo de la tierra. No te postrarás ante ellas, y no las servirás, porque yo soy Yavé, tu Dios, un Dios celoso, que castiga en los hijos las iniquidades de los padres hasta la tercera y cuarta generación de los que me odian, y hago misericordia hasta mil generaciones de los que me aman y guardan mis mandamientos.

No tomarás en falso el nombre de Yavé, tu Dios, porque no dejará Yavé, tu Dios, sin castigo al que tome en falso su nombre.

Acuérdate del día del sábado para santificarlo. Seis días trabajarás y harás tus obras, pero el séptimo día es día de descanso, consagrado a Yavé, tu Dios, y no harás en él trabajo alguno, ni tú, ni tu hijo, tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu ganado, ni el extranjero que esté dentro de tus puertas, pues en seis días hizo Yavé los cielos y la tierra, el mar y cuanto en ellos se contiene, y el séptimo día descansó; por eso bendijo Yavé el día sábado y lo santificó." (Ex. 20, 2-11). *Oye Israel: Yavé es nuestro Dios, Yavé es único.* (Dt. 6,4). Esta identificación del rígido monoteísmo con la condición del pueblo de Yavé fue uno de los obstáculos más grandes que Jesús tuvo que enfrentar. Esta dificultad inspiró también su pedagogía en la predicación. *Dt. 6,4*

II. EXPECTACION SOTERIOLOGICA: Una de las ideas centrales que dominan todo el A.T. es la esperanza de redención. Dios mismo vendrá como ayuda y como un Rey Salvador en el momento de la necesidad. Este plan de la Redención del pueblo estaba presente desde toda la eternidad en la mente de Dios y El

fue revelándolo progresivamente en el curso de la historia de la Salvación.

San Pablo quedó extasiado ante este plan redentor de Dios y prorrumpe en el siguiente himno de alabanza en la epístola a los efesios: *"Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en Cristo; por cuanto nos ha elegido en él antes de la creación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor; eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia con la que nos agració en el Amado. En él tenemos por medio de su sangre, la redención, el perdón de los delitos, según la riqueza de su gracia que ha prodigado sobre nosotros en toda sabiduría e inteligencia, dándonos a conocer el Misterio de su voluntad según el benévolo designio que en él se propuso de antemano, para realizarlo en la plenitud de los tiempos: hacer que todo tenga a Cristo por Cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra. A él, por quien entramos en herencia, elegidos de antemano según el previo designio del que realiza todo conforme a la decisión de su voluntad, para ser nosotros alabanza de su gloria, los que ya antes esperábamos en Cristo".* (Ef. 1,3-12).

En Cristo está, pues, el cumplimiento de esta eterna economía divina. Este cumplimiento de la economía divina fué preparado en el tiempo por muchos siglos como era natural dada la importancia de este hecho.

Dios manifestó ya antes de Cristo esta voluntad salvífica, no tanto con palabras, sino sobre todo con hechos, interviniendo en las situaciones históricas concretas en que la humanidad y especialmente Israel estaban sufriendo y sentian la necesidad de un redentor. Las etapas más importantes en esta preparación son las siguientes: el protoevangelio, Alianza con Noé y con Abraham, formación del pueblo, pacto del Sinaí, Reynado de David, profetismo y su culminación en Cristo.

Sin embargo, a pesar de esta preparación de siglos, no creamos que el israelita del A.T. tuviera ideas claras y distintas del redentor venidero.* Si bien es verdad que la idea de un futuro salvador domina en el A.T. el pueblo concibió con frecuencia esta salvación como venida de las manos de Yavé mismo y consistente en una liberación política, perfección moral, satisfacción terrena o un orden superior de cosas en la tierra prometida. En fin, esta Salvación era una cosa y no una persona.

Sólo con la monarquía, considerada como un medio por el cual Yavé ejercía su dominio sobre el pueblo, la expectación salvífica tomó el aspecto de lealtad religiosa a la dinastía reinante que era el instrumento elegido de salvación.

El rey ideal, el rey por excelencia, a pesar de sus fallas morales, fue David con el cual Dios hace un pacto asegurándole una dinastía eterna, bendecida por Dios. Con David la paternidad de Dios sobre todo el pueblo se extiende a la paternidad sobre el rey. Cfr. 2 Sm. 7; Os. 11,1; Ps. 2,7-8; Ps. 109,1. ***Cuando el rey se hubo establecido en su casa y le hubo dado Yavé el descanso, librándole de todos sus enemigos en derredor, dijo a Natán profeta. "Ya ves; yo habito en casa de cedro y el arca de Yavé está en una tienda". Natán respondió al rey: "Anda, haz lo que tienes en tu corazón, puesto que Yavé está contigo". Pero aquella misma noche tuvo Natán palabra de Yavé: "Anda y ve a decir a David mi siervo: Así habla Yavé: ¿Vas a edificarme tú una casa para que yo habite en ella? Mira, yo no he habitado en casa desde el día en que saqué de Egipto a los hijos de Israel hasta hoy, sino que he andado en una tienda, en un tabernáculo. Y en todo tiempo en que anduve con los hijos de Israel, ¿he dicho yo palabra a ninguno de los jefes de Israel, a quienes mandé que apacentaran*** *2 Sam. 7*

----

* *Al presentarse Jesús como Mesías no fue considerado por algunos más que como uno de tantos mesías que se habían declarado tales ya antes de Cristo.*

mi pueblo Israel de hacerme una casa de cedro? Di, pues, a David, mi siervo: Así habla Yavé Sebaot: Yo te tomé de la majada, detrás de las ovejas, para que fueses principe de mi pueblo, de Israel. He estado contigo por dondequiera que has ido; he exterminado delante de ti a todos tus enemigos y te estoy haciendo un nombre grande, como el de los grandes de la tierra, estableciendo a mi pueblo Israel y plantándolo en su lugar, para que habite en el y no sea ya perturbado, y los hijos de la iniquidad no le aflijan como antes, desde el día en que constituí jueces sobre mi pueblo Israel y dándole descanso de todos sus enemigos. Hácete, pues, saber Yavé que él te edificará casa a ti; y que, cuando se cumplieren tus días y te duermas con tus padres, suscitaré a tu linaje, después de ti, el que saldrá de tus entrañas, y afirmaré su reino. El edificará casa a mi nombre y yo estableceré su trono por siempre.

Yo le seré a él padre, y él será a mí hijo. Si obrare mal, yo les castigaré con vara de hombres y con azotes de hijos de hombre, pero no apartaré de él mi misericordia. Como la aparté de Saúl, arrojándole de delante de mí. Permanente será tu casa y tu reino para siempre ante mi rostro, y tu trono estable por la eternidad".

Conforme a todas estas palabras y a toda esta visión, habló Natán a David; y entrándose el rey David, puesto delante de Yavé, dijo: "Mi Señor Yavé, ¿quién soy yo y qué es mi casa para que me hayas traído hasta aquí? Y aun esto ha sido poco a tus ojos, mi Señor, Yavé, y has hablado acerca de la casa de tu siervo para lo por venir, aventajándome sobre los otros hombres, mi Señor, Yavé. ¿Qué más podrá decirte David? Tú oh mi Señor, Yavé, conoces a tu siervo. Todas estas grandezas las haces según tu palabra y según tu corazón, y se las has dado a conocer a tu siervo. Qué grande eres, mi Señor Yavé. No hay nadie que se te asemeje ni hay Dios fuera de ti, como lo hemos oído con nuestros oídos. ¿Y hay sobre la tierra pueblo como tu pueblo Israel que haya rescatado Dios para hacerle el pueblo suyo, dándole su nombre y haciendo por él tan terribles y

portentosas maravillas como en favor de tu pueblo hiciste, redimiéndole de Egipto y expulsando las gentes? Has confirmado a tu pueblo Israel, por pueblo tuyo, para que sea tu pueblo para siempre jamás y seas tú su Dios. Mantén, pues, siempre, mi Señor, Yavé, la palabra que has dicho a tu siervo y a su casa, y obra según tu palabra, y sea glorificado por siempre tu nombre; y dígase: Yavé Sebaot es el Dios de Israel. Sea firme ante ti la casa de tu siervo David, pues que tú mismo, Yavé Sebaot, Dios de Israel, te has revelado a tu siervo, diciendo: Yo te edificaré a ti casa. Por eso se atreve tu siervo a dirigirte esta plegaria: 'Oh mi Señor, Yavé. Tú eres Dios, y tus palabras son verdaderas, y has prometido a tu siervo hacerle esta gracia. Tenlo, pues, a bien y bendice la casa de tu siervo para que subsista siempre delante de ti; porque tú, mi Señor, Yavé, has hablado, y con tu bendición será por siempre bendita la casa de tu siervo'". (2 Sam. 7) *Cuando Israel era niño, yo* *Os. 11,1*
le amé, y de Egipto llamé a mi hijo. (Os. 11,1) *Voy a pro-* *Ps. 2, 7-8*
mulgar un decreto de Yavé. El me ha dicho: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy. Pídeme, y haré de las gentes tu heredad, te daré en posesión los confines de la tierra.
(Ps. 2, 7-8) *Al maestro del coro. Salmo de David. Dios ala-* *Ps. 109, 1*
banza mía, no calles. (Ps. 109,1). *Oráculo de Yahveh a mi Señor: siéntate a mi diestra, hasta que yo haga de tus enemigos el estrado de tus pies.*

La promesa de protección por parte de Yavé que había tomado la iniciativa no podía fallar a pesar de las infidelidades del pueblo y de su rey, pero la historia se encargó de que el pueblo, ante las fallas políticas, religiosas y morales de sus reyes, transfiriera sus esperanzas del rey presente a un rey futuro, a un nuevo David principe de la paz, que poseería los dones del espíritu de Yavé y que vendría en el día de Yavé cuando éste interviniera por última vez para salvar a su Pueblo. Cfr. Miq. 5, 1; Is. 7, 14; 9, 5; 11, 1-3.

El dominio de este futuro rey sería vasto y pacífico, gobernaría desde el trono del David un Reino fortalecido y sostenido por él mismo con juicio y justicia por siempre.

Cfr. Is. 9, 5-6; Ez. 17, 22-24; Ez. 34, 23-24; Jer. 23, 1-6.
9, 5-6 *y han sido echados al fuego y devorados por las llamas las* Is.
bocas jactanciosas del guerrero y el manto manchado de
sangre. Porque nos ha nacido un niño, nos ha sido dado un
hijo que tiene sobre los hombros la soberanía, y que se lla-
mará maravilloso Consejero, Dios fuerte, Padre sempiterno,
Ez. 17, *Príncipe de la Paz . . .* (Is. 9, 5-6) *Así dice el Señor, Yavé:*
22-24 *También yo tomaré del cogollo del cedro elevado, y del*
principal de sus renuevos cortaré un tallo y lo plantaré so-
bre el monte alto y sublime, en el monte alto de Israel lo
plantaré, y echará ramas y dará frutos, y se convertirá en
magnífico cedro, y se acogerán a él las aves de toda pluma,
que habitarán a la sombra de sus ramas, y conocerán todos
los árboles de la selva que yo soy Yavé, que humillé al ár-
bol sublime y levanté al árbol bajo, sequé el árbol verde e
hice reverdecer el árbol seco. Yo, Yave, he hablado y yo lo
Ez. 34, *cumpliré* (Ez. 17, 22-24). *Suscitaré para ellas un pastor*
23-24 *único, que las apacentará. Mi siervo David, él las apacentará,*
él será su pastor. Yo, Yavé, seré su Dios, y mi siervo David
será principe en medio de ellas. Yo, Yavé, lo he dicho (Ez.
Jer. 23, 34, 23-24). *Ay de los pastores que hacen perecer y destro-*
1-6 *zan el rebaño de mi pastizal. —oráculo de Yavé—. Por*
eso así dice Yavé, Dios de Israel, de los pastores que apa-
cientan a mi pueblo: Vosotros no habéis cuidado de ella.
He aquí que voy a visitaros por la maldad de vuestras obras,
oráculo de Yavé.

Yo mismo reuniré los restos de mi rebaño de todas las tierras en que los he dispersado, y los volveré a sus prados, y fructificarán, y se multiplicarán. Y suscitaré sobre ellos pastores que los apacienten, y ya no habrán de temer más ni angustiarse y afligirse —oráculo de Yavé—. He aquí que vienen días —oráculo de Yavé— en que yo suscitaré a David un vástago justo, y reinará como rey prudentemente, y hará derecho y justicia en la tierra. En sus días será salvado Judá, e Israel habitará confiadamente, y el nombre con que le llamarán será este: 'Yavé (es) nuestra justicia'". (Jer. 23, 1-6).

Otro de los testimonios de Cristo en el A.T. o de los hechos que hay que tener en cuenta para entender la realidad de Cristo es la esperanza mesiánica de Israel.

III. ESPERANZA MESIANICA: Esta esperanza mesiánica llegó a ser patrimonio común de Israel con el destierro en Babilonia. (587 - 538).

El día de Yavé sería el fin de los tiempos y en él llegaría el Mesías, el nuevo David, en el período final de la historia. Cfr. Zac. 9, 9-11. *Alégrate sobremanera, hija de Sión, Grita exultante, hija de Jerusalén. He aquí que viene a ti tu Rey, justo y victorioso, humilde, montado en un asno, en un pollino hijo de asna. Extirpará los carros de Efraín, y los caballos en Jerusalén, y será roto el arco de guerra, y promulgará a las gentes la paz, y será de mar a mar su señorío y desde el río hasta los confines de la tierra.* *Zac. 9, 9-11*

Y en cuanto a ti, por la sangre de tu alianza, yo solté a tus cautivos de la fosa sin agua. (Zac. 9, 9-11).

Lastimosamente muchos israelitas subestimaron los aspectos religiosos de este reino venidero centrando la expectación mesiánica casi enteramente en beneficios materiales que la nación alcanzaría cuando su Dios se compadeciera de su pueblo liberándolo de la miseria en que se hallaba bajo el dominio griego, romano o de Herodes.

Los israelitas estaban convencidos de que este reinado de Yavé llegaría tarde o temprano, en el momento que Dios juzgara oportuno y sabían muy bien que sólo Dios podría realizarlo, pero ellos intentaban apresurar su venida con sus oraciones pidiendo que se abrieran las nubes y llegara el enviado de las naciones. Como hemos dicho, con frecuencia el pueblo esperaba de este reinado sólo bienes materiales, pero entonces estaba evidentemente falseando la realidad.

Hasta aquí sobre el hecho de la esperanza mesiánica en Israel. ¿Qué decir sobre el conocimiento de Israel acerca del modo cómo este reino mesiánico se llevaría a cabo?

Ciertamente, ellos no se podían imaginar que Yavé mismo vendría en forma humana para realizar este reino. Habrían desechado este pensamiento como una paradoja inconcebible. Cfr. Num. 23, 19. Ellos creían que Yavé intervendría ciertamente de alguna manera, através de algún rey judío a quien ellos llegaron a denominar como Mesías, o el ungido de Dios. Otro testimonio o preanuncio de Cristo en el A. T. Siervo de Yavé.

IV. EL VARON DE DOLORES: El tema está trazado en cuatro pasos del deutero Isaías: 42, 1-4; 49, 1-7; 50, 4-9; 52, 13-53, 12. *Hé aquí a mi*
Is. 42, *siervo, a quien sostengo yo; mi elegido, en quien se com-*
1-4 *place mi alma. He puesto mi espíritu sobre él; él dará el*
derecho a las naciones. No gritará, no hablará recio ni hará
oír su voz en las plazas. No romperá la caña cascada, ni a-
pagará la mecha que se extingue. Expondrá fielmente el
derecho, sin cansarse ni desmayar, hasta que establezca el
derecho en la tierra; las islas están esperando su ley. (Is. 42,
Is. 49, 1-4) *Oídme, islas; atended, pueblos lejanos: Yavé me lla-*
1-7 *mó desde el seno materno, desde las entrañas de mi madre*
me llamó por mi nombre. Y puso mi boca como cortante
espada, me ha guardado a la sombra de su mano, hizo de
mí aguda saeta y me guardó en su aljaba. El me ha dicho:
Tú eres mi siervo, en ti seré glorificado. Yo me dije: Por
demás he trabajado, en vano y por nada consumí mis fuer-
zas; pero mi causa está en manos de Yavé, mi recompensa
en Dios.

Y ahora dice Yavé, el que desde el seno materno me formó para siervo suyo, para devolverle a Jacob, para congregarle a Israel, pues soy honrado a los ojos de Yavé, y mi Dios es mi fuerza. Dijo: Ligera cosa es para mí que seas tú mi siervo, para restablecer las tribus de Jacob y reducir a los salvados de Israel. Yo te he puesto para luz de las gen-

tes, para llevar mi salvación hasta los confines de la tierra. Así dice Yavé, el Redentor de Israel, su Santo, al menospreciado de alma, abominado de las gentes, al esclavizado por los soberanos: Reyes verán y se levantarán, príncipes se prosternarán, a causa de Yavé, que es fiel; el Santo de Israel, que te ha elegido. (Is. 49, 1-7). *El Señor, Yavé, me* *Is. 50, 4-9*
ha abierto los oídos, y yo no me resisto, no me echo atrás. He dado mis espaldas a los que me herían, y mis mejillas a los que me arrancaban la barba. Y no escondí mi rostro ante las injurias y los esputos.

Pero el Señor, Yavé me socorre, y por eso no fui confundido, por eso hice mi rostro como de pedernal, sabiendo que no sería confundido. Cerca está mi Justificador; ¿quién contenderá conmigo? Comparezcamos juntos, ¿quién es mi demandante? Que se acerque a mí. Hé aquí que el Señor Yavé, me asiste; ¿quién me condenará? He aquí que todos ellos se gastarán como un vestido, la polilla los consumirá. (Is. 50, 4-9).

Veamos este último paso que nos presenta una visión de lo que habra ae realizar Cristo con su pasión, muerte y resurección y con su Iglesia:

"He aquí que prosperará mi Siervo, será enaltecido, levantado y ensalzado sobremanera. Así como se asombraron de él muchos —pues tan desfigurado tenía el aspecto que no parecía hombre, ni su apariencia era humana— otro tanto se admirarán muchas naciones; ante él cerrarán los reyes la boca, pues lo que nunca se les contó verán, y lo que nunca oyeron reconocerán. *Is. 52, 13 al 53, 12.*

¿Quién dio crédito a nuestra noticia? Y el brazo de Yavé ¿a quién lo reveló? Creció como un retoño delante de nosotros, como raíz de tierra árida. No tenía apariencia ni presencia; (le vimos) y no tenía aspecto que pudiésemos estimar. Despreciable y desecho de los hombres, varón de dolores y sabedor de dolencias, como uno ante quien se oculta el rostro, despreciable, y no le tuvimos en

cuenta. Y con todo eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba. Nosotros le tuvimos por azotado, herido de Dios y humillado. El ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. El soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus cardenales hemos sido curados. Todos nosotros como ovejas erramos, cada uno marchó por su camino, y Yavé descargó sobre él la culpa de todos nosotros. Fue oprimido, y él se humilló y no abrió la boca. Como un cordero al degüello era llevado, y como oveja que ante los que la trasquilan está muda, tampoco él abrió la boca. Tras arresto y juicio fue arrebatado y de su causa ¿quién se preocupa? Fue arrancado de la tierra de los vivos; por nuestras rebeldías fue entregado a la muerte y se puso su sepultura entre los malvados y con los ricos su tumba, por más que no hizo atropello ni hubo engaño en su boca. Mas plugo a Yavé quebrantarle con dolencias, Si se da a sí mismo en expiación, verá descendencia, alargará sus días y lo que plazca a Yavé se cumplirá por su mano. Por las fatigas de su alma, verá luz, se saciará, por sus desdichas justificará mi Siervo a muchos y las culpas de ellos él soportará. Por eso le daré su parte entre los grandes y con poderosos repartirá despojos, ya que indefenso se entregó a la muerte y con los rebeldes fue contado, cuando él llevó el pecado de muchos e intercedió por los rebeldes". (Is. 52, 13 al 53, 12).

Para el israelita este personaje misterioso podría ser un personaje histórico particular o también la personificación de Israel mismo. De todas maneras los escritores cristianos entendieron el paso desde el principio, basándose en las palabras mismas de Cristo, como una profecía sobre Cristo Redentor. Cfr. Mc. 8, 9,30; 10, 33s.; Luc. 24, 26. Esta idea de que Yavé traería la salvación a Israel mediante el sufrimiento no penetró en la mentalidad del pueblo que esperaba siempre un libertador glorioso y terrenal de Israel.

V. EL HIJO DEL HOMBRE: Dan. 7,13. Este es otro de los temas de salvación que se hallan en el A.T. y que fueron descuidados y no penetraron en la mentalidad del pueblo. La expresión "uno co-

mo hijo del hombre" la atribuyen los exégetas a la personificación del pueblo judío de tal manera que esta visión significaría el triunfo y la exaltación de Israel como gobernador de las naciones en los tiempos del rey ideal. En un principio esta expresión significó simplemente un individuo humano, un hombre; en la visión de Daniel (S.II) se le dió el sentido de expectativa por algo que debía venir aunque no conocemos claramente su significado.

En los tiempos de Cristo no significó directamente **"Mesías", pues el aplicó a sí mismo el apelativo del *"Hijo del Hombre"***, aún ocultándoles por mucho tiempo su mesianidad. Tal vez significó **"algo que hombre"**; una especie de super-hombre que instauraría el Reino de Dios en la tierra en los últimos días.

Otros temas que prepararían la venida de Cristo y que habría que tener en cuenta para comprender a Jesús de Nazaret son el del pacto, el del nombre de Yavé, el del único templo de Jerusalén. No es que todos los temas que hemos considerado tengan una relación exacta de uno a otro como de profecía en el A. T. y su cumplimiento en el N. T. o como tipo en el A. T. y su realidad en el N. T. ¡No! sino más bien en este sentido: Todos estos temas tendrían una relación general que fue gradualmente focalizada sobre el Hijo de María de Nazaret como el único que realizaba perfectamente todas las aspiraciones y deseos de Israel.

Evidentemente no podemos identificar, equiparar perfectamente por ej.: el mesianismo del A. T. con el N. T. Dos temas por ejemplo, que en el A. T. eran irreconciliables para el israelita: el del Rey glorioso que había de venir a salvar a Israel y el del Varón de dolores, encontraron una perfecta conciliación en el N. T. en una sola persona: en Jesús, el Cristo.

Sólo colocando a Cristo en el centro como el punto hacia el cual convergen todos los radios de la historia de



Israel, como la plenitud de Israel, es posible comprender mejor tantos hechos históricos y temas del A.T. como son los siguientes, el Templo, el Nombre Santo, el pacto en la sangre, Moisés, Abrahán, Enmanuel, David, la ley en la piedra y los corazones, el Cordero Pascual, Adán, el Hijo del Hombre, la Serpiente de bronce, Dios pastor de Israel, el Maná, el Varón de Dolores, el Rey Ungido, la gloria de Dios en la columna y en la nube, el futuro Salvador, el Hijo de Dios, la palabrara creadora, etc.

Todos estos hechos, temas e historia convergen hacia Cristo que es la plenitud de Israel; sin Cristo, sin el N. T., el A. T. es ininteligible; pero tampoco se puede comprender el N. T. sin tener el contexto de la Religión del A. T.

Hacia Cristo se dirigirán las esperanzas de Israel. Por El suspiraba sobre todo el verdadero mesianismo, suplicando la llegada de Salvación como podemos leer en la liturgia del Adviento: "**Ven Señor y no quieras tardar, muéstranos tu faz Pastor de Israel, muéstranos tu poder y ven a salvarnos. 'Todo Valle debe ser llenado y toda montaña y colina aplanada'**". (Evidentemente para preparar el camino al que ha de venir).

"**Entonces la gloria del Señor será revelada y toda carne la verá porque la boca del Señor ha hablado**" Cfr. Ps. 79, 2-4; 24, 4-5; Is. 40, 3-5. *Dieron los cadáveres de*
Ps. 79, ***sus siervos por pasto a las aves del cielo, y la carne de sus***
2-4 ***piadosos a las fieras de la tierra.***

Derramaron como agua su sangre en los alrededores de Jerusalén, sin que hubiese quien les diera sepultura.

Somos el escarnio de nuestros vecinos, la irisión y el ludibrio de los que nos rodean. (Ps. 79, 2-4). *El de lim-*
Ps. 24, pias manos y puro corazón, el que no alzó su alma a cosas
4-5 vanas y no juró con mentira.

Ese alcanzará de Yavé bendicion, y justicia de Dios,
su Salvador. (Ps. 24, 4-5) *Una voz grita: Abrid camino a* Is. 40,
Yavé en el desierto, enderezad en la estepa una calzada a 3-5
vuestro Dios. Que se alcen todos los valles y se rebajen todos los montes y collados; que se allanen las cuestas y se nivelen los declives. Porque va a mostrarse la gloria de Yavé, y a una la verá toda carne, porque ha hablado la boca de Yavé. (Is. 40, 3-5). A pesar de tan larga preparación en el ambiente bíblico y extrabíblico, en cierto sentido se puede decir que Cristo llegó inesperadamente. Parte del pueblo elegido había entendido mal las profecías del A. T. Cristo vino a cortar en muchos israelitas sus proyectos y esperanzas terrenales, políticas.

Además hay que tener en cuenta que al llegar Cristo, llega la realidad, la realización de lo anunciado en el A.T. y llegando la realidad pierde valor lo que sólo era símbolo, figura, anuncio, prefiguración.

Hay, pues, continuidad entre Cristo y el A. T., pero también discontinuidad, novedad. Cristo no es el simple fruto del A. T., de Israel, sino algo nuevo en el mundo, es una nueva y trascendental intervención de Dios en el mundo.

En la línea de este verdadero mesianismo de Israel hay que ver la persona y la acción de Juan el Bautista que predica la penitencia para preparar los senderos, el camino de aquel que habrá de venir y proclamarse a sí mismo y ser conocido como el camino, la vía. Cfr. Jn. 14, 6; Act. 19, 23.

El Bautista es el lazo de unión entre los dos Testamentos. El fue el último y el más grande de los profetas que apuntaban hacia Cristo. El dio testimonio de la luz que brilló en las tinieblas de todo hombre. Como a sus contemporáneos, también a nosotros, a los hombres de nuestros días, a nosotros religiosos y sacerdotes, el Bautista nos recuerda en los Evangelios de los domingos de Ad-

viento que es necesario un verdadero cambio de corazón si queremos reconocer y aceptar a nuestro Salvador que viene a nosotros nuevamente en la Navidad. Y antes de la comunión oímos resonar diariamente en nuestras iglesias aquellas palabras del Bautista: "**He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo**". **Jn. 1, 29**. Ojalá que este Cordero Pascual que salvó a Israel de la última plaga, Cristo que es nuestra Pascua y que es sacrificado por nosotros **(I Cor. 5, 7)**, todavía quite las tinieblas de nuestros pecados, iluminándonos a todos cuando celebremos su entrada en este mundo, su pasión, resurrección y vuelta al Padre.

Pero la persona que mejor penetró en la esencia del verdadero mesianismo la que más ardientemente ansiaba la llegada de la salvación, que fue preparada con primor por el Creador para ser la Madre de esta salvación fue María. Si el Bautista fue el lazo de unión, María fue el material del cual fue formado el Mediador de la Nueva Alianza. Nacida bajo la ley y de sangre judía esta madre, como todas las demás, dio su semblante a su hijo. **De esta cosa estamos ciertos sobre la apariencia terrenal de Jesús: que fue judío y se pareció a María.**

María es la prueba fehaciente de que el Hijo de Dios se encarnó realmente y se hizo hombre. Ella hizo que las esperanzas de Israel se realizaran en un israelita conforme a la promesa. **Gn. 22, 18; 26, 4.**

De María nació Cristo que es la perfección, el cumplimiento, la plenitud de Israel y de la humanidad.

VI. CRISTO PLENITUD DE ISRAEL, PLENITUD DE LOS TIEMPOS: Cristo es plenitud no sólo de Israel sino de toda la humanidad y de todos los tiempos. Todas las revelaciones han sido trascendidas en la suya. Todas aluden a El y El las resume y revela su sentido último de tal manera que sólo desde Cristo pueden ser entendidas plenamente. Como nos dice San Pablo, **Hbr. 1, 1-2**: "*Muchas veces*

y en muchas maneras habló Dios en otros tiempos a nuestros padres pór ministerio de los profetas; últimamente, en éstos días —en la plenitud de los tiempos— nos habló por su Hijo".

Esta es precisamente la finalidad de las genealogías colocadas al principio de los Evangelios: Situar a Cristo como fin de la revelación de Dios a través de los siglos al mismo tiempo que subrayan la continuidad entre el antiguo y nuevo testamento. Todo el A. T. puede ser considerado como una larga profecía cuyas palabras y signos se cumplen en su plenitud sólo en Cristo.

Que Cristo sea el cumplimiento del A. T., la realización de sus profecías, la plenitud de los tiempos es una idea dominante en todo el N. T. Lo que le ocurrió a Cristo tenía que suceder, nos dice San Marcos, para que se cumpliesen las escrituras Mc. 14, 19; 15, 28. En la Encarnación, como cantó María, se realizó la misericordia de Dios anuncianda a los Padres y a Abrahán Lc. 21, 54. En Cristo se reveló el que fue ansiado por reyes y profetas sin que pudieran verlo, Lc. 10, 24. Los discípulos de Emaús aprendieron de la misma boca de Cristo, el sentido de las Escrituras demostrándoles que tanto Moisés como los profetas hablaban de El, en el Antiguo Testamento. El A. T.., había trazado ya el camino que Cristo debía seguir Lc. 22, 37, y hubiera debido llevar a los judíos a la fe en Cristo. Lc. 24, 25-32. *Y El les dijo: Oh hombres sin* *Lc. 24,*
inteligencia y tardos de corazón para creer todo lo que *25-32*
vaticinaron los profetas. ¿No era necesario que el Mesías padeciese esto y entrase en su gloria? Y comenzando por Moisés y por todos los profetas, les fue declarado cuanto a El se refería en todas las Escrituras. Se acercaron a la aldea adonde iban, y El fingió seguir adelante. Obligáronle diciéndole: Quédate con nosotros, pues el día ya declina. Y entró para quedarse con ellos.

Puesto con ellos a la mesa, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se los dió. Se les abrieron los ojos y lo recono-

cieron, y desapareció de su presencia. Y se dijeron uno a otro: ¿No ardían nuestros corazones dentro de nosotros, mientras en el camino nos hablaba y nos declaraba las Escrituras? (Lc. 24, 25-32)

Act. 3, 19-25 Lo mismo dice San Pedro en el Sermón de Pentecostés Act. 3, 19-25. *Arrepentíos, pues, y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados, a fin de que lleguen los tiempos de refrigerio de parte del Señor y envíe a Jesús, el Mesías, que os ha sido predestinado, a quien el cielo debía recibir hasta llegar los tiempos de la restauración de todas las cosas, del que Dios habló desde antiguo por boca de sus santos profetas. Dice, en efecto, Moisés: "Un profeta hará surgir el señor Dios entre vuestros hermanos, como yo; vosotros le escuchareís todo lo que os hablare; toda persona que no escuchare a este profeta será exterminada del pueblo". Y todos los profetas, desde Samuel y siguientes, cuantos hablaron, anunciaron también estos días. Vosotros sois los hijos de los profetas y de la alianza que Dios estableció con vuestros padres cuando dijo a Abrahán: "En tu descendencia serán bendecidas todas las familias de la tierra".* (Act. 3, 19-25).

Los israelitas traicionaron a sus propios profetas y la Alianza al rechazar a Cristo. De reconocer su propia historia hubieran debido reconocer a Cristo. Los discípulos que reconocen a Cristo lo reconocen como el Mesías del que había escrito Moisés y los profetas.

De El hablan las Escrituras de tal manera que Moisés mismo acusará ante Dios a los incrédulos judíos. Jn. 5, 39-47
Jn. 5, 39-47 *Escudriñad las Escrituras, ya que en ellas creéis tener la vida eterna, pues ellas dan testimonio de mí, y no queréis venir a mí para tener la vida. Yo no recibo gloria de los hombres, pero os conozco y sé que no tenéis en vosotros el amor de Dios. Yo he venido en nombre de mi Padre y vosotros no me recibís; si otro viniera usurpando mi nombre, le recibiríais.*

¿Cómo vais a creer vosotros, que recibís la gloria unos de otros y no• buscáis la gloria que (procede) del único Dios? No penséis que vaya yo a acusaros ante mi Padre; hay otro que os acusará, Moisés, en quien vosotros tenéis vuestra esperanza; porque si creyérais en Moisés, creeríais en mí, pues de mí escribió él; pero si no creéis en sus Escrituras, ¿Cómo vais a creer en mis palabras? (Jn. 5,39-47).

Abrahán se regocijó al ver en espíritu al Mesías que nacería de su descendencia. Jn. 7,25.

Cristo es para San Pablo la realización de la Buena Nueva preanunciada por la ley y los profetas que dieron testimonio de la salvación que había de venir. Rom. 1,2; 3,21 Cristo es el fin de la ley la cual es el pedagogo que nos conduce hasta El. Rom. 10,4; Gal, 3,19-24. *¿Por qué, pues la Ley? Fue añadida por causa de las transgresiones, promulgada por los ángeles, por mano de un mediador, hasta que viniese* "la descendencia" *a quien la promesa había sido hecha. Ahora bien: el mediador no es de una persona sola, y Dios es uno solo. Luego ¿la Ley está contra las promesas de Dios? Nada de eso. Si hubiera sido dada una ley capaz de vivificar realmente, la justicia vendría de la Ley pero la Escritura lo encerró todo bajo el pecado para que la promesa fuera dada a los creyentes por la fe en Jesucristo. Y así, antes de venir a la fe, estábamos bajo la custodia de la Ley, encerrados con vista a la fe que había de revelarse. De suerte que la Ley fue nuestro ayo para llevarnos a Cristo, para que fuéramos justificados por la fe.* (Gal. 3,19-24). *Gal. 3, 19-24*

Cristo es cumplimiento y confirmación de las profecías Rom. 15,8 y II Cor. 1,20 donde San Pablo nos dice: ***"Cuantas promesas hay en Dios, son en El sí y por El decimos Amén, para gloria de Dios en nosotros".*** En la misma línea de ideas está la predicación de San Pedro 1 Pt. 1,10-12 *Acerca de la cual inquirieron e investigaron los profetas que vaticinaron la gracia a vosotros destinada, escudriñan-* *1 Pt. 1, 10-12*

do qué y cuál tiempo dedicaba el Espíritu de Cristo que en ellos moraba y de antemano testificaba los padecimientos de Cristo y las glorias que habían de seguirlos. A ellos fue revelado que no a sí mismos, sino a vosotros, servían con esto, que os ha sido anunciado ahora por los que os evangelizaron movidos por el Espíritu Santo, enviado del cielo y que los mismos ángeles desean contemplar. (1 Pt. 1, 10-12). E igualmente los Padres de la Iglesia de entre los cuales baste recordar el pensamiento de Lactancio que afirma que *"propiamente no hay dos testamentos porque el Nuevo no es más que el cumplimiento del Antiguo y ambos dan testimonio del mismo"*.

En fin, sería equivocado referir a Cristo sólo aquellas frases, textos o profecías del A. T. cuya ordenación al futuro Mesías sea más o menos explícita. Todo el A.T., está ordenado a Cristo: no sólo las palabras o profecías directas sino también los hechos, los acontecimientos históricos de la historia de la salvación, las figuras o prefiguraciones, los personajes, sean positivos o negativos. Todos nos hablan de Cristo o de su obra: Así Adán, Abrahán, Jonás, el sacerdocio del A. T. los profetas, los reyes, especialmente David, la tierra prometida, el año sabático, la alianza, etc. Todo es prefiguración de Cristo.

Después de tan larga preparación, llega Cristo que es la verdadera plenitud de los tiempos, el realizador del proyecto salvífico de Dios. Sobre todo con su muerte y su resurrección inaugura un tiempo nuevo. La muerte y la caducidad son superadas y empieza el triunfo de la vida. La misma muerte estará al servicio de la vida para fructificar en verdadera vida.

CAPITULO III

JESUS EN LOS SINOPTICOS

A la pregunta ¿"**quien decís que soy yo**"? los apóstoles y la Iglesia han dado varias respuestas, todas ellas concordantes pero acentuando cada una de ellas un aspecto o matiz determinado de las infinitas riquezas de la personalidad de Jesús de Nazaret.

Jesús es el esperado por la humanidad para el A.T., el "**Hijo de Dios**" en Mc., el Salvador en Lc., el Mesías en Mt., el Verbo de Dios hecho carne en San Juan, el SEÑOR, KYRIOS glorioso en S. Pablo, el consubstancial al Padre en el concilio de Nicea, el Hijo de María en el concilio de Efeso, una persona divina con dos naturalezas en la teología especulativa, y único mediador y salvador en la teología protestante, el Hijo mayor y centro de la vida espiritual del cristiano moderno (espiritualidad cristocéntrica actual).

VEAMOS cómo responde la Iglesia primitiva, empezando por los sinópticos, a la pregunta ¿"**quien decís que soy yo**"? Pero para interpretar estas respuestas hay que tener en cuenta ante todo que es imposible una fotografía histórica de Jesús en el sentido moderno.

Los Evangelistas parten del final, la resurrección, y redactan por último los Evangelios de la infancia. . . Es natural, los Evangelios son una reflexión o redacción de la fe de la Iglesia primitiva sobre el "**hecho Jesús de Nazaret**".

Pensemos un instante en el tremendo impacto sicológico, mental, que deben haber sufrido los primeros discípulos de Cristo, y en general todos los israelitas al oír decir que en aquel carpintero de Nazaret, hijo de María y de José como ellos pensaban, un israelita como ellos, en aquel personaje se hallaba Yavé en tal forma que hubiera que reconocerlo como Dios, como Yavé mismo.

Evidentemente esto iba contra su manera de pensar, iba contra aquella oración del **Deuteronomio (6,4)**, que rezaban diariamente en el templo: ***"Escucha Israel, Yavé es tu Dios, El sólo y nadie más que El".***

Nosotros, que nacemos en un mundo ya cristiano, no experimentamos nunca o rarísimamente un cambio semejante en nuestra manera de pensar. Basta que nos examinemos sobre Cómo hemos ido viviendo nuestra fe desde pequeños hasta el presente. Incluso los que se convierten de adultos, raramente se verán en la necesidad de un cambio tan radical como el que se exigió al israelita. De una profunda fe arraigada en el monoteísmo tan acentuado, a considerar como a Dios a uno mismo de sus connacionales y coetáneos, a quien ellos habían visto y conocido como uno de tantos israelitas.

Pensemos en el cambio tan radical de S. Pablo. Fue necesario toda una aparición del Cristo resucitado con toda su gloria y esplendor para que reconociera a Cristo como Hijo de Dios.

I. SAN MARCOS

El evangelio de Marcos es el menos idealizado. Es el que más presenta: Hechos concretos, detalles humanos de la figura del Señor, que la tradición irá descartando por verlos excesivamente terrestres ante la gloria esplendorosa de la resurrección (Mt., Lc., Jn. y Pablo prescindirán de esos detalles).

Entre los detalles humanos están los sentimientos descritos más por Marcos que por ningún otro Evangelista. (Cfr. Mc. 1,40-43; 3,21; 6,5s; 8,12,23; 9,16. 33. 36; 10,13.16.18.21s; 11,13s.20; 15,34).

Para Marcos Jesús es el "Taumaturgo", Hijo de Dios. Da más importancia a los hechos, a los milagros que a las palabras. Marcos hace resaltar el poder taumatúrgico de Jesús jalonando su Evangelio con 20 hechos prodigiosos realizados por Cristo. Son los siguientes:

1. 1,23-38 El endemoniado de Cafarnaún.
2. 1,29-31 La curación de la suegra de Pedro.
3. 1,32-34 Curaciones al atardecer.
4. 1,40-45 La curación de un leproso.
5. 2, 1-4, 10b-12 El paralítico de Cafarnaún.
6. 2, 1 - 6 La curación de un hombre con la mano seca.
7. 4,35-41 La tempestad en el lago.
8. 5, 1-20 El endemoniado geraseno.
9. 5,21-24, 35-43 La resurrección de la hija de Jairo.
10. 5,25-34 La hemorroísa.
11 6,35-44 La multiplicación de los panes.
12. 6,45-52 La marcha sobre las aguas.
13. 6,53-56 Las múltiples curaciones en Genesaret.
14. 7,24-30 La curación de la hija de la sirofenicia.
15. 7,31-37 La curación del sordomudo.
16. 8, 1-10 La segunda multiplicación de los panes.
17. 8,22-26 La curación del ciego de Betsaida.
18. 9,14-17 La curación del epiléptico.
19. 10,46-52 La curación del ciego de Jericó.
20. 11,12-14, 20-22 La maldición de la higuera.

(Cfr. Beda Rigauz, **"Para una Historia de Jesús"** I, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1967, pg. 117).

Los milagros de curación son casi siempre relacionados con la expulsión de demonios, tal vez debido a que en la antigüedad era atribuido más a los demonios que a la naturaleza el enfermarse.

Una atención especial merece el llamado secreto mesiánico, característico del Evangelio de Marcos; Jesús impone silencio sobre su naturaleza de Mesías, del enviado que Israel esperaba, a los demonios, a los enfermos curados, a los discípulos (cfr. Mc. 8,27; 1,21-34; 2,7-3; 3,11-12; 1,40-45; 7,31-37; 8,36; 4,11-29; 7,17-23; 8,31-32; 9,30-32; 10,33-34; 9,9; 8,30).

Con todo no hay que olvidar que una cierta relación sobre Jesús como Mesías está también testimoniada por Marcos en todo el tiempo de la predicación de Cristo, (cfr. Mc 2,10-11. 27.28; Cfr. Mc. 10, 46-52; 12, 1-12; 11, 7-10;
Mc. 10, 46-52 14,62). *Llegaron a Jericó. Al salir ya de Jericó con sus discípulos y una considerable turba, el hijo de Timeo, Bartimeo, un mendigo ciego estaba sentado junto al camino; oyendo que era Jesús de Nazaret, comenzó a gritar y a decir: Hijo de David, Jesús, ten piedad de mí. Muchos le increpaban para que se callase; pero él gritaba mucho más: Hijo de David, ten piedad de mí, Se detuvo Jesús y dijo: Llamadle. Llamaron al ciego, diciéndole: Animo, levántate, que te llama. El arrojó su manto y saltando se allegó a Jesús. Tomando Jesús la palabra, le dijo: ¿Qué quieres que te haga? El ciego le respondió: Señor, que vea. Jesús le dijo: Anda, tu fe te ha salvado. Y al instante recobró la vista, y le seguía por el camino.* (Mc. 10, 46-52).

Mc. 12, 1-12 *Comenzó a hablarles en parábolas: Un hombre plantó una viña y la cercó de muro y cavó un lagar, y edificó una torre y la arrendó a unos viñadores, y se partió lejos. A su tiempo, envió a los viñadores un siervo para recibir de ellos la parte de los frutos de su viña, y agarrándole, le azotaron y le despidieron con las manos vacías. De nuevo les envió otro, y le hirieron en la cabeza y le ultrajaron.*

Envío otro, y a éste le dieron muerte; igualmente a muchos otros, de los cuales a unos los azotaron y a otros los mataron.
Le quedaba todavía uno, un hijo amado, y se lo envío también el último, diciéndose: A mi hijo lo respetarán. Pero aquellos viñadores se dijeron para sí: Este es el heredero. ¡Ea! Matémoslo y será nuestra la heredad. Y cogiéndole, le mataron y lo arrojaron fuera de la viña. ¿Qué hará el dueño de la viña? Vendrá y hará perecer a los viñadores y dará la viña a otros. ¿Y no habéis leído esta escritura? "La piedra que desecharon los edificadores, ésa vino a ser la cabeza de esquina; del Señor viene esto y es admirable a nuestros ojos"?
Buscaban apoderarse de El, pero temían a la muchedumbre, pues conocieron que de ellos había sido dicha parábola, y dejándolo, se fueron. (Mc. 12, 1-12)

Llevaron el pollino a Jesús, y echándole encima sus vestidos, montó en él. Muchos extendían sus mantos sobre el camino, otros cortaban follaje de los campos, y los que lo precedían y le seguían gritaban: Hosanna. Bendito el que viene en el nombre del Señor. Bendito el reino que viene de David, nuestro padre. Hosanna en las alturas. (Mc. 11, 7-10) *Mc. 11, 7-10*

Pero es verdad que la imposición de silencio tiene una fuerza especial en el Evangelio de Marcos. ¿Cómo explicar este hecho? ALGUNOS, negando que Jesús tuviera conciencia de ser el Mesías, lo han interpretado como un medio de la tradición y de Marcos para cubrir este hecho y justificar la tradición posterior creadora de la creencia en Jesús Mesías.

OTROS dicen que Jesús, teniendo conciencia de ser el Mesías, tuvo razones de orden pedagógico para no presentarse como tal abiertamente, de lo contrario se habría expuesto a un movimiento popular que no concebía al Mesías sino bajo su aspecto nacional y guerrero.

Tal vez tenga un significado superior, esta imposición de silencio sobre la mesianidad, en la teología de Marcos: **Este hace servir la historia para proclamar que Jesús, muerto y resucitado, es el Mesías, Hijo de Dios, Salvador del mundo.**

Sólamente con al resurrección comprendieron esta verdad los discípulos. Antes fue comprendida sólo por los espíritus malos, dotados de una inteligencia superior. Así, con la luz que da la resurrección se quita el velo echado sobre los principales hechos y persona de Jesús a causa de la incomprensión de los oyentes y de los discípulos, y el Evangelio de Marcos se convierte en una nueva epifanía de Jesús. (*)

San Marcos, como los demás escritores del N.T., escribió su Evangelio no como un simple cronista que narra los acontecimientos como puede hacerlo un periodista moderno. ¡NO! El creía firmemente en la divinidad de Cristo Hijo de Dios, y todo su Evangelio está evidentemente coloreado por esta fe, devoción personal del discípulo a su Maestro.

Es lo que vamos a examinar, la creencia de la primitiva Iglesia, recogida en este caso por S. Marcos, acerca de Jesús de Nazareth. Si leemos su Evangelio con calma constataremos la revelación progresiva que Cristo hizo de sí mismo y la fe, también progresiva, de sus discípulos en El.

A nosotros ya acostumbrados a oírla, no nos hace mayor impresión la frase del Credo "**Jesucristo verdadero Dios y verdadero Hombre**", pero sí costó que los primeros discípulos la aceptaran.

(*) (Cfr. Beda Rigaux, **"Para una Historia de Jesús"** I,-Testimonio del Evangelio de Marcos, pgs. 126-132).

S. Marcos empieza su Evangelio con esta frase que puede ser el título del libro: ***"El principio del Evangelio de Jesucristo, el Hijo de Dios"*** (Mc. 1,1). Marcos escribe su Evangelio ya con esta fe que ha sido asegurada por la llegada del Espíritu en Pentecostés. Su Evangelio se puede dividir de varias maneras. Una de ellas por razón de claridad es:

1a. Ministerio en Galilea: Cap. 1-10
2a. Jerusalén: 11-16

La primera parte llega a su cumbre con la confesión de S. Pedro en Jesús como Mesías (Mc. 8,29).

La segunda parte parece ordenada a la profesión de Cristo delante del sumo sacerdote de que El era el Hijo de Dios Unico, el Hijo del Bendito (Mc. 14,61).

I. Parte del Evangelio:

Al principio narra S. Marcos cómo Jesús reunió discípulos a través de su predicación y milagros. Evidentemente al principio ellos no lo aceptaron más que como un profeta o un emisario de Dios y nada más. En Marcos 1,22 se nos dice que los discípulos estaban extrañados, estupefactos de su doctrina, porque enseñaba como uno que tiene autoridad, y no como los escribas.

Después que arrojó el espíritu inmundo "todos quedaron admirados, tanto que se interrogaron entre ellos diciendo: ***¿Qué es esto? ¿Qué doctrina nueva es esta? porque El manda con autoridad incluso a los espíritus inmundos y ellos le obedecen"***.

En el Cap. II. Marcos narra la curación del paralítico y la defensa de los apóstoles que recogían granos de trigo en sábado, para demostrar que Cristo tenía el poder de perdonar los pecados y que era dueño también del sábado

(pensemos que el sábado lo había decretado Yavé; ser dueño del sábado equivalía a equiparar a Cristo con Yavé en cierta manera).

Nuevamente en el Cap. III sale el tema del trabajo en sábado curando Jesús al hombre de la mano seca. Sabiendo muy bien los fariseos que un simple hombre no podía hacer tales cosas y no queriendo atribuirlas a la presencia de Dios que obraba en Cristo, lo acusaban, de estar unido al demonio.

En éstos primeros capítulos S. Marcos nos narra como Cristo escogió a los doce que debían estar con El y les fue instruyendo progresivamente acerca del misterio de su venida y de su persona.

Ellos no tenían duda alguna acerca de su verdadera humanidad: conocían bien a su madre y a sus parientes. Pero al ver que domina las tormentas del mar, que los demonios expulsados lo llaman Hijo del Dios Altísimo y a la vista de otros prodigios, se podrían preguntar: **¿Es éste algo más que humano? ¿Quién es éste a quien incluso el viento y el mar le obedecen?**

Sus discípulos palparon dos obras maravillosas sin que llegaran a ver en Cristo algo de divino, sin que se abrieran sus ojos a la fe en su divinidad; la multiplicación de los panes para cinco mil personas y el caminar sobre las aguas.

Después de la segunda multiplicación de los panes, Cristo les reprocha su ceguera: ***¿Cómo es que teniendo ojos no veís y oídos no oís?*** (Mc. 8,18).

Hemos dicho que la primera parte del Evangelio de S. Marcos llega a su cumbre con la confesión de fe de S. Pedro. Después de interrogarles quién dicen los demás que es El, les pregunta: ***¿Pero vosotros quién decís que soy yo?*** Y S. Pedro contesta: ***"Tú eres el Cristo"*** (Mc. 8,29).

S. Pedro en nombre de todos los discípulos declara que Jesús de Nazareth es el ungido de Dios, el Mesías, el Rey desde antiguo prometido para redimir a Israel y realizar sus esperanzas.

Este es el primer paso que tenían que dar necesariamente para llegar al pleno reconocimiento de quién y qué era este personaje de Nazareth. Por supuesto que es un primer paso insuficiente pero señala una etapa en el camino de los discípulos hacia la fe en la divinidad de Cristo.

Después de esta confesión y para rectificar las ideas de los discípulos, Cristo les comunica por primera vez la necesidad de que El sufra, y sea entregado a la muerte, pero que al fin resucitará. S. Pedro es el primero en rechazar la idea del sufrimiento en Cristo, en el Mesías. Sus ideas acerca del Cristo tenían que madurar todavía bastante. (Cfr. Mc. 8,31ss.).

Pero ni siquiera cuando les comunicó que después de los sufrimientos al tercer día resucitaría, lo entendieron. S. Marcos nos dice: ***"No entendieron lo que les decía y tenían temor de preguntarle"*** (Mc. 9,31). Sus ideas eran todavía demasiado terrenas. Cristo les enseñó entonces que para comprender su doctrina, para seguirla con la fe, debían volverse como los niños (Mc. 9,35 y 10,13), que eran necesarias sencillez de fe (Mc. 9,22ss), mansedumbre, bondad por amor suyo (Mc. 9,40), observancia de los mandamientos y acompañarlo en la pobreza Mc. 10,19-21 *Ya sabes los* *Mc. 10,*
mandamientos: No matarás, no adulterarás, no robarás, no *19-21*
levantarás falsos testimonios, no defraudarás, honra a tu padre y a tu madre. *El le dijo: **Maestro, todo esto lo he guardado desde mi juventud.** Jesús poniendo en él sus ojos, lo amó y le dijo: **Una sola cosa te falta: vete, vende cuanto tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; luego ven y sígueme.*** (Mc. 10,19-21). Todo esto necesita quien desea entender en realidad lo que significa decir a Jesús "Tu eres el Cristo".

Aún creyendo los apóstoles por la confesión de Pedro que Jesús era el Cristo, y habiéndole oído decir que tenía que morir el Cristo no le preguntaban jamás cómo era posible que Dios pudiera morir.

II. Parte del Evangelio

En esta parte Cristo da un paso adelante en la revelación de su persona. En el Cap. XI se llama a sí mismo Señor, KYRIOS, (Título reservado a Yavé en el A.T.): Cuando ordena a dos de sus discípulos ir a la villa junto a Jerusalén a buscarle un asno o pollino, ordenándoles que le digan al amo que "**el Señor lo necesita**". Se llama a sí mismo uno más grande que el Templo cuando expulsa a los vendedores de él. El Templo era el lugar donde Yavé habitaba. En Cristo está presente Yavé de una manera superior a como lo está en el templo.

En el Cap. XII, echa en cara a los fariseos su mala voluntad narrándoles la parábola de los viñadores infieles que llegan hasta matar al "**hijo predilecto**", queriendo decir con ésta expresión que El era Hijo predilecto de Dios, Hijo de Dios de una manera toda especial.

Ante las preguntas capciosas de los fariseos del tributo al César y del matrimonio con diversas mujeres, Cristo les hace a su vez otra pregunta: ***¿De quién será hijo el Cristo? ¿De David? ¿Cómo es entonces que David lo llama*** (en el Salmo 109,1) ***¿"Señor"? Debe ser, pues, alguien superior al mismo David****. . . .*

En el Cap. XIII Cristo se proclama como la piedra de toque. El debe ser para ellos el hecho más importante en su fe.

Pretende que sus discípulos estén dispuestos hasta dar su vida por amor de él: ***"Vosotros seréis odiados por todos a causa de mi nombre, pero quien persevere hasta el fin será salvo".***

La escena de Getsemaní es otra prueba palpable de la humanidad real de Cristo: reza turbado y sudando sangre ante los horrores de la inminente pasión, pero sin perder la serenidad de espíritu: "**No se haga mi voluntad sino la tuya, ¿Oh Padre?**" (Mc. 14,36) Dios en su humanidad, como todo hombre, tuvo miedo, de los espantosos tormentos que debería soportar.

Esta segunda parte del Evangelio de S. Marcos, culmina en la escena de Cristo ante el Sanhedrín. ***"Eres tú el Cristo, el Hijo de Dios vivo, del Bendito"***. — le pregunta Caifás — Y Jesús responde: ***Yo soy, y veréis al Hijo del hombre sentado a la derecha del poder y venir sobre las nubes del cielo"*** Mc. 14, 60-62. ***Levantándose en medio el pontífice, preguntó a Jesús, diciendo: ¿No respondes nada? ¿Qué es esto que testifican contra ti? El se callaba y no respondía palabra. De nuevo el pontífice le preguntó y dijo: ¿Eres tú el Mesías, el hijo del Bendito? Jesús dijo: Yo soy, y veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y venir sobre las nubes del cielo.*** (Mc. 14, 60-62) Ante los representantes oficiales de la ley, de la religión, Jesús acepta el título de Hijo de Dios, proclama su futura exaltación y retorno en términos de igualdad con Yavé, con el Omnipotente Dios.Y todo esto no en sentido figurado, moral, sino real, natural, como lo entendieron sus oyentes que lo condenaron acusándolo precisamente por esa blasfemia.

Mc. 14, 60-62.

Con la narración de la crucifixión entre dos ladrones (Cap. 15), S. Marcos identifica a Cristo con el Siervo de Yavé, con el Varón de dolores, del cual habla Isaías, Cap LIII.

En la cruz Cristo muestra nuevamente que es verdadero hombre, padece la sed, amargura y soledad, hasta grita a su Padre: ***"Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado?"*** Grita angustiosamente como todo moribundo y finalmente muere. Dios ha muerto y ha muerto por nosotros, por cada uno de los aquí presentes. Cada uno de nosotros puede decir con S. Pablo: ***"Cristo se entregó y murió por mí"***.

Sea o no de S. Marcos la frase puesta en boca del centurión, el Evangelio termina la narración de la vida terrena de Jesús con la profesión de fe en la divinidad de Cristo: *"Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios"*, paralela a la frase con que había empezado: "**Evangelio de Jesucristo el Hijo de Dios**".

Los últimos versículos del Evangelio concluyen con la visión de Cristo en la gloria de Dios equiparado a Dios mismo, dándole el título de Señor al Cristo resucitado. A este punto S. Marcos da a Cristo el título de Señor, nombre reservado a Yavé y con el cual se llamaba ya a Cristo en la Iglesia primitiva aún antes de que se escribiera el Evangelio.

REFLEXIONES:

Si hemos meditado con calma en el Evangelio de S. Marcos habremos visto un cambio gradual en las ideas de los apóstoles y discípulos acerca de Jesús: de una simple extrañeza (o maravilla) pasan al temor ante la presencia de algo maravilloso en Jesús, al reconocimiento de El como el verdadero rey ungido, el Mesías, como Señor ensalzado y glorificado que está sentado a la diestra del Padre, equiparado en todo a Dios mismo como Hijo de Dios. El Evangelio de S. Marcos es, pues, el Evangelio del Hijo de Dios. Es el Hijo de Dios y es el Hijo de María, es un hombre verdadero que se enoja frente a la dureza de corazón, que se indigna, que muestra compasión, desilusión y gratitud. Declara no conocer el día de la Parusía, pide información en las varias situaciones de la vida ordinaria. Es, en fin, como un judío cualquiera de su tiempo, limitado como ellos. Es Dios y hombre verdadero.

II.– SAN LUCAS (Ev.)

Probablemente S. Lucas conoció algunas de las redacciones del Evangelio de San Marcos; tiene mucho material en común con él, pero también añade algo nuevo.

S. Lucas añade al Evangelio de S. Marcos lo referente a la infancia de Jesús, que él conoció probablemente a través de coloquios con la Sma. Virgen, (Cfr. Lc. 1, 28. 31s. 35).

¿Conoció María que el niño que ella daría a luz era Dios? No lo sabemos. Por los datos que el ángel le dio pudo sospechar con mucha probabilidad, que su futuro hijo será algo más que un Mesías humano. Es probable que Dios le concediera la gracia de conocer o al menos sospechar algo acerca de la naturaleza misteriosa de este hijo suyo.

El personaje descrito puede ser entendido simplemente como un Mesías. Pero S. Lucas parece sugerir algo más: pone en boca de Isabel el saludo a María como a Madre del Señor, (Lc. 1,43). SEÑOR: El término es el mismo que María usará en el Magnificat para cantar a Yavé, aquel mismo "Señor Dios de Israel", que Zacarías identifica con "Yavé en el canto del Benedictus". (Lc. 1,68).

Mientras S. Marcos y S. Mateo reservan el título de Señor para Cristo en su estado glorioso, S. Lucas lo emplea también para el Cristo en esta tierra. S. Lucas refleja ya con este título la fe de los primeros credos cristianos: Para la primitiva Iglesia Cristo es el Señor (Cfr. Act. 10,36).

Ya en el anuncio del ángel a los pastores Cristo es presentado como el Salvador y Señor, (Lc. 2,10s): "Díjoles el ángel: **no temáis, os anuncio una gran alegría, que es para todo el pueblo, os ha nacido hoy un Salvador, que es el Cristo Señor, en la ciudad de David".**

También S. Lucas muestra el desarrollo progresivo de la fe de los discípulos en Cristo y trata temas comunes con el Evangelio de S. Marcos. Cristo es Hijo de Dios en el cual Yavé se complace, (Lc. 3,22); es el Santo de Dios,

(Lc. 4,34). Es objeto de Maravilla para los discípulos por el poder de sus milagros, (Lc. 4,36). Es el Señor del Sábado, (Lc. 6,5).

Pero S. Lucas añade material, las bienaventuranzas: Bienaventurados los pobres, los que son odiados por causa del Hijo del Hombre. . . Amad a vuestros enemigos, haced
Lc. 6, 20-27. bien a los que os hacen mal. Lc. 6,20–27 *El, levantando sus ojos sobre los discípulos, decía: Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora padecéis hambre, porque seréis hartos. Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis. Bienaventurados seréis cuando, aborreciéndoos los hombres, os excomulguen, y maldigan, y proscriban vuestro nombre como malo por amor del Hijo del hombre. Alegraos en aquel día y regocijaos, pues vuestra recompensa será grande en el cielo. Así hicieron sus padres con los profetas.*

Pero ay de vosotros, ricos, porque habéis recibido vuestro consuelo. Ay de vosotros los que ahora estáis hartos, porque tendréis hambre. Ay de vosotros los que ahora reís, porque gemiréis y lloraréis. Ay cuando todos los hombres dijeren bien de vosotros, porque así hicieron sus padres con los falsos profetas.
Pero yo os digo a vosotros que me escucháis: amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen (Lc. 6,20–27).

Jesús se constituye a sí mismo como el centro de la vida religiosa, como la norma, el canon de la justicia, el modelo de la piedad opuesta a las falsas ideas de los pecadores. El distintivo de sus discípulos será la misericordia, el perdón, las buenas obras que brotan de la bondad.

En los capítulos de crónica (9-18), S. Lucas nos presenta todos los hechos y dichos de Cristo como dirigidos hacia la ciudad Santa, centro del pueblo de Dios, lugar de

su templo donde se manifiesta su presencia. En esta sección de su Evangelio, Cristo dio muchas lecciones a los que quieren ser discípulos suyos: desapego de los lazos terrenos (Lc. 9, 62); bondad, atención para con los necesitados, sean quienes sean, (Lc. 10, 33s); confianza en Dios, (Lc. 12, 22ss).

San Lucas acentúa más todavía que S. Marcos el tema de la Cruz de Cristo: ***"Es preciso que el Hijo del Hombre padezca mucho y que sea rechazado de los ancianos, de los príncipes de los sacerdotes y de los escribas, y sea muerto y resucitado al tercer día"***, (Lc. 9,22). De la cruz del Maestro se sigue un lógico corolario para el discípulo: renuncia de sí mismo, la cruz diaria y también la consiguiente salvación.

Pero como ya nos decía Marcos, el tema de la cruz era demasiado duro para los discípulos. Nuevamente se le anuncia en el cap. Lc. 18, 31-34: ***Tomando aparte a los doce, les dijo: Mirad, subimos a Jerusalén y se cumplirán todas las cosas escritas por los profetas del Hijo del hombre; será entregado a los gentiles, y escarnecido, e insultado, y escupido, y después de haberle azotado, le quitarán la vida, y al tercer día resucitará. Pero ellos no entendían nada de esto, eran cosas ininteligibles para ellos, no entendían lo que les decía.*** (Lc. 18,31-34). y ellos no entendieron nada. *Lc. 18, 31-34.*

La revelación de la realidad de Jesús de Nazareth en S. Lucas llega a su culminación en la escena ante el Sanhedrín, en el diálogo con los discípulos de Emaús, y en la narración sobre la resurrección y glorificación. Los responsables de la fe religiosa de Israel lo condenaron porque Cristo se hace igual a Dios, se pone en un plano de igualdad con Dios. El estado de ánimo de los discípulos de Emaús, desconsolados ante el fin aparentemente trágico de Jesús, es una muestra de cuán lentamente fue penetrando en ellos el misterio de lo que Cristo era.

Tanta predicación y esfuerzo de Cristo había producido en sus discípulos un resultado todavía bien pobre; Cristo era un profeta, poderoso en obras y palabras delante de Dios y del pueblo, el que salvaría a Israel. ¿De qué naturaleza sería esa salvación? No lo dicen. Pero aún estas esperanzas, que podríamos decir puramente humanas se desvanecen ante los hechos del calvario y de la fallida aparición en público del nuevo Mesías.

N.B.: 1a. Evidentemente en estos discípulos no aparece claro que ellos creyeran en Cristo como Hijo natural de Dios, como Dios mismo. Pero esto no quiere decir que el que escribió el Evangelio no creyera ya, y no narrara la fe de la Iglesia primitiva creyente en Cristo Dios.

2a. Los primeros cristianos dieron culto a Cristo como el Hijo de Dios. ¿Pensaron en un politeísmo, en la existencia de varios dioses? Probablemente no. Creían en un solo Dios. ¿Se plantearon el problema reflejamente de cómo era posible la conciliación de la existencia de un sólo Dios, con la existencia de varios seres honrados como Dios? ¿Yavé, Cristo? Probablemente no, al menos, no técnicamente. Esto se llevó a cabo más tarde cada vez más perfectamente llegando hasta la formulación de los dogmas trinitarios y cristológicos de la unidad de la divinidad en la trinidad de las personas.

3a. La teología en el N.T. acerca de la realidad de Jesús tal vez aparezca más clara en S. Juan y S. Pablo. . . Son más reflejos.

III. SAN MATEO

La buena nueva del Evangelio de S. Mateo es la misma que en los demás Evangelios, pero dirigida a un público palestinense. Jesús de Nazareth es el maestro divino que ha colmado las esperanzas de Israel, pero en forma tan diversa de como ellos esperaban, que lo rechazaron preci-

samente por ello. Como consecuencia el plan de Dios para la salvación del mundo será llevado a cabo por el nuevo Israel, la Iglesia fundada por Cristo.

Escrito para Judíos principalmente, el Evangelio acentúa sobre todo el tema del Mesías. A San Mateo le gusta poner en relieve el cumplimiento en la persona de Jesús de lo vaticinado en el A.T. sobre el Mesías. Con alguna variante usa 11 veces la siguiente fórmula: ***"Todo esto sucedió para que se cumpliese el oráculo del Señor por medio del profeta"***, (Mt. 1,23; 2, 14.23; 3, 3; 4, 14–16; 8, 17; 12–17–21; 13, 14–15; 21; 4–5; 25, 56; 27, 9–10).

Para S. Mateo Jesús es al mismo tiempo el fin del A.T. y el fundador de la Nueva Alianza en su sangre derramada por todos los hombres, (Mt. 26, 28). Este Evangelio se distingue por la narración de largos discursos de Jesús:

1.- Discurso de la montaña, 5, 1–7, 29.
2.- Discurso de misión, 9, 36–11, 1.
3.- Las siete parábolas 13, 1–52.
4.- Instrucciones a los discípulos, 18, 1–35.
5.- Discurso contra los escribas y fariseos, 23, 1–36.
6.- Discurso escatológico, 24, 1–25,46.

1.- Discurso de la montaña, Mt. 5, 1-7, 29. *Mt. 5, 1-7, 29.*

Viendo a la muchedumbre, subió a un monte, y cuando se hubo sentado se le acercaron los discípulos: y abriendo su boca los enseñaba, diciendo: Bienaventurados los pobres de espíritu porque suyo es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los que padecen persecusión por la justicia, porque suyo es el reino de los cielos. Bienaventurados seréis cuando os insulten y per-

sigan y con mentira digan contra vosotros todo género de mal por mi causa. Alegráos y regocijáos, porque grande será en los cielos vuestra recompensa, pues así persiguieron a los profetas que hubo antes de vosotros.
Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvirtúa, ¿con qué se salará?. Para nada aprovecha ya, sino para tirarla y que la pisen los hombres.
Vosotros sois la luz del mundo. no puede ocultarse una ciudad asentada sobre un monte, no se enciende una lámpara y se la pone bajo el celemín, sino sobre un candelabro, para que alumbre a cuantos hay en la casa. Así ha de lucir vuestra luz ante los hombres para que viendo vuestras buenas obras glorifiquen a vuestro padre, que está en los cielos.

Habéis oído que se dijo a los antiguos: No matarás; el que matare será reo de juicio; Pero yo os digo que todo el que se irrita contra su hermano será reo de juicio; el que le dijere "raca" será reo ante el Sanedrín, y el que le dijere "loco" será reo de la gehenna de fuego. Si vas, pues, a presentar una ofrenda ante el altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra tí, deja tu ofrenda ante el altar, ve primero a reconciliarte con tu hermano y vuelve a presentar tu ofrenda. Muéstrate conciliador con tu adversario mientras vas con él por el camino, no sea que te entregue al juez, y el juez al alguacil, y seas puesto en prisión. Que en verdad te digo que saldrás de allí hasta que pagues el último centavo.

Habéis oído que fue dicho: No adulterarás. *Pero yo os digo que todo el que mira a una mujer deseándola, ya adulteró con ella en su corazón. Si, pues, tu ojo derecho te escandaliza, sácatelo y arrojalo de tí, porque mejor te es que perezca uno de tus miembros que no que todo tu cuerpo sea arrojado a la gehenna. Y si tu mano derecha te escandaliza, córtatela y arrójala de ti, porque mejor te es que uno de tus miembros perezca que no, que todo el cuerpo sea arrojado a la gehenna. También se ha dicho: El que repudiare a su mujer, déla libelo de repudio. Pero yo os*

digo que quien repudia a su mujer — excepto el caso de fornicación — la expone al adulterio, y el que se casa con la repudiada comete adulterio.

También habéis oído que se dijo a los antiguos: No perjurarás, antes cumplirás al Señor tus juramentos. Pero yo os digo que no juréis de ninguna manera ni por el cielo, pues es el trono de Dios; ni por la tierra, pues es el escabel de sus pies; ni por Jerusalén, pues es la ciudad del gran Rey. Ni por tu cabeza jures tampoco, porque no está en tí volver uno de tus cabellos blanco o negro. Sea vuestra palabra sí, sí; no, no; todo lo que pasa de esto, de mal procede.

Habéis oído que se dijo: Ojo por ojo y diente por diente. Pero yo os digo: No resistáis al mal, y si alguno te abofetea en la mejilla derecha, dale también la otra; y al que quiera litigar contigo para quitarte la túnica, déjale también el manto, y si alguno te requisara para una milla, vete con él dos. Da a quien te pide y no vuelvas la espalda a quien te pide algo prestado.

Habéis oído que fue dicho: amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos, que hace salir el sol sobre malos y buenos y llueve sobre justos e injustos. Pues si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen esto también los publicanos? Y si saludáis solamente a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen eso también los gentiles? Sed, pues, perfectos, como perfecto es vuestro Padre celestial.

Estad atentos a no hacer vuestra justicia delante de los hombres para que os vean; de otra manera no tendréis recompensa ante vuestro Padre, que está en los cielos. Cuando hagas, pues, limosna, no vayas tocando la trompeta delante de tí, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados de los hombres; en verdad os digo que ya recibieron su recompensa. Cuando des limosna, no sepa tu izquierda lo que

hace la derecha, para que tu limosna sea oculta, y el Padre, que ve en lo oculto, te premiará.

Y cuando oréis, no seáis como los hipócritas, que gustan de orar en pie en las sinagogas y en los cantones de las plazas, para ser vistos de los hombres; en verdad os digo que ya recibieron su recompensa. Tú, cuando ores, entra en tu cámara y, cerrada la puerta, ora a tu Padre, que está en lo secreto; y tu Padre que ve en lo escondido, te recompensará. Y orando, no seáis habladores como los gentiles, que piensan ser escuchados por su mucho hablar. No os asemejéis, pues, a ellos, porque vuestro Padre conoce las cosas de que tenéis necesidad antes que se las pidáis. Así, pues, habéis de orar vosotros:

Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre; venga a nos tu reino, hágase tu voluntad, como en el cielo así en la tierra. El pan nuestro de cada día dánosle hoy, y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores, y no nos pongas en tentación, más líbranos del mal.

Porque si vosotros perdonáis a otros sus faltas, también os perdonará a vosotros vuestro Padre celestial. Pero si no perdonáis a los hombres las faltas suyas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestros pecados.

Cuando ayunéis no aparezcáis tristes como los hipócritas, que demudan su rostro para que los hombres vean que ayunan; en verdad os digo, que ya recibieron su recompensa. Tú, cuando ayunes, úngete la cabeza y lava tu cara para que no vean los hombres que ayunas, sino tu Padre, que está en lo secreto; y tu Padre que ve en lo secreto, te recompensará.

No alleguéis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín los corroen, y donde los ladrones horadan y roban. Atesorad en el cielo, donde ni la polilla ni el orín los corroen, y donde los ladrones ni horadan ni roban. Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón. La lámpara del cuerpo es el ojo. Si, pues, tu ojo estuviere sano, todo tu cuerpo estará luminoso; pero si tu ojo estuviere enfermo, todo tu cuerpo estará en tinieblas, pues si la luz que hay en ti es tinieblas, qué tales serán las tinieblas.

Nadie puede servir a dos señores, pues o bien aborreciendo al uno amará al otro, o bien adhiriéndose al uno menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas. Por esto os digo: No os inquietéis por vuestra vida sobre qué comeréis, no por vuestro cuerpo sobre qué os vestiréis. ¿No es la vida más que el alimento? ¿Y el cuerpo más que el vestido? Mirad cómo las aves del cielo no siembran ni siegan, ni encierran en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas? ¿Quien de vosotros con sus preocupaciones puede añadir a su estatura un solo codo? Y del vestido, por qué preocuparos? Mirad a los lirios del campo cómo crecen: ni se fatigan ni hilan. Yo os digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos. Pues si a la hierba del campo, que hoy es y mañana es arrojada al fuego, Dios así la viste, ¿no hará mucho más por vosotros, hombres de poca fe? No os preocupéis, pues diciendo: ¿Qué comeremos, qué beberemos o qué vestiremos? Los gentiles se afanan por todo eso; pero bien sabe vuestro Padre celestial que de todo esto tenéis necesidad. Buscad, pues, primero el reino y su justicia, y todo eso se os dará por añadidura. No os inquietéis, pues, por el mañana; porque el día de mañana ya se inquietará de sí mismo; bástele a cada día su afán.

No juzguéis y no seréis juzgados, porque con el juicio con que juzgareis seréis juzgados y con la medida con que midiereis se os medirá. ¿Cómo ves la paja en el ojo de tu hermano y no ves la viga en el tuyo? ¿O cómo osas decir a tu hermano: Deja que te quite la paja del ojo teniendo tú una viga en el tuyo? Hipócrita, quita primero la viga de tu ojo y entonces verás de quitar la paja del ojo de tu hermano. No deis las cosas santas a los perros ni arrojéis vuestras perlas a puercos, no sea que las pisoteen con sus pies y, revolviéndose, os destrocen.

Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque quien pide recibe, quien busca halla y a quien llama se le abre. Pues ¿quién de vosotros es el que, si su hijo le pide pan, le da una piedra, o si le pide un pez le da una

serpiente? Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, cuanto más vuestro Padre, que está en los cielos, dará cosas buenas a quien se las pide. Por eso, cuanto quisiereis que os hagan a vosotros los hombres, hacedlo vosotros a ellos, porque ésta es la Ley y los Profetas. Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espaciosa la senda que lleva a la perdición, y son muchos los que por ella entran. Qué estrecha es la puerta y qué angosta la senda que lleva a la vida, y cuán pocos los que dan con ella.

Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestiduras de ovejas, mas por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Por ventura se cogen racimos de los espinos o higos de los abrojos? Todo árbol bueno da buenos frutos, y todo árbol malo da frutos malos. No puede árbol bueno dar malos frutos, ni árbol malo frutos buenos. El árbol que no da buenos frutos es cortado y arrojado al fuego. Por los frutos, pues, los conoceréis.

No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en nombre tuyo arrojamos los demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Yo entonces diré: Nunca os conocí; apartaos de mí, obradores de iniquidad. Aquel, pues, que escucha mis palabra y las pone por obra, será como el varón prudente, que edifica su casa sobre roca. Cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos y dieron sobre la casa pero no cayó, porque estaba fundada sobre roca. Pero el que me oye estas palabras y no las pone por obra, será semejante al necio, que edificó su casa sobre arena. Cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos y dieron sobre la casa y cayó con gran ruina.

Cuando acabó Jesús estos discursos, se maravillaban las muchedumbres de su doctrina, porque les enseñaba como quien tiene poder, y no como los doctores. (Mt. 5, 1–7,29).

2.- Discurso de la misión, Mt. 9,36-11, 1. *Mt. 9, 36-11, 1.*

Viendo a la muchedumbre, se enterneció de compasión por ella, porque estaban fatigados y decaídos como ovejas sin pastor. Entonces dijo a los discípulos: La mies es mucha, pero los obreros pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies. Jesús, llamando a sus doce discípulos, les dió poder sobre los espíritus impuros para arrojarlos y para curar toda enfermedad y toda dolencia.
Los nombres de los doce apóstoles son éstos: el primero, Simón, llamado Pedro, y Andrés, su hermano; Santiago el de Zebedeo y Juan su hermano, Felipe y Bartolomé, Tomás y Mateo el publicano; Santiago el de Alfeo, y Tadeo; Simón el celador, y Judas iscariote, el que le traicionó.

A estos doce los envió Jesús, después de haberlos instruido en estos términos: No vayáis a los gentiles ni entréis en ciudad de samaritanos; id más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel, y en vuestro camino predicad diciendo: El reino de Dios se acerca. Curad, a los enfermos, resucitad a los muertos, limpiad a los leprosos, arrojad los demonios; gratis lo recibís, dadlo gratis. No llevéis oro ni cobre en vuestro cinto, ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón; porque el obrero es acreedor a su sustento. En cualquiera ciudad o aldea en que entréis, informaos de quién hay en ella digno, y quedaos allí hasta que partáis, y entrando en la casa, saludadla. Si la casa fuera digna, venga sobre ella vuestra paz; si no lo fuere, vuestra paz vuelva a vosotros. Si no os reciben o no escuchan vuestras palabras, saliendo de aquella casa o aquella ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies. En verdad os digo que más tolerable suerte tendrá la tierra de Sodoma y Gomorra en el día del juicio que aque-

lla ciudad. Os envío como ovejas en medio de lobos; sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como palomas.

Guardaos de los hombres, porque os entregarán a los senedrines y en sus sinagogas os azotarán. Seréis llevados a los gobernadores y reyes por amor de mí, para dar testimonio ante ellos y los gentiles. Cuando os entreguen, no os preocupe cómo o qué hablaréis; porque se os dará en aquella hora lo que debéis decir. No seréis vosotros los que habléis, sino el Espíritu de vuestro Padre el que hable por vosotros. El hermano entregará al hermano a la muerte, el padre al hijo, y se levantarán los hijos contra los padres y les darán muerte. Seréis aborrecidos de todos por mi nombre; el que persevere hasta el fin, ése será salvo.

Cuando os persigan en una ciudad, huid a otra; y si en ésta os persiguen, huid a una tercera. En verdad os digo que no acabaréis las ciudades de Israel antes que venga el Hijo del hombre. No está el discípulo sobre el maestro, ni el siervo sobre el amo; bástale al discípulo ser como su maestro y al siervo como su señor. Si al amo le llamaron Beelcebul,, cuańto más a sus domésticos. No los temáis, pues, porque nada hay oculto que no venga a descubrirse, ni secreto que no venga a conocerse. Lo que yo os digo en la oscuridad, decídlo a la luz, y lo que os digo al oído, predicadlo sobre los terrados. No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, que al alma no pueden matarla; temed más bien a aquel que puede perder el alma y el cuerpo en la gehena.

¿No se venden dos pajaritos por un as?, Sin embargo, ni uno de ellos cae en tierra sin la voluntad de vuestro Padre. Cuanto a vosotros, aun los cabellos todos de vuestra cabeza están contados. No temáis, pues; ¿No aventajáis vosotros a los pajaritos? Pues a todo el que me confesare delante de los hombres, yo también le confesaré delante

de mi Padre, que está en los cielos; pero a todo el que me negare delante de los hombres, yo le negaré también delante de mi Padre, que está en los cielos.

No penséis que he venido a poner paz en la tierra; no vine a poner paz, sino espada. Porque he venido a separar al hombre de su padre, y a la hija de su madre, y a la nuera de su suegra, y los enemigos del hombre serán los de su casa. El que ama al padre o a la madre más que a mí, no es digno de mí; y el que ama al hijo o a la hija más que a mí, no es digno de mí; y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí. El que halla su vida, la perderá, y el que la perdiere por amor de mí, la hallará. El que os recibe a vosotros, a mí me recibe, y el que me recibe a mí, recibe al que me envió. El que recibe al profeta como profeta, tendrá recompensa de profeta; y el que recibe al justo como justo, tendrá recompensa de justo; y el que diere de beber a uno de estos pequeños sólo un vaso de agua fresca en razón de discípulo, en verdad os digo que no perderá su recompensa.

Cuando hubo Jesús acabado de instruir a sus doce discípulos, partió de allí para enseñar y predicar en sus ciudades. (Mat. 9, 36-11, 1).

3. *Las siete parábolas,* Mt. 13, 1-52.

Mt. 13, 1-52.

Acercándosele los discípulos, le dijeron: ¿Por qué hablas en parábolas? Y les respondió diciendo: A vosotros os ha sido dado conocer los misterios del reino de los cielos; pero a esos, no. Porque al que tiene, se le dará más y abundará; y al que no tiene, aún aquello que tiene le será quitado. Por eso les hablo en parábolas, porque viendo no ven y oyendo no oyen ni entienden; y se cumpla en ellos la profecía de Isaías, que dice: "Cierto oiréis y no entenderéis, veréis y no conoceréis. Porque se ha endurecido el corazón de este pueblo, y han cerrado sus ojos para no ver con sus ojos y no oír con sus oídos, y para no entender en su corazón y convertirse, que yo los curaría".

Pero dichosos vuestros ojos, porque ven, y vuestros oídos, porque oyen. Pues en verdad os digo que muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron, y oír lo que vosotros oís, y no lo oyeron.

Oíd, pues, vosotros la parábola del sembrador. A quien oye la palabra del reino y no la entiende , viene el maligno y le arrebata lo que se había sembrado en su corazón: esto es lo sembrado junto al camino. Lo sembrado en terreno pedregoso es el que oye la palabra y desde luego la recibe con alegría; pero no tiene raíces en sí mismo, sino que es voluble, y en cuanto se levanta una tormenta o persecución a causa de la palabra, al instante se escandaliza. Lo sembrado entre espinas es el que oye la palabra; pero los cuidados del siglo y la seducción de las riquezas ahogan la palabra y queda sin dar fruto. Lo sembrado en buena tierra es el que oye la palabra y la entiende, y da fruto, uno ciento, otro sesenta, otro treinta.

Les propuso otra parábola, diciendo: Es semejante el reino de los cielos a uno que sembró en su campo semilla buena. Pero, mientras su gente dormía, vino el enemigo y sembró cizaña y se fue. Cuando creció la hierba y dió fruto, entonces apareció la cizaña. Acercándose los criados al amo, le dijeron: Señor, ¿No has sembrado semilla buena en tu campo? ¿ De donde viene, pues, que haya cizaña? Y él les contestó: Eso es obra de un enemigo. Dijéronle: ¿Quieres que vayamos y la arranquemos? Y les dijo: No, no sea que, al arrancar la cizaña, arranquéis con ella el trigo. Dejad que ambos crezcan hasta la siega; y al tiempo de la siega diré a los segadores: Tomad primero la cizaña y atadla en haces para quemarla, y el trigo recogedlo para encerrarlo en el granero.

Otra parábola les propuso, diciendo: Es semejante el reino de los cielos a un grano de mostaza que toma uno y lo siembra en su campo; y por ser la más pequeña de todas las semillas, cuando ha crecido es la más grande de todas las hortalizas y llega a hacerse un árbol, de suerte que las aves del cielo vienen a anidar en sus ramas.

Otra parábola les dijo: Es semejante el reino de los cielos al fermento que una mujer toma y lo pone en tres medidas de harina hasta que todo fermenta. Todas estas cosas dijo Jesús en parábolas a las muchedumbres, y no les hablaba nada sin parábolas, para que se cumpliera el anuncio del profeta, que dice: Abriré en parábolas mi boca, declararé las cosas ocultas desde la fundación del mundo. Entonces, dejando a la muchedumbre, se vino a casa, y sus discípulos se le acercaron, diciéndole: Explícanos la parábola de la cizaña del campo. El respondiendo, dijo: El que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre; el campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del reino; la cizaña son los hijos del maligno; el enemigo que la siembra es el diablo; la siega es la consumación del mundo; los segadores son los ángeles; a la manera, pues, que se recoge la cizaña y se quema en el fuego, así será en la consumación del mundo. Enviará el Hijo del hombre a sus ángeles y recogerán de su reino todos los escándalos y a todos los obradores de iniquidad, y los arrojarán en el horno de fuego, donde habrá llanto y crugir de dientes. Entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre. El que tenga oídos, que oiga.

Es semejante el reino de los cielos a un tesoro escondido en un campo, que quien lo encuentra lo oculta y, lleno de alegría, va, vende cuanto tiene y compra aquel campo. Es también semejante el reino de los cielos a un mercader que busca perlas preciosas, y hallando una de gran precio, va, vende todo cuanto tiene y la compra.

Es también semejante el reino de los cielos a una red barredera, que se echa en el mar y recoge peces de toda suerte, y llena, la sacan sobre la playa, y sentándose, recogen los peces en buenos canastos, y los malos, los tiran. Así será a la consumación del mundo; saldrán los angeles y separarán a los malos de los justos, y los arrojarán al horno de fuego; allí habrá llanto y crujir de dientes. ¿Habéis entendido todo esto? Respondiéronle: Sí. Y les dijo: Así, todo escriba instruido en la doctrina del reino de los cielos

es como el amo de casa, que de su tesoro saca lo nuevo y lo añejo. (Mat. 13, 1-52).

Mt. 18, 1-35. 4.- *Instrucciones a los discípulos,* Mt. 18, 1-35.

En aquel momento se acercaron los discípulos a Jesús diciendo: ¿Quién será el más grande en el reino de los cielos? El, llamando a sí a un niño, le puso en medio y dijo: En verdad os digo si no os volviereis y os hiciereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.

Pues el que se humillare hasta hacerse como un niño de éstos, ése será el más grande en el reino de los cielos, y el que por mí recibiere a un niño como éste, a mí me recibe; y al que escandalizare a uno de estos pequeñuelos que creen en mí, más le valiera que le colgasen al cuello una piedra de molino de asno y le hundieran en el fondo del mar. Ay del mundo por los escándalos. Porque no puede menos de haber escándalos; pero ay de aquel por quien viniere el escándalo.

Si tu mano o tu pie te escandaliza, córtatelo y échalo de ti; que mejor es entrar en la vida manco o cojo que con manos o pies ser arrojado al fuego eterno. Y si tu ojo te escandaliza, sácatelo y échalo de ti; que te vale más entrar con un solo ojo en la vida que con ambos ojos ser arrojado en la gehenna de fuego.

Mirad que no despreciéis a uno de esos pequeños, porque en verdad os digo que sus ángeles ven de continuo en el cielo la faz de mi Padre, que está en los cielos. Porque el Hijo del hombre ha venido a salvar lo perdido.

¿Qué os parece? Si uno tiene cien ovejas y se le extravía una, no dejará en el monte las noventa y nueve e irá en busca de la extraviada? Y si logra hallarla, cierto que se alegrara por ella más que por las noventa y nueve que no se habían extraviado. Así no es voluntad de vuestro Padre, que está en los cielos, que se pierda ni uno solo de estos pequeñuelos.

Si pecare tu hermano contra ti, ve y repréndele a solas. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano. Si no te escucha, toma contigo a uno o dos, para que por la palabra de dos o tres testigos sea fallado todo el negocio. Si los desoyere, comunícalo a la Iglesia, y si a la Iglesia desoye, sea para ti como gentil o publicano. En verdad os digo, cuanto atareis en la tierra será atado en el cielo, y cuanto desatareis en la tierra será desatado en el cielo. Aún más: os digo en verdad que si dos de vosotros conviniereis sobre la tierra en pedir cualquier cosa, os lo otorgará mi Padre, que está en los cielos. Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.

Entonces se le acercó Pedro y le preguntó: Señor, ¿Cuántas veces he de perdonar a mi hermano si peca contra mí? ¿Hasta siete veces? Dícele Jesús: No digo yo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete. Por esto se asemeja el reino de los cielos a un rey que quiso tomar cuentas a sus siervos. Al comenzar a tomarlas se le presentó uno que le debía diez mil talentos. Como no tenía con qué pagar, mandó el señor que fuese vendido él, su mujer y sus hijos y todo cuanto tenía, y saldar la deuda. Entonces el siervo, cayendo de hinojos, dijo: Señor, dame espera y te lo pagaré todo. Compadecido el señor del siervo aquel, le despidió, condonándole la deuda. En saliendo de allí, aquel siervo se encontró con uno de sus compañeros que le debía cien denarios, y, agarrándole, intentaba ahogarlo al tiempo que decía: Paga lo que debes. De hinojos le suplicaba su compañero, diciendo: Concédeme un plazo y te pagaré. Pero él se negó, y le hizo encerrar en la prisión hasta que pagara la deuda. Viendo esto sus compañeros, les desagradó mucho y fueron a contar a su señor todo lo que pasaba. Entonces hízole llamar el señor y le dijo: Mal siervo, te condoné yo toda tu deuda porque me lo suplicaste. ¿No convenía, pues, que tuvieras tú piedad de tu compañero, como la tuve yo de ti? E irritado, le entregó a los torturadores hasta que pagase toda la deuda. Así hará con vosotros mi Padre celestial si no perdonare cada uno a su hermano de todo corazón. (Mat. 18, 1-35).

Mt. 23, 1-36. 5.- *Discurso contra los escribas y fariseos,* Mt. 23, 1-36.

Entonces Jesús habló a las muchedumbres y a sus discípulos, diciendo: En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y fariseos. Haced, pues, y guardad lo que os digan, pero no los imitéis en las obras, porque ellos dicen y no hacen. Atan pesadas cargas y las ponen sobre las espaldas de los hombres, pero ellos ni con un dedo hacen por moverlas. Todas sus obras las hacen para ser vistos de los hombres. Ensanchan sus filacterias y alargan los flecos; gustan de los primeros asientos en los banquetes, y de las primeras sillas en las sinagogas, y de los saludos en las plazas, y de ser llamados por los hombres "rabbi". *Pero vosotros no os hagáis llamar rabbi, porque uno solo es vuestro Maestro, y todos vosostros sois hermanos. Ni llaméis Padre a nadie sobre la tierra, porque uno solo es vuestro Padre, el que está en los cielos. No os hagáis llamar doctores, porque uno solo es vuestro Doctor, el Mesías. El más grande de vosotros sea vuestro servidor. El que se ensalzare será humillado, y el que se humillare será ensalzado.*

Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que cerráis a los hombres el reino de los cielos. Ni entráis vosotros ni permitís entrar a los que querrían entrar. Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que recorréis mar y tierra para hacer un solo prosélito y luego de hecho le hacéis hijo de la gehenna dos veces más que vosotros. Ay de vosotros, guías de ciegos, que decís: Si uno jura por el templo, eso no es nada; pero si jura por el oro del templo, queda obligado. Insensatos y ciegos. ¿Qué vale más, el oro o el templo que santifica el oro? Y si alguno jura por el altar, eso no es nada; pero si jura por la ofrenda que está sobre él, ese queda obligado. Ciegos, ¿Qué es más, la ofrenda o el altar que santifica la ofrenda? Pues el que jura por el altar, jura por él y por lo que está encima de él. Y el que jura por el templo, jura por él y por quien lo habita. Y el que jura por el cielo, jura por el trono de Dios y por el que en él se sienta. Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que diezmáis la menta, el anís y el comino, y dejáis lo más grave de la Ley: la justicia, la misericordia y

la lealtad. Bien sería hacer aquello, pero sin omitir esto. Guías ciegos, que coláis un mosquito y os tragáis un camello. Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que limpiáis por fuera la copa y el plato, que por dentro están llenos de rapiñas y codicias. Fariseo ciego, limpia primero por dentro la copa para que también su exterior quede limpio. Ay de vosotros escribas y fariseos, hipócritas, que os parecéis a sepulcros encalados, hermosos por fuera, más por dentro llenos de huesos de muertos y de toda suerte de inmundicia. Así también vosotros, por fuera parecéis justos a los hombres, más por dentro estáis llenos de hipocresía y de iniquidad. Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que edificáis sepulcros a los profetas y adornáis los monumentos de los justos, y decís: Si hubiéramos vivido nosotros en tiempos de nuestros padres, no hubiéramos sido cómplices suyos en la sangre de los profetas. Ya con esto os dáis por hijos de los que mataron a los profetas. Colmad, pues, la medida de vuestros padres. Serpientes, raza de víboras, ¿Cómo escaparéis al juicio de la gehenna? Por esto os envío yo profetas, sabios y escribas, y a unos los mataréis y los crucificaréis, a otros los azotaréis en vuestras sinagogas y los perseguiréis de ciudad en ciudad, para que caiga sobre vosotros toda la sangre inocente derramada sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel hasta la sangre de Zacarías, hijo de Beraquías, a quien matasteis entre el templo y el altar. (Mat. 23, 1-36).

6.- Discurso escatológico, Mt. 24, 1-25,46.

"Saliendo Jesús del templo, se le acercaron sus discípulos y le mostraban las construcciones del templo. El les dijo: ¿No veis todo esto? En verdad os digo que no quedará aquí piedra sobre piedra que no sea demolida. Y sentándose en el monte de los Olivos, llegáronse a El aparte los discípulos, diciendo: Dinos cuándo será todo esto y cuál la señal de tu venida y de la consumación del mundo. Jesús les respondió: Cuidad que nadie os engañe, porque vendrán muchos en mi nombre y dirán: Yo soy el Mesías, y engañarán a muchos. Oiréis hablar de guerras y rumores de guerras; pero no os turbéis, porque es preciso que esto *Mt. 24, 1-25,46.*

sucede, más no es aún el fin. Se levantarán nación contra nación y reino contra reino, y habrá hambres y terremotos en diversos lugares; pero todo esto es el comienzo de los dolores.

Entonces os entregarán a los tormentos y os matarán, y seréis aborrecidos de todos los pueblos a causa de mi nombre. Entonces se escandalizarán, muchos y unos a otros se harán traición y se aborrecerán; y se levantarán muchos falsos profetas que engañarán a muchos, y por el exceso de la maldad se enfriará la caridad de muchos; más el que perseverare hasta el fin, ése será salvo. Será predicado este Evangelio del reino en todo el mundo, como testimonio para todas las naciones, y entonces vendrá el fin.

Cuando veréis, pues, la abominable desolación predicha por el profeta Daniel en el lugar santo (el que leyere entienda), entonces los que estén en Judea huyan a los montes; el que esté en el terrado no baje a tomar nada de su casa, y el que esté en el campo, no vuelva atrás en busca del manto. Ay de las que estén en cintas y de las que crien en aquellos días. Orad para que vuestra huida no tenga lugar en invierno ni en sábado. Porque habrá entonces una tan gran tribulación cual no la hubo desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá, y, si no se acortasen aquellos días, nadie se salvaría; más por amor de los elegidos se acortarán los días aquellos. Entonces, si alguno dijere: Aquí está el Mesías, no le creáis, porque se levantarán falsos mesías y falsos profetas, y obrarán grandes señales y prodigios para inducir al error, si posible fuera, aún a los mismos elegidos. Mirad que os lo digo de antemano. Si os dicen, pues,: Aquí está, en el desierto, no salgáis; aquí está, en un escondite, no lo creáis, porque como el relámpago que sale del oriente y brilla desde el occidente, así será la venida del Hijo del hombre. Donde está el cadáver, allí se reunen los buitres.

Luego, en seguida, después de la tribulación de aquellos días, se oscurecerá el sol, y la luna no dará su luz, y las

estrellas caerán del cielo, y los poderes del cielo se conmoverán. Entonces aparecerá el estandarte del Hijo del hombre en el cielo, y se lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con poder y majestad grande. Y enviará sus ángeles con resonante trompeta y reunirá de los cuatro vientos a sus elegidos, desde un extremo del cielo hasta el otro.

Aprended la parábola de la higuera: cuando sus ramos están tiernos y brotan las hojas, conocéis que el estío se acerca; así vosotros también, cuando veáis todo esto, entended que está próximo a las puertas. En verdad os digo que no pasará esta generación antes que todo esto suceda. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

De aquel día y de aquella hora nadie sabe, ni los ángeles del cielo ni el Hijo, sino sólo el Padre. Porque como en los días de Noé, así será la aparición del Hijo del hombre. En los días que precedieron al diluvio, comían, bebían, se casaban y se daban en casamiento hasta el día en que entró Noé en el arca; y no se dieron cuenta hasta que vino el diluvio y los arrebató a todos. Así será la venida del Hijo del hombre. Entonces estarán dos en el campo, uno será tomado y otro será dejado. Dos molerán en la muela, una será tomada y otra será dejada.

Velad, pues, porque no sabéis, cuándo llega vuestro Señor. Pensad bien que si el padre de familia supiera en qué vigilia vendría el ladrón, velaría y no permitiría horadar su casa. Por eso vosotros habéis de estar preparados, porque a la hora que menos penséis vendrá el Hijo del hombre. ¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente, a quien constituyó su amo sobre la servidumbre para darles provisiones a su tiempo? Dichoso el siervo aquel a quien, al venir su amo, hallare que hace así. En verdad os digo que le pondrá sobre toda su hacienda. Pero si aquel siervo malo dijera para sus adentros: Mi amo tardará, y comenzare a golpear a sus compañeros y a comer y beber con borrachos, vendrá el amo de ese siervo el día que menos lo es-

pera y a la hora que no sabe, y le separará y le asignará su suerte con los hipócritas allí habrá llanto y crujir de dientes.

Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que, tomando sus lámparas, salieron al encuentro del esposo. Cinco de ellas eran necias y cinco prudentes; las necias, al tomar las lámparas, no tomaron consigo aceite, mientras las prudentes tomaron aceite en sus alcuzas juntamente con sus lámparas. Como el esposo tardaba, se adormilaron todas y se durmieron. A la media noche se oyó un clamoreo: Ahí está el esposo, salid a su encuentro. Se despertaron entonces todas las vírgenes y se pusieron a preparar sus lámparas. Las necias dijeron a las prudentes: Dadnos aceite del vuestro, porque se nos apagan las lámparas. Pero las prudentes respondieron: No, porque podría ser que no bastase para nosotras y vosotras; id más bien a la tienda y compradlo. Pero mientras fueron a comprarlo llegó el esposo, y las que estaban prontas entraron con él a las bodas y se cerró la puerta. Llegaron más tarde las otras vírgenes, diciendo: Señor, señor, ábrenos. Pero él respondió: En verdad os digo que no os conozco. Velad, pues, que no sabéis el día ni la hora.

Porque es como si uno al emprender un viaje llama a sus siervos y les entrega su hacienda, dando a uno cinco talentos, a otro dos y a otro uno, a cada cual según su capacidad, y se va. Luego, el que había recibido cinco talentos se fue y negoció con ellos y ganó otros cinco. Asimismo el de los dos ganó otros dos. Pero el que había recibido uno se fue, hizo un oyo en la tierra y escondió el dinero de su amo. Pasado mucho tiempo, vuelve el amo de aquellos siervos y les toma cuentas, y llegando el que había recibido cinco talentos, presentó otros cinco, diciendo: Señor, tú me has dado cinco talentos: mira, pues, otros cinco que he ganado. Y su amo le dice: Muy bien, siervo bueno y fiel en lo poco, te constituiré sobre lo mucho; entra en el gozo de Tu señor. Llegó el de los dos talentos y dijo: Señor, dos talentos me has dado; mira, otros dos he ganado. Díjole su

amo: Muy bien, siervo bueno y fiel, has sido fiel en lo poco, te constituiré sobre lo mucho; entra en el gozo de tu señor. Se acercó también el que había recibido un solo talento y dijo: Señor, tuve cuenta que eres hombre duro, que quieres cosechar donde no sembraste y recoger donde no esparciste, y temiendo, me fui y escondí tu talento en la tierra; aquí lo tienes. Respondióle su amo: Siervo malo y haragán, ¿conque sabías que yo quiero cosechar donde no sembré y recoger donde no esparcí? Debías, pues, haber entregado mi denario a los banqueros, para que a mi vuelta recibiese lo mío con los intereses. Quitadle el talento y dádselo al que tiene diez, porque al que tiene se le dará y abundará; pero a quien no tiene aún lo que tiene se le quitará, y a ese siervo inútil echadle a las tinieblas exteriores; allí habrá llanto y crujir de dientes.

Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria y todos los ángeles con El, se sentará sobre su trono de gloria, y se reunirán en su presencia todas las gentes, y separará a unos de otros, como el pastor separa a las ovejas de los cabritos, y pondrá las ovejas a su derecha y los cabritos a su izquierda. Entonces dirá el Rey a los que están a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer, tuve sed, y me disteis de beber; peregriné, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; preso, y vinisteis a verme. Y le responderán los justos: Señor, ¿Cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos peregrino y te acogimos, desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte? Y el Rey les dirá: En verdad os digo que cuantas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis.

Y dirá a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y para sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui peregrino y no me alojas-

teis; estuve desnudo y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis. Entonces ellos responderán diciendo: Señor, ¿Cuándo te vimos hambriento, o sediento, o peregrino, o enfermo, o en prisión, y no te socorrimos? El les contestará diciendo: En verdad os digo que cuando dejasteis de hacer eso con uno de estos pequeñuelos, conmigo dejasteis de hacerlo. E irán al suplicio eterno y los justos a la vida eterna. (Mt. 24, 1-25,46).

En uno de esos discursos como un nuevo Moisés, da el Nuevo Código de vida: el de las bienaventuranzas. Y esto lo hace no como un simple comisionado para promulgar la voluntad de Dios, sino como un verdadero legislador con derecho propio: ***"Habéis oído que se dijo a los ancianos. . . pero yo os digo"*** Habla, pues, Jesús como el que tiene autoridad propia para establecer leyes religiosas y morales, normas para las relaciones con Dios, **(cfr. Mt. 5,27-28).**

En el evangelio de San Mateo Jesús reclama para sí la naturaleza de Hijo de Dios de una manera especial.

En **San Mateo 11,27**, Jesús expresa tener conciencia de su total unidad con el Padre al equiparar el conocimiento suyo con el del Padre: ***"Todas las cosas me han sido entregadas por mi Padre; nadie conoce al Hijo excepto el Padre y nadie conoce al Padre excepto el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiere revelárselo".***

Jesús aquí habla de su filiación en sentido propio, natural, equipararse al Padre en el conocimiento equivale a pretender una unidad tan íntima entre El y el Padre que no puede ser otra que la unidad en la naturaleza, aquella identidad natural que existe entre Padre e Hijo, unidad que se realiza perfectamente sólo en la identidad de naturaleza entre las personas divinas, (cfr. **De Deo Trino**).

Algunas escenas destacan en el Evangelio de San Mateo acerca de la revelación de la naturaleza de Jesús de Nazareth. La confesión de San Pedro en Cesarea. (Mt. 16,13ss);

la visión del juicio final, (cap. 25,34ss.); en el que el Hijo del Hombre vendrá con toda su majestad y gloria a separar con autoridad los buenos y los malos; la confesión de Cristo como Hijo de Dios ante el Sanhedrín; y las mofas de los judíos ante la cruz porque se había proclamado Hijo de Dios y. . . ahora Dios no venía a socorrerlo. . .

Fijémonos brevemente más en la descripción apocalíptica del juicio final. El Hijo del Hombre, Cristo, será el rey que vendrá a juzgar a todas las naciones, juicio que es prerrogativa exclusiva de Dios.

Mt. 25,31-46: "*Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria acompañado de todos sus ángeles, se sentará en su trono de gloria. Serán congregadas delante de él todas las naciones, y él separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos. Pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda. Entonces dirá el Rey a los de su derecha, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis, estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme. Entonces los justos le responderán: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; o sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero, y te acogimos; o desnudo, y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y fuimos a verte? Y el Rey les dirá: En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis.*

Mt. 25, 31-46.

Entonces dirá también a los de su izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el Diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer, tuve sed, y no me disteis de beber; era forastero, y no me acogisteis; estaba desnudo, y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis. Entonces dirán también éstos: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento o

forastero o desnudo o enfermo o en la cárcel, y no te asistimos? Y él entonces les responderá: En verdad os digo que cuanto dejasteis de hacer con uno de estos más pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo. E irán estos a un castigo eterno, y los justos a una vida eterna.

De la actitud del hombre para con este Rey que es Cristo mismo, depende su eterno destino: goce perpetuo del reino eterno del Padre o castigo eterno en el fuego. ¿Quién puede ser este personaje que decide sobre la suerte eterna de todo hombre y precisamente por la actitud que el hombre haya tomado para con El?

Las escenas arriba citadas sugieren la presencia en Cristo de algo más que humano. Pero al lado de éstas San Mateo pone otras que hacen resaltar tanto la humanidad de Cristo que nadie podría creerlo Dios si no lo supiera por otro lado. En el Getsemaní sufre una agonía de muerte; la finitud, la limitación de su humanidad es tan clara, tan patente en aquella lucha de su voluntad, tan manifiestamente humana, que estaríamos inclinados a dudar de su divinidad, (cfr. Mt. 26,36-46). *Entonces vino Jesús con ellos a un lugar llamado Getsemaní y les dijo: Sentaos aquí mientras yo voy a orar. Y tomando a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a entristecerse y angustiarse. Entonces les dijo: Triste está mi alma hasta la muerte; quedaos aquí y velad conmigo y adelantándose un poco, se postró sobre su rostro, orando y diciendo: Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz; sin embargo, no se haga como yo quiero, sino como quieres tú. Y viniendo a los discípulos, los encontró dormidos, y dijo a Pedro: ¿De modo que no habéis podido velar conmigo una hora? Velad y orad para que no accedáis a la tentación; el espíritu está pronto, pero la carne es flaca. De nuevo, por segunda vez, fue a orar, diciendo: Padre mío, si esto no puede pasar sin que yo lo beba, hágase tu voluntad. Y volviendo otra vez, los encontró dormidos; tenían los ojos cargados. Dejándolos, de nuevo se fue a orar por tercera vez, diciendo aún las mismas palabras. Luego vino a los discípulos y les dijo: Dormid ya*

Mt. 26, 36-46.

y descansad, que ya se acerca la hora y el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. Levantaos, vamos; ya llega el que va a entregarme. (Mt. 26, 36-46).

En esta perícopa S. Mateo nos describe a un hombre que siente todo el peso abrumador de la inminente pasión, y sufre por ella como cualquier hombre habría podido sufrir.

Jesús fue verdaderamente hombre, como nosotros. **¡Dios se encarnó, se hizo realmente hombre!**

IV. HECHOS DE LOS APOSTOLES (S. Lucas).

Los sinópticos, y en gran parte también las Actas, nos presentan la Buena Nueva de Jesús en forma de enseñanza Cristiana, de *didaké,* en forma de *Kerigna,* de anuncio, de predicación. Vamos a ver ahora cómo anunció a Jesús la Iglesia apostólica tal cual aparece en las Actas.

Por los discursos de Pedro y Pablo vemos que, igual que los Evangelios, anuncian a Jesús como Señor y Salvador. A la vista de la misericordia de Dios que concede la fe en Cristo también a los gentiles en el Centurión Cornelio, San Pedro exclama:

> ***"Verdaderamente comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en cualquier nación el que le teme y practica la justicia le es grato. El ha enviado su Palabra a los hijos de Israel anunciándoles la Buena Nueva de la paz por medio de Jesucristo que es el Señor de todos. Vosotros sabéis lo sucedido en toda Judea, comenzando por Galilea, después que Juan predicó el bautismo; cómo Dios a Jesús de Nazareth le ungió con el Espíritu Santo y con poder, y cómo él pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el Diablo, por que Dios estaba con él; y nosotros somos testigos de todo lo que hizo en la región de los judíos y en***

Jerusalén, a quien llegaron a matar colgándole de un madero; a éste, Dios le resucitó al tercer día y le concedió la gracia de aparecerse, no a todo el pueblo, sino a los testigos que Dios había escogido de antemano, a nosotros que comimos y bebimos con él después que resucitó de entre los muertos. Y nos mandó que predicásemos al Pueblo, y que diésemos testimonio de que él está constituido por Dios juez de vivos y muertos. De éste todos los profetas dan testimonio de que todo el que cree en él alcanza, por su nombre, el perdón de los pecados". (Act. 10, 34-43).

Cristo es, pues, el "**Señor de todos**" el designado como Juez de vivos y muertos; únicamente en su nombre puede salvarse la humanidad. La adhesión a la fe en este nombre, el bautismo en El es el único medio de salvación del pecado, (cfr. Act. 10,48). S. Pedro no lo llama Dios tal vez porque este nombre, Dios, *THEOS*, era reservado únicamente para el Padre.

El gran hecho que los Apóstoles como testimonios deben anunciar sobre Cristo es que Dios le ha resucitado, y constituido Señor y Salvador de toda la humanidad.

Después de la venida del Espíritu Santo en Pentecostés, S. Pedro recuerda a los judíos que todo lo que estaba sucediendo alrededor de la persona de Jesús (difusión del Espíritu Santo, conocimiento de las lenguas por los Apóstoles, etc.), había sido ya anunciado en el A.T., por el profeta Joel:

"Sucederá después de esto que yo derramaré mi Espíritu en toda carne. Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones. Hasta en los siervos y las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días. Y realizaré prodigios en el cielo y en la tierra. Sangre, fuego, columnas de humo. El sol

se cambiara en tinieblas y la luna en sangre, ante la venida del Día de Yahveh, grande y terrible. Y sucederá que todo el que invoque el nombre de Yahveh será salvo, porque en el monte Sion y en Jerusalén habrá supervivencia, como ha dicho Yahveh, y entre los supervivientes estarán los que llame Yahveh. (Joel. 3,1-5).

Y San Pedro continúa anunciando a Jesús de la siguiente manera:

"Israelitas, escuchad éstas palabras: A Jesús Nazareno, hombre a quien Dios acreditó entre vosotros con milagros, prodigios y señales que Dios hizo por su medio entre vosotros, como vosotros mismos sabéis, a éste, que fue entregado según el determinado designio y previo conocimiento de Dios, vosotros lo matasteis clavándole en la cruz por mano de los impíos; a éste, pues, Dios le resucitó librándolo de los dolores del Hades, pues no era posible que quedase bajo su dominio. A este Jesús Dios le resucitó; de lo cual todos nosotros somos testigos. Y exaltado por la diestra de Dios, ha recibido del Padre el Espíritu Santo prometido y ha derramado lo que vosotros veis y oís. Pues David no subió a los cielos y sin embargo dice: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies.

Sepa, pues, con certeza toda la casa de Israel que Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado. (Act. 2,22-24. 32-36).

Esta es una de las formas que más hay que tener en cuenta para saber cómo anunciaron a Jesús los apóstoles.

Este hombre —predica S. Pedro— que a los judíos pareció un simple hombre durante su vida mortal, ha sido resucitado y exaltado por Dios, constituido Señor y Cristo y es el que dispone de la difusión del Espíritu Santo. Esta es la primitiva fórmula cristiana de fe: Jesús es al mismo tiempo Señor y Cristo, Mesías.

Con la conversión de 3,000 oyentes se formó la primitiva comunidad cristiana alimentada por la enseñanza o predicación de los apóstoles y por la fracción del pan, (Act. 2,42). El centro de esta primera comunidad, tanto en la predicación como en la fracción del pan, que probablemente era la función eucarística, era Jesús: el anunciado en la palabra, el recordado o celebrado en la liturgia y el invocado en la oración.

Al predicar a Cristo los discípulos insisten en que este hombre que ha sufrido en la cruz es aquel mismo Siervo de Yahveh o Varón de dolores de Isaías (Cap. 52 y 53), y que por tanto la pasión y muerte no debe ser un obstáculo para ser aceptado como Mesías y Señor, pues tenía que suceder así estando predicho en el A.T. Dios Padre —insisten los primeros discípulos y apóstoles— ha glorificado a este varón de dolores que es su Hijo Jesús. . . Y que es el autor de la vida, (Act. 3,13.15; 4,27). De la misma manera lo anuncia el diácono Felipe al eunuco de
Act. 8, 26-40. Etiopía, (Act. 8, 26-40; especialmente: 8,36-38). *El angel del Señor habló a Felipe, diciendo: Levántate y ve hacia el mediodía, por el camino que por el desierto baja de Jerusalén a Gaza. Púsose luego en camino, y se encontró con un varón etíope, eunuco, ministro de Candaces, reino de los etíopes, intendente de todos sus tesoros. Había venido a adorar a Jerusalén, y se volvía sentado en su coche, leyendo el profeta Isaías. Dijo el Espíritu a Felipe: Acércate y llégate a ese coche. Aceleró el paso Felipe; y oyendo que leía al profeta Isaías, le dijo: ¿Entiendes por ventura lo que lees? El le contestó: ¿Cómo voy a entenderlo si alguno no me guía? Y rogó a Felipe que subiese y se sentase*

a su lado. El pasaje de la Escritura que iba leyendo era éste:

"Como una oveja llevada al matadero y como un cordero ante el que lo trasquila, enmudeció y no abrió su boca. En su humillación ha sido consumado su juicio; su generación ¿Quién la contará?, porque su vida ha sido arrebatada de la tierra".

Preguntó el enunuco a Felipe: Dime, ¿De quién dice eso el profeta? ¿De sí mismo o de otro? Y abriendo Felipe sus labios y comenzando por esta escritura, le anunció a Jesús. Siguiendo su camino llegaron a donde había agua, y dijo el eunuco: Aquí hay agua; ¿Qué impide que sea bautizado? Felipe dijo: Si crees de todo corazón, bien puedes. Y respondiendo, dijo: Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios.

Mandó parar el coche y bajaron ambos al agua, Felipe y el eunuco, y le bautizó. En cuanto subieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe, y ya no le vió más el eunuco, que continuó alegre su camino. Cuanto a Felipe, se encontró en Azoto, y de paso evangelizaba todas las ciudades hasta llegar a Cesarea. (Act. 8,26-40).

Hemos dicho que Cristo había prometido a sus discípulos la misma suerte suya, la cruz y también la gloria. Pocos años después de la muerte del Maestro cabe la misma suerte a algunos de sus seguidores. El primero, San Esteban. La adhesión al Maestro, la fe en El empieza a producir frutos. San Esteban se entrega con tanto ardor a Cristo que no duda en dar su vida por aquel Maestro que antes lo había amado y había dado su vida por él. Apedreado y moribundo confiesa ver los cielos abiertos y al Hijo del Hombre a la diestra de Dios. (Act. 7,55ss).

Antes de expirar Esteban recuerda el ejemplo de su Maestro en la cruz, la ley del perdón, del amor y exclama confesando a Cristo como Señor: ***"Señor Jesús, recibe mi espíritu, Señor, no les imputes este pecado"***, (Act. 7,59s y Lc. 23,34).

Hablando a los judíos predica a Cristo como el cumplimiento, la plenitud de la ley mosaica, del templo, de su culto. Habla de los Padres y profetas, de Abraham, José, Moisés, Josué, David, Salomón, como simples preparadores, precursores del verdadero justo, Jesús de Nazareth, a quien Israel traicionó y entregó a la muerte. Como hemos dicho, S. Esteban muere confesando a Jesús como Señor...

Ante este hombre que daba su vida por Cristo confesado y amado como Señor, estaba un joven meditando ciertamente sobre tanto heroísmo: **SAULO**. El empezará a perseguir a este hombre que había muerto en la cruz, en la persona de sus seguidores. Pero pronto se verá obligado también él a doblegarse ante este Señor que tantos adeptos iba ganando. Camino de Damasco es derribado por Cristo y de un perseguidor furibundo se transforma en un ardiente Apóstol: ***"Señor, qué quieres que yo haga"*** (Act. 9,4-6). Sin haber hablado con Cristo en esta tierra, Saulo llega a la misma fe de los demás apóstoles: ***"Jesús es Señor"***. Tan convencido está de esta verdad que empleará toda su vida para predicarla hasta sellarla con su muerte. **¡Pero, San Pablo se merece un capítulo aparte!**

CAPITULO IV

LA CRISTOLOGIA DE SAN PABLO

(Cfr. L. Cerfaux, "**Jesucristo en San Pablo**", Bilbao, Editorial Desclée de Brouwer. F. Prat. S.J. "**La Teología di San Paolo**". II vol. Torino, S.E.I., 1958, lib. II al IV).

I. INTRODUCCION

1. CRISTO EN LA EXPERIENCIA ESPIRITUAL DE SAN PABLO:

Para comprender la teología de San Pablo hay que conocer, aunque sea brevemente, su experiencia espiritual, pues ésta influyó muchísimo en su teología.

Empecemos por recordar lo que nos dice en la Epístola a los Filipenses (Filip. 3,7-8): ***"Pero lo que era para mí ganancia, lo he juzgado una pérdida a causa de Cristo. Y más aún: juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quién dí todas las cosas, y las tengo por basura para ganar a Cristo".***

En la base de toda la vida y toda la reflexión teológica de San Pablo, estuvo en primer lugar el suceso extraordinario de su conversión camino de Damasco, y que fué como una captura total del ser de Pablo por Cristo.

Esta primera experiencia espiritual o conversión de San Pablo tuvo tres aspectos fundamentales:

a) Un encuentro personal con Cristo.
b) Toma de conciencia del misterio de Cristo resucitado.
c) Una conversión.

a) **El encuentro personal con Cristo:** En el día de su conversión nos dice San Pablo que fue alcanzado, aferrado por Cristo: como un corredor, Cristo se abalanza sobre Pablo, y como premio de su victoria lo aprieta fuertemente haciéndole apóstol suyo, no de segunda categoría, sino en paridad de condiciones con los demás apóstoles.

b) **Toma de conciencia del misterio de Cristo resucitado:** El Cristo con el cual se encuentra camino de Damasco, no es el Cristo mortal, sino el Cristo resucitado que vive para siempre. Es el Cristo en el brillo y explendor de su gloria. Es el resucitado que ha sido constituido cabeza de un cuerpo que es la Iglesia, y que constituye, con los incorporados a El, un solo y mismo viviente, hasta tal punto que perseguirles a ellos es perseguirle a El mismo.

De ahí la enorme diferencia de perspectiva entre Pablo y los sinópticos. Mientras que éstos, proyectando en cierto modo la luz de la resurrección sobre la vida mortal de Cristo, trataban de hacernos partir de este Cristo ***"según la carne"***, para hacernos descubrir progresivamente al Hijo de Dios, Pablo prefiere partir directamente del Cristo resucitado. Esta perspectiva en la que ve a Cristo, influirá enormemente en su Teología.

c) **Una Conversión:** Camino de Damasco, Saulo fue arrancado de su pecado, de su vida pasada, pasando de las tinieblas a la luz, de la muerte a la vida, (Cfr. Act. 9,1ss; 22,3; 26,9-18; Gál. 1,11-17). Act. 26,9-18: *Yo me creí en el deber de hacer mucho contra el nombre de Jesús Nazareno, y lo hice en Jerusalén, donde encarcelé a muchos santos, con poder que para ello tenía de los príncipes de los sacerdotes, y cuando eran muertos, yo daba mi voto. Muchas veces por todas las sinagogas los obligaba a blasfemar a fuerza de castigos, y, loco de furor contra ellos, los perseguí hasta en las ciudades extrañas.*

Act. 26, 9-18.

Para esto mismo iba yo a Damasco, con poder y autorización de los príncipes de los sacerdotes; y al mediodía, oh rey, vi en el camino una luz del cielo, más brillante que el sol, que me envolvía a mí y a los que me acompañaban. Caídos a tierra, oí una voz que me decía en lengua hebrea: Saulo, Saulo, ¿Porqué me persigues? Duro te es dar coces contra el aguijón. Yo contesté: ¿Quién eres, Señor? El Señor me dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Pero levántate y ponte en pie, pues para esto me he dejado ver de ti, para hacerte ministro y testigo de lo que has visto y de lo que te mostraré aún, librándote del pueblo y de los gentiles, a los cuales yo te envío para que les abras los ojos, se conviertan de las tinieblas a la luz y del poder de Satanás a Dios, y reciban la remisión de los pecados y la herencia entre los debidamente santificados por la fe en mí. (Act. 26, 10-18). Gal. 1, 11-17: *Porque os hago saber, hermanos, que el evangelio, por mí predicado no es de hombres, pues yo no lo recibí o aprendí de los hombres, sino por revelación de Jesucristo. En efecto, habeis oído mi conducta de otro tiempo en el judaísmo, cómo con gran furia perseguía a la Iglesia de Dios y la desvastaba, aventajando en el celo por el judaísmo a muchos de los coetáneos de mi nación y mostrándome estremadamente celador de las tradiciones paternas. Pero cuando plugo al que me segregó desde el seno de mi madre, y me llamó por su gracia, para revelar en mí a su Hijo, anunciándole a los gentiles, al instante, sin pedir consejo a la carne ni a la sangre, no subí a Jerusalén a los apóstoles que eran antes de mí, sino que partí para la Arabia y de nuevo volví a Damasco.* (Gal. 1,12-17). De un perfecto fariseo, Jesús hizo un perfecto apóstol suyo. A la Luz de esta conversión, de este cambio tan radical, debemos entender la idea de la salvación en la teología de San Pablo:

Gal. 1, 11-17.

> *"No por las obras mías. . . sino por la fe en Cristo. . . —él que antes había confiado tanto en el valor de la observancia de la ley. . . la salvación no viene por la observancia de la ley, sino por la fe en Cristo".*

En base a esta conversión debemos entender también tantas y tan fuertes antítesis, en la teología de San Pablo: carne y espíritu, hombre viejo y hombre nuevo, primero y segundo Adán, etc. Parecería como si la ruptura que representó el encuentro de Damasco en la vida de San Pablo, se prolongase y se reflejase en toda su visión cristiana del mundo.

2. LUGAR QUE OCUPO CRISTO EN LA TEOLOGIA PAULINA.

La conversión empezó en el encuentro personal con Cristo en Damasco. Desde aquel encuentro, el centro de atracción de la vida de Pablo será única y totalmente Cristo.

Bástenos recordar algunos de los textos en que habla como enamorado de Cristo, de lo que cuenta el Señor para él, y de lo que debía ser para todo hombre.

Para Pablo, la vida, el vivir, es Cristo: *"Para mí, la vida es Cristo"* (Fil. 1,21); *"Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí. Y aunque al presente vivo en carne, vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí"* (Gal. 2,20).

Por lo contrario, vivir sin Cristo, no es vida; es estar sin Dios, sin esperanza aquí abajo.

"Acordaos —escribe a los Efesios— *de que un tiempo (antes de vuestra conversión a Cristo) estuvísteis sin Cristo, alejados de la sociedad de Israel, extraños a la alianza de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo"* (Ef. 2,12).

San Pablo anhelaba tanto unirse con Cristo que ansiaba ardientemente la muerte, pues *"morar en este cuerpo es estar ausentes del Señor"* (2 Cor. 5,6).

Todo nuestro deseo debería ser, dice San Pablo en 2 Cor. 5,8. *"partir del cuerpo y estar presente al Señor"*.

Sólo con este amor tan intenso de Pablo al Señor, podemos entender el lugar tan extraordinario que ocupa Cristo en la oración de San Pablo, que pone todos sus contentos con Dios en relación inmediata con Jesucristo.

II. DOCTRINA SOBRE CRISTO

Veamos la trayectoria o desarrollo del pensamiento paulino acerca de Cristo.

Para Pablo, como para toda la Iglesia primitiva, el punto de partida de la reflexión es el misterio de la resurrección y la luz que este misterio proyecta sobre el misterio de Cristo.

A través de la gloria de este Cristo resucitado y glorioso, San Pablo llega a contemplar su preexistencia eterna, la preexistencia de aquel que es antes de todas las cosas. (Col. 1,17).

No se olvida San Pablo de la vida de Cristo aquí abajo, del Cristo mortal, ***"del Cristo según la carne"*** como dice en **2** Cor. **5,16**; pero considera esta etapa definitivamente rebasada. Lo que cuenta para él en adelante es la novedad de vida en la que nos introduce la resurrección de Cristo.

Pero las tres etapas de la vida de Cristo, las tiene en cuenta San Pablo: **su preexistencia eterna —su vida mortal— su existencia gloriosa.**

Veamos, pues, el pensamiento de San Pablo respecto a Cristo, conforme a estas tres etapas o aspectos del misterio del Señor.

1. EL CRISTO SEÑOR

a) Resurrección y exaltación del Hijo:

San Pablo desarrolla (sistemáticamente) y sistematiza el mesianismo real del Antiguo Testamento. Siguiendo la línea de los **Hechos de los Apóstoles.** En el día de su entronización solemne el rey Mesías oye que Dios le dice: *"Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy"* (Cfr. Act. 13,13; **Hebr. 1,5; 2 Sam. 7,14; Sal. 2 y Sal. 89).**

Esto se realiza precisamente, dice San Pablo, con la resurrección de Cristo. En el día de su resurrección, que es al mismo tiempo el de su entronización solemne como Mesías-Rey, Cristo fue constituido y fue establecido como Hijo de Dios. Esta idea la expone San Pablo tanto en **Rom. 1,1-4** como en **Fil. 2,6-11.**

Rom. 1,1-4: ***"Pablo, siervo de Cristo Jesús, apóstol por vocación, escogido para el Evangelio de Dios, que había ya prometido por medio de sus profetas en las Escrituras Sagradas, acerca de su Hijo, nacido del linaje de David según la carne, constituido Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por su resurrección de entre los muertos, Jesucristo Señor nuestro. . ."***

En este texto San Pablo opone dos estados sucesivos de Cristo: primero nació de la estirpe de David según la carne y, luego fue establecido Hijo de Dios por su resurrección de entre los muertos.

¿Con esto quiere decir San Pablo que con la resurrección se convirtió Cristo en Hijo de Dios mientras que antes no lo era? ¡No!, tal interpretación iría contra la noción misma de Hijo de Dios, contra la sana filosofía y contra el resto del pensamiento paulino.

Jesucristo fue constituido no ya Hijo de Dios puesto que lo era ya antes de ser Hijo de David, sino Hijo de Dios en poder, es decir investido del poder que convenía a su dignidad, irradiando su gloria con todo su explendor en oposición a su estado de humillación en su carne pasible y mortal en la que vivió por 33 años.

Como ya hemos observado, mientras para los sinópticos lo que ocupaba el primer plano, el punto de partida era la vida terrena del Señor, San Pablo lo centra todo en la gloria de su resurrección. Nos invita a fijarnos atentamente en Cristo resucitado, en su gloria actual y en su actividad salvífica. Con todo ello nos indica que el estado disminuido en el que se nos había aparecido Cristo aquí no correspondía plenamente a su dignidad de Hijo de Dios. Con la resurrección aquella *Kenosis*, disminución, humillación, anonadamiento, llega a su fin: la dignidad moral volvió a encontrar sus derechos haciendo que el misterio de Cristo brille con todo su esplendor. Con la resurrección Cristo es exaltado, su divinidad se hace transparente a través de una humanidad no ya pasible y mortal sino gloriosa y conforme al nuevo estado de gloria.

Fil. 2,5-11: ***"Tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo: El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios.***

Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz.

Por lo cual Dios le exaltó y le otorgó el Nombre, que está sobre todo nombre. Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Cristo Jesús es Señor para gloria de Dios Padre".

Sea este himno original de San Pablo o sea que lo haya compuesto inspirándose en otro ya existente nos refleja todo el proceso interno del pensamiento paulino.

Cristo se vació de sí mismo, nos dice San Pablo. No que se vaciara de su naturaleza divina o que renunciara a su divinidad. Se despojó libremente de aquella gloria a la que tenía derecho y que debería normalmente haberse desprendido de su humanidad; pero decidió privarse de ella para recibirla de su Padre como premio de su sacrificio. En el día de su resurrección y exaltación Cristo es puesto en posesión de todas las prerrogativas y privilegios divinos.

Su cuerpo se convirtió con la resurrección y glorificación, como dice Cerfaux (o.c. Pág. 339) en ***"el lugar donde se encuentra el poder santificador de la divinidad"***. En adelante Cristo es para nosotros ***"sabiduría, justicia, santificación y redención"*** (1 Cor. 1,30).

Con la glorificación de Cristo se realiza, pues, como
Hebr. 1, 1-5. una especie de nueva creación (Hebr. 1, 1-5). *Muchas veces y en muchas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros padres, por ministerio de los profetas; últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo a quien constituyó heredero de todo, por quien también hizo el mundo; y que siendo el esplendor de su gloria y la imagen de su sustancia, y el que con su poderosa palabra sustenta todas las cosas después de hacer la purificación de los pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas, hecho tanto mayor que los ángeles, cuanto heredó un nombre más excelente que ellos*

Pues ¿a cuál de los ángeles dijo alguna vez: "Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy" y luego: "Yo seré para él Padre, y El será Hijo para mí"? (Hebr. 1,1-5).

Resumiendo: Aquello que fué lo primero en la reflexión Cristológica de San Pablo sigue siendo la base de toda su Cristología, es decir la gloria misteriosa con la que la resurrección dotó a la humanidad de Cristo y que hizo de ella un *"Espíritu vivificante"* (1 Cor. 15, 45).

b) Títulos y prerrogativas divinas del Cristo glorioso

Es siempre la reflexión de San Pablo lo que estamos considerando. El examinar los títulos y prerrogativas que San Pablo ve en Cristo resucitado nos ayudará a penetrar más profundamente en el misterio del Señor.

La transformación que se llevó a cabo en la vida y en el ser de Cristo mediante su resurrección es muy significativa para San Pablo, puesto que no es glorificación suplementaria que viniera a añadirse en algún modo al misterio profundo de Cristo. No es más que la manifestación exterior y transparente del verdadero misterio de Cristo. Da aquí la importancia suma de todos lo títulos y prerrogativas que San Pablo atribuye al Señor glorificado: éstos nos muestran de una manera relumbrante lo que traslucía ya en parte, en toda la vida mortal de Cristo, pero que no se manifestaba todavía más que de una manera velada.

En adelante no habría ya posibilidad de equívoco: la gloria de la divinidad aparece en toda su luz y brilla en todas partes.

Es significativo que cuando San Pablo trata de formular estos títulos de gloria usa a veces expresiones que en el Antiguo Testamento se aplican al mismo Yavé.

Son cuatro las prerrogativas o títulos principales que San Pablo atribuye al Cristo glorioso: ***estar sentado a la diestra de Dios, *haber recibido el nombre que está sobre todo nombre, *ser juez y *ser el señor rey, todopoderoso.**

* Está a la diestra de Dios (Cfr. Rom. 8,34; Efh. 1,20; 2,5; Col. 3,1; Hbr. 1,4).

Esta expresión la había usado ya el mismo Cristo en su diálogo con el sumo sacerdote (Mc. 14,62 y en discusión con los fariseos citando al profeta David: "*¿Cómo dicen los escribas que el Mesías es Hijo de David?*" David mismo, inspirado por el Espíritu Santo, ha dicho: *"Dijo el Señor a mi Señor, siéntate a mi derecha. . ."* (Mc. 12,
Mc. 12, 35-44. 35-44). *Tomando Jesús la palabra, decía, enseñando en el templo: ¿Cómo dicen los escribas que el Mesías es el hijo de David? David mismo, inspirado por el Espíritu Santo, ha dicho: Dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi derecha hasta que ponga a tus enemigos debajo de tus pies. El mismo David le llama Señor; ¿De donde, pues, viene que sea hijo suyo? Una gran muchedumbre le escuchaba con agrado. En su enseñanza les decía: Guardaos de los escribas, que gustan de pasearse con rozagantes túnicas, de ser saludados en las plazas y de ocupar lo primeros asientos en las sinagogas y los primeros puestos en los banquetes, mientras devoran las casas de las viudas y simulan largas oraciones. Estos tendrán un juicio muy severo.*

Estando sentado enfrente del gazofilacio, observaba cómo la multitud iba echando monedas de cobre en el tesoro, y muchos ricos echaban mucho. Llegándose una viuda pobre, echó dos leptos, que hacen un cuadrante, y llamando a los discípulos les dijo: En verdad os digo que esta pobre viuda ha echado más que todos cuantos echan en el tesoro, pues todos echan de lo que les sobra, pero ésta en su miseria ha echado todo cuanto tenía, todo su sustento. (Mc. 12, 35-44).

Esta expresión era algo muy fuerte para los judíos: estar sentado a la derecha de Dios para ellos implicaba cierta igualdad con Dios.

* Cristo recibió *"el nombre que está sobre todo nombre"* (Filipenses 2, 9-ss).

Como es sabido, para los semitas el nombre no representa solamente el vocablo abstracto con que nosotros designamos a una persona, sino que forma parte de alguna manera de esa misma persona.

Esto era particularmente verdadero del nombre por excelencia, del nombre divino. Por ello el israelita lo invocaba, lo temía, lo bendecía.

El nombre de Jesús es todo poderoso. En virtud de este nombre San Pedro cura al tullido de la puerta Hermosa (Act. 3, 4-10). *Pedro y Juan, fijando en él los ojos, le dijeron: Míranos. El los miró, esperando recibir de ellos alguna cosa. Pero Pedro le dijo: No tengo oro ni plata; lo que tengo, eso te doy: En Nombre de Jesucristo Nazareno, camina. Y tomándole de la diestra, le levantó, y al punto sus pies y sus talones se consolidaron; y de un brinco se puso en pie, y comenzando a caminar entró con ellos en el templo, saltando y brincando y alabando a Dios. Todo el pueblo, que le vió andar y alabar a Dios, reconoció ser el mismo que se sentaba a pedir limosna en la puerta Hermosa del templo, y quedaron llenos de admiración y espanto por lo sucedido.* (Act. 3, 4-10). Sólo en este nombre podrá salvarse la humanidad dirá San Pedro en Actas 4, 12. De aquí la importancia extrema de este nombre de Jesús (Salvador, el que salva) de tal manera que San Pablo concluirá en Filipenses 2, 10 que ante este nombre deberá doblar la rodilla todo cuanto hay en los cielos, en la tierra y en los abismos.

Act. 3, 4-10.

De tanta importancia era este nombre para la primitiva Iglesia que los cristianos eran designados precisamente como *"Los que invocan el nombre de Jesús".* (Act. 9, 13-21). *Y contestó Ananías: Señor he oído a muchos hablar de*

Act. 9, 13-21.

este hombre cuántos males ha hecho a tus santos en Jerusalén, y que viene aquí con poder de los príncipes de los sacerdotes para prender a cuantos invocan tu nombre. Pero el Señor le dijo: Ve, porque es éste para mí vaso de elección, para que lleve mi nombre ante las naciones y los reyes y los hijos de Israel. Yo le mostraré cuánto habrá de padecer por mi nombre.

Fue Ananías y entró en la casa, e imponiéndole las manos, le dijo: Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino que traías, me ha enviado para que recobres la vista y seas lleno del Espítiru Santo. Al punto se le cayeron de los ojos unas como escamas y recobró la vista; y levantándose, fue bautizado, tomó alimento y se repuso. Pasó algunos días con los discípulos en Damasco, y luego se dió a predicar en las sinagogas que Jesús es el Hijo de Dios; y cuantos le oían quedaban fuera de sí, diciendo: ¿No es éste el que en Jerusalén perseguía a cuantos invocaban este nombre, y que a esto venía aquí, para llevarlos atados a los sumos sacerdotes? Act. 9, 13-21).

* Cristo es juez

Para San Pablo Cristo es el único que puede actualmente escudriñar los corazones, el único que en el futuro (juicio final) iluminará los escondrijos de las tinieblas y hará manifiestos los propósitos de los corazones y entonces cada uno tendrá la alabanza de Dios (1 Cor. 4, 5). Para San Pablo el juicio de Cristo equivale al juicio de Dios. En Romanos 14, 10 habla del tribunal de Dios ante el cual todos tendremos que comparecer un día y en II Cor. 5, 10 trata del tribunal de Cristo ante el cual todos quedaremos al descubierto (Cfr. II Tim. 1, 6; Colosenses 3, 24).

Pero el texto más significativo para conocer la convic-
II Thes. ción de San Pablo acerca de la potestad universal de Cristo
1, 4-10. como juez es II Thes. 1, 4-10. . . . *Y nosotros mismos nos*

gloriamos de vosotros en las iglesias de Dios por vuestra paciencia y vuestra fe en todas vuestras persecuciones y en las tribulaciones que soportáis. Todo esto es prueba del justo juicio de Dios, para que seáis tenidos por dignos del reino de Dios, por el cual padecéis.

Pues es justo a los ojos de Dios retribuir con tribulación a los que os atribulan, y a vosotros, atribulados, con descanso en compañía nuestra en la manifestación del Señor Jesús desde el cielo con sus milicias angélicas tomando venganza en llamas de fuego sobre los que desconocen a Dios y no obedecen al Evangelio de nuestro Señor Jesús. Esos serán castigados a eterna ruina, lejos de la faz del Señor y de la gloria de su poder, cuando venga para ser glorificado en sus santos y admirado aquel día en todos los que habéis creído por haber recibido nuestro testimonio. (II Thes. 1, 4-10). En este texto se ve a Jesucristo ocupar el lugar que era propio de Yavé en el A.T.

El lenguaje de San Pablo aquí es apocalíptico probablemente inspirado en Is. Cap. 66 y presenta a Cristo ejerciendo el juicio de Dios en su propio nombre. *"El día de Dios"* la parusía de Yavé que era anunciada por los profetas en el A.T. es para San Pablo y para toda la Iglesia primitiva el día de Jesús, la parusía de Jesús que ocupa el lugar de Yavé.

* Cristo es el Señor Rey todopoderoso

Cristo murió y resucitó para dominar sobre muertos y vivos (Rom. 14, 9) y Cristo es Rey, dominador no sólo sobre los hombres y seres terrestres sino también de aquellas potestades celestes que en la antigüedad se creía reinaban sobre el mundo y lo gobernaban. Cfr. Eph. 1, 10; Col. 2, 15 donde dice: *"y despojando a los principados y a las potestades los sacó valientemente a la vergüenza triunfando de ellos en la cruz".*

También es evidente su convicción al respecto en I Cor. 15, 24-25: *'Después será el fin cuando entregue a Dios Padre el reino, cuando haya reducido a nada todo principado, toda potestad y todo poder. Pues preciso es de que él reine hasta poner a todos sus enemigos bajo sus pies".* Este reino de Cristo esperado por San Pablo y por los primeros cristianos substituye al reino de Yavé esperado por los judíos.

Finalmente S. Pablo resume todo un panegírico acerca de Cristo en la fórmula de una sublime confesión: *"Jesús es el Señor"* fe que podremos confesar sólo si el Espíritu Santo nos la inspira (1 Cor. 12,3).

2. EL HIJO DE DIOS PREEXISTENTE

Hasta aquí San Pablo nos ha puesto frente al misterio de la glorificación de Cristo y a través de este misterio frente al misterio de su filiación divina.

Veamos ahora su pensamiento acerca de la preexistencia eterna de este Señor glorificado.

a) El misterio de la preexistencia eterna de Cristo.

El pensamiento de San Pablo al respecto lo hallamos muy claro especialmente en la epístola a los Col. 1, 13-17.

Col. 1, 13-17. *El Padre nos libró del poder de las tinieblas y nos trasladó al reino del Hijo de su amor, en quien tenemos la redención y la remisión de los pecados; que es la imagen de Dios invisible, primogénito de toda criatura; porque en El fueron creadas todas las cosas del cielo y de la tierra, las visibles y la invisibles, los tronos, las dominaciones, los principados, las potestades; todo fue creado por El y para El. El es antes de todo, y todo subsiste en El.* (Col. 1, 13-17).

En esta epístola San Pablo quiere combatir uno de los errores más perniciosos con que se enfrentó el cristianismo en los primeros siglos y que asomaba ya en la Ciudad de Colosas hacia la mitad del siglo I cuando San Pablo escribe su carta.

Algunos cristianos influenciados por las especulaciones gnósticas, llegaban hasta preguntarse si Cristo no sería semejante a alguna de aquellas potestades supra-terrestres llamadas *"eones"* y que eran consideradas como seres intermediarios entre el cielo y la tierra.

San Pablo responde: toda esa especulación de tipo gnóstico acerca de Cristo no es más que una divagación del espíritu. El Señor de la gloria es anterior a todas las cosas y tiene prioridad sobre todas las cosas. Mientras que todo lo demás es del orden creado, Cristo es el primogénito; esto es, fué engendrado antes que toda creatura y tiene prioridad sobre todo.

No que Cristo sea el primero entre todas las creaturas siendo una criatura también él (error arriano); sino primogénito de toda criatura en el sentido que está por encima de toda la creación, en un plano, en un orden de ideas diverso. En el plano de lo creado.

Semejantes ideas expresa San Pablo en I Cor. 8, 5-6. *I Cor.*
Porque aunque algunos sean llamados dioses, ya en el cielo, ya en la tierra, de manera que haya muchos dioses y muchos señores, para nosotros no hay más que un Dios Padre, de quien todo procede y para quien somos nosotros, y un solo Señor, Jesucristo por quien son todas las cosas y nosotros también. (I Cor. 8, 5-6). *8, 5-6.*

Vemos, pues, que San Pablo partiendo de la gloria de la resurrección nos introduce también en el misterio de la preexistencia eterna de Cristo, en aquel misterio que San Juan tratará desde el principio de su Evangelio. ***"En el principio era el Verbo".***

b) Títulos del Hijo de Dios preexistente

San Pablo se fija en dos de ellos: **Cristo es la imagen del Dios invisible** y **Cristo es el Hijo de Dios.**

* **Es la imagen del Dios invisible:**

Esto es, existe entre el Hijo y el Padre una semejanza tan grande que implica una verdadera identidad. Esta conclusión sacará la teología cristiana de los textos de San Pablo y demás escritos del Nuevo Testamento.

San Juán Damasceno concreta este texto así: ***"El Hijo lleva en sí todo el Padre, es en todo idéntico al Padre y no se diferencia de él más que en el ser engendrado".***

Con esta única expresión: imagen del Padre, San Pablo muestra dos líneas o trayectorias de pensamiento: Cristo es imagen del Padre en virtud de la gloria de su resurrección: a través de su humanidad gloriosa y luminosa Cristo reconoce y manifiesta la gloria de su Padre.

II Cor. 4, 3- Este aspecto lo acentúa sobre todo en II Cor. 4, 3-6. ***Si nuestro evangelio queda encubierto, es para los infieles, que van a la perdición, cuya inteligencia cegó el dios de este mundo, para que no brille en ellos la luz del Evangelio, de la gloria de Cristo, que es imagen de Dios. Pues no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús, Señor; y cuanto a nosotros, nos predicamos siervos vuestros por amor de Jesús. Porque Dios, que dijo: Brille la luz del seno de las tinieblas, es el que ha hecho brillar la luz en nuestros corazones para que demos a conocer la ciencia de la gloria de Dios en el rostro de Cristo.*** (II Cor. 4, 3-6).

Pero Cristo es también imagen del Padre por ser Hijo engendrado desde toda la eternidad; aspecto que San Pablo subraya especialmente en Colosenses 1, 15 y Hbr. 1,3.

* **Es el Hijo.**

Para comprender mejor la fuerza del pensamiento de San Pablo al llamar a Cristo Hijo de Dios conviene notar lo siguiente:

1o.) San Pablo no dice únicamente que Cristo es Hijo de Dios en general sino que dice que es el Hijo de Dios, es su propio Hijo (Rom. 8, 29-31; *Porque a los que de antes conoció, a ésos los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo, para que éste sea el promogénito entre muchos hermanos; y a los que predestinó, a ésos también llamó; y a los que llamó, a ésos los justificó; y a los que justificó, a ésos también los glorificó. ¿Qué diremos, pues, a esto? Si Dios está por nosotros, ¿Quién contra nosotros? El que no perdonó a su propio Hijo, antes le entregó por todos nosotros, ¿Cómo no nos ha de dar con El todas las cosas?* (Rom. 8, 29-31). Gál. 4, 4. *Más al llegar la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley.* (Gál. 4, 4); es su Hijo muy amado, es el Hijo de su amor (Col. 1, 13).

Rom. 8, 29-31.

Gál. 4, 4.

2o.) El incapié que San Pablo hace en **Romanos 8, 32** sobre la peculiar filiación de Cristo como Hijo de Dios: ***"Dios no perdonó ni siquiera a su propio Hijo"***.

3o.) La mención explícita de la preexistencia eterna de ese Hijo. Aún antes de ser enviado al mundo y de convertirse en Hijo de David, ya era Hijo de Dios (Gál. 4, 4).

N.B.: Es verdad que a veces San Pablo nos presenta este Hombre como el mayor de una multitud de hermanos. ¿Hay contradicción en las dos líneas de pensamiento? No. Antes bien nos revelan mejor el riquísimo misterio de Cristo. En la segunda línea de pensamiento San Pablo nos muestra uno de los aspectos más interesantes del misterio cristiano. Cristo cabeza de una multitud de hermanos, de toda la creación hasta que se llegue a formar aquello que San Agustín supo sintetizar en una fórmula brevísima y riquísima, el *"Xtus totus"*, el Cristo total.

En Cristo todos estamos destinados a participar en el misterio eterno de la filiación de ese Hombre único sin que por esa participación nuestra filiación se equipare a la suya ni le despoje de su carácter único. Todos estamos destinados a constituir en Cristo, el Cristo total del cual Cristo es la cabeza. Aún en la constitución de este Cristo total, Cristo sigue siendo siempre el Hijo único.

3. EL CRISTO SEGUN LA CARNE

Hemos dicho que lo primero y lo que más hondamente impresionó a San Pablo en Cristo fué su resurrección y glorificación. Podríamos preguntarnos si esta impresión no fué tan fuerte que prácticamente le hiciera olvidar el Cristo según la carne, la existencia terrena de Cristo.

La acusación sería demasiado grave para descuidarla y pondría en juego toda la visión teológica sobre Cristo. A esta pregunta nos parece poder responder de la siguiente manera:

a) Es verdad que la realidad histórica de Cristo, el Cristo según la carne, para San Pablo fué posterior. A sus ojos lo primero fué ***"el Cristo según el Espíritu, el Cristo resucitado, el Cristo glorioso, celeste, no terreno".***

b) Lo precedente no significa que San Pablo ignorase y menos todavía negase a Cristo según la carne.

Para convencernos de ello basta fijarnos en algunos textos en que afirma explícitamente la naturaleza y existencia humana, terrena de Cristo. En Romanos 1, 1-2 San Pablo se presenta como el apóstol elegido para predicar el Evangelio de Dios, acerca de su Hijo que ha nacido de la descendencia de David según la carne.

En **Romanos 9, 5** ve a Cristo procedente o descendiente de los patriarcas según la carne. Y a los cristianos de Galacia les dice que ***"al llegar la plenitud de los tiempos envío Dios a su Hijo nacido de mujer, nacido bajo la ley, para redimir a los que estaban bajo la ley, para que recibiéramos la adopción"*** (Gál. 4, 4-5).

San Pablo ve, pues, en Cristo a un verdadero hombre a un auténtico descendiente de los patriarcas, nacido bajo la ley, ve el cumplimiento, el reconocimiento de la existencia, del misterio de Israel.

c) Hay que reconocer que la visión de San Pablo al insistir tanto en el misterio glorioso de manera que pudiera casi hacer olvidar al Cristo terreno tiene sus ventajas y desventajas.

Una de las ventajas consiste en mostrar claramente el papel salvífico de la muerte y resurrección, subrayando por contraste la humillación dolorosa del siervo de Yavé.

Pero es verdad que con esa insistencia se corre el riesgo de subvalorizar, ***"presentar desfavorablemente la presencia de Cristo en la vida mortal"*** vida que tuvo ciertamente su importancia, pues preparó positivamente la salvación. La Teología cristiana a través de los siglos, corrigió esta síntesis paulina que corría el riesgo de ser mal entendida y demasiado rígida si se acentuaba unilateralmente y excesivamente la existencia gloriosa de Cristo en detrimento de su vida terrena, (**Cfr. Cerfaux, "Jesucristo en San Pablo". pág. 151-152**).

4. LA MISION DE CRISTO

Como hemos visto, el tema central de la reflexión paulina es el misterio de la resurrección y glorificación de

Cristo. Ahora bien, no se podría comprender verdaderamente el sentido de esta resurrección sin encuadrarla en el conjunto la misión de Cristo de la cual la resurrección es el coronamiento.

La visión de San Pablo acerca de la misión de Cristo podemos resumirla en los siguientes puntos:

1o.) El principio u origen de la misión de Cristo está en el amor misericordioso de Dios hacia el hombre y su finalidad es la liberación espiritual de la humanidad.

Crf. Eph. 2, 4 y I Tim. 1, 15 donde San Pablo dice: ***"Cierto es y digno de ser por todos recibido, que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero"***.

2o.) Cristo aceptó esta misión por obediencia y de esta manera salvó a todos sus hermanos los hombres, muriendo y resucitando por ellos: ***"pués como por la desobediencia de uno muchos fueron pecadores, así también por la obediencia de uno muchos serán hechos justos"*** (Rom. 15, 19; Filip. 2, 6-11). *Tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús, quien, existiendo en la forma de Dios, no reputó codiciable tesoro mantenerse igual a Dios, antes se anodadó, tomando la forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres; y en la condición de hombre se humilló, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, por lo cual Dios le exaltó y le otorgó un nombre, para que al nombre de Jesús doble la rodilla cuanto hay en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre.* (Pilip. 2, 6-11).

Filip. 2, 6-11

Esta obediencia fué la que llevó a Cristo hasta la cruz, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz (Filip. 2, 6; I Tim. 2, 5-6; Col. 1, 20).

a) La obediencia lo llevó a la efusión de su sangre por la humanidad, efusión que es parte integrante de la Nueva Alianza. (Hebr. 9, 22).

b) La obediencia le valió la glorificación (Filip. 2, 9); por este motivo San Pablo no separa nunca la muerte de la resurrección.

Esta glorificación de Cristo es al mismo tiempo el principio de nuestra glorificación, haciendo de Cristo cabeza de su cuerpo que es la Iglesia (Eph. 1, 22). Para comprender mejor la relación existente entre el misterio de la glorificación en Cristo y el de nuestra glorificación, habría que meditar con calma en el tema de la solidaridad entre Cristo y la humanidad, el tema de los dos Adanes expuesto por San Pablo, especialmente en el Capítulo V de la Epístola a los Romanos.

(N. B.: ¿Qué decir de esta sumisión, obediencia, "inferioridad", de Cristo al Padre? Hay que tener en cuenta: la igualdad de naturaleza divina entre Cristo y el Padre, la condición de Cristo como Hijo, la condición de Cristo como hombre, su naturaleza humana. Con estos puntos se resolverán algunas dificultades que surgen al considerar el riquísimo misterio de Cristo, que por otra parte por ser tan rico y complejo, nunca podremos comprender perfectamente).

3o.) La misión de Cristo se continúa y se completa en la Iglesia gracias al Espíritu Santo. Si queremos entender rectamente el pensamiento de San Pablo no debemos separar nunca las dos afirmaciones y hechos siguientes:

— Que después de la muerte y resurrección de Cristo todo está ya realizado, estamos ya salvados, podríamos decir, *"in radice"* (Eph. 2, 4-6); *Pero Dios, que* ***Eph. 2,***
es rico en misericordia, por el gran amor con que nos ***4-6.***
amó, y estando nosotros muertos por nuestros deli-

tos, nos dió vida por Cristo —de gracia habéis sido salvados—, y nos resucitó y nos sentó en los cielos por
Col. 2, 13. *Cristo Jesús.* (Eph. 2, 4-6). (Col. 2, 13); *Y a vosotros, que estabais muertos por los delitos y por el prepucio de vuestra sangre, os vivificó con El, perdonándoos todos vuestros delitos.* (Col. 2, 13). (Col.3,
Col. 3, 1-4. 1-4); *Si fuisteis, pues, resucitados con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios; Pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Estáis muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando se manifieste Cristo, vuestra vida, entonces también os manifestaréis gloriosos con El.* (Col. 3, 1-4).

— Por otro lado todo está todavía por hacerse; nosotros debemos acabar la Redención; nuestra misión en adelante será hacer que crezca el cuerpo hasta que consiga por fin su desarrollo de persona adulta. (Nuestra incorporación a Cristo, la Iglesia no son, sino se hacen, se edifican, se construyen). Cfr. Eph. 4, 10-13
Eph. 4, 10-13. *El mismo que bajó es el que subió sobre todos los cielos para llenarlo todo; y El constituyó a los unos apóstoles, a los otros profetas, a éstos evangelistas, a aquellos pastores y doctores, para la perfección consumada de los santos, para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos alcancemos la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, cual varones perfectos, a la medida de la plenitud de Cristo.* (Eph. 4, 10-13); (se ve aquí un cuerpo en formación).

4o.) Sólo cuando este crecimiento, esta formación estén terminadas tendrá lugar la consumación final del misterio cristiano; entonces será por fin la última etapa de la salvación, la de la segunda venida del Señor, la de la resurrección general y de la consuma-
I Cor. 15, 20-28. ción total y definitiva (I Cor. 15, 20-28); *Pero no; Cristo ha resucitado de entre los muertos como primicias de los que mueren. Porque como por un hombre*

vino la muerte, también por un hombre vino la resurrección de los muertos. Y como en Adán hemos muerto todos, así también en Cristo somos todos vivificados. Pero cada uno a su tiempo; el primero, Cristo; luego los de Cristo, cuando El venga; después será el fin, cuando entregue a Dios Padre el reino, cuando haya reducido a la nada todo principado, toda potestad y todo poder. Pues preciso es que El reine hasta poner a todos sus enemigos bajo sus pies. El último enemigo reducido a la nada será la muerte, pues ha puesto todas las cosas bajo sus pies. Cuando dice que todas las cosas están sometidas, evidentemente no incluyó a aquel que todas se las sometió; antes cuando le queden sometidas todas las cosas, entonces el mismo hijo se sujetará a quien a El todo se lo sometió, para que sea Dios todo en todas las cosas. (I Cor. 15, 20-28).



CAPITULO V

CRISTOLOGIA DE SAN JUAN

I. INTRODUCCION

1. EVANGELIO SACRAMENTALISTA.

Juan era el descípulo a quien Jesús amaba con predilección. Su Evangelio y cartas es un Evangelio de contemplación, un Evangelio espiritual, un Evangelio de amor.

San Juan en su Evangelio no se preocupa tanto de la crónica, de narrar hechos externos como lo habían hecho los sinópticos. Ya San Clemente de Alejandría lo había notado: ***"Juan,*** —dice— ***el último de todos, advirtiendo que los hechos corporales habían sido narrados por los otros evangelistas, a petición de sus amigos, y bajo la inspiración del Espíritu Santo, compuso el Evangelio espiritual"***.

Pero Evangelio de amor, de contemplación no quiere decir que no sea Evangelio histórico, no real, como si el Jesús de la fe hubiera desalojado al Jesús de la historia. Para San Juan la realidad de la historia tenía ciertamente gran valor. Basta pensar en la importancia que da en su Evangelio a la idea de testimonio (Jn. 1, 15,34; 19,35; I Jn. 1, 1-3). En este último texto se expresa así acerca del valor de su testimonio ocular:

> ***"Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la palabra de vida, pues la vida se manifestó, y nosotros hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la vida eterna, que estaba con el Padre y que se nos manifestó. Lo que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo, Jesucristo".***

Lo dicho anteriormente no quita que sea verdad que para San Juan, los hechos históricos no tienen valor realmente sino en cuanto sabemos leerlos. Y esto es precisamente lo que hace San Juan en sus escritos: Intenta penetrar en el secreto, en el significado íntimo de la gran aventura que fue la aparición, la manifestación histórica del Verbo de Dios.

En este sentido se habla del Sacramentalismo de San Juan. Para el Apóstol predilecto toda la vida de Cristo aquí abajo fue como un inmenso sacramento y como una manifestación de lo invisible. El Cristo histórico resulta incomprensible si no se penetra hasta el verbo de vida que habitaba en El. Los hechos corporales del Cristo histórico conducen a la divinidad, pero a su vez, es la divinidad, la que ilumina y explica los hechos corporales. (Huby "L'Evangile et les evangiles" p. 213).

2. TEMA CENTRAL: LA VENIDA DEL HIJO A HABITAR EN MEDIO DE LOS HOMBRES.

Así como para San Pablo la fórmula —tipo del acto de Fe—, (la síntesis de su predicación) era esencialmente creer que ***"Jesús es el Señor"***, concretamente que el Padre

lo resucitó y lo exaltó: para San Juan, creer es esencialmente creer que Jesús fue enviado por su Padre y que vive entre los hombres. En **Jn. 16,27,** Jesús dice a los discípulos que el mismo Padre los ama precisamente porque ellos lo han amado a El, y porque han creído que El ha salido de Dios. Y en el discurso de despedida (Jn. 17,21), ruega al Padre así: ***"Que todos sean uno, Padre, para que el mundo crea que Tú me has enviado".***

Este es precisamente el objetivo del Evangelio de San Juan: revelarnos el misterio de Cristo como enviado por su Padre, a fin de que creamos ***"Que Jesús es el Mesías: Hijo de Dios, y para que creyendo tengamos vida en su nombre".*** (Jn. 20,31).

II LA MISION DE JESUS

Recordemos ante todo aquellas palabras de Juan 16,28: ***"Salí del Padre y vine al mundo; de nuevo dejo el mundo y me voy al Padre".*** Abiertamente manifiesta su preexistencia, el hecho de ser enviado del Padre y la vuelta a su verdadera Patria abandonando ésta, donde estuvo como de paso.

Trataremos en esta parte cuatro puntos:

1. **El estado del mundo al que Jesús fue enviado.**
2. **El sentido de su misión.**
3. **Cómo se amolda Jesús a su Misión Salvadora.**
4. **El resultado de esta misión.**

1. ESTADO DEL MUNDO AL QUE JESUS FUE ENVIADO.

Uno de los objetivos del Evangelio de San Juan es hacernos tomar conciencia de la amplitud y profundidad del mal del mundo al que Jesús vino, un mundo dominado por el odio, por el pecado, por Satanás.

Todo fuera de Cristo, dirá San Juan, no es más que servidumbre, sufrimiento, tinieblas, muerte; todo el mundo está puesto en el maligno.

Es evidente que para San Juan el mal fundamental, el verdadero mal es el pecado, el dominio de Satanás. Quien comete el pecado es esclavo del pecado, siervo de Satanás.

Es imposible comprender el misterio del mal, del pecado sin relacionarlo con el misterio de Satanás. (Cfr. Jn. 8, 34-44) *Jesús les contestó: En verdad, en verdad os digo que todo el que comete pecado es siervo del pecado. El siervo no permanece en la casa para siempre; el hijo permanece para siempre. Si, pues, el Hijo os librare, seréis verdaderamente libres. Sé que sois linaje de Abraham; pero buscáis matarme, porque mi palabra no ha sido acogida por vosotros. Yo hablo lo que he visto en el Padre; y vosotros también hacéis lo que habéis oído de vuestro Padre. Respondieron y dijéronle: Nuestro padre es Abraham. Jesús les dijo: Si sois hijos de Abraham, haced las obras de Abraham. Pero ahora buscáis quitarme la vida, a un hombre que os ha hablado la verdad, que oyó de Dios; eso Abraham no lo hizo. Vosotros hacéis las obras de vuestro padre. Dijéronle ellos: Nosotros no somos nacidos de fornicación, tenemos por padre a Dios. Díjoles Jesús: Si Dios fuera vuestro padre, me amaríais a mí: porque yo he salido y vengo de Dios, pues yo no he venido de mi mismo, antes es El quien me ha enviado. ¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Porque no podéis oír mi palabra. Vosotros tenéis por padre al diablo, y queréis hacer los deseos de vuestro padre. El es homicida desde el principio y no se mantuvo en la verdad, porque la verdad no estaba en él. Cuando habla la mentira, habla de lo suyo propio, porque él es mentiroso y padre de la mentira.* (Jn. 8, 34-44). Satanás continúa en el mundo mediante aquellos hombres que aceptan su influencia. Esto es precisamente lo que entiende por mundo San Juan con mucha frecuencia: el conjunto de todos aquellos que son esclavos de Satanás.

Jn. 8, 34-44.

Entre dicho mundo y Cristo, para San Juan hay una oposición fatal, irreductible; no hay posibilidad de conciliación sino en cuanto dicho mundo deja de ser tal.

2. EL SENTIDO DE LA MISION DE JESUS.

Dios manda, envía a su Hijo al mundo para salvarlo (Jn. 3, 16-17) *Porque tanto amó Dios al mundo, que le dió su Unigénito Hijo, para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga vida eterna; pues Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo sea salvo por El.* (Jn. 3, 16-17). Naturalmente que en este pasaje la palabra mundo no tiene el sentido tan peyorativo, como el indicado, sino que habla San Juan de la humanidad en general que estando tan oprimida por el yugo de Satán puede ser ayudada por la compasión misericordiosa de Dios. Esta es la misión de Jesús al mundo: no juzgar, no condenar, no destruir o aplastar sino animar, ayudar, levantar, en una palabra, salvar. *Jn. 3, 16-17.*

Este Verbo de Dios es enviado al mundo según San Juan, para salvar y esto lo hace especialmente con su luz que ilumina, que revela y con su vida que vivifica. Jesús es luz y es vida.

2.1 Jesús es la luz que ilumina, luce en las tinieblas (Jn. 1, 5).

Siendo este un mundo de pecado, es también un mundo de mentira y de tinieblas. Este será pues, el primer objetivo de la misión de Jesús: librarnos de la mentira y el error. Recordemos algunas palabras de Jesús (o de San Juan) al respecto: ***"La luz luce en las tinieblas"*** (Jn. 1, 5). ***"Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá luz de vida"***: (Jn. 8,12); ***"Yo soy el camino, la verdad y la vida"*** (Jn. 14,6).

Notemos bien la forma en que San Juan nos presenta este tema de Cristo luz. No nos dice que Jesús nos trae la luz como si fuera un don externo recibido por El, y que El nos comunica. ¡No! Nos dice que Cristo es la luz y la verdad. Si El nos salva no es pues, tanto trayéndonos algo que fuera externo a su propia persona, sino viniendo El mismo a habitar entre nosotros.

La misión de Jesús es misión de luz, misión de verdad.
Jn. 6, 4-9. El es la verdad. el verdadero pan del cielo; *(Jn. 6,4-9: Estaba cerca la Pascua, la fiesta de los Judíos. Levantando, pues, los ojos Jesús y contemplando la gran muchedumbre que venía a El, dijo a Felipe: ¿Dónde compraremos pan para dar de comer a éstos? Esto lo decía para probarlo, porque El bien sabía lo que había de hacer. Contestó Felipe: Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno reciba un pedacito. Díjole uno de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro: Hay aquí un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero esto, ¿Qué es para tantos?)*, la verdadera vida (Jn. 15,1), la luz verdadera (Jn. 1,9). Para esto vino al mundo, para dar testimonio de la verdad. (Jn. 18,37). De esta naturaleza de Cristo como luz, como verdad se sigue una lógica consecuencia para los que quieren ser discípulos suyos: sólo pueden seguirlo quienes buscan la luz, quienes buscan la verdad. Todo el que obra el bien viene a la luz, así como el que obra el mal aborrece la luz y no viene a ella (Jn. 3, 20-21).

Esto es, que la misión de Cristo quedaría frustrada, no nos salvaría sin un compromiso de parte nuestra. Hay que decidirse por la luz en contra de las tinieblas. Esta elección podemos hacerla sólo si nuestras obras, nuestra vida es buena (Jn. 3,19): *"Y el juicio consiste en que vino la luz al mundo y los hombre amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas".*

La luz de que Cristo es portador, o mejor dicho, la luz que es Cristo no consiste en una luz de verdad abstracta, especulativa, filosófica. . . ¡No! Es una luz vital, una luz que es vida. Si siguiendo a esta luz se va en pos de la vida es claro, que quien la sigue no perderá su vida.

Una de las manifestaciones o signos más llamativos de esta obra iluminadora de Cristo la hallamos en la curación del ciego de nacimiento (Jn. cap. 9). Esta narración es una prueba de la característica sacramentalista del Evangelio de San Juan.

Tras la iluminación corporal San Juan ve otra iluminación infinitamente más importante, la de la vida de gracia, de filiación divina que Jesús nos trae a la humanidad. De esta manera Cristo se revela como luz no solo con sus palabras, sino también con los hechos; con lo que dice y con lo que hace. Ambas formas de revelación son descritas por San Juan.

2.2 Cristo, Vida

Ambos temas, luz y vida, son indisociables. La verdad es vida y lleva a la vida; es la luz de la vida (Jn. 3,20).

Por el pecado toda la humanidad estaba condenada a la muerte. Sólo Cristo, que es Resurrección y vida, la pudo librar de esa muerte, comunicándole la propia vida del Hijo de Dios. (Jn. 11,25,26). *"Yo soy la Resurrección y la Vida; el que cree en Mí, aunque muera vivirá; y todo el que vive y cree en Mí, no morirá para siempre"*. Y en Jn. 5,21 Cristo se equipara al Padre en el poder de dar la vida: *"Como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo a los que quiere les da la vida"*. (Jn. 5,26; 5,39-40; 14, 6 etc.).

Así como Cristo se presenta como luz del mundo no sólo con sus palabras sino también con los hechos, verbigracia, dando la luz de la vista al ciego de nacimiento, de la misma manera se presenta como vida no sólo con su predicación, con lo que dice, sino también con lo que hace, verbigracia, resucitando al amigo Lázaro (Jn. 11).

Otra manera que tiene San Juan de presentar a Cristo como vida es con el tema del amor. El amor es vida. Y Cristo es la prueba más palpable del amor que Dios tiene a la humanidad para que podamos vivir por El, cfr. **I Jn. 4,8-10**;
Jn. 4, *El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es caridad.*
8-10. *La caridad de Dios hacia nosotros se manifestó en que Dios envió al mundo a su Hijo unigénito para que nosotros vivamos por El. En eso está la caridad, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que El nos amó y envió a su Hijo, víctima expiatoria de nuestros pecados* (I Jn. 4, 8-10).

San Juan trata el tema de Cristo vida también con otras expresiones como el agua viva que Cristo dará a los que creen en El y que no es otra cosa que el Espíritu Santo.
Jn. 7, Jn. 7, 37-39: *El último día, el día grande de la fiesta, se de-*
37-39. *tuvo Jesús y gritó, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, según dice la Escritura, ríos de agua viva correrán de su seno. Esto dijo del Espíritu, que habían de recibir los que creyeran en El, pués aún no había sido dado el Espíritu, porque Jesús no había sido glorificado* (Jn. 7, 37-39). O también con la expresión Cristo es *"el pan de vida"*, que no es otra cosa que el cuerpo mismo de Cristo: *"Yo soy el pan de vida. . . Yo soy el pan vivo bajado del cielo; si alguno come de este pan vivirá para siempre, y el pan que le daré es mi carne, vida del mundo"* (Cfr. J. 6, 35-51). Como consecuencia de esta misión vivificadora Cristo saca su poder de juzgar (Cfr. Jn. 5,26): *"Pués así como el Padre tiene la vida en sí mismo, así dio también al Hijo tener vida en sí mismo y le dio poder de juzgar, por cuanto El es Hijo del hombre* (Cfr. Jn. 3,16 ss).

El sentido profundo de esta vida que es Cristo, así como la verdad que es Cristo no es el de la vida según nuestros conceptos biológicos. Es una realidad de orden esencialmente religioso.

Ante todo significa la salvación eterna del hombre del mismo modo que la muerte es su pérdida. Podemos decir que esta vida es el amor llamado con nombre distinto.

Resumiendo, con su llegada Cristo nos comunica la luz y la vida, nos da la verdad y el amor, nos libra de la esclavitud del error y de la muerte que Satanás nos había impuesto, nos hace hijos de Dios.

La misión de Jesús es pues, una misión salvífica, una misión de luz, de verdad, de amor, de vida.

3. COMO SE AMOLDA JESUS A SU MISION SALVADORA.

Para San Juan, ya desde su encarnación Cristo se amolda a su misón, empieza a manifestarnos y comunicarnos los dones divinos.

Desde el mismo instante en que el Verbo se puso en contacto con la naturaleza humana individual asumida por El, consagró y santificó el conjunto de toda la naturaleza humana. Siendo El la luz y la vida, es normal que desde el mismo principio de su llegada a esta mundo empiece a darles esa luz y esa vida. Para San Juan la Encarnación del Verbo es lo primero. *"Et Verbum Caro factum est. . ."*

La diferencia de perspectiva entre San Juan y San Pablo es notable, Mientras que para San Pablo todo descansaba en la muerte y resurrección de Cristo hasta tal punto de correr el riesgo de subvalorizar la vida terrena del Señor; San Juan acentúa el hecho de la Encarnación. No es que no dé importancia a la muerte y resurrección. ¡No! También para San Juan fue ésta la hora decisiva de

Jesús (Cfr. Jn. 13,1; 12, 24-27). Pero sí señaló San Juan mejor la unidad profunda de toda la vida de Cristo: el lazo que existe entre su Encarnación, vida terrena, muerte y resurrección, el lazo que existe entre su ser y su obrar, su hacer, su acción redentora.

4. RESULTADO DE LA MISION DE CRISTO: COMUNIDAD DE VIDA DE LA HUMANIDAD CON DIOS.

Este es el resultado que San Juan ve en el misterio de Jesús al interpretar la profecía de Caifás cuando condenó a muerte a Cristo. San Juan comenta diciendo: ***"No dijo esto de sí mismo sino que, como era Pontífice aquel año, profetizó que Jesús había de morir por el pueblo, y no sólo por el pueblo, sino para reunir en uno todos los hijos de Dios que están dispersos*** (Jn. 11, 51-52).

A esto tiende la misión de Cristo: a formar la comunidad más estrecha que se pueda imaginar de toda la humanidad con Dios, lo cual se realizará en la Iglesia. Esta comunidad es con Cristo, con la Trinidad, con los hermanos. Cfr. I Jn. 1, 1-3: ***"Lo que hemos visto y oído os lo anunciamos a vosotros, a fin de que viváis también en comunidad con nosotros y esta comunidad con nosotros es con el Padre y con su Hijo Jesucristo".***

El realismo y la profundidad de esta comunidad en la que San Juan piensa está subrayada especialmente en la alegoría de la vid. (Jn. cap. 15). Igualmente en otras expresiones como el ***"permanecer en Cristo"*** (Cfr. Jn. 6,36; 15,5; I Jn. 2, 6. 24).

Pero esta comunidad con Cristo no es sólo con El, sino también trinitaria. (Explícitamente el Padre y el Hijo). Es una participación ***"en Cristo"*** de la misma vida trinitaria, como se puede ver, verbigracia en Jn. 17, 21-22. Según este texto, Cristo nos da la gloria que el Padre le dio a El. Esta gloria no es más que Dios mismo que se manifiesta y comunica en todo su esplendor.

Hay que advertir también la relación que San Juan establece entre la glorificación de Cristo y la glorificación de la humanidad como consiguiente a aquella (Jn. 17,1-2);

"Padre llegó la hora; glorifica a tu Hijo para que el Hijo te glorifique, según el poder que le diste sobre toda carne, para que a todos los que tú le diste les dé El la vida eterna". Cristo envía el Espíritu divino sólo después de haber sido glorificado El. Nos dice San Juan en el Cap. 7,39 que ***"aún no había sido dado el Espíritu porque Jesús no había sido glorificado".***

Con el misterio de su muerte y resurrección, glorificado su cuerpo, fue constituido en fuente del Espíritu, fue hecho capaz de comunicarnos ese espíritu que nos glorificará también a nosotros. Sólo una vez que ha pasado El a la Gloria puede prepararnos un lugar (Cfr. Jn. 14,2-3); ***"Voy a prepararos el lugar. Cuando yo me haya ido y os haya preparado el lugar, de nuevo volveré y os tomaré conmigo, para que donde yo estoy estéis también vosotros".***

Resumiendo. Según San Juan toda la misión de Jesús es llevarnos al Padre, glorificarnos en y por el Hijo, que para esto fue enviado. Esta misión la cumplió Cristo *"in radice"* por su misterio pascual y la sigue cumpliendo por su Espíritu en la Iglesia. La misión del Espíritu tiene por objeto precisamente éste: hacernos participar a nosotros personalmente del misterio pascual de Cristo.

III. EL MISTERIO DE JESUS EN SI. ¿QUIEN ES JESUS?

Como ya hemos dicho, Cristo se nos revela en el Evangelio de San Juan sobre todo describiendo la misión por la que El vino al mundo. Por eso, en lugar de empezar a tratar de Cristo en sí, hemos preferido hablar antes de su misión.

En todos los escritos de San Juan Cristo aparece como el Hijo de Dios enviado por su Padre y que se ha encarnado para salvar al mundo: ***"En esto creemos que has salido de Dios en que conoces todas las cosas y no necesitas que nadie te pregunte"***, le dirán un día los discípulos al oír de su boca estas palabras. ***"Salí del Padre y vine al mundo y ahora dejo el mundo y vuelvo al Padre"***.

Jesús es, pues, a la vez el Hijo de Dios venido para salvarnos y también un verdadero hombre.

1. EL HIJO UNICO ENVIADO POR EL PADRE.

Cristo aparece en San Juan como enviado de Dios, como Hijo del Padre, como Hijo preexistente, como el Verbo de Dios.

1.1 El enviado de Dios.

Esta expresión se encuentra unas 50 veces en el Evangelio de San Juan; lo cual está indicando la importancia que el apóstol predilecto le da.

Ya antes de Cristo habían aparecido muchos otros enviados por Dios como Juan Bautista y los Profetas sin que por ello se planteara el problema de su divinidad.

Ellos eran enviados pero Cristo es el enviado; ellos tenían una misión bien delimitada que cumplir, Cristo tuvo la totalidad de la misión, la realización total de la obra de Dios en el mundo. Los demás no habían hecho más que preparar su venida.

Cristo aparece como el enviado por antonomasia ante todo en las escrituras, en lo que dice y en lo que se dice de El. Y también en sus obras, en lo que hace.

a) El testimonio de las Escrituras.
Cristo-Centro y Fin de las Escrituras.

Recordemos la respuesta de Cristo a los fariseos en Jn. 5,39: *"Escudriñad las Escrituras, ya que en ellas creéis tener la vida eterna, pues ellas dan testimonio de Mí".* (Cfr. también Jn. 1,45; 5,46).

Pero más que en las declaraciones explícitas de algunas frases es en toda la actitud de Cristo y en toda su predicación donde aparece esta convicción profunda: que El viene a realizar hoy lo que los demás enviados no habían hecho más que anunciar. El es el centro y fin de las Escrituras. Toda la historia del pueblo elegido, todo el culto de Israel se acaban hoy con El.

Esta convicción en Jesús y en San Juan aparece por ejemplo en la comparación entre Jesús y el Antiguo Testamento. Jesús, dice San Juan, es superior a todos los que le precedieron. Es superior a Abraham (Jn. 8,96), a Jacob (Jn. 1, 50-51), a Moisés (Jn. 6, 32-33). Más todavía: El es la verdadera viña, es el verdadero Israel.

Esta convicción de San Juan aparece también en el lugar que el Evangelio da a Jesús en el culto judío. En Jn. 6,4 se habla de la primera pascua a la que Cristo asistió en su vida pública y San Juan pone al lado de ella el tema o anuncio del Pan de vida que es Cristo. En Jn. 7, 37-39 con ocasión de la fiesta de los tabernáculos San Juan anuncia el tema del Agua Viva que es Cristo. Y en Jn. 13, 1 ss. San Juan coloca en el centro de la máxima celebración litúrgica de Israel, la Pascua, precisamente el sacrificio de Cristo.

La idea, verdaderamente profunda es bien clara: lo que el Antiguo Testamento anunciaba, Jesús acaba de realizarlo hoy. Precisamente para ello fue enviado. Cristo es, pues, centro y fin de las escrituras.

b) El Testimonio de las Obras.

También aquí recordemos ante todo la respuesta de Cristo a los fariseos en Jn. 10, 37-38: *"Si no hago las obras de mi Padre no me creáis; pero si las hago, ya que no me creéis a Mí, creed a las obras, para que sepáis y conozcáis que el Padre está en Mí y Yo en el Padre"*.

En el Evangelio de San Juan, tienen un valor, un significado especial las obras de Jesús en general, y en especial sus milagros. En San Juan los milagros no son solamente ratificaciones, firmas, confirmaciones exteriores del Padre como un *"confirmatur"*, de una tesis o como unas cartas credenciales. ¡No! Los milagros en San Juan son la manifestación profunda del ser personal de Cristo. Ciertas confrontaciones que hace San Juan sobre Cristo con ocasión de sus milagros son muy significativas: después del milagro de la multiplicación de los panes Jesús declara que *"El es el Pan de la Vida"*. Después de haber declarado que *"El es la Luz"* realiza el milagro de la curación del ciego de nacimiento. Y con ocasión de la resurrección de Lázaro Jesús exclama solemnemente: *"Yo soy la resurrección"*.

Estos milagros, pues, para San Juan no son simples obras extraordinarias realizadas por Cristo, para autenticar su testimonio, sino que nos hacen penetrar ya dentro en el corazón de su misterio y nos dicen que no es sólo un enviado ordinario sino el enviado por excelencia. Mientras que los demás habían venido sólo para anunciar un determinado mensaje o realizar una determinada obra, pero exterior a ellos, Jesús en cambio, constituye el objetivo mismo del mensaje que tiene que anunciar y de la obra que tiene que realizar. A sus interlocutores que le preguntaban ¿Qué haremos para hacer obras de Dios? Respondió Jesús y les dijo: *"La obra de Dios es que creáis*

en aquel que El ha enviado" (Cfr. Jn. 6, 28-29). Las obras de Dios, mejor dicho, la obra de Dios, la verdadera obra de Dios es Jesús mismo.

Hemos visto, pues, que Jesús es el enviado de Dios. El es aquel Hijo del Hombre visto por Daniel, Pero no es sólo aquel personaje ***"que viene sobre las nubes del cielo"***, sino también aquel que bajó del cielo (Jn. 3,13) expresión que indica más que la de Daniel.

Con esta primera presentación de Cristo como enviado San Juan nos introduce en el misterio íntimo de Cristo.

1.2 El Hijo del Padre.

En algunos textos no significa más que Mesías o Rey de Israel. Así verbigracia en la profesión de fe de Natanael. (Jn. 1,49): ***"Rabí, Tú eres el Hijo de Dios, Tú eres el Rey de Israel"***. O en la respuesta de Marta ***"Sí, Señor, yo creo que Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios que ha venido a este mundo"*** (Jn. 11,27).

Pero en otros textos, este título de Hijo de Dios, nos introduce en el corazón mismo del misterio de la filiación de Cristo. Nos introducen en el centro del misterio de su filiación ante todo aquellos textos que manifiestan una profunda intimidad del Hijo con el Padre. Jesús no se presentó nunca a los israelitas diciéndoles **"Yo soy Dios, yo soy el Dios-único"**. Esto habría provocado un escándalo inevitable. La única manera de abordar el misterio era distinguir entre el Hijo y el Padre, pero sin romper la unidad profunda que existe entre ambos. Y así lo hizo Jesús: no concluyó **"Yo soy Dios"**, sino ***"Yo soy el Hijo de Dios"*** que permanezco en el Padre. Pero estos lazos aparecen de una intimidad tal, que no dejan lugar a dudas sobre el realismo y la fuerza de esta palabra **"Hijo"** referida a Cristo. Jesús

no es solamente un hijo, sino verdaderamente "El Hijo". He aquí algunos motivos que nos inducen a afirmar ésto: Jesús no dice nunca: "Nuestro Padre" sino ***"Mi Padre"*** o el Padre o Padre o si no ***"Mi Padre y Vuestro Padre"***. (Jn. 20,27).

Existe entre el Padre y El, una comunicación total: ***"El padre ama al Hijo y le muestra todo lo que El hace"*** (Jn. 5,20). ***"Así como el Padre tiene la vida en sí mismo, así dio también al Hijo tener la vida en sí mismo"*** (Jn. 5,26) ***"Todo lo mío es tuyo y lo tuyo es mío"*** (Jn. 17,10). Entre ambos existe una íntima inmanencia mutua. ***"El Padre está en Mí y Yo en el Padre"***. (Jn. 10,38) etc.

También nos introducen en el Misterio de filiación de Cristo, todos aquellos textos que tratan de su misión. En efecto, existe un lazo íntimo entre la Misión que Cristo viene a cumplir y su propio ser. Si viene a darnos la vida divina, a hacernos hijos de Dios, a darnos la gloria que el Padre le había dado, ¿Qué sentido tendría todo esto si El no fuera Hijo de Dios? La naturaleza divina del Hijo es el único medio de explicación de la misión que viene a cumplir.

Así lo entendieron los mismos judíos en la predicación y en la actitud de Cristo: Este reivindicaba para sí mucho más que un simple título de amigo de Dios. Recordemos el texto ya citado de Jn. 10,13: ***"Respondiéronle los judíos: por ninguna obra buena te apedreamos, sino por la blasfemia, porque Tú, siendo hombre te haces llamar Dios"***. San Juan resume esta fe en una sola expresión: ***"Jesús es el Hijo único del Padre"*** (Cfr. Jn. 1,18).

Este Hijo único del Padre existía ya antes de encarnarse. No empezó a existir en la encarnación sino preexistía antes. Recordemos algunos textos que sugieren esta

verdad. *"Abraham, vuestro padre, se regocijó pensando en ver mi día; lo vio y se alegró. Pero los judíos le dijeron: ¿No tienes aún cincuenta años y has visto a Abraham? Respondió Jesús: en verdad, en verdad os digo,: antes que Abraham naciese, era yo"*, (Jn. 8, 56-58). Asimismo Jn. 1,30: El Bautista dice, *"Este es aquel de quien yo dije: detrás de mí viene uno que es antes de mí: porque era primero que yo"*. O también Jn. 17,5: *"Ahora tú, Padre glorifícame cerca de Tí con la gloria que tuve cerca de Tí antes que el mundo existiese"*. Esto se puede entender de la gloria que poseía Jesús en su preexistencia eterna o de la que el Padre le reservaba. Este Hijo único del Padre que preexistía antes de encarnarse es lo que San Juan llama El Verbo de Dios, el *logos.*

1.3 El Verbo de Dios.

La Teología de San Juan llega a su culminación precisamente donde empieza su evangelio, en su primera página, en el prólogo.

En este prólogo San Juan nos presenta el Verbo preexistente en oposición al mundo que empieza a existir, que tiene comienzo. Al principio cuando el mundo pasaba del no ser al ser, cuando el Mundo era creado, entonces, antes del principio, el Verbo ya era. Jn. 1, 1-3: *Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios, El estaba al principio en Dios. Todas las cosas fueron hechas por El, y sin El no se hizo nada de cuanto ha sido hecho.* (Jn. 1, 1-3). *Jn. 1, 1-3.*

Este Verbo que estaba en Dios y que era Dios, crea todas las cosas no haciéndose nada de lo que ha sido hecho sin él, Jn. 1, 3-4 *Todas las cosas fueron hechas por El, y sin El no se hizo nada de cuanto ha sido hecho. En El esta-* *Jn. 1, 3-4.*

ba la vida, y la vida era la luz de los hombres. (Jn. 1, 3-4). Este Verbo que preexistía en Dios y por el cual se hizo todo, era la luz y la vida de los hombres y vino a este mundo, vino a los suyos haciéndose carne y habitando entre nosotros que hemos podido ver su gloria, Jn. 1, 6-14 *Hubo un Hombre enviado por Dios de nombre Juan. Vino éste a dar testimonio de la luz, para testificar de ella y que todos creyeran en él. No era él la luz sino que vino a dar testimonio de la luz. Esta era la luz verdadera que, viniendo a este mundo, ilumina a todo hombre. Estaba en el mundo y por El fue hecho el mundo, pero el mundo no le conoció. Vino a los suyos, pero los suyos no le recibieron. Mas a cuantos le recibieron dióles poder de llegar a ser hijos de Dios, a aquellos que creen en su nombre; que no de la sangre, ni de la voluntad carnal, ni de la voluntad de varón, sino de Dios son nacidos. Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos visto su gloria, gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad* (Jn. 1, 6-14). ¿Para qué vino? ¿Qué nos trajo con su venida? El poder llegar a ser Hijos de Dios: "*Mas a cuantos le recibieron dióles poder de llegar a ser hijos de Dios*".

Jn. 1, 6-14.

Para hacernos Hijos de Dios, Cristo necesita revelarnos al Padre. Hé aquí lo que hace encarnándose: revelarnos al Padre y llevarnos a ser hijos suyos. Pero para podernos revelar al Padre, Cristo tenía que ser ya antes la expresión de ese Padre, tenía que ser su palabra, tenía que ser su sabiduría, su ley.

Ya sea que San Juan tomase la idea del Verbo de la filosofía estoica o platónica, ya sea que la tomase de la Biblia, lo que quiere comunicarnos es la función reveladora de Cristo. Cristo es para San Juan la expresión, la imagen, la revelación de aquel Padre con el cual y en el cual existe ya antes del principio del mundo desde toda la eternidad.

Mostrándonos esta actividad reveladora del Verbo, San Juan nos está instruyendo sobre la naturaleza íntima de Cristo: Cristo es la revelación del Padre.

2. EL VERBO ENCARNADO: CRISTO UN VERDADERO HOMBRE.

Este Verbo que existía con Dios o en Dios, desde el principio, se hizo carne. Es una de las verdades y hechos fundamentales del cristianismo para San Juan.

Además del prólogo de su Evangelio, recordemos su primera carta, I Jn. 4,2: ***"Podéis conocer el espíritu de Dios por ésto: Todo espíritu que confiese que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios".***

Es pués, una verdad clave. Para ser de Dios hay que creer en la encarnación del Verbo. Ya hemos dicho que San Juan es un Sacramentalista y que da más importancia a lo invisible que a lo exterior. Por esta misma manera de pensar de San Juan, extraña que insista tanto en acentuar la realidad de la naturaleza humana de Cristo, que considere de tanta importancia el hecho de su encarnación. Esta insistencia nos da una idea de lo importante que debe ser para el cristianismo (visto por San Juan) el hecho de que Cristo sea un real y verdadero hombre, San Juan ve en Cristo (por una parte) una verdadera naturaleza humana, un verdadero hombre, y (por otra parte) conforme a su visión Sacramentalista, atribuye a esta naturaleza humana de Cristo la función de ser sacramento de la divinidad.

2.1 Cristo posee una real y Verdadera Naturaleza humana

Como hemos dicho, lo subraya tanto San Juan y hasta podría extrañarnos dada su mentalidad Sacramentalista. Pero no nos extrañaríamos si tuviéramos en cuenta

la situación histórica de aquellos días. El Docetismo estaba asomándose ya a las puertas de la Iglesia causando grandes daños. Para contrarrestar, San Juan insiste en la realidad de la naturaleza humana de Cristo. En **I Jn. 1, 1 - 2** leemos:

> ***"Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos tocando al Verbo de vida, porque la vida se ha manifestado, y nosotros hemos visto y testificado y os anunciamos la vida eterna, que estaba en el Padre y se nos manifestó".***

Si es verdad que San Juan insiste mucho en la preexistencia del Verbo, en las prerrogativas que lo colocaron por encima de todo hombre, en lo que podríamos llamar prerrogativas celestiales y divinas, no menos acentúa la realidad de su naturaleza humana.

Por una parte, este Cristo baja del cielo (Cfr. Jn. 3,13;
Jn. 6, 33-38 6, 33-38), *Porque el pan de Dios es el que bajó del cielo y da la vida al mundo. Dijéronle, pues, ellos: Señor, danos siempre ese pan. Les contestó Jesús: Yo soy el pan de vida; el que viene a mí ya no tendrá más hambre, y el que cree en mí jamás tendrá sed. Pero yo os digo que vosotros me habéis visto y no me creéis; todo lo que el Padre me da viene a mí, y al que viene a mí yo no le echaré fuera, porque he bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió* (Jn. 6, 33-38); pero tam-
Jn. 4, 44-46 bién procede de Nazareth Jn. 4, 44-46 *El mismo Jesús declaró que ningún profeta es honrado en su propia patria. Cuando llegó a Galilea, le acogieron los galileos, que habían visto cuántas maravillas había hecho en Jerusalén durante la fiesta, pues también ellos habían ido a la fiesta. Llegó, pues, otra vez a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino. Había allí un cortesano cuyo hijo estaba enfermo en Cafarnaúm.* (Jn. 4, 44-46). No tiene

por Padre más que a Dios, pero tiene también a una Madre y ésta es terrena, creada, mortal, humana, que le comunica la naturaleza humana (Jn. 2,1; 19,25). Es el Pan del cielo (Jn. 6,50). Pero también posee un cuerpo que necesita nutrirse del pan de esta tierra (Jn. 4,31). Al mismo tiempo que da el agua que salta hasta la vida eterna (Jn. 4,14), pide de beber a la Samaritana y clavado en la cruz declara tener sed (Jn. 4,7; 19-20). Es capaz de resucitar a Lázaro, porque El es la Resurrección y la Vida (Jn. 11,25). Pero también El muere un día en la cruz. (Jn. 19,30).

Hay pasos en el Evangelio de San Juan que nos fotografían a Cristo en toda su humanidad de una manera particular. Uno de ellos es la escena de la resurrección de Lázaro Jn. 11, 33-38. *Viéndola Jesús llorar, y que lloraban también los judíos que venían con ella, se conmovió hondamente y se turbó, y dijo: ¿Dónde le habéis puesto? Dijéronle, Señor, ven y ve. Lloró Jesús, y los judíos decían: ¡Cómo le amaba! Algunos de ellos dijeron: ¿No pudo éste, que abrió los ojos del ciego, hacer que no muriese? Jesús, otra vez conmovido en su interior, llegó al monumento, que era una cueva tapada con una piedra.* (Jn. 11, 33-38). La resumimos ***"Viéndola Jesús llorar se conmovió hondamente y se turbó: lloró Jesús y dijo: Dónde le habéis puesto; dijéronle: Señor ven y ve. Lloró Jesús y los judíos decían: ¡Cómo le amaba! . . . Jesús otra vez conmovido en su interior, llegó al monumento"***.

Jn. 11, 33-38.

La escena habla tan claro de la realidad de la naturaleza humana de Cristo con todas sus exigencias, que no necesita comentario.

2.2 Función de la humanidad de Cristo: Sacramento de la Divinidad.

Es esta tal vez, la perspectiva más original del Evangelio de San Juan. Para él, la humanidad de Cristo no es

tan sólo una realidad cualquiera que hay que tener en cuenta, sino algo esencial al misterio de la redención, esencial en Cristo.

Teólogos como: Durwell F. y Paul Faynel, (**Jesucristo el Señor, Ed. Sígueme, Salamanca 1966, pág.** 135 citando a Durwell, "**La Resurrección de Jesús Misterio de Salvación**" **Barcelona, Herder, 1960 págs. 32-40**) están convencidos y afirman explícitamente que *"**el cuerpo de Jesucristo constituye juntamente con el pensamiento del Verbo, el centro de interés del Evangelio de San Juan**"*.

En efecto, ya desde la primera página del Evangelio aparecen estos dos elementos, Verbo y Humanidad, relacionados y acentuados *"**y el Verbo se hizo Carne y habitó entre nosotros**"*. En adelante, la humanidad de Cristo es la nueva tienda para la nueva alianza, el lugar donde reside y se manifiesta la divinidad, el lugar de la presencia de Dios en su pueblo.

N.B.: La expresión *"**lugar de la divinidad**"* es muy importante aplicada a las relaciones entre humanidad de Cristo y divinidad.

Esta idea de la humanidad de Cristo como Sacramento, como signo, como manifestación, como instrumento
Jn. 2, de la divinidad está muy clara en Jn. 2, 18-21. *Los judíos*
18-21 ***tomaron la palabra y le dijeron: ¿Qué señal das para obrar así? Respondió Jesús, y dijo: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré. Replicaron los judíos: Cuarenta y seis años se han empleado en edificar este templo, ¿y tú vas a levantarlo en tres días? Pero El hablaba del templo de su cuerpo.*** (**Jn. 2, 18-21**), sobre el templo que es su cuerpo y en **Jn. 6,51**, sobre el pan que es su carne y que contiene la vida del mundo: su cuerpo como templo, como cosa externa, visible de algo invisible (el contenido de la noción

de Sacramento); su cuerpo, su carne y su sangre, el signo externo, visible, (pero real), el vehículo de algo invisible infinitamente superior: la vida divina.

Es en su carne y por su carne como Cristo nos comunica los dones divinos, es en su carne y por su carne como Cristo realiza la misión que le confió el Padre. De esta manera su humanidad es al mismo tiempo manifestación e instrumento de la divinidad, es un Sacramento. Ambos elementos: humanidad y divinidad están estrechamente unidos, tan unidos que serán una sola persona, ambos son esenciales a Cristo. Con el Verbo sin la carne no habría habido Encarnación, con la carne sin el Verbo Jesucristo no habría sido Dios, sino un puro y simple hombre. Es muy expresiva a este respecto la frase de San Agustín: ***"Quita el Verbo, ¿qué es entonces la carne de Cristo? exactamente lo que la tuya"*** (citado por Faynel Paul, **"Jesucristo el Señor" pág. 136**).

★☆★☆★☆★☆★☆★

Hemos visto cómo San Juan valoriza las dos realidades en Cristo: la divina, el Verbo con su existencia en Dios antes de encarnarse; como Hijo de Dios que viene enviado por el Padre a este mundo y la realidad humana de un hombre verdadero. Y ambas realidades intimamente unidas. La reflexión sobre el dato revelado precisará técnicamente los términos en los siglos sucesivos, llegando a la formulación de la unión hipostática y de la comunicación de idiomas. Pero la realidad del Misterio de Cristo, Dios-Hombre está ya contenida en el dato revelado.

CAPITULO VI

LA CRISTOLOGIA DE LOS PADRES ANTENICENOS

INTRODUCCION:
TRADICION Y HEREJIAS.

Empezamos con este tema una materia de estudio diversa de la precedente y a la que por tanto debemos acercarnos con espíritu también diverso. La revelación fue completada con Cristo y los Apóstoles. El pensamiento de los Padres no es una nueva revelación que viniera a añadirse a la de Cristo, como si ésta no fuera suficiente. Es una tradición, una conservación de la fe, una transmisión, clarificación, explicitación. Este depósito no es un tesoro inerte, sino algo vivo, la palabra de vida, y por otra parte aquel sujeto que ha recibido la misión de conservarlo y trasmitirlo, la Iglesia, no es un museo de arqueología, sino también un ser vivo que conservará el depósito viviéndolo, tomando cada vez más conciencia del mismo, descubriendo progresivamente sus infinitas riquezas, defendiéndolo contra posibles desviaciones.

El artífice principal de la conservación y trasmisión de este depósito es el Espíritu Santo, pero también entra la obra del hombre.

Empezamos, pues, a considerar la historia de la conservación, trasmisión, explicitación, organización sistemática de este depósito de las verdades reveladas acerca de la realidad que es Jesús de Nazareth.

En esta historia juegan un papel importante también las herejías, que fueron sin duda alguna ocasiones que obligarán a la Iglesia a precisar ciertos aspectos del dogma que

hasta entonces habían sido vividos, pero no elaborados claramente, que no habían sido objeto de reflexión.

Hay que tener en cuenta el sentido profundo de toda herejía. De la palabra griega *"hairesis"* o *"haereo"* latino, ha llegado a significar un adherirse a algo, una elección exclusiva de un aspecto de la verdad con detrimento de la verdad total. El hereje lo es generalmente no por lo que afirma (acentúa un aspecto de la verdad) sino en lo que niega (que debería ser el otro aspecto de la misma).

El hereje está tan ofuscado, tan impresionado por uno de los aspectos de la verdad (generalmente por aquel que mejor corresponde a su temperamento, aquel al cual lo llevan las circunstancias) que termina por olvidar y negar otros aspectos complementarios.

Esto sucede de una manera especial en el campo de la Cristología, tal vez porque en ninguna otra parte del Dogma está el hombre tan llevado a elegir entre dos elementos que el Dogma nos dice que son indisociables: Humanidad y Divinidad de Cristo. A esto se reducen las herejías cristológicas: a negar una de estas dos realidades en Cristo o su integridad o su ejercicio. El hereje sobre todo en el campo cristológico cae en una tentación muy normal en el hombre; contemplar una realidad que es tan múltiple y compleja, como la de Cristo, a través de uno de sus aspectos. Cuando este aspecto llega a ser tan predominante y obsesivo que hace olvidar y hasta negar los demás, estamos en la herejía.

.

. .

(Las herejías antiguas en forma técnica y precisa han desaperecido ciertamente pero pueden persistir como una tendencia profunda y espontánea del espíritu humano. Por eso hay que distinguir entre ambas).

La segunda forma puede manifestarse en la misma Cristología o reflejarse en otros puntos del cristianismo: en la Eclesiología, en el plano de la acción, etc.

El período que vamos a estudiar en este tema abarca especialmente los siglos 2o. y 3o. En este período podemos distinguir tres etapas: la primera, en que la fe es simplemente vivida por la Iglesia, no formulada reflejamente, científicamente, sistemáticamente, aunque una cierta reflexión espontánea, naturalmente, hubo siempre. La segunda: el surgir de las **primeras herejías**: docetismo y gnosticismo. La tercera en la que la Iglesia se ve obligada a re**flexionar sobre la fe** que ella vivía, manifestándose así ante las primeras dificultades de las herejías, también las primeras tendencias cristológicas.

I. LA ETAPA DE LA FE VIVIDA.

Los cristianos se presentaron al mundo desde el principio, como los que adoran a Cristo. Así los llamaban los paganos. Y Cristo considerado como hijo de Dios, Salvador, dador de la vida.

Uno de los testimonios paganos sobre la fe de los cristianos es **Plinio el joven** gobernador de Bitinia que escribía a Trajano hacia el año 113: ***"Afirmaban que su gran crimen (de ellos) y su error consistía en reunirse en un día determinado antes de la salida del sol, y en cantar juntos un himno a Cristo como a Dios"*** (Cfr. Faynel o.c. p. 142).

Un testimonio parecido lo hallamos en las acusaciones de Celso contra los cristianos trasmitidas por Orígenes: ***"Si el único objeto de su culto fuera el Dios único, podrían tal vez argumentar poderosamente contra sus adversarios; pero, de hecho, ofrecen un culto excesivo a aquel hombre aparecido recientemente. . . Si tratáis de hacerles comprender que ese hombre no es el hijo de Dios, sino que es al Padre de todos los hombres al que hay que adorar verdadera-***

mente, no querrán admitirlo a no ser adorando también a aquel hombre al que consideran como al promotor de su rebelión". (Orígenes, contra Celso 8, 12 y 14 citado por Faynel o.c. p. 142).

Entre las oraciones cristianas del tiempo, tenemos un célebre canto a la luz que es Cristo, referido por San Basilio: ***"Alegre luz de la santa e inmortal gloria del Padre celestial, santo y bienaventurado Jesucristo. Llegados a la hora de la puesta del sol, y viendo aparecer el astro de la tarde, cantamos al Padre, al Hijo y al Espíritu de Dios. Tú eres digno en todo tiempo de ser cantado siempre por las voces santas, Hijo de Dios que das la vida, por eso el mundo te glorifica"***. (Cfr. Faynel, p. 142). Como vemos en este canto, para la Iglesia primitiva, Cristo es ante todo el que da la vida, el que salva. Jesús salva. Este último punto, Jesús Salvador, será el verdadero criterio de fe para los primeros cristianos. Los herejes razonaban sutilmente y los cristianos, bien firmes en el pilar de Jesús como Salvador, reaccionaban de la siguiente manera: Si lo que dicen los herejes es verdad, entonces Jesús no es nuestro Salvador, no nos ha salvado, luego hay que rechazar sus doctrinas, porque estamos convencidos que Jesús es nuestro salvador.

II. LAS PRIMERAS HEREJIAS: GNOSIS Y DOCETISMO.

(Cfr. Diccionario de Teología dogmática de Pedro Parente en las voces correspondientes; idem Rahner - Vorgrimler, "**Diccionario Teológico**", voces correspondientes).

El gnosticismo es un modo de considerar el mundo, una visión, una Weltanschaung del mundo. Con respecto al cristianismo fue un intento de reducir el Cristianismo a una filosofía religiosa, sustituyendo la fe por la ciencia.

En la base de todo gnosticismo está en definitiva, una idea muy elevada de Dios y una idea demasiado baja

de la materia. De aquí el problema de las relaciones entre el uno y la otra. El gnosticismo responde con la teoría de los eones intermediarios que permiten el descenso o transición entre el ser perfecto y los seres creados y la ascensión del hombre hasta Dios. Supuesto hecho ya el estudio del Gnosticismo en sí, nos vamos a detener brevemente en sus relaciones con el Cristianismo viendo primero su posición frente al Cristianismo y después la reacción de éste.

1. LOS GNOSTICOS FRENTE A CRISTO.

Siendo para el Gnosticismo **la materia esencialmente mala, es imposible que Dios se haya encarnado** y menos todavía sufrido. Por tanto la Encarnación de Cristo no debe haber sido más que una simple apariencia. Cristo pareció ser hombre, sufrir y morir, pero nada de eso se realizó verdaderamente. Fue todo pura apariencia. Docetismo.

Es verdad que algunos gnósticos, como Basílides, mitigaban su docetismo diciendo que Dios sí se encarnó, pero que no sufrió en el Calvario, que fue sustituído por José de Arimatea, que apareció bruscamente en Palestina sin haber nacido realmente de la Virgen María. Pero en todos ellos domina esta idea: Cristo no podía ser un hombre como nosotros.

La rama docetista del Gnosticismo admitía, aunque vagamente, la divinidad de Cristo y negaba la realidad de su humanidad. Otros no consideraban a Cristo como un simple hombre, pero tampoco como Dios. Era uno de aquellos eones o sus intermediarios entre Dios y los hombres llamados demiurgos.

Por una parte un **Dios aminorado**, una manifestación del mundo superior; y por otra un hombre aparente. Para ellos la salvación no consistía en la participación real en la vida divina mediante la incorporación a Cristo, sino en una especie de comunicación hecha a algunos ini-

ciados en los secretos acerca de las emanaciones divinas de la creación del mundo. (J. Lebreton, Historia del Dogma de la Trinidad, **Histoire du dogme de la Trinité, 2, 118-**119 citado por Faynel o.c. p. 114).

2. REACCION CRISTIANA.

Dos grandes figuras del Cristianismo primitivo, sobresalen en la reacción contra el Gnosticismo: San Ignacio de Antioquía y San Ireneo de Lyon.

Escribiendo a los cristianos de Esmirna, San Ignacio les recordaba la realidad del Cuerpo de Cristo con estas palabras: ***"Jesucristo salió verdaderamente de la raza de David según la carne; nació verdaderamente de una Virgen. . . Fue realmente atravesado con clavos en su carne por nosotros"*** (*Ad Smyrn.* 1, 1-2 citado por Faynel o.c. p. 145).

Y en la carta a los de Efeso insiste en la necesidad de no separar en Cristo al hombre de Dios: ***"No hay más que un solo médico, carnal y espiritual, engendrado y no engendrado, venido en carne, Dios, en la muerte vida verdadera, nacido de María y nacido de Dios, primero pasible y ahora impasible, Jesucristo nuestro Señor".*** (*Ad. Ef.* 7, 2 citado por Faynel o.c. p. 145). Para San Ignacio, Cristo es nuestra vida, y esto no sólo en cuanto que es Dios, sino en cuanto que es Dios encarnado.

San Ireneo es el mayor adversario del Gnosticismo. Contra esa herejía escribirá su obra principal: *"Adversus haereses".* (Ambos Padres son discípulos de San Juan, directos o mediatos y ambos reflejan su insistencia en la realidad de la carne de Cristo).

San Ireneo lucha contra la dualidad: Dios-materia del gnosticismo, defendiendo la unidad de la obra de Dios

y la unidad de ambos elementos en Cristo, como requisito para que la redención de Cristo sea verdadera redención. Así escribe en *"Adversus haereses":*

"De la misma manera habrá que razonar contra aquellos que pretenden que él no sufrió más que en apariencia. En efecto, si él no sufrió verdaderamente, no se le puede asignar ninguna gracia. Y nosotros, cuando suframos verdaderamente, le miraremos como a un seductor, ya que nos exhorta a tolerar los golpes y a presentar la otra mejilla, si realmente no sufrió êl el primero.

Pero ¡no! Nuestro Señor es el único maestro verdadero, Hijo de Dios verdaderamente bueno y paciente, Verbo de Dios Padre hecho Hijo del hombre.

Así pues, él hizo que se adhiriera y uniera estrechamente, como ya lo hemos dicho, el hombre a Dios (a sí mismo).

1). Porque si no hubiera sido un hombre el que venció al enemigo del hombre, la derrota de ese enemigo no hubiera sido justa;

2). Por otra parte, si no fuera un Dios el que nos consiguió la salvación, no la tendríamos de manera segura;

3). Y, finalmente, si el hombre no hubiese sido constituído en estrecha unidad con Dios, no habría podido tener parte en la incorruptibilidad.

Era por tanto, preciso que el mediador de Dios y de los hombres, por su parentesco con cada una de las dos partes, restableciera entre ellas la amistad y la concordia e hiciera en suma que, por una parte, Dios tomara al hombre a su cargo y que, por otra, el hombre se entregara a Dios". (*Adv. haer.* 3, 18, 6-7) *"Porque el motivo por el cual el Verbo de Dios se hizo* 'hombre' *y el Hijo de Dios*

Hijo del hombre, es para que el hombre entre en comunicación con Dios y para que, recibiendo la adopción, se convierta en hijo de Dios.

En efecto, no podríamos recibir la incorruptibilidad y la inmortalidad sin una unión estrecha con la inmortalidad y la incorruptibilidad; ¿Pero cómo habríamos podido unirnos nosotros a la inmortalidad y a la incorruptibilidad si primero esta incorruptibilidad y esta inmortalidad no se hubiera hecho lo que somos nosotros, para que el elemento corruptible fuera absorbido por la incorruptibilidad y el elemento mortal por la inmortalidad, y así recibiéramos la adopción de hijos?". (Cfr. Faynel, o.c. p. 146).

Como vemos, el razonamiento de San Ireneo es el siguiente: la verdad básica que no hay que abandonar jamás, el ancla a la cual debe estar firmemente asido el Cristianismo, es la realidad de nuestra Redención. Cristo nos redimió realmente, verdaderamente. De ahí se sigue la realidad de la naturaleza humana de Cristo necesariamente unida a la naturaleza divina: ¿Cómo podría haber tenido lugar dicha redención si Cristo no hubiera sido a la vez un hombre verdadero y un verdadero Dios?; ¿si no hubiera tenido a la vez un parentesco con ambas familias?, ¿con la divina y con la humana? El pensamiento es el mismo que después explicitarán los Padres griegos: para que algo pueda ser redimido, salvado, tiene que ser asumido. No se salvará nada de lo que no haya sido asumido.

Concluyendo: La primera herejía cristológica con la que tuvo que enfrentarse la Iglesia, negaba principalmente la realidad de la humanidad de Cristo, la encarnación real de Dios, por miedo a que Dios se contamine, se hunda en la materia comprometiendo así su santidad y pureza.

Es un error de tendencia idealista que bajo una u otra forma irá apareciendo en toda la historia de la Iglesia intentando vaciar lo humano en nombre de lo divino.

III. PRIMERA REFLEXION CRISTOLOGICA.

Ante los ataques de la herejía, la Iglesia se ve obligada a reflexionar seriamente sobre la legítima manera de entender y presentar la realidad de Jesús de Nazareth y aparecen así los primeros escritos que podríamos calificar de primeras "Cristologías".

En este esfuerzo de reflexión sobre la realidad de Cristo, se manifiestan ya las dos tendencias cristológicas, que dominarán toda la historia de la Cristología. Estas son las dos grandes maneras de abordar el misterio de Cristo: la que parte de la divinidad (monifisismo) y la que parte de la humanidad (nestorianismo).

Estas dos tendencias estarán patrocinadas por las dos grandes escuelas teológicas de la antigüedad: la escuela alejandrina y la antioquena.

En este punto hablaremos sólo de los inicios de la escuela alejandrina con Clemente de Alejandría y Orígenes. Una manera distinta de presentar a Cristo de las de estos Padres, ofrece ya en la Teología Occidental, Tertuliano, cuyo pensamiento al respecto veremos también brevemente.

1. ESCUELA ALEJANDRINA.

Los máximos representantes de esta escuela, Clemente de Alejandría y Orígenes, son dos contemplativos y por tanto inclinados a valorizar más lo invisible, lo interior, lo divino.

De estos dos pensadores, es Orígenes el que ahonda más en el misterio de Cristo. Pone en el alma humana de Jesús el punto de comunicación entre lo humano y lo divino. Esta alma estaba tan unida al Verbo que constituía con él un solo espíritu. Mediante ella, el Verbo se unió a la carne.

Para explicarnos esta unión que se lleva a cabo mediante el amor, Orígenes usa la comparación del hierro metido en el fuego que se convierte completamente en fuego. De la misma manera la naturaleza humana de Cristo queda toda ella transformada en Dios.

La tónica dominante en Orígenes como en toda la escuela alejandrina, es la acentuación de lo divino; se parte de Dios y esto para asegurar, subrayar, defender bien la unidad en Cristo. Es lo divino en Cristo lo que asume la humanidad y lo que garantiza la unidad.

Pero en este intento de defender lo divino hay también un peligro: subvalorizar lo humano que puede hasta llegar a quedar completamente absorbido por lo divino. Esta escuela salvaguarda muy bien la unidad entre lo humano y lo divino en Cristo, pero llevadas sus deducciones a sus últimas consecuencias compromete la dualidad, la distinción de ambas naturalezas en el mismo Cristo.

2. LA TEOLOGIA LATINA: TERTULIANO.

Tertuliano es un espíritu muy diverso de Clemente Alejandrino y de Orígenes. Es positivo, jurista, moralista. Esta manera de ser, influye en su Cristología naturalmente.

Contra los docetas defiende con gran energía, con aquella energía propia de su temperamento fogoso, la realidad humana de Cristo, sin olvidar por eso que Cristo es también igualmente que hombre verdadero, verdadero Dios.

El problema principal lo ve ya Tertuliano en la unión de ambas naturalezas, defendiendo él con ojo clarividente de precursor, la distinción de ambas en dicha unión. La naturaleza humana y divina conservan sus características propias y también sus actividades y operaciones propias.

Unión pues, de las dos naturalezas, pero no fusión, no identificadas, sino distintas.

Hé aquí cómo resume su pensamiento en el siguiente texto de "*Adversus Praxeam*":

"La propiedad de una y otra subsistencia está de tal manera salvaguardada que el espíritu en ella realizó sus obras, es decir, los milagros, las virtudes y los signos; que la carne asimismo sufrió sus pasiones, padeciendo hambre delante del diablo, teniendo sed ante la samaritana, llorando a Lázaro, angustiándose hasta la muerte y por fin muriendo.

Aprende por tanto, con Nicodemo que lo que nació en carne es carne, que lo que es del espíritu es espíritu. La carne no es espíritu ni el espíritu es carne; pero pueden ser uno. De ambos se formó Jesús, hombre por la carne y Dios por el espíritu. Aquel a quien el ángel llamó Hijo de Dios en cuanto que es espíritu, es llamado Hijo del hombre en cuanto que es carne". (*Ad. Prax.*, 27 citado por Faynel, o.c. p.149).

Como vemos, Tertuliano acentúa la distinción, la dualidad de las naturalezas en Cristo que es su punto de partida, mientras que la escuela alejandrina está interesada en subrayar la unidad, partiendo de la persona del Verbo. La teología latina seguirá la orientación que le dió Tertuliano.

Se puede decir que toda la historia de la Cristología oscilará entre estas dos tendencias: o acentuar la unidad o la dualidad. Cualquiera de las dos tendencias lleva a la herejía cuando se toman en forma exclusiva.



CAPITULO VII

CRISTO EN LOS CONCILIOS CRISTOLOGICOS

Vamos a repasar en este tema algo de Historia. Las profundas y ásperas discusiones que llevan a la Iglesia a formular clara y precisamente su fe acerca de Cristo hasta llegar a sintetizarla en esta expresión: ***"El es una persona con dos naturalezas"***.

Esta expresión nos parece a nosotros ahora pacífica y no nos impresiona, pero, cuánto trabajo costó a la Iglesia llegar a esta visión clara, refleja de la fe cristiana.

Con esta expresión la Iglesia responde a la pregunta: Si Cristo es una **"Cosa"** o **"Dos cosas"**, un ser o dos seres. Cristo es una cosa y dos cosas.

Naturalmente hay que usar con sumo cuidado y precisión los términos.

El intentar expresar con palabras humanas los datos de la Revelación sobrenatural es siempre un riesgo y un desafío para la Iglesia como lo demuestra la historia de la cristología. Aún leyendo todos la misma Escritura y deseando todos profesar la misma fe en Cristo, no todos estaban dispuestos a aceptar la formulación de fe de los demás.

Los mismos términos tenían significado diverso, para los diversos individuos.

Antes del Concilio de Calcedonia 451 esta diversidad de terminología era comprensible y excusable, pero después que este concilio llegó a la fórmula *"Una persona con dos naturalezas, toda divergencia de esta línea entraba en la herejía"*.

Naturalmente había en aquel tiempo muchos factores o barreras que dificultaban la unidad de fe: la escasez de comunicaciones, las largas distancias entre Roma y Constantinopla con la consiguiente tardanza en conocer los mensajes, la muerte de los individuos interesados en tan largas demoras, la política con la intromisión del poder estatal en la Iglesia, etc.

Un tercero y grande obstáculo para la unidad de la fe fue la diversidad de actitud hacia el estudio de Cristo adoptada por las grandes escuelas teológicas: Alejandría de Egipto, y Antioquía de Siria.

La primera acentuaba la divinidad llegando en un segundo tiempo a admitir su humanidad y quedar estupefacta ante la maravilla de Dios que se hace hombre.

La segunda partía de la humanidad llegando posteriormente a la divinidad y quedando a su vez estupefacta ante las pretensiones de este hombre que se quería hacer igual a Dios.

Hay que admitir que estas dos perspectivas no son contradictorias ni se excluyen. Nuestra fe es una síntesis de ambos puntos de vista, pero en la historia fueron causa de muchas discusiones.

Al leer la Escritura, la Escuela de Alejandría veía ante todo el significado espiritual en todos los eventos de la vida del Señor. La Escuela Antioquena por el contrario, veía en primer lugar sólo lo que sucedía humanamente.

I. EL CONCILIO DE NICEA (325).

Al Concilio de Nicea van inseparadamente unidos los nombres de Arrio y San Atanasio. Para Arrio, Sacerdote de Alejandría, la expresión del Evangelio de San Juan: ***"El Verbo se hizo carne"***, es comprensible sólo si el término Carne es entendido en el sentido helenístico de corporeidad, y no en el sentido semítico de humanidad completa.

Para él, el hombre es un alma que habita en un cuerpo y le da vida (concepción neoplatónica de la naturaleza humana).

La carne de Cristo era un simple cuerpo inerte, sin vida, que no poseería alma alguna que lo animara, hasta que el Verbo de Dios (que a su vez no era Dios, sino la más alta creatura hecha por Dios), infundió la vida a aquella carne inanimada. Cristo era precisamente aquel mediador que se necesitaba entre lo invisible, el Dios espiritual, y la creación visible.

El era la palabra, el logos, hablada por Dios al mundo, la palabra por medio de la cual todo fue hecho, pero El no era Dios.

A esta posición arriana responde San Atanasio, también un sacerdote Alejandrino, con este lema: ***"lo que Cristo no asumió no quedó redimido"***; luego si Cristo no asumió nuestra naturaleza humana completa tampoco estamos completamente redimidos. Es así que es una verdad de fe que nosotros estamos completamente redimidos, luego Cristo llegó a ser todo aquello que nosotros somos: un hombre verdadero.

El Concilio de Nicea del 325, convocado por el Emperador Constantino y presidido por el Obispo Osio de

Córdoba como delegado papal, declaró que Arrio estaba en el error. Cristo el Hijo, dijo el Concilio, es Dios en el mismo sentido que el Padre, es la misma cosa que El, es de la misma substancia, consubstancial, consubstantialis, (en griego) *homoousios*.

Esta palabra *homoousios* llegó a ser después de Nicea la piedra de toque de la Cristiandad, distinguiéndose con ella los fieles a la fe Católica y los rebeldes.

Rechazar el uso de esta palabra equivalía a negar la divinidad de Cristo.

La palabra *"Ousia"* (Substancia) fue empleada en Nicea para indicar "lo que Dios Padre es", "lo que Dios es". Más tarde, en el 381, el 1er. Concilio de Constantinopla empleará la misma palabra para decir que el Espíritu Santo es también lo que Dios El Padre, y Dios el Hijo son. El Concilio de Nicea decidió, resolvió el problema de la Divinidad de Cristo. Pero este es un problema más que todo trinitario, no cristológico propiamente. No resolvió el problema cristológico de si, y cómo la divinidad en Cristo está unida a una humanidad completa, a una humanidad perfecta.

Cristo es una "Cosa" divina, algo divino, tanto como lo es el Padre, Pero, ¿es El también una "cosa humana" igualmente que nosotros?, ¿o le falta algo que es tal vez lo que nos hace a nosotros precisamente humanos? Si no le falta nada entonces, ¿es El, dos cosas más bien que una sola? Si es dos cosas, ¿están unidas de alguna manera? Estos son los problemas propiamente cristológicos. En una palabra, el centro del problema es éste. ¿Es Cristo verdaderamente Dios y verdadero hombre? ¿Está unido realmente Dios al hombre en Cristo? ¿Cómo lo está?

Contra las doctrinas de Arrio reaccionó también fuertemente el Obispo de Laodicea Apolinar, pero con doctrinas cristológicas abiertamente heréticas. Quiso combatir la negación Arriana de un alma humana a Cristo, pero lo hizo en tal manera que comprometía la existencia de una humanidad verdaderamente completa en nuestro Señor.

El Verbo, dice Apolinar, no asumió un cuerpo inanimado, sin vida, sino un cuerpo con alma, pero esta alma era simplemente un alma vegetativa-animal brotando toda la actividad intelectual del mismo Verbo directamente.

¿Por qué escogió Apolinar esta teoría? Con ella pensaba asegurar que todos los pensamientos de Cristo fueran los pensamientos de Dios, de tal manera que quedara eliminado todo peligro de conflictos internos en Cristo mismo entre los puntos de vista de Cristo como Verbo, como Dios, y los puntos de vista de Cristo como hombre.

De esta manera estaría asegurada nuestra redención. Cristo estaría seguro de redimirnos, de no ceder aún ante los sacrificios y penas de la pasión que se acercaba. Quedaba así suprimida toda posibilidad de que Cristo retrocediera, volviese atrás.

Apolinar usó la expresión, una *Füsis* (una naturaleza. diríamos hoy) para indicar la única cosa, la única realidad que es el Verbo Encarnado, esta expresión, una *füsis* en el griego del tiempo indicaba la realidad total de una cosa. Pero podía significar también la fuente real de la actividad de una cosa y en este sentido llevó a muchos a la herejía.

Que el Verbo Encarnado era una *füsis* podía entenderse como una realidad unificada y unida, pero también podía entenderse que en Cristo era la única fuente real de actividad y por tanto negar en Cristo algo que es verda-

deramente humano y que es necesario para que Cristo sea verdaderamente hombre. Es lo que Apolinar eligió: negarle algo verdaderamente humano, negarle un alma humana.

Los sínodos de Alejandría, de Roma y el Papa Dámaso, condenaron las doctrinas de Apolinar que afirman que en el cuerpo humano de Cristo el Verbo de Dios habitó en lugar del alma humana racional e intelectual.

Después que la Iglesia precisó la propia doctrina condenando a Apolinar: la expresión una *füsis* en Cristo tenía que significar únicamente la una única realidad concreta, unificada y no una única fuente de actividad en el sentido de que sólo el Verbo obraba en Cristo. Había que atribuir a Cristo pensamientos humanos procedentes de un alma humana que era la fuente de toda clase de actividades propiamente humanas.

II. EFESO 431.

Así como al Concilio de Nicea van unidos los nombres de Arrio y de San Atanasio, al de Efeso lo están los de Nestorio y San Cirilo de Alejandría.

Nestorio: Había estudiado en Antioquía y en el 428 fué consagrado Obispo de Constantinopla. Como Arrio quedó famoso por negar el *"Homoousios"*, Nestorio lo fue negando la maternidad divina de María, rechazando el término *"Theotókos"*. Reconocía en María la madre del hombre Cristo o de la humanidad sagrada de Dios, pero no la madre de Dios mismo. Nestorio no podía comprender cómo una creatura podía engendrar al Eterno que la había creado a ella misma. Por tanto María no era *"Theotókos"* sino sólo *"Xristotókos"* esto es, la mujer que engendró al hombre Jesucristo.

La negación nestoriana de la maternidad divina de María está en la base del énfasis excesivo que él pone en la humanidad del Verbo Encarnado. Es tan humano Cristo que su humanidad existe y actúa por si sola, independientemente y separadamente de su divinidad.

Nestorio enfatizó mucho el aspecto, el elemento humano de Cristo queriendo indicar que Cristo era también lo que nosotros los humanos somos. Por otra parte creyó también en la divinidad de Cristo. Pero su negación del *"Theotókos"* demostró que su concepción sobre la unidad real de Cristo, entre el elemento humano y el divino era defectuosa. Para él, Cristo era dos cosas y cada una de estas cosas (*füsis*) completa en sí misma, existiendo por sí misma, aunque en una cierta combinación con el único Cristo. Era dos individuos actuando como uno sólo.

En la línea nestoriana se hablaría de Cristo ***"como un hombre"*** mientras que la doctrina católica es expresada con precisión con la frase Cristo ***"como hombre"***; la expresión ***"como un hombre"*** puede ser usada, pero si se entiende con ello la abreviación de otra expresión más clara: ***"una persona divina que es hombre"***.

El error de Nestorio consistió en que creyó que Cristo era Dios y al mismo tiempo un hombre, no un unido Dios-hombre, Hijo eterno del Padre y al mismo tiempo hijo de María.

Preguntado sobre su doctrina acerca de la unidad de Cristo no supo dar explicación sino con los ejemplos de Dios que habita en al humanidad de Cristo o de la unidad que existe entre el esposo y la esposa en una carne. Otro ejemplo podría ser el de la persona que recibe la Eucaristía y queda físicamente unida a Cristo, siendo *Cristophoros*, pero no *Cristotókos*. El comunicante es una realidad libre

e independiente de Dios que está en él. Ahora bien, todas estas maneras de entender la unidad que hay entre la divinidad y la humanidad de Cristo son inexactas y están fuera de la fe católica.

El gran opositor de Nestorio fué San Cirilo de Alejandría. Formado en la Escuela Alejandrina, acentuó la preexistencia eterna del Verbo. Este único e infinito Hijo de Dios llegó a ser hijo de María.

Por supuesto dirá San Cirilo a Nestorio en una carta, que el Verbo en cuanto Verbo no fué engendrado por María, (nadie afirma esto, como tal vez pudiera haber pensado Nestorio que era la doctrina de San Cirilo y demás. . .) sino que decimos que María es Madre de Dios en el siguiente sentido: ***El Verbo asumió la carne, la naturaleza humana que fué engendrada por María; y puesto que dicha naturaleza pertenece al Verbo que es la única persona en Cristo y puesto que el Verbo es Dios, por la unidad íntima que existe en Cristo entre Dios y la naturaleza humana decimos que María es Madre de Dios. Es madre de Dios hecho hombre***.

San Cirilo acentuó la unidad del Verbo Encarnado. Es corriente en sus escritos esta expresión: "***Una** füsis*", "***una naturaleza (en su sentido) de Dios, el Verbo Encarnado***". Por una *füsis* él significaba una única realidad concreta y total (que era el sentido general del término). A veces usó en el mismo sentido la palabra *Hypóstasis*. San Cirilo usó esta expresión una *füsis* en sentido ortodoxo a pesar de que fué la misma expresión usada por Apolinar. Habría podido entenderse en el sentido de que en Cristo no había naturaleza humana sino sólo una *füsis*, una sola naturaleza y ésta divina. Precisamente este sentido herético le dará 20 años más tarde el hereje Eutiques, dando origen al monofisismo.

Pero San Cirilo no le dio éste sentido. Lo que él quería era contrarrestar las exageraciones de Nestorio sobre el elemento humano de Cristo. Quería poner al seguro que los cristianos creyeran que el infante del pesebre de Belén era el Hijo Eterno de Dios y no una combinación híbrida de Dios y hombre que destruyera la realidad de nuestra Redención.

Sin embargo el uso de esta palabra *füsis*, por San Cirilo confundió a muchos que la entendieron en el sentido de una sola fuente real de actividad de un ser y por tanto creían que San Cirilo negaba a Cristo toda clase de actividad verdaderamente humana.

Uno de los que mal entendieron a San Cirilo fué el Obispo de Antioquía Juan que entra en pugna con San Cirilo a raíz del Concilio de Efeso.

Los acontecimientos de este Concilio se precipitaron tanto que creó una verdadera confusión. San Cirilo había tratado por largo tiempo de convencer a Nestorio del error de dividir a Cristo en dos. Ambos habían escrito al Papa Celestino quien dio la razón a San Cirilo exigiendo que Nestorio se retractara de aquella ***"innovación que tendía a separar lo que la venerable Escritura había presentado como unido"*** (humanidad y divinidad en Cristo).

El Papa delegó en una carta a San Cirilo para que vigilara por la retractación de Nestorio. Pero antes de que llegara dicha carga el Emperador Teodosio II para aclarar la cuestión en la Iglesia Oriental había convocado un concilio para el 7 de Junio del 431. Se enteró de ello el Papa Celestino y envió sus legados para que lo presidieran. Como estos llegaron con un retraso de dos semanas, San Cirilo ya había abierto el Concilio y el 22 de Junio había condenado a Nestorio. El 24 de Junio llega Juán de Antio-

quía y todos sus obispos, se reunen en sesión y acusa a San Cirilo de herejía de Apolinarismo.

Después llegan los legados papales, aprueban la condenación de Nestorio hecha por San Cirilo y a Juan de Antioquía y a sus obispos los invitan a comparecer ante el Concilio y al no hacerlo quedan excomulgados sumariamente.

Interviene nuevamente el Emperador y ordena el arresto de los tres líderes Nestorio, San Cirilo y el Obispo Memnon de Efeso. Pero la política de San Cirilo en la corte, obtuvo que solamente Nestorio fuera depuesto.

¿Qué hay que decir de tantas tramas y artimañas políticas que usó San Cirilo para obtener la condenación de Nestorio?

Hay que reconocer que Dios, que sabe sacar bien de todo, se sirvió de ellas para hacer triunfar la fe ortodoxa.

Por todo un año después del Concilio siguieron carteándose Juan de Antioquía y San Cirilo, hasta que en el Año 433 se pusieron de acuerdo sobre lo que se llamó "Fórmula de Unión". En ella se combinan la terminología de Juan con la de San Cirilo. La palabra crucial era la *"füsis"* (naturaleza).

En esta fórmula de unión se le dio el sentido que hoy tiene aplicable a cada una de las realidades unidas en Cristo: La humanidad y la divinidad. La unidad de Cristo que San Cirilo expresaba con la frase *"**una** füsis"* se designó con la palabra griega *"Prósopon"*, persona. En la nueva terminología Cristo es una persona con dos naturalezas. Es una "cosa" en cuanto persona y dos "cosas" en cuanto a las naturalezas. Es una persona de dos cosas *"Unus ex duobus"*. María es *Theotókos*, verdaderamente Madre del único verdadero Dios.

Así se salva la maternidad divina de María y la unidad de Cristo que es un Cristo, un Hijo, un Señor consubstancial al Padre en su divinidad y consubstancial a nosotros en su humanidad.

III. CALCEDONIA 451. MONOFISISMO.

La fórmula de tipo apolinarista de San Cirilo *"Una füsis la del Verbo Encarnado"* fue, en efecto, mal entendida por muchos de sus discípulos. Entre ellos el Obispo de Alejandría, Dióscoro, que había sido diácono de San Cirilo y que creía conocer mejor que los demás la doctrina del maestro. A él se le unió un viejo monje que vivía cerca de Constantinopla, Eutiques, Al oir hablar éstos de dos naturalezas en Cristo lanzaron el grito en nombre de San Cirilo y con la primitiva fórmula de éste, de que en Cristo hay *"una sola Füsis la del Verbo Encarnado"*. Acusan a Flaviano, Obispo de Constantinopla, y a los demás que hablaban de dos naturalezas, de Nestorianismo, de aquel viejo error que era un insulto a la memoria de San Cirilo, y que rechazan la Fórmula de Unión del 433 (que había sido firmada por el mismo San Cirilo).

Tanto Eutiques como Dióscoro reclamaban estar defendiendo a la Iglesia contra un nuevo Nestorianismo. También aquí la política, tan necesaria en aquel tiempo para salir victorioso en las controversias religiosas, tuvo su parte.

Eutiques era padre espiritual del primer ministro del Emperador Teodosio quien lo protegió. La teoría de Eutiques llegó a ser conocida con el nombre de Monofisismo. La herejía que afirma que en Cristo hay una sola naturaleza.

Verbalmente ésta herejía se apoya en la fórmula de San Cirilo de *"Una Füsis del Verbo Encarnado"*. Pero ya

sabemos que desde el 433 en que San Cirilo transcribió la fórmula de "Unión" éste no es el pensamiento de San Cirilo. Pués el asintió con aquella fórmula en emplear la palabra *"Füsis"* para designar cada una de las dos realidades en el Verbo Encarnado. Llamado en el 448 por el Obispo Flaviano a retractarse ante un sínodo de Constantinopla, Eutiques rehusó hacerlo a pesar de que se le explicó el uso diverso de San Cirilo de la palabra *Füsis* antes y después de la Formula de Unión. El Sínodo lo depuso del oficio como hereje.

Como ya hemos dicho, esta herejía afirma que en el Verbo Encarnado, después de la Unión, después de la Encarnación hay en Cristo una sola naturaleza y ésta divina. Antes de la unión existían ambas, pero después permanece sólo la divina, María dio al Verbo un cuerpo humano, pero la naturaleza humana fue absorbida en la realidad divina en tal manera que después de la unión sólo quedó la divinidad.

En la encarnación sucedió, dirá Eutiques, lo mismo que sucede, por ejemplo, cuando una botella de vino absorbe una gota de agua o una gota de miel que es absorbida por el océano. Las gotas de agua en el vino y la de miel en el océano son después de la absorción ya imperceptibles.

Siglos más tarde Pío XII notará en su Encíclica *"Sempiternus Rex"* en ocasión del 15 centenario del Concilio de Calcedonia, que la doctrina de Eutiques no tenía fundamento en varios puntos: primero, porque la naturaleza humana de Cristo no existió antes de la unión, de tal manera que no podía ser absorbida. En segundo lugar la naturaleza divina existió siempre en el Hijo, infinita en su realidad y que por tanto no era susceptible de cambio, no podía combinarse con ninguna otra cosa, ni cambiarse en un tercer elemento.

La idea de Eutiques se podría expresar tal vez con la combinación que sucede entre el oxígeno y el hidrógeno para formar el agua. Pero esto es imposible que suceda en el caso de la persona infinitamente perfecta y eterna del Hijo.

Eutiques, apoyado por el Emperador y su primer Ministro apeló a Roma en nombre del antinestorianismo.

También Flaviano escribió, hasta que el Papa León I emanó el famoso documento conocido con el nombre de *"Tomus Leonis"* que es una carta dirigida a Flaviano acerca de la Encarnación. Desde entonces esta carta ha quedado como norma en la doctrina y devoción sobre el Verbo.

Antes que esta carta llegara a su destino el Emperador Teodosio había convocado un concilio local en Efeso 449 presidido por Dióscoro de Alejandría en el cual fué saludado el Monofisismo como la fe verdadera de la Iglesia. Flaviano, acusado de nestorianismo, fue depuesto, mal tratado y pocos días después murió.

Enterado el Papa León I, tachó al sínodo de latrocinio, de concilio de ladrones, que pasó a la Historia con el nombre de *"Latrocinium Ephesinum"*.

En el *"Tomus Leonis"* el Papa protesta al Emperador pidiéndole que convocara enseguida un concilio ecuménico verdadero en alguna parte de Italia. El Emperador Teodosio no atendió la súplica y cuando el Papa se dirigió al Emperador de Occidente Valentiniano III para que éste convocara el Concilio Ecuménico, Teodosio se opuso diciendo cínicamente que en el Imperio de Oriente todo estaba en paz.

Ya estaba por abrirse un cisma en la Iglesia Oriental cuando Dios intervino con la muerte de Teodosio en el 450.

Al sucederle su hermana Pulqueria, el Primer Ministro y protector de Eutiques, Crisafio, fué ejecutado.

La Emperatriz apeló a Roma para un Concilio y el Papa León asintió gustosamente a que se celebrara en el año 451 en Calcedonia, ciudad separada de Constantinopla por el Bósforo.

Es el gran Concilio Cristológico, el Papa San León escribió otra carta pidiendo que el Concilio aprobara su anterior o *"Tomus Leonis"* cosa que los 600 obispos hicieron bajo la presidencia de los legados papales.

El Concilio condenó el Monofisismo y depuso a Dióscoro y bajo la insistencia del Emperador emanó una nueva declaración de fe con las ideas del Papa León I y la terminología griega de la Fórmula de Unión del 433.

N.B.: Conviene hacer un estudio de los siguientes documentos del Magisterio: **Epístola Dogmática** *"Lectis dilectionis tuae", ad Flavianum Constantinopolitanum Patriarcham 13 junii 449,* **D* 143-144. SAN LEON MAGNO, 440 - 461. Sobre la Encarnación** (contra Eutiques) (De la Carta 28 Dogmática *Lectis dilectionis tuae,* a Flaviano, patriarca de Constantinopla, de 13 de junio de 449).

D. *(2) (v. R 2182.)*
143. *(3) Quedando, pues, a salvo la propiedad de una y otra naturaleza y uniéndose ambas en una sola persona, la humildad fue recibida por la majestad, la flaqueza, por la fuerza, la mortalidad, por la eternidad, y para pagar la deuda de nuestra raza, la naturaleza inviolable se unió a la naturaleza pasible. Y así —cosa que convenía para nuestro remedio— uno solo y el mismo mediador de Dios y de*

— — — — — — — —

D*= *ENRIQUE DENZINGER* "EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA", *Biblioteca Herder, Sección de Teología y Filosofía, Volumen 22, Barcelona, Editorial Herder, 1963.*

los hombres, el hombre Cristo Jesús (I Tim. 2, 5), *por una parte pudiera morir y no pudiera por otra. En naturaleza, pues, íntegra y perfecta de verdadero hombre, nació Dios verdadero, entero en lo suyo, entero en lo nuestro.* (D 143)

(4) Entra, pues, en estas flaquezas del mundo el Hijo *D.*
de Dios, bajando de su trono celeste, pero no alejándose *144.*
de la gloria del Padre, engendrado por nuevo orden, por nuevo nacimiento. Por nuevo orden: porque invisible en lo suyo, se hizo visible en lo nuestro; incomprensible, quiso ser comprensivo; permaneciendo antes del tiempo, comenzó a ser en el tiempo; Señor del universo, tomó forma de siervo, oscurecida la inmensidad de su majestad; Dios impasible, no se desdeñó de ser hombre pasible, e inmortal, someterse a la ley de la muerte. Y por nuevo nacimiento engendrado: porque la virginidad inviolada ignoró la concupiscencia, y suministró la materia de la carne. Tomada fue de la madre del Señor la naturaleza, no la culpa; y en el Señor Jesucristo, engendrado del seno de la Virgen, no por ser el nacimiento maravilloso, es la naturaleza distinta de nosotros. Porque el que es verdadero Dios es también verdadero hombre, y no hay en esta unidad mentira alguna, al darse juntamente la humildad del hombre y la alteza de la divinidad. Pues al modo que Dios no se muda por la misericordia, así tampoco el hombre se aniquila por la dignidad. Una y otra forma, en efecto, obra lo que le es propio, con comunión de la otra; es decir, que el Verbo obra lo que pertenece al Verbo, la carne cumple lo que atañe a la carne. Uno de ellos resplandece por los milagros, el otro sucumbe por las injurias. Y así como el Verbo no se aparta de la igualdad de la gloria paterna; así tampoco la carne abandona la naturaleza de nuestro género. (Más en R. 2183 ss y 2188.), (D. 144).

D. 148 CONCILIO DE CALCEDONIA, 451 IV ecuménico *D.*
(contra los monofisitas) (San León I el Magno, 440-461. *148.*
—Concilio de Calcedonia, 451—). **Definición de las dos naturalezas de Cristo.** *Siguiendo, pues, a los Santos Padres, todos a una voz enseñamos que ha de confesarse a uno solo*

y el mismo Hijo, nuestro Señor Jesucristo el mismo perfecto en la divinidad y el mismo perfecto en la humanidad, Dios verdaderamente, y el mismo verdaderamente hombre de alma racional y de cuerpo, consustancial con el Padre en cuanto a la divinidad, y el mismo consustacial con nosotros en cuanto a la humanidad, semejante en todo a nosotros, menos en el pecado (Hebr. 4, 15); *engendrado del Padre antes de los siglos en cuanto a la divinidad, y el mismo, en los últimos días por nosotros y por nuestra salvación, engendrado de María Virgen, madre de Dios, en cuanto a la humanidad; que se ha de reconocer a uno solo y el mismo Cristo Hijo Señor unigénito de dos naturalezas, sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación, en modo alguno borrada la diferencia de naturalezas por causa de la unión, sino conservando, más bien, cada naturaleza su propiedad y concurriendo en una sola persona y en una sola hipóstasis, no partido o dividido en dos personas, sino uno solo y el mismo Hijo unigénito, Dios Verbo Señor Jesucristo, como de antiguo acerca de El nos enseñaron los profetas, y el mismo Jesucristo, y nos lo ha trasmitido el Símbolo de los Padres* (v. 54 y 86).

Así, pues, después que con toda exactitud y cuidado en todos sus aspectos fue por nosotros redactada esta fórmula, definió el santo y ecuménico Concilio que a nadie será lícito profesar otra fe, ni siquiera escribirla o componerla, ni sentirla, ni enseñarla a los demás. (D. 148), que contiene el decreto, *El Constantinopolitanum II,* **D. 213-228 Anatematismos sobre los tres capítulos** (En parte idénticos con la **Homología** del Emperador, del año 551).

D. *Can. 1. Si alguno no confiesa una sola naturaleza o*
213. *sustancia del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y una sola virtud y potestad. Trinidad consustancial, una sola divinidad, adorada en tres hipóstasis o personas; ese tal*

sea anatema. Porque uno solo es Dios y Padre, de quien todo; y un solo Señor Jesucristo, por quien todo; y un solo Espíritu Santo, en quien todo.

Can. 2. Si alguno no confiesa que hay dos naci- D.
mientos de Dios Verbo, uno del Padre, antes de los siglos, 214.
sin tiempo e incorporalmente; otro en los últimos días, cuando El mismo bajó de los cielos, y se encarnó de la santa gloriosa madre de Dios y siempre Virgen María, y nació de ella; ese tal sea anatema.

Can. 3. Si alguno dice que uno es el Verbo de Dios D.
que hizo milagros y otro el Cristo que padeció, o dice que 215.
Dios Verbo está con el Cristo que nació de mujer o que está en El como uno en otro; y no que es uno solo y el mismo Señor nuestro Jesucristo, el Verbo de Dios que se encarnó y se hizo hombre, y que de uno mismo son tanto los milagros como los sufrimientos a que voluntariamente se sometió en la carne, ese tal sea anatema.

Can. 4. Si alguno dice que la unión de Dios Verbo D.
con el hombre se hizo según gracia o según operación, o 216.
según igualdad de honor, o según autoridad, o relación, o hábito, o fuerza, o según buena voluntad, como si Dios Verbo se hubiera complacido del hombre, por haberle parecido bien y favorablemente de El, como Teodoro locamente dice; o según homonimia, conforme a la cual los nestorianos llamando a Dios Verbo Jesús y Cristo, y al hombre separadamente dándole nombre de Cristo y de Hijo, y hablando evidentemente de dos personas, fingen hablar de una sola persona y de un solo Cristo según la sola denominación y honor y dignidad y admiración; mas no confiesa que la unión de Dios Verbo con la carne animada de alma racional e inteligente se hizo según composición o según hipóstasis, como enseñaron los Santos Padres; y por esto, una sola persona de El, que es el Señor

Jesucristo, uno de la Santa Trinidad; ese tal sea anatema. Porque, como quiera que la unión se entiende de muchas maneras, los que siguen la impiedad de Apolinar y de Eutiques, inclinados a la desaparición de los elementos que se juntan, predican una unión de confusión. Los que piensan como Teodoro y Nestorio, gustando de la división, introducen una unión habitual. Pero la Santa Iglesia de Dios, rechazando la impiedad de una y otra herejía, confiesa la unión de Dios Verbo con la carne según composición, es decir, sigún hipóstasis. Porque la unión, según composición en el misterio de Cristo, no sólo guarda inconfusos los elementos que se juntan, sino que tampoco admite la división.

D. *Can. 5. Si alguno toma la única hipóstasis de nuestro*
217. *Señor Jesucristo en el sentido de que admite la significación de muchas hipóstasis y de este modo intenta introducir en el misterio de Criso dos hipóstasis o dos personas, y de las dos personas por él introducidas dice una sola según la dignidad y el honor y la adoración, como lo escribieron locamente Teodoro y Nestorio, y calumnia al santo Concilio de Calcedonia, como si en ese impío sentido hubiera usado de la expresión "una sola persona"; pero no confiesa que el Verbo de Dios se unió a la carne según hipóstasis y por eso es una sola la hipóstasis de El, o sea, una sola persona, y que así también el santo Concilio de Calcedonia había confesado una sola hipóstasis de nuestro Señor Jesucristo; ese tal sea anatema. Porque la santa Trinidad no admitió añadidura de persona o hipóstasis, ni aun con la encarnación de uno de la santa Trinidad, el Dios Verbo.*

D. *Can. 6. Si alguno llama a la santa gloriosa siempre*
218. *Virgen María madre de Dios, en sentido figurado y no en sentido propio o por relación, como si hubiera nacido un puro hombre y no se hubiera encarnado en ella el*

Dios Verbo, sino que se refiriera según ellos el nacimiento del hombre a Dios Verbo por habitar con el hombre nacido; y calumnia al santo Concilio de Calcedonia, como si en este impío sentido, inventado por Teodoro, hubiera llamado a la Virgen María madre de Dios; o la llama madre de un hombre o madre de Cristo, como si Cristo no fuera Dios, pero no la confiesa propiamente y según verdad madre de Dios, porque Dios Verbo nacido del Padre antes de los siglos se encarnó de ella en los últimos días, y así la confesó piadosamente madre de Dios el santo Concilio de Calcedonia, ese tal sea anatema.

Can. 7. Si alguno, al decir "en dos naturalezas", no D.
confiesa que un solo Señor nuestro Jesucristo es conocido 219.
como en divinidad y humanidad, para indicar con ella la diferencia de las naturalezas, de las que sin confusión se hizo la inefable unión; porque ni el Verbo se transformó en la naturaleza de la carne, ni la carne pasó a la naturaleza del Verbo (pues permanece una y otro lo que es por naturaleza, aun después de hecha la unión según hipóstasis), sino que toma en el sentido de una división en partes tal expresión referente al misterio de Cristo; o bien, confesando el número de naturalezas en un solo y mismo Señor nuestro Jesucristo, Dios Verbo encarnado, no toma en teoría solamente la diferencia de las naturalezas de que se compuso, diferencia no suprimida por la unión (porque uno solo resulta de ambas, y ambas son por uno solo), sino que se vale de este número como si (Cristo) tuviese las naturalezas separadas y con personalidad propia, ese tal sea anatema.

Can. 8. Si alguno, confesando que la unión se hizo D.
de dos naturalezas: divinidad y humanidad, o hablando 220.
de una sola naturaleza de Dios Verbo hecha carne, no lo toma en el sentido en que lo enseñaron los Santos Padres, de que de la naturaleza divina y de la humana,

después de hecha la unión según la hipóstasis, resultó un solo Cristo; sino que por tales expresiones intenta introducir una sola naturaleza o sustancia de la divinidad y de la carne de Cristo, ese tal sea anatema. Porque al decir que el Verbo unigénito se unió según la hipóstasis, no decimos que hubiera mutua confusión alguna entre las naturalezas, sino que entendemos más bien que, permaneciendo cada una lo que es, el Verbo se unió a la carne. Por eso hay un solo Cristo, Dios y hombre, el mismo consustancial al Padre según la divinidad, y el mismo consustancial a nosotros según la humanidad. Porque por modo igual rechaza y anatematiza la Iglesia de Dios, a los que dividen en partes o cortan que a los que confunden el misterio de la divina economía de Cristo.

D. 221. *Can. 9. Si alguno dice que Cristo es adorado en dos naturalezas, de donde se introducen dos adoraciones, una propia de Dios Verbo y otra propia del hombre; o si alguno, para destrucción de la carne o para confusión de la divinidad y de la humanidad, o monstruosamente afirmando una sola naturaleza o sustancia de los que se juntan, así adora a Cristo, pero no adora con una sola adoración al Dios Verbo encarnado con su propia carne, según desde el principio lo recibió la Iglesia de Dios, ese tal sea anatema.*

D. 222. *Can. 10. Si alguno no confiesa que nuestro Señor Jesucristo, que fue crucificado en la carne, es Dios verdadero y Señor de la gloria y uno de la santa Trinidad, ese tal sea anatema.*

D. 223. *Can. 11. Si alguno no anatematiza a Arrio, Eunomio, Macedonio, Apolinar, Nestorio, Eutiques y Orígenes, juntamente con sus impíos escritos, y a todos los demás herejes, condenados por la santa Iglesia Católica y Apostólica y por los cuatro antedichos santos Concilios, y a los que*

han pensado o piensan como los antedichos herejes y que permanecieron hasta el fin en su impiedad, ese tal sea anatema.

*Can. 12. Si alguno defiende al impío Teodoro de Mopsuesta, que dijo que uno es el Dios Verbo y otro Cristo, el cual sufrió las molestias de las pasiones del alma y de los deseos de la carne, que poco a poco se fué apartando de lo malo y así se mejoró por el progreso de sus obras, y por su conducta que se hizo irreprochable, que como puro hombre fue bautizado en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y por el bautismo recibió la gracia del Espíritu Santo y fue hecho digno de la filiación divina; y que a semejanza de una imagen imperial, es adorado como efigie de Dios Verbo, y que después de la resurrección se convirtió en inmutable en sus pensamientos y absolutamente impecable; y dijo además el mismo impío Teodoro que la unión de Dios Verbo con Cristo fue como la de que habla el Apóstol entre el hombre y la mujer: **Serán dos en una sola carne*** (Eph. 5, 31)*; y aparte otras incontables blasfemias, se atrevió a decir que después de la resurrección, cuando el Señor sopló sobre sus discípulos y les dijo: **Recibid el Espíritu Santo*** (Ioh. 20, 22)*, no les dió el Espíritu Santo, sino que sopló sobre ellos sólo en apariencia; éste mismo dijo que la confesión de Tomás al tocar las manos y el costado del Señor, después de la resurrección: **Señor mío y Dios mío*** (Ioh. 20, 28)*, no fue dicha por Tomás acerca de Cristo, sino que admirado Tomás de lo extraño de la resurrección glorificó a Dios que habia resucitado a Cristo.* *D. 224.*

Y lo que es peor, en el comentario que el mismo Teodoro compuso sobre los Hechos de los Apóstoles*, comparando a Cristo con Platón, con Maniqueo, Epicuro y Marción dice que a la manera que cada uno de ellos, por haber hallado su propio dogma, hicieron que sus discípulos se* *D. 225.*

llamaran platónicos, maniqueos, epicúreos y marcionitas; del mismo modo, por haber Cristo hallado su dogma, nos llamamos de El cristianos; si alguno, pues, defiende al dicho impiísimo Teodoro y sus impíos escritos, en que derrama las innumerables blasfemias predichas, contra el grande Dios y Salvador nuestro Jesucristo, y no las anatematiza juntamente con sus impíos escritos, y a todos los que le aceptan y vindican o dicen que expuso ortodoxamente, y a los que han escrito en su favor y en favor de sus impíos escritos, o a los que piensan como él o han pensado alguna vez y han perseverado hasta el fin en tal herejía, sea anatema.

D. *Can. 13. Si alguno defiende los impíos escritos de*
226. *Teodoreto contra la verdadera fe y contra el primero y santo Concilio de Efeso y San Cirilo y sus doce capítulos (anatematismos,* v. 113 ss*), y todo lo que escribió en defensa de los impíos Teodoro y Nestorio y de otros que piensan como los antedichos Teodoro y Nestorio y que los reciben a ellos y su impiedad, y en ellos llama impíos a los maestros de la Iglesia que admiten la unión de Dios Verbo según hipóstasis, y no anatematiza dichos escritos y a los que han escrito contra la fe recta o contra San Cirilo y sus doce Capítulos, y han perseverado en esa impiedad, ese tal sea anatema.*

D. *Can. 14. Si alguno defiende la carta que se dice haber*
227. *escrito Ibas al persa Mares, en que se niega que Dios Verbo, encarnado de la madre de Dios y siempre Virgen María, se hiciera hombre, y dice que de ella nació un puro hombre, al que llama Templo, de suerte que uno es el Dios Verbo, otro el hombre, y a San Cirilo que predicó la recta fe de los cristianos se le tacha de hereje, de haber escrito como el impío Apolinar, y se censura al santo Concilio primero de Efeso, como si hubiera depuesto sin examen a Nestorio, y la misma impía carta llama a los doce capítulos de San*

Cirilo impíos y contrarios a la recta fe, y vindica a Teodoro y Nestorio y sus impías doctrinas y escritos; si alguno, pues, defiende dicha carta y no la anatematiza juntamente con los que la defienden y dicen que la misma o una parte de la misma es recta, y con los que han escrito y escriben en su favor y en favor de las impiedades en ella contenidas, y se atreven a vindicarla a ella o a las impiedades en ella contenidas en nombre de los Santos Padres o del santo Concilio de Calcedonia, y en ello han perseverado hasta el fin, ese tal sea anatema.

Así, pues, habiendo de este modo confesado lo que *D.*
hemos recibido de la Divina Escritura y de la enseñanza *228*
de los Santos Padres, y de lo definido acerca de la sola y misma fe por los cuatro antedichos santos Concilios; pronunciada también por nosotros condenación contra los herejes y su impiedad, así como contra los que han vindicado o vindican los tres dichos capítulos, y que han permanecido o permanecen en su propio error; si alguno intentare transmitir o enseñar o escribir contra lo que por nosotros ha sido piadosamente dispuesto, si es obispo o constituido en la clerecía, ese tal, por obrar contra los obispos y la constitución de la Iglesia, será despojado del episcopado o de la clerecía; si es monje o laico, será anatematizado. (D. 213-228).

Con el Concilio de Calcedonia aún dejando intacto el misterio, se clarificó mucho la forma de hablar acerca del Verbo Encarnado: "**Cristo es una persona con dos naturalezas**"; una "**cosa**" y dos "**cosas**", divino y humano, Dios y hombre; una realidad total y completa; un único Hijo de Dios autónomo e independiente y al mismo tiempo hijo de María. En una palabra, el Verbo Encarnado. Así quedaba asegurada nuestra Redención, quién murió por nosotros era Dios en naturaleza humana. Esta doctrina de Calcedonia fué repetida en el 2o. Concilio de Constantinopla del 553 (*de tribus capitulis*).

IV. TERCER CONCILIO DE CONSTANTINOPLA 680-681 (Ecuménico VI, contra Monotheletas)

El Monofisismo había sido condenado, pero no desapareció enseguida sino que invadió regiones enteras del Imperio Oriental que dieron que hacer por ello no sólo a la Iglesia sino también al Estado.

Una forma de Monofisismo es la conocida con el nombre de **monotelismo**, doctrina que afirma que en Cristo no hay más que una voluntad, la divina por supuesto.

¿Por qué esta doctrina? Para no comprometer la seguridad de nuestra Redención: Un Cristo humanamente libre de desobedecer la voluntad de su Padre habría podido rehusar morir en la cruz. Para evitar ésto es necesario que su voluntad divina haya tomado y realizado todas las decisiones en Cristo.

De esta manera quedaba ciertamente asegurada la Redención. Pero la manera como Cristo la realizó demuestra otra cosa. ¿Qué significaría, por ejemplo, la oración de Cristo en el Huerto de los Olivos, ***"No se haga mi voluntad sino la tuya"***? Si esta voluntad de Cristo fuera la divina ¿podría ser distinta de alguna manera de la voluntad infinita de Dios? La fe en la Trinidad, la igualdad en el poder y en la majestad descartaban esta posibilidad. Por tanto en Cristo debía haber alguna realidad humana que se denominó "**mi voluntad**". El Papa Martín I condenó en el Sínodo Romano del 649 toda doctrina que niegue que en Cristo hay dos voluntades armónicamente en unidad, una divina y otra humana e igualmente que él quiso nuestra salvación en un modo natural mediante cada una de sus dos naturalezas.

El Tercer Concilio de Constantinopla de 680-681 aprobó esta condenación y declaró herejía el Monotelismo. La redención no debía ser asegurada mediante la absorción de la voluntad humana en la divina sino por la subordinación de aquella a ésta y la cooperación armónica entre las dos.

Las decisiones y elecciones humanas pertenecen a Cristo como resultado de un proceso psicológico humano. Sus emociones reaccionaron a los estímulos del bien y del mal como las nuestras. Su voluntad humana era plenamente libre en su propia esfera de actividad.

Esta voluntad estaba al mismo tiempo completamente unida en perfecta caridad a la voluntad del Padre, mientras que las nuestras no lo están.

Su gracia personal superabundante como cabeza del género humano era supereminente y estaba asegurada. *Xto* estaba cierto de que nos redimiría a los hombres miembros de su cuerpo que es la Iglesia.

Constantinopolitanum III, **D. 289-293. III CONCILIO DE CONSTANTINOPLA, 680-681.** VI ecuménico (contra los monotelitas) San Agatón, 678-681. **Definición sobre las dos voluntades en Cristo:**

El presente santo y universal Concilio recibe fielmente y abraza con los brazos abiertos la relación del muy santo y muy bienaventurado Papa de la antigua Roma Agatón, hecha a Constantino, nuestro piadosísimo y fidelísimo emperador, en la que expresamente se rechaza a los que predican y enseñan, como antes se ha dicho, una D. 289.

*sola voluntad y una sola operación en la economía de la encarnación de Cristo, nuestro verdadero Dios (*v. 288*). Y acepta también la otra relación sinodal del sagrado Concilio de ciento veinte y cinco religiosos obispos, habida bajo el mismo santísimo Papa, hecha igualmente a la piadosa serenidad del mismo Emperador, como acorde que está con el santo Concilio de Calcedonia y con el tomo del sacratísimo y beatísimo Papa de la misma antigua Roma, León, tomo que fué enviado a San Flaviano (*v. 143*) y al que llamó el mismo Concilio columna de la ortodoxia.*

D. 290. *Acepta además las Cartas conciliares escritas por el bienaventurado Cirilo contra el impío Nestorio a los obispos de oriente; sigue también los cinco santos Concilios universales y, de acuerdo con ellos, define que confiesa a nuestro Señor Jesucristo, nuestro verdadero Dios, uno que es de la santa consustancial Trinidad, principio de la vida, como perfecto en la divinidad y perfecto el mismo en la humanidad, verdaderamente Dios y verdaderamente hombre, compuesto de alma racional y de cuerpo; consustancial al Padre según la divinidad y el mismo consustancial a nosotros según la humanidad, en todo semejante a nosotros, excepto en el pecado* (Hebr. 4,15)*; que antes de los siglos nació del Padre según la divinidad, y el mismo, en los últimos días, por nosotros y por nuestra salvación, nació del Espíritu Santo y de María Virgen, que es propiamente y según verdad madre de Dios, según la humanidad; reconocido como un solo y mismo Cristo Hijo Señor unigénito en dos naturalezas, sin confusión, sin conmutación, inseparablemente, sin división, pues no se suprimió en modo alguno la diferencia de las dos naturalezas por causa de la unión, sino conservando más bien cada naturaleza su propiedad y concurriendo en una sola persona y en una sola hipóstasis, no partido o distribuido en dos personas, sino uno solo y el mismo Hijo unigénito, Verbo de Dios, Señor Jesucristo, como de antiguo ense-*

*ñaron sobre El los profetas, y el mismo Jesucristo nos lo enseñó de sí mismo y el Símbolo de los Santos Padres nos lo ha trasmitido (*Conc. Calc. v. 148*).*

*Y predicamos igualmente en El dos voluntades naturales o quereres y dos operaciones naturales, sin división, sin conmutación, sin separación, sin confusión, según la enseñanza de los Santos Padres; y dos voluntades, no contrarias — ¡Dios nos libre!—, como dijeron los impíos herejes, sino que su voluntad humana sigue a su voluntad divina y omnipotente, sin oponérsele ni combatirla, antes bien, enteramente sometida a ella. Era, en efecto, menester que la voluntad de la carne se moviera, pero tenía que estar sujeta a la voluntad divina del mismo, según el sapientísimo Atanasio. Porque a la manera que su carne se dice y es propia de Dios Verbo, como El mismo dice: **Porque he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del Padre, que me ha enviado*** (Ioh. 6,38), *llamando suya la voluntad de la carne, puesto que la carne fué también suya. Porque a la manera que su carne animada santísima e inmaculada, no por estar divinizada quedó suprimida, sino que permaneció en su propio término y razón, así tampoco su voluntad quedó suprimida por estar divinizada como dice Gregorio el Teólogo: "Porque el querer de El, del Salvador decimos, no es contrario a Dios, como quiera que todo El está divinizado".* *D. 291.*

Glorificamos también dos operaciones naturales sin división sin conmutación, sin separación, sin confusión, en el mismo Señor nuestro Jesucristo, nuestro verdadero Dios, esto es, una operación divina y otra operación humana, según con toda claridad dice el predicador divino León: "Obra, en efecto, una y otra forma con comunicación de la otra lo que es propio de ella: es decir, que el Verbo obra lo que pertenece al Verbo y la carne ejecuta lo que toca a la carne" (v. 144). *Porque no vamos cierta-* *D. 292.*

mente a admitir una misma operación natural de Dios y de la criatura, para no levantar lo creado hasta la divina sustancia ni rebajar tampoco la excelencia de la divina naturaleza al puesto que conviene a las criaturas. Porque de uno solo y mismo reconocemos que son tanto los milagros como los sufrimientos, según lo uno y lo otro de las naturalezas de que consta y en las que tiene el ser, como dijo el admirable Cirilo. Guardando desde luego la inconfusión y la indivisión, con breve palabra lo anunciamos todo: Creyendo que es uno de la santa Trinidad, aun después de la encarnación, nuestro Señor Jesucristo, nuestro verdadero Dios, decimos que sus dos naturalezas resplandecen en su única hipóstasis, en la que mostró tanto sus milagros como sus padecimientos, durante toda su vida redentora, no en apariencia, sino realmente; puesto que en una sola hipóstasis se reconoce la natural diferencia por querer y obrar, con comunicación de la otra, cada naturaleza lo suyo propio; y según esta razón, glorificamos también dos voluntades y operaciones naturales que mutuamente concurren para la salvación del género humano.

D. 293. *Habiendo, pues, nosotros dispuesto esto en todas sus partes con toda exactitud y diligencia, determinamos que a nadie sea lícito presentar otra fe, o escribirla o componerla, o bien sentir o enseñar de otra manera. Pero, los que se atrevieren a componer otra fe, o presentarla, o enseñarla, o bien entregar otro símbolo a los que del helenismo o del judaísmo, o de una herejía cualquiera quieren convertirse al conocimiento de la verdad; o se atrevieren a introducir novedad de expresión o invención de lenguaje para trastorno de lo que por nosotros ha sido ahora definido; éstos, si son obispos o clérigos, sean privados los obispos del episcopado y los clérigos de la clerecía; y si son monjes o laicos sean anatematizados.* (D. 289-293).

CAPITULO VIII

LA UNION HIPOSTATICA

Empezamos la parte sistemática de la Cristología. La trataremos brevemente.

Intentamos con ella que la inteligencia entrevea algo de lo que ya creemos por la fe. Es el intelectus *"quaerens fidem"* de que habla Santo Tomás.

La unión hipostática es el misterio del Hijo de Dios que es al mismo tiempo hombre, Dios-hombre. Antes de entrar en el misterio de Cristo directamente repasemos algunos conceptos filosóficos.

I. CONCEPTOS DE NATURALEZA, INDIVIDUO Y PERSONA.

Naturaleza es aquello que hace que un ser sea lo que es y que se distinga de otro (esencia).

La naturaleza puede ser:

Específica: la que es común a todos los seres de la misma especie;

Individual: son aquellos caracteres que hacen que, por ejemplo, un hombre no sea un hombre en abstracto, sino este hombre.

El individuo es un ser uno e indivisible, dotado de una existencia propia e incomunicable. El individuo posee la naturaleza específica y además las notas individuales que permiten reconocerlo y distinguirlo de otros individuos.

La persona es un individuo dotado de inteligencia o un ser que subsiste por sí mismo en una naturaleza espiritual.

La persona es el principio último de operación de un ser. La persona, el yo, actúa en su propio nombre. La persona es el sujeto de atribución de sus actos (aquél a quien se atribuyen sus actos). La persona debe responder de sus actos, es el centro de responsabilidad. La persona se expresa comunmente en el "Yo".

La persona, el yo no puede subsistir en sí, sino que necesita una naturaleza, la naturaleza propia en la cual existir. Y al mismo tiempo toda naturaleza espiritual debe estar poseída por una persona.

En filosofía se dice que la persona es el principio que actúa, el *principium quod*. La naturaleza es el principio por el cual la persona actúa, el *principium quo*.

¿Puede la razón, la filosofía, penetrar todavía más hondamente en este misterio, en esta realidad íntima que es la persona?

El dogma cristiano (trinitario y cristológico) ayudó, iluminó la razón humana en esta investigación, diciéndole que hay una única naturaleza poseída al mismo tiempo por tres personas (Misterio trinitario) y a su vez una única persona que posee dos naturalezas distintas (Misterio cristológico).

II. EL MISTERIO DE LA UNION HIPOSTATICA.

Trataremos ahora de aplicar los conceptos de naturaleza y persona al caso de Cristo.

La teología, la especulación en fin de cuentas lo que hace es presentarnos en una forma más técnica, más organizada lo que las Sagradas Escrituras ya nos han dicho acerca de Cristo, sacando las consecuencias de las bases puestas por los primeros datos escriturísticos.

La Sagrada Escritura nos presenta a Cristo, como verdaderamente el Hijo de Dios, y como verdaderamente Hijo de María. Técnicamente, filosóficamente esto se expresa diciendo que en Cristo hay dos naturalezas, la divina por ser Hijo de Dios y la humana por ser Hijo de María.

Lo mismo sucede referente a la persona de Cristo. Lo hemos visto en el estudio escriturístico de la Cristología. Es un único y mismo Cristo, quien se atribuye actividades humana, y también divinas. Es un único y mismo "YO" quien dice ***"Yo tengo sed"*** y también ***"antes de que Abrahám existiera soy yo"*** (Jn. 8,58). En realidac, decir que en Cristo no hay más que una persona no es sino expresar en forma técnica, filosófica lo que la Escritura ya había dicho en forma vital.

Esta única persona en Cristo no puede ser una persona humana, sino la divina del Verbo. Sólo así se puede explicar que el Verbo se ha hecho carne. Decir, verbigracia, que la persona de Cristo fuera una persona humana sería negar todo el misterio de la Encarnación. Tanto la Escritura como la tradición, nos lo presentaron como el misterio del Hijo de Dios que preexistía y que sólo por amor a nosotros bajó del cielo y se hizo uno de nosotros.

De lo dicho hasta aquí: que en Cristo hay dos naturalezas, la humana y la divina y una sola persona, que es la divina, se sigue que la naturaleza humana fue asumida, tomada por la persona divina que se hizo cargo de dicha naturaleza. Aquí está el centro del misterio de la unión hipostática en que la naturaleza humana de Cristo, aún estando completa no llegó a terminar en un "YO" humano como sucede normalmente, sino en el único yo divino del Verbo, del Hijo de Dios. Este yo divino, esta única persona del Verbo, es el principio profundo y el centro de atribución de todos los actos de Cristo tanto humanos como divinos.

Tratemos de profundizar más el sentido de este misterio, aunque el misterio en sí sea impenetrable. Pero sí podemos y debemos ver en qué consiste el misterio, dónde está, cuál es su núcleo, aunque no logremos penetrar en dicho núcleo.

Veamos pues:

1. SENTIDO DEL MISTERIO DE LA ENCARNACION.

¿Es acaso que en la Encarnación lo divino se haya convertido en humano y lo humano en divino? ¡No, ciertamente!, sino que el Hijo de Dios, la segunda persona de la Trinidad descendió hasta la naturaleza humana y penetró en ella en tal forma que él existe en ella y ella existe en virtud y fuerza de este Hijo de Dios.

Todo ser tiene su propia fuerza existencial recibida de Dios.

Pero en Cristo la fuerza existencial del Logos se hizo la fuerza existencial de la naturaleza humana substituyéndola. El Logos se apropió de la naturaleza humana con tal

fuerza que puede decirse que su propia mismidad, su propio 'YO'', se hizo, llegó a ser la mismidad, el "YO" de la naturaleza humana. El yo divino, el Verbo se hizo responsable del ser y de la actividad de la naturaleza humana. La persona del Verbo se apropió una naturaleza humana que no llegó a ser persona, aun teniendo todos los requisitos para serlo como los demás hombres.

Veamos cómo explica Schmaus ampliamente el sentido de este misterio de la Encarnación en su **Teología Dogmática, vol. III, p. 141-144:**

"b) La Encarnación significa que una determinada naturaleza humana se unió con el Logos y se anudó en El en una comunidad de ser tal, que ya no tiene en sí consistencia e independencia humana; ya no es propiedad y posesión de una persona humana (de un yo humano), sino que tiene consistencia sólo en la consistencia de la persona divina; no es posesión e instrumento de un yo humano, sino del YO del Verbo divino. No es un yo humano quien habla, obra, piensa y quiere con las potencias de esa naturaleza humana, sino el Yo del Hijo de Dios. La humanidad de Cristo, por su parte, no es persona humana, como cualquiera otra naturaleza humana concreta, ya que pertenece al Hijo de Dios como naturaleza humana propia. En Cristo hay, pues, una sola persona el Logos de Dios, pero dos naturalezas: ambas están soportadas por la persona divina"...

"Y todo esto no son más que comparaciones con lo que es la realidad ocurrida en la Encarnación. En la Encarnación la inclinación hacia el tú tuvo tal potencialidad que la naturaleza fue sacada en cierta manera de su centro; es cierto que no vive sin centro, sin yo, pero el centro de que vive, el yo a que pertenece ya

no son su propio centro ni su propio yo, sino el YO del Hijo de Dios. El centro del que nace su obrar es Dios. Fue configurada y conformada por el YO del Hijo de Dios con tal fuerza y poder, que es su YO el que piensa, quiere y habla, obra, muere y obedece en la naturaleza humana"...

"La naturaleza humana realizada por el Padre en Cristo es tan perfectamente conformada por el Verbo de Dios, que ya no tiene ninguna fuerza o poder existenciales que le pertenezcan, sino que existe en la fuerza existencial del Logos. El es el Yo de la naturaleza humana como de una totalidad viviente y de todas sus partes"...

"En esta comparación no hay que pasar por alto que la naturaleza humana no abandona ni renuncia a su ser-así y a su ser-tal naturaleza, y que el Logos no se hace tampoco una parte constitutiva de la naturaleza humana; sólo se quiere poner en claro que el Logos es el YO operante de la naturaleza humana.

3. Según esto, las acciones de la naturaleza humana pueden y deben ser atribuidas al YO del Verbo divino; El es el principio activo de la naturaleza humana y de la divina; por tanto, es responsable de las actividades de la humana. Por más increible que suene a oídos humanos, hay que decir: el Hijo de Dios por ser el "YO" *de la naturaleza humana, nació, y de tal manera que su madre puede ser llamada Madre de Dios: comió y bebió, estuvo cansado y durmió, lloró y consoló, se encolerizó y perdonó, tuvo miedo y venció, estuvo en este o en aquel lugar, derramó su sangre, nos regaló su cuerpo.*

Esta manera de hablar, según la cual las propiedades y actividades de la naturaleza humana se atribuyen

al Yo divino del Logos, y las propiedades y acciones de la naturaleza divina al mismo YO, en cuanto que es fuerza existencial-personal de la naturaleza humana, se conoce con el nombre de comunicación de idiomas (comunidad de propiedades).

La regla que debe aplicarse a esa manera de hablar es: sólo puede usarse en expresiones concretas, pero no en las abstractas; por ejemplo, Dios murió, este hombre es todopoderoso; pero no puede decirse: la divinidad murió, la naturaleza humana es omnipotente; sólo puede usarse además en proposiciones afirmativas; por tanto, no se pude decir: el Verbo de Dios no sufrió, el Hijo de María no es omnipotente". . .

2. MAGISTERIO DE LA IGLESIA

Son muchos los documentos del magisterio acerca de la Encarnación. Vamos a citar sólo algunos de ellos.

En primer lugar la carta dogmática de San León Magno al Patriarca de Constantinopla Flaviano. (Cfr. D. 143; o R. I. 2182, 2183, 2188). Otro documento muy importante es el decreto del Concilio de Calcedonia (D. 148). El Símbolo Atanasiano* **D. 40.** *Pero es necesario para la eter-* D.
na salvación creer también fielmente en la encarnación de 40.
nuestro Señor Jesucristo. Es, pues, la fe recta que creemos

---

* *(Autor del Símbolo Atanasiano es San Ambrosio, obispo de Milán* [**Das sog Athanasianische Glaubensbekenntnis ein Werk des hl Ambrosius, Paderb. 1909**]. *Así también P. Scheepens (*"**Rev. d'hist. eccl." 32 [1936] 548 ss***). Cf. G. Morin en* "**Journal of theol. Stud." 12 (1911) 161 ss** y **167 ss**; *y A. E. Burn,* **ib 27 (1926) 19.** *J. Stiglmayr piensa que este Símbolo debe atribuirse a Fulgencio de Ruspe:* "**Zeitschr. f. cath. Theol." 49 (1925) 341 ss.** *—De hecho, este Símbolo alcanzó tanta autoridad en la Iglesia, lo mismo occidental que oriental, que entró en el uso litúrgico y ha de tenerse por verdadera definición de fe. — Las palabras entre corchetes* [ ] *designan el texto litúrgico; las entre paréntesis ( ) faltan en el mismo).*

y confesamos que nuestro Señor Jesucristo, hijo de Dios, es Dios y hombre. Es Dios engendrado de la sustancia del Padre antes de los siglos, y es hombre nacido de la madre en el siglo: perfecto Dios, perfecto hombre, subsistente de alma racional y de carne humana, igual al Padre según la divinidad, menor que el Padre según la humanidad. Mas aún cuando sea Dios y hombre, no son dos, sino un solo Cristo, y uno solo no por la conversión de la divinidad en la carne, sino por la asunción de la humanidad en Dios; uno absolutamente, no por confusión de la sustancia, sino por la unidad de la persona. Porque a la manera que el alma racional y la carne es un solo hombre; así Dios y el hombre son un solo Cristo. El cual padeció por nuestra salvación, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos, está sentado a la diestra de Dios Padre omnipotente, desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos, y a su venida todos los hombres han de resucitar con sus cuerpos y dar cuenta de sus propios actos, y los que obraron bien, irán a la vida eterna; los que mal, al fuego eterno.

Esta es la fe católica y el que no la creyere fiel y firmemente, no podrá salvarse. (D. 40, o en la traducción de Schmaus p.147). (Cfr. **II Concilio de Constantinopla** D. 216).

De los escritos de San Cirilo con ocasión del Concilio de Efeso (431) no hay que olvidar una de sus cartas aprobadas solemnemente por el concilio y por tanto hecha documento del Magisterio **D.111. SAN CELESTINO I, 422-432. De la reconciliación en el artículo de la muerte.** (De la Carta 4 *Cuperemus quidem*, a los obispos de las iglesias Viennense y Narbonense, de 26 de julio de 428).

D. *(2) Hemos sabido que se niega la penitencia a los*
111. moribundos y no se corresponde a los deseos de quienes en la hora de su tránsito, desean socorrer a su alma con

este remedio. Confesamos que nos horroriza se halle nadie de tanta impiedad que desespere de la piedad de Dios, como si no pudiera socorrer a quien a El acude en cualquier tiempo, y librar al hombre, que peligra bajo el peso de sus pecados, de aquel gravamen del que desea ser desembarazado. ¿Qué otra cosa es esto, decidme, sino añadir muerte al que muere y matar su alma con la crueldad de que no pueda ser absuelta? Cuando Dios, siempre muy dispuesto al socorro, invitando a penitencia, promete así: Al pecador —dice—, en cualquier día en que se convirtiere, no se le imputarán sus pecados (cf. Ez. 33, 16). . . *Como quiera, pues, que Dios es inspector del corazón, no ha de negarse la penitencia a quien la pida en el tiempo que fuere. . .* (D. 111).

Y los famosos doce anatematismos contenidos en otra carta **D. 113-124. Anatematismos o capítulos de Cirilo** (contra Nestorio)**.

Can. 1. Si alguno no confiesa que Dios es Según verdad el Emmanuel, y que por eso la santa Virgen es madre de Dios (pues dió a luz carnalmente al Verbo de Dios hecho carne), sea anatema. *D. 113.*

Can. 2. Si alguno no confiesa que el Verbo de Dios Padre se unió a la carne según hipóstasis y que Cristo es uno con su propia carne, a saber, que el mismo es Dios al mismo tiempo que hombre, sea anatema. *D. 114.*

Can. 3. Si alguno divide en el solo Cristo las hipóstasis después de la unión, uniéndolas sólo por la conexión *D. 115.*

** *(Estos anatematismos que se añadieron a la Carta que San Cirilo y el Sínodo de Alejandría de 430 habían dado a Nestorio, los refirió y alabó el Concilio v* [II de Constantinopla, *como parte de las* Actas del Concilio de Efeso; Msi ix 327 C s]. *P. Galtier* "Rech. de science rel." 23 (1933) 45 ss, *demuestra que el Concilio de Efeso aprobó la Carta de San Cirilo puesta en* 111 a, *pero no ésta. Los anatematismos de Nestorio contra Cirilo, v. en* Kch 796 ss.*).*

de la dignidad o de la autoridad y potestad, y no más bien por la conjunción que resulta de la unión natural, sea anatema.

D. *Can. 4. Si alguno distribuye entre dos personas o*
116. *hipóstasis las voces contenidas en los escritos apostólicos o evangélicos o dichas sobre Cristo por los Santos o por El mismo sobre sí mismo; y unas las acomoda al hombre propiamente entendido aparte del Verbo de Dios, y otras, como dignas de Dios, al solo Verbo de Dios Padre, sea anatema.*

D. *Can. 5. Si alguno se atreve a decir que Cristo es*
117. *hombre* teóforo *o portador de Dios y no, más bien, Dios verdadero, como hijo único y natural, según el Verbo se hizo carne y tuvo parte de modo semejante a nosotros en la carne y en la sangre* (Hbr. 2.14), *sea anatema.*

D. *Can. 6. Si alguno se atreve a decir que el Verbo del*
118. *Padre es Dios o Señor de Cristo y no confiesa más bien, que el mismo es juntamente Dios y hombre, puesto que el Verbo se hizo carne, según las Escrituras* (Ioh. 1, 11), *sea anatema.*

D. *Can. 7. Si alguno dice que Jesús fue ayudado co-*
119. *mo hombre por el Verbo de Dios, y le fue atribuida la gloria del Unigénito, como si fuera otro distinto de El, sea anatema.*

D. *Can. 8. Si alguno se atreve a decir que el hombre*
120. *asumido ha de ser coadorado con Dios Verbo y conglorificado y, juntamente con El, llamado Dios, como uno en el otro (pues la partícula* "con" *esto nos fuerza a entender siempre que se añade) y no, más bien, con una sola adoración honra al Emmanuel y una sola gloria le tributa según que el Verbo se hizo carne* (Ioh. 1, 14), *sea anatema*

Can. 9. Si alguno dice que el solo Señor Jesucristo D.
fue glorificado por el Espíritu, como si hubiera usado de 121.
la virtud de éste como ajena y de El hubiera recibido poder obrar contra los espíritus inmundos y hacer milagros en medio de los hombres, y no dice, más bien, que es su propio Espíritu aquel por quien obró los milagros, sea anatema.

Can. 10. La divina Escritura dice que Cristo se hizo D.
nuestro Sumo Sacerdote y Apóstol de nuestra confesión 122.
(Hebr. 3,1) *y que por nosotros se ofreció a sí mismo en olor de suavidad a Dios Padre* (Eph. 5,2). *Si alguno, pues, dice que no fue el mismo Verbo de Dios quien se hizo nuestro Sumo Sacerdote y Apóstol, cuando se hizo carne y hombre entre nosotros, sino otro fuera de El, hombre propiamente nacido de mujer; o si alguno dice que también por sí mismo se ofreció como ofrenda y no, más bien, por nosotros solos (pues no tenía necesidad alguna de ofrenda el que no conoció el pecado), sea anatema.*

Can. 11. Si alguno no confiesa que la carne del Señor D.
es vivificante y propia del mismo Verbo de Dios Padre, 123.
sino de otro fuera de El, aunque unido a El por dignidad, o que sólo tiene la inhabitación divina; y no, más bien, vivificante, como hemos dicho, porque se hizo propia del Verbo, que tiene poder de vivificarlo todo, sea anatema.

Can. 12. Si alguno no confiesa que el Verbo de Dios D.
padeció en la carne y fué crucificado en la carne, y gustó 124.
de la muerte en la carne, y que fué hecho primogénito de entre los muertos (Col. 1, 18) *según es vida y vivificador como Dios, sea anatema.* (San Celestino I. 422-432. Concilio de Efeso, 431). **(D. 113-124).**

D. 111a. CONCILIO DE EFESO, 431. III ecuménico (contra los nestorianos). **De la Encarnación** (De la Carta II

de San Cirilo Alejandrino a Nestorio, leída y aprobada en la Sesión I).

D. *Pues, no decimos que la naturaleza del Verbo, trans-*
'11a. *formada, se hizo carne; pero tampoco que se trasmutó en el hombre entero, compuesto de alma y cuerpo; sino, más bien, que habiendo unido consigo el Verbo, según hipóstasis o persona, la carne animada de alma racional, se hizo hombre de modo inefable e incomprensible y fue llamado hijo del hombre, no por sola voluntad o complacencia, pero tampoco por la asunción de la persona sola, y que las naturalezas que se juntan en verdadera unidad son distintas, pero que en ambas resulta un solo Cristo e Hijo; no como si la diferencia de las naturalezas se destruyera por la unión, sino porque la divinidad y la humanidad constituyen más bien para nosotros un solo Señor y Cristo e Hijo por la concurrencia inefable y misteriosa en la unidad. Porque no nació primeramente un hombre vulgar, de la santa Virgen, y luego descendió sobre El el Verbo; sino que, unido desde el seno materno, se dice que se sometió a nacimiento carnal, como quien hace suyo el nacimiento de la propia carne. . . De esta manera (los Santos Padres) no tuvieron inconveniente en llamar madre de Dios a la santa Virgen.* (D.111a, o en Schmaus p. 148).

Muy importantes, son también las conclusiones o cánones del II Concilio de Constantinopla (Ecuménico V) del 533 en que se condena tanto el monofisismo como el nestorianismo (D. 213-228). Estos cánones fueron aprobados por el Papa Virgilio y contienen una verdadera síntesis del Verbo Encarnado.

N.B.: 1o. Podemos observar la precisión tan perfecta en estos documentos del Magisterio.

2o. No hay que olvidar que el Magisterio en Dogma es ya una prueba teológica.

FECHAS Y CONCILIOS ECUMENICOS CRISTOLOGICOS

	Jerusalén	(1o. Ecuménico).
325	Nicea	(2o. Ecuménico).
431	Efeso	(3o. Ecuménico).
433	Fórmula de Unión.	
451	Calcedonia	(4o. Ecuménico).
533	II de Constantinopla	(5o. Ecuménico).
680-81	III de Constantinopla	(6o. Ecuménico).

3. UNION HIPOSTATICA Y REDENCION.

De hecho Dios nos ha redimido, nos ha salvado en la obra de un Dios-hombre, de un Dios unido hipostáticamente a la humanidad. El hecho de la unión hipostática está intimamente relacionado con nuestra redención. Es la garantía de nuestra salvación. En la unión del Verbo con la naturaleza humana de una manera tan profunda, tan íntima como es la unión personal, toda la creación se puede decir que recibió aquella vida divina que el Verbo recibe del Padre desde toda la eternidad. Mediante la unión íntima, personal en Cristo de la divinidad con la humanidad se ha trazado un puente que une íntimamente a Dios con el hombre. En Cristo toda la humanidad ha sido llevada nuevamente a Dios, ha sido redimida, salvada.

Relacionando el verdadero sentido de la unión hipostática con nuestra redención se comprende la lucha de la Iglesia contra el Nestorianismo. La unión de la humanidad con la divinidad será tanto más íntima, nuestra salvación será tanto más profunda y completa cuanto más intensa y fuerte sea la unión de la misma humanidad y divinidad de Cristo; y no hay unión más íntima, más fuerte que la unión personal.

El Nestorianismo destruía el fundamento de nuestra redención: la humanidad y la divinidad no habiéndose unido realmente en Cristo habrían seguido caminando paralelas sin hallar un punto de encuentro. No se habría llenado el abismo que separaba al hombre de Dios.

N.B.: Duración de la unión hipostática. ¿Cuándo empezó la unión hipostática?

R. En el mismo momento de la concepción. No hubo antes un hombre y después vino el Verbo a él. . .

¿Cuándo terminará?

R. Nunca, ni aún con la muerte el Verbo se separará del cuerpo.

4. LA UNION HIPOSTATICA Y LA PSICOLOGIA DE CRISTO.

Este es un tema al cual son más sensibles los hombres del siglo XX de lo que lo fueron verbigracia los de la Edad Media. El problema es uno de los más difíciles de la Cristología.

Hemos visto que la fe de la Iglesia acerca de Cristo es la unidad personal en la diferenciación de naturalezas. Ni dualidad Nestoriana, ni unificación del monofisismo.

Ahora bien, si Cristo es uno ontológicamente, se exige esta unidad en el plano psicológico.

Ante todo no se puede solucionar el problema reduciendo la persona a la simple conciencia de sí misma como hacen algunos teólogos protestantes, porque entonces lle-

garíamos a tener que negar la divinidad de Cristo o admitir la dualidad personal (contrariamente al dogma católico).

No vamos a solucionar el problema. Los teólogos católicos están de acuerdo al respecto. Simplemente, vamos a indicar algunos puntos sobre los que hay que reflexionar. El P. Faynel presenta así el problema (pp. 179-183):

a) Puesto que en Cristo hay dos naturalezas intelectuales también habrá dos conciencias y por tanto dos "**personalidades**", (no dos personas), entendiendo por personalidad el conjunto de cualidades específicas de la naturaleza humana.

b) ¿Cómo conciliar la unidad psicológica, la unidad profunda que debe haber en Cristo con la presencia de esas dos conciencias?

c) Los teólogos generalmente buscan esa unidad en la conciencia humana de Cristo por dos motivos: su conciencia divina, siendo común a las tres personas no podría servir de centro a Cristo y además porque el instrumento directo de la actividad salvadora de Cristo de hecho es su humanidad.

d) ¿Cómo podía esa conciencia humana de Cristo ser el centro de su unidad psicológica?

R. Por la visión beatífica, mediante la cual Cristo se veía a sí mismo en relación con el Padre, con la Trinidad. Esto se nota particularmente en el caso de los milagros, como observan estos dos autores. (**Chavasse-Faynel p. 182**).

e) Teniendo en cuenta en un individuo no sólo la conciencia de sí mismo sino también su actividad,

la entrega de sí mismo al tú, hay que reconocer que la tensión vital, la entrega, la orientación que existió en todo el ser de Cristo, en su ser humano-divino hacia el Padre necesariamente tuvo que unificar su vida. Esta orientación total de todo Cristo, de toda su vida al Padre es evidente en los Evangelios. Esa entrega total da unidad a toda su vida.

f) De lo dicho se ve todo lo que la unión hipostática aportó a la humanidad de Cristo y en ella a nuestra humanidad. La unión hipostática impidió que la humanidad de Cristo fuera persona, pero no infinitamente, fue su coronamiento, llevándola a la perfección más alta que pueda esperar la naturaleza humana que es la de entregarse, abrirse, totalmente a su creador uniéndose íntimamente a El. Y esto se llevó a cabo en Cristo en modo perfectísimo, gracias a la unión hipostática. Gracias a la unión hipostática, mediante la cual Cristo vivió en su naturaleza humana una vida de entrega total al Padre, fue el mediador entre Dios y los hombres, el sacerdote nato entre Dios y los hombres. Cristo es una persona infinitamente superior a lo que habría sido una persona simplemente humana, porque es una persona divina.

N.B.: 1o. Duración de la unión hipostática — Comienzo; muerte; fin.

2o. Unión Hipostática y Trinidad — Obra de la Encarnación: fruto de toda la Trinidad. Término de la Encarnación: sólo el Verbo.

3o. Sobre la Unión Hipostática y naturaleza humana universal, Cfr. **Sheeben y Faynel p. 187:**

"El género humano forma un todo solidario por su descendencia de un solo antepasado; este todo es asumido enteramente en la persona del Verbo, cuando una parte entra en esa persona. Esta primera parte se unió de una manera especialísima al Verbo, en la unidad absoluta de su persona; y es por eso, absolutamente hablando, carne y cuerpo del Hijo de Dios. Ella constituye las primicias, la parte privilegiada de la raza. Pero las primicias no salen de su continuidad con la raza; en ellas y por ellas toda la masa fue atraída por la persona del Verbo, no en un sentido puramente moral, sino también tan verdadera y realmente como es verdadera y real la unidad de la raza con la humanidad de Cristo y la unidad de esta humanidad con la persona divina".

III. ATRIBUTOS DE LA NATURALEZA HUMANA DE CRISTO.

Como hemos visto, es dogma de fe la existencia en Cristo de una verdadera naturaleza humana con todas las propiedades de dicha naturaleza. Por otra parte, siendo Cristo Hijo de Dios y habiendo venido a salvarnos, debería poseer todo lo necesario para llevar a cabo dicha misión. En efecto, la Escritura nos presenta a Cristo como poseedor de dones verdaderamente excepcionales que jamás poseyó hombre alguno, verbigracia la santidad, el conocimiento de Dios, el poder de milagros (en tan alto y propio grado). Estas perfecciones en la naturaleza humana de Cristo estaban en grado limitado: 1o. por su condición de creatura; 2o. porque Cristo quiso libremente y por amor anonadarse, renunciando a privilegios que le competían como Hijo de Dios pero que no creyó indispensables para salvarnos. Ahora bien, nos preguntamos: ¿Cuáles fueron de hecho los atributos de la naturaleza humana de Cristo? Nos

detenemos brevemente sobre tres de ellos: ciencia, santidad, sensibilidad.

1. CIENCIA DE CRISTO.

Los teólogos admiten ordinariamente en Cristo tres clases o niveles de ciencias: La ciencia de la visión beatífica, la infusa y la experimental.

a. La ciencia de la visión beatífica.

Hoy día es una doctrina ordinariamente admitida por los teólogos que Cristo gozó de la visión beatífica no sólo después de resucitado sino también antes, en toda su vida mortal, desde el primer momento de su concepción. El Santo Oficio prohibió en 1918 enseñar la doctrina contraria D. 2183-2185. **Acerca de algunas proposiciones sobre la ciencia del alma de Cristo** (Decreto del Santo Oficio, de 5 de junio de 1918). *Propuesta por la sagrada Congregación de Seminarios y Universidades la duda: si pueden enseñarse con seguridad las siguientes proposiciones:*

D. 2183-2185. *I. No consta que en el alma de Cristo, mientras Este vivió entre los hombres, se diera la ciencia que tienen los bienaventurados o comprensores.*

II. Tampoco puede decirse cierta la sentencia que establece no haber ignorado nada el alma de Cristo, sino que desde el principio lo conoció todo en el Verbo, lo pasado, lo presente y lo futuro, es decir, todo lo que Dios sabe por ciencia de visión.

III. La opinión de algunos modernos sobre la limitación de la ciencia del alma de Cristo, no ha de aceptarse menos en las escuelas católicas que la sentencia de los antiguos sobre la ciencia universal.

Los Emmos. y Revmos. Sres. Cardenales Inquisidores Generales en materias de fe y costumbres, previo sufragio de los Señores Consultores, decretaron que debía responderse: Negativamente. (D. 2181-2185). Lo mismo afirma Pío XII en la Encíclica *Mystici Corporis* D. 2289. **De la ciencia del alma de Cristo** (De la Encíclica *Mystici corporis*, de 29 de junio de 1943).

Más aquel amorosísimo conocimiento que desde el primer momento de la Encarnación tuvo de nosotros el Redentor divino, está por encima de todo el alcance escrutador de la mente humana; toda vez que, en virtud de aquella visión beatífica de que gozó apenas acogido en el seno de la Madre divina, tiene siempre y continuamente presentes a todos los miembros del Cuerpo místico y los abraza con su amor salvífico. (D. 2289). *D. 2289.*

¿En qué se basan los teólogos y el magisterio para afirmar esto?

R. En la unión hipostática. La visión beatífica de Cristo sería una exigencia de la unión hipostática. Se ve perfectamente lógico que estando la naturaleza humana de Cristo intimamente unida al Verbo, ésta unión se refleje en el plano psicológico. Afirmar lo contrario, sería reconocer en Cristo una separación impensable entre ambos planos.

Por otra parte siendo Cristo nuestro jefe, nuestro guía, el salvador de todo lo creado, aún de los Angeles, debía poseer lo que tenían otros, verbigracia los ángeles, cuando él vivía en esta tierra.

¿Cuál es el objeto de este conocimiento? Ante todo Dios en sí que es el objeto primario; en segundo lugar, en Dios Cristo veía todo lo que interesaba a su misión, a su

misión salvadora. Con esa visión Cristo no conocía a Dios como Dios se conoce a sí mismo ni tampoco era necesario que Cristo conociese todo acerca de todas las cosas a través de esa visión.

¿Cómo conciliar esta visión beatífica con el estado de Cristo en esta tierra? No lo sabemos. Era ciertamente inefable, incomunicable, propia de la cima más elevada, de la parte más íntima de Cristo.

Es comparable a la experiencia del éxtasis místico que el mismo místico reconoce haber tenido y al mismo tiempo no poder explicar con palabras humanas. Tal vez así, colocando en dos estados o sentimientos de Cristo, se pueden explicar verbigracia, las quejas de Cristo, en el Getsemaní y en la cruz, si es que dichas frases hubiera que interpretarlas como quejas reales.

b. La ciencia infusa.

Siendo la misión de Cristo revelar y santificar debió de recibir de Dios el objeto de esa revelación, lo cual se lleva a cabo a través de una ciencia o conocimiento comunicado por Dios directamente que llamamos ciencia infusa o profética.

En la historia de la teología hubo cambios de perspectiva en el enfoque de este problema de la ciencia infusa en Cristo. En la Edad Media verbigracia, se partía del principio de la perfección de Cristo. Siendo Cristo Hijo de Dios debía poseer todas las perfecciones posibles; la ciencia infusa es una perfección, luego debió poseerla (Cfr. S.TH. 3,q. 9 a 3).

La teología moderna parte más bien de la misión salvadora de Cristo y razona así: Cristo debió conocer el objeto de su misión redentora para poderlo comunicar a los

hombres. Es así que la ciencia de la visión beatífica es incomunicable. Luego debió conocerlo por medio de otra ciencia comunicada directamente por Dios que llamamos infusa.

¿Hasta dónde se extiende esta ciencia infusa? ¿Cuál es su objeto, su alcance? También aquí hubo diferente perspectiva entre la Edad Media y la Teología actual. Los escolásticos partiendo siempre del mismo principio de perfección tienden a concebirla como ciencia perfecta que tiene por objeto tanto los conocimientos puramente humanos como todo lo que Dios ha comunicado a los hombres a través de la revelación. La Teología actual, en cambio, teniendo en cuenta aquel anonadamiento de Cristo del cual nos habla San Pablo, dice que basta que con esta ciencia Cristo conociera todo lo necesario para llevar a cabo su misión redentora.

Aún más no es necesario que el objeto de esta ciencia infusa estuviera siempre en estado actual en Cristo ni que tuviera en todo momento conciencia clara. Basta un conocimiento habitual como tantas cosas que nosotros conocemos habitualmente y en las cuales no pensamos siempre. Así puede explicarse el asombro y la extrañeza que se narran en la vida de Cristo.

c. **La ciencia experimental o adquirida.**

Cristo tuvo también este conocimiento experimental de las cosas que nosotros vamos adquiriendo en la vida. Cristo mira, observa, se informa, pregunta, se extraña en las diversas ocasiones de su vida. Esto es una manifestación de este conocimiento adquirido por experiencia.

— Perfeccionista: Santo Tomás.
— De la misión redentora: Salmanticenses.

Cristo no fue un químico perfecto, matemático, astrónomo, etc. No observó el mundo como objeto de estas ciencias sino que buscó lo divino del mundo, buscó a Dios en él:

"¿Qué significa la palabra ciencia? ¿Quiere eso decir que nuestro Señor quiso ser un sabio en el sentido que se ha dado a la palabra en nuestros días? ¿Quiere decir que él hubiera tenido en su espíritu, gracias a la observación de la naturaleza, los principios y las leyes de lo que nosotros llamamos propiamente ciencias, por ejemplo, la astronomía, la física, la mecánica, la química o la biología? Los conocimientos que constituyen estas ciencias, los poseía ya gracias a la ciencia infusa. . . Hay que reconocer que nuestro divino salvador no quiso adquirir o darse la reputación de un químico consumado, de un naturalista competente o de un hábil médico. Tenía otras preocupaciones y otros ideales más altos que el control experimental de los datos científicos, y por eso no miraba las estrellas como un astrónomo, ni las plantas como un botánico, ni los elementos como un químico, ni a los hombres como un experto en anatomía. Se fijaba en un aspecto más elevado de las cosas. Las consideraba en su armonía universal, en su vinculación con Dios. Lo que inquiría aquel espíritu siempre despierto era a Dios en el mundo. Por eso el Evangelio utiliza una palabra más exacta que la de ciencia: dice que Jesús crecía en sabiduría, es decir, en esa vida superior del espíritu, que se detiene y fija en el lado divino de las cosas, en los problemas del destino, en los misterios del más allá". (Mons. Chollet "La Psychologie du Christ", 1, c.5. 187. Citado por Faynel o.c. pp. 196-197).

d. ¿Error o ignorancia en Cristo?

Es un problema muy discutido sobre todo el de la ignorancia en Cristo.

Hasta San Agustín algunos padres como San Atanasio, San Cirilo de Alejandría admitieron ignorancia real en Cristo. Siguen el principio soteriológico: Cristo salvó sólo aquello que asumió, nos salvó de la ignorancia cargando con ella.

Con San Agustín se introduce la idea de la ciencia no comunicable. Explica el texto escriturístico de la ignorancia de Cristo acerca del día del juicio diciendo que conocía en su alma el día del juicio, pero no en ciencia comunicable, no entraba en su papel de mediador, de redentor el (tener que) comunicárnoslo.

En la teología moderna una corriente tiende a admitir cierta clase de ignorancia en Cristo sin comprometer su dignidad y grandeza. Esto se explica diciendo que las tres clases de ciencias humanas en Cristo se sitúan en diversos planos. La Ciencia de visión (beatífica) residía en la cima del alma de Cristo, en su parte más íntima y era por tanto inexpresable, incomunicable. Sólo esta clase de ciencias era universal. Las otras dos que pertenecían al plano del pensamiento conceptual y transferible, expresable, comunicable eran de hecho ciencias limitadas y en ese campo Cristo podía tener ignorancia real.

Tal vez nos preguntamos ¿Por qué poner estas tres ciencias en Cristo? ¿Por qué esta repetición? No son repeticiones, sino ciencias complementarias y todas ellas puestas al servicio de su misión redentora. En otras palabras, al servicio nuestro. En las ciencias de la visión beatífica y la infusa resplandecen mejor sus privilegios como Hijo de Dios. Con ellas Dios le dió toda perfección, para podernos conocer mejor, redimirnos mejor, amarnos mejor, servirnos mejor. En la ciencia experimental aparece mejor su humanidad, su hermandad con nosotros, su

anonadamiento, su Kenosis. Pero ambos movimientos o tendencias o estados de Cristo, el de perfección que debió de existir en Cristo como Hijo de Dios y el de anonadamiento como hombre verdadero fluyen de la única fuente: su amor por nosotros y tienden a un único fin: nuestra salvación. Para nuestra vida espiritual, cristiana, esto es lo que más cuenta: saber que en Cristo todo fue determinado por un motivo: el amor que nos tenía. Esta convicción cuenta para nosotros infinitamente más que el saber hasta dónde llegaba su conocimiento experimental y dónde empezaba su ciencia infusa y beatífica; dónde terminaba su psicología humana y dónde tenía inicio su pensar divino.

2. GRACIA Y SANTIDAD DE CRISTO.

En sentido absoluto podemos decir que sólo Dios es Santo. La creatura y por tanto también la humanidad de Cristo que es una creatura, es santa, en cuanto participa de la santidad de Dios mediante la unidad con El. (**Esquema de la Santidad** tomado de **Lercher, p. 66** ss., comparado con **Schmaus, p. 218** ss. y **Faynel p. 201** ss.).

Tratamos aquí de la santidad de la humanidad de Cristo (no sólo su alma). Podemos distinguir en El una santidad objetiva y otra subjetiva.

a. Santidad objetiva en Cristo.

La santidad objetiva
puede ser:
- Increada (infinita)
- Creada, participada (finita)

En Cristo:
- Santidad substancial *(gratia unionis)*
- Accidental *(gratia sanctificans)*

La naturaleza humana de Cristo es santa porque está consagrada mediante su unión con el Hijo de Dios, con el Verbo. Los Padres de la Iglesia ven la santidad de la naturaleza humana de Jesús en el hecho de que Jesús es Cristo, o sea, ungido. ¿Ungido con qué? Con la divinidad. Su naturaleza humana está ungida con el Verbo. Todos los demás cristos o ungidos del A.T., reyes y profetas, pasan en segunda línea ante el verdadero ungido que es Jesús, el ungido con la divinidad.

Tertuliano tiene expresiones como ésta: ***Jesús fué ungido por el Padre con el Espíritu Santo.***

La Gracia concedida a la naturaleza humana de Cristo en su unión con el Verbo es la más grande que haya tenido y pueda tener creatura humana alguna. Es la gracia substancial, *"la gratia unionis"*.

Esta gracia de unión no hace superflua en Cristo la gracia santificante habitual como la que Dios nos concede a nosotros, aunque en medida inmensamente superior.

Esta es la gracia creada y por tanto limitada (*la gratia unionis* es increada y por tanto infinita), pero Cristo la poseyó en su plenitud desde el principio.

¿Y el crecimiento en gracia de Cristo ante Dios y ante los hombres?. . . Veamos cómo concilia Schmaus estos dos hechos:

> ***"Aunque la gracia creada de Cristo es por sí misma limitada, la poseyó en su plenitud desde el principio; parece que es difícil conciliar esto con lo que dice*** Lucas (2, 52) ***de su crecimiento en edad, sabiduría y gracia delante de Dios y de los hombres. No hay que olvidar ni el testimonio de la Escritura sobre el creci-***

miento de su gracia ni el otro sobre la plenitud de ella para poder librarse de la dificultad. No puede interpretarse tal crecimiento diciendo que sólo hubo en la progresiva revelación de su gracia; ya que no ocurrió sólo delante de los hombres, sino también ante Dios. Se puede resolver la dificultad diciendo que Jesús tuvo desde el principio hasta el fin la plenitud de la gracia santificante y de sus concomitancias sobrenaturales. Estas gracias habituales yacían bajo el umbral de su conciencia humana. Pero empujaban sobre su voluntad, incitando a obrar. Su fuerza y riqueza no podían crecer, pero en cierto modo pasaban de su modo de ser en oculto a su modo de ser en la experiencia; y no haciéndose ellas mismas conscientes y experimentales, sino realizándose en comportamientos ético-religiosos, en acciones determinadas por el grado respectivo de desarrollo y situación de su vida, determinadas en último término por la voluntad eterna del Padre. La gracia habitual fué el fundamento adecuado de la actividad religiosa y ética de Cristo durante toda su vida.

Sobre esa base le fueron dadas, para cada una de sus acciones, gracias actuales, según exigía la misión del momento. Estas gracias actuales crecieron en el transcurso de la vida de Cristo. Hubo, pues, un doble crecimiento en la gracia de Cristo: un enriquecimiento en gracias actuales y una creciente realización de la gracia habitual. (Feuling, 398-408)". (Citado por Schmaus o.c. p. 221 ss.).

Si bien esta gracia habitual santificante es creada y por tanto limitada, Cristo la poseyó en la máxima medida en que la puede poseer creatura alguna. Y la poseyó no sólo para El, sino también para nosotros en su calidad de jefe de la humanidad y de la Iglesia. No sólo para El sino

también para nosotros Cristo estuvo lleno de gracia y de verdad pues de esta plenitud de gracia y de verdad que residía en su naturaleza humana hemos recibido todos nosotros (Cfr. Jn. 1, 14-16). Esta naturaleza humana de Cristo llena de gracia es el instrumento del cual Dios se ha servido para redimirnos, salvarnos, santificarnos.

b. Santidad subjetiva en Cristo.

En Cristo la santidad subjetiva o moral consistía en una absoluta ausencia de pecado, en la incapacidad de pecar y en su inmenso amor a Dios y a la humanidad. Cristo fue subjetivamente santísimo, perfectísimo, toda su vida fue totalmente dedicada, entregada a cumplir la misión que el Padre le había encomendado, a instaurar el reino de Dios en la tierra, a hacer que se cumpla la voluntad del Padre en la tierra como se cumple en el cielo, aun cuando esta voluntad del Padre sea la muerte de Cristo. (Cfr. Mt. 6,16.33; Jn. 4, 34; Jn. 10, 16 etc.).

c. Libertad de pecado en Cristo.

Es dogma de fe que Cristo estuvo totalmente libre de pecado, tanto del pecado original como de cualquier pecado personal. (Cfr. **Decreto a los Jacobitas, D. 711; EUGENIO IV, 1431-1447**. Concilio de Florencia, 1438-1445).

Firmemente cree, profesa y enseña que nadie concebido de hombre y de mujer fue jamás librado del dominio del diablo sino por merecimiento del que es mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo Señor nuestro; quien, concebido sin pecado, nacido y muerto al borrar nuestros pecados, El solo por su muerte derribó al enemigo del género humano y abrió la entrada del reino celeste, que el primer hombre por su propio pecado con toda su sucesión había perdido; y a quien de antemano todas las institucio- *D. 711.*

nes sagradas, sacrificios, sacramentos y ceremonias del Antiguo Testamento señalaron como al que un día había de venir. (D. 711). (Concilio de Efeso, D. 122; Concilio de Calcedonia, D. 148).

La Escritura atestigua con frecuencia esta total ausencia de pecado en Cristo. Y El era consciente de ello, tanto que no tiene temor en desafiar a los fariseos a acusarlo de pecado alguno. Su comportamiento en toda su vida es el de uno que es consciente de su inocencia perfecta:

> *"A los discípulos que estuvieron siempre a su alrededor y que pudieron, por tanto, asomarse de cerca a su alma y verle en la vida diaria les hizo la impresión de plenamente inmaculado. Con tranquila y continua conciencia de su falta de pecado predicaba Jesús la penitencia y arrepentimiento, perdonaba pecados, se preocupaba de la salvación de los demás y advertía de los peligros del mundo. No tuvo dificultades ni escrúpulos de conciencia. En la hora de su muerte no tuvo la mínima angustia de su responsabilidad ante Dios o de su destino eterno; y, sin embargo, pide perdón para sus verdugos. Consoló a sus discípulos cuando llegaba la hora de su muerte y tenía que separarse de ellos, sin que El mismo necesitara consuelo, les dice justamente:* No tengáis miedo (Jn. 14, 1). *En la hora tenebrosa en que las últimas cosas se le amontonan sobre la cabeza, les abre su corazón y les dice* que su gran deseo ha sido durante largo tiempo celebrar aquella pascua con ellos (Lc. 22, 15). *Empieza su despedida, poco antes de la muerte, como se empieza una hora de fiesta".* (Schmaus, o.c. p. 224).

Hubiera sido una contradicción la existencia del pecado en Cristo que tenía por misión destruir el reino del pecado, el reino de Satanás.

Y no es que Cristo fuera inocente de pecado por vivir totalmente aislado del mundo, del reino del pecado; ¡No! Cristo se metió en la compleja y agitada vida humana con todo su corazón, con sus ojos y todos sus sentidos muy abiertos. No pasó ficticiamente, aparentemente por el reino del pecado. No, estuvo realmente en el ambiente de pecado que es este mundo. Tampoco estuvo libre de las insinuaciones y tentaciones del maligno que El venció con gloria y superioridad verdaderamente divinas.

Sin embargo no tuvo Cristo, como nosotros, inclinaciones realmente malas, pasiones malas o disposiciones malas. Esto es dogma de fe (Cfr. 2o. Concilio de Constantinopla, D. 224).

Internamente, por sí, Cristo era impecable. ¿Por qué? Por el hecho de que su Yo humano pertenecía a su Yo divino. Si bien Cristo poseía voluntad humana libre, si ésta hubiera cometido pecado, el Yo divino habría cargado con la responsabilidad porque él yo que obraba mediante ella era Dios. Pero esto era imposible. En Cristo no podía haber pues, fuente interna de tentaciones como en nosotros. Estas tenían que venir de afuera como vinieron, pero no hallaron en Cristo aliado alguno de pasiones, vivencias, sensaciones; y las rechazó, las venció perfectamente y libérrimamente.

d. Monotelismo.

Es la doctrina que afirma la existencia en Cristo de una sola voluntad, la divina. Surgió esta teoría por un doble motivo, para solucionar una dificultad doctrinal y para obviar una situación política.

El motivo doctrinal: era la dificultad para conciliar en Cristo la impecabilidad con la libertad. Porque, se de-

cían, pertenece a la esencia del hombre libre el poder decir "NO" a Dios, el poder pecar. Los monotelitas dicen: ***"en Cristo hay sí dos naturalezas, pero una sola voluntad".***

Motivo político: para ganarse a los monofisitas y fortalecer el imperio de Oriente. El Patriarca Sergio de Constantinopla y el Emperador Heraclio ceden ante ellos diciéndoles que hay una sola voluntad y por otra parte afirman, con los cristianos que seguían la recta fe, que en Cristo hay dos naturalezas.

El monotelismo fue condenado en el Concilio de Letrán del 649 y después en el Tercer Concilio de Constantinopla (VI Ecuménico). Aunque el Concilio de Letrán no fué ecuménico, su doctrina fue después repetida por el Papa Agatón en una carta que a su vez fue también aceptada por el VI Concilio Ecuménico de Constantinopla. (Cfr. D. 263-269 y 288:

D. 263. *Can. 10. Si alguno no confiesa, de acuerdo con los Santos Padres, propiamente y según verdad, que las dos voluntades del único y mismo Cristo Dios nuestro están coherentemente unidas, la divina y la humana, por razón de que, en virtud de una y otra naturaleza suya, existe naturalmente el mismo voluntario obrador de nuestra salud, sea condenado.*

D. 264. *Can. 11. Si alguno no confiesa, de acuerdo con los Santos Padres, propiamente y según verdad, dos operaciones, la divina y la humana, coherentemente unidas, del único y el mismo Cristo Dios nuestro, en razón de que por una y otra naturaleza suya existe naturalmente el mismo obrador de nuestra salvación, sea condenado.*

Can. 12. Si alguno, siguiendo a los criminales herejes, D.
confiesa una sola voluntad de Cristo Dios nuestro y una 265.
sola operación, destruyendo la confesión de los Santos Padres y rechazando la economía redentora del mismo Salvador, sea condenado.

Can. 13. Si alguno, siguiendo a los criminales herejes, D.
no obstante haberse conservado en Cristo Dios en la uni- 266.
dad sustancialmente las dos voluntades y las dos operaciones, la divina y la humana, y haber sido así piadosamente predicado por nuestros Santos Padres, confiesa contra la doctrina de los Padres una sola voluntad y una sola operación, sea condenado.

Can. 14. Si alguno, siguiendo a los criminales herejes, D.
con una sola voluntad y una sola operación que impíamen- 267.
te es confesada por los herejes, niega y rechaza las dos voluntades y las dos operaciones, es decir, la divina y la humana, que se conservan en la unidad en el mismo Cristo Dios y por los Santos Padres son con ortodoxia predicadas en El, sea condenado.

Can. 15. Si alguno, siguiendo a los criminales herejes, D.
toma neciamente por una sola operación divino-humana, 268.
que los griegos llaman teándrica, y no confiesa de acuerdo con los Santos Padres, que es doble, es decir, divina y humana, o que la nueva dicción del vocablo "teándrica" que se ha establecido significa una sola y no indica la unión maravillosa y gloriosa de una y otra, sea condenado.

Can. 16. Si alguno, siguiendo para su perdición a los D.
criminales herejes, no obstante haberse conservado esen- 269.
cialmente en Cristo Dios en la unión las dos voluntades y las dos operaciones, esto es, la divina y la humana, y haber sido piadosamente predicadas por los Santos Padres, pone neciamente disensiones y divisiones en el misterio de su economía redentora, y por eso las palabras del Evangelio

y de los Apóstoles sobre el mismo Salvador no las atribuye a una sola y la misma persona y esencialmente al mismo Señor y Dios nuestro Jesucristo, de acuerdo con el bienaventurado Cirilo, para demostrar que el mismo es naturalmente Dios y hombre, sea condenado. (**SAN MARTIN I, 649-653 (655)** – Concilio de Letrán, 649) (D. 263-269) y D. 288; **SAN AGATON, 678-681** - CONCILIO ROMANO, 680 - **Sobre la unión hipostática** (De la Carta dogmática de Agatón y del Concilio Romano *Omnium bonorum spes*, a los emperadores)***

D. 288. *En efecto, reconocemos que uno solo y el mismo Señor nuestro Jesucristo, Hijo de Dios unigénito, subsiste de dos y en dos sustancias, sin confusión, sin conmutación, sin división e inseparablemente* (Cfr. D.148), *sin que jamás se suprimiera la diferencia de las naturalezas por la unión, sino más bien quedando a salvo la propiedad de una y otra naturaleza y concurriendo en una sola persona y en una sola subsistencia, no distribuido o diversificado en la dualidad de personas ni confundido en una sola naturaleza compuesta; sino que reconocemos, aun después de la unión subsistencial, a uno solo y el mismo Hijo unigénito, Dios Verbo, nuestro Señor Jesucristo* (v. D. 148) *y no uno en otro, ni uno y otro, sino el mismo en las dos naturalezas, es decir, en la divinidad y en la humanidad; porque ni el Verbo se mudó en la naturaleza de la carne, ni la carne se transformó en la naturaleza del Verbo. Uno y otra permaneció, en efecto, lo que naturalmente era; pues sólo por la contemplación discernimos la diferencia de las na-*

*** *Los Padres del VI Concilio (III de Constantinopla) recibieron esta carta clamando que por boca de Agatón había hablado Pedro: "Con nosotros se concertaba el príncipe supremo de los Apóstoles, pues tuvimos por favorecedor a su imitador y sucesor en la Sede, y él ilustró el sacramento divino por su Carta. La confesión escrita por Dios para ti (Constantino), aquella antigua ciudad de Roma nos la ofreció. . . y por boca de Agatón habla Pedro"* (Hrd. III 1422, E s.).

turalezas unidas en El, aquellas de que sin confusión, inseparablemente y sin conmutación está compuesto; uno solo, efectivamente, resulta de una y otra y por uno solo son ambas, como quiera que juntamente son tanto la alteza de la divinidad, como la humildad de la carne. Una y otra naturaleza guarda en efecto, aun después de la unión, su propiedad, "y cada forma obra, con comunicación de la otra, lo que les es propio: El Verbo obra lo que pertenece al Verbo, y la carne ejecuta lo que toca a la carne. Uno brilla por los milagros; otra sucumbe a las injurias" (v. D. 144).

De ahí se sigue que, así como confesamos que tiene verdaderamente dos naturalezas o sustancias, esto es, la divinidad y la humanidad, sin confusión, indivisiblemente, sin conmutación, así la regla de la piedad nos instruye que el solo y mismo Señor Jesucristo (v. D. 254-274), *como perfecto Dios y perfecto hombre, tiene también dos naturales voluntades y dos naturales operaciones, pues se demuestra que esto nos ha enseñado la tradición apostólica y evangélica, y el magisterio de los Santos Padres a los que reciben la Santa Iglesia Católica y Apostólica y los venerables Concilios.* (D. 288); D. 291 y D. 292 del Constantinopolitano III).

La Escritura distingue en Cristo dos voluntades: humana y divina. En la voluntad divina es uno solo con el Padre; en la humana se diferencia (Cfr. Lc. 22, 42; Mt. 26, 39; Jn. 5, 30; 6, 38; Hb. 5, 8).

Entre estas dos voluntades en Cristo no puede haber oposición ni contradicción porque es el mismo y único Yo divino el que obra a través de ambas.

Cuando la voluntad humana parece que se revela a la divina ante los horrores de la próxima pasión no hay tal rebelión. Simplemente siente como verdadero hombre

los horrores de la pasión y pide como era natural, que se le libre de ella; pero enseguida aparece la sumisión, la coordinación. Esa aparente rebelión de su voluntad humana ante la pasión es una prueba más de su verdadera humanidad:

> *"Cuando San Marcos cuenta* (14, 36 y Lc. 22, 42) *que Jesús pidió que el Padre le librara del sufrimiento y de la muerte y, por tanto, que su voluntad humana se acobardó ante el exceso de dolor que se le exigía, no quiere decir que su voluntad humana se revelara contra el mandato del Padre. A la petición de que el dolor pase, añade enseguida; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú. Precisamente porque Cristo tenía una verdadera naturaleza humana, tenía que responder con miedo y horror a lo horrible que se acercaba. Su plena sumisión a la voluntad del Padre se hace patente justamente en este pasar sobre el horror natural a la muerte y al dolor hasta la libre acción de obediencia, Aquí es donde Cristo cumple la más alta y difícil tarea de la obediencia.*

> *La sensibilidad y corporalidad de Cristo, e incluso los primeros movimientos de su ánimo y de su voluntad, pudieron seguir, según su propia ley natural, sus caminos propios, aunque estos caminos fueran opuestos o contrarios a su libre voluntad espiritual y a su amor a la humanidad, porque su conciencia divina, su visión humana de Dios, su conocimiento infuso y las virtudes de su voluntad y corazón estaban en parte retenidas (Jesús sólo se transfigura una vez durante su vida humana), porque, además, la voluntad y elección divina y humana no fueron dejadas llegar hasta la sensibilidad y corporalidad para que, transfigurándolas, alcanzasen la cima del espíritu humano. Hay*

que pensar solamente que nada de lo que pareció antipático y doloroso a su sensibilidad y a su carne ocurrió contra la voluntad o tolerancia de Dios.

Hasta la oposición aquí supuesta entre lo desagradable a su voluntad y ánimo humanos, es oposición sólo en un sentido: en cuanto aquellas leyes naturales condicionadas por el mundo y la materia hacen resistencia al impulso natural de la humanidad de Jesús, mientras la actividad de la voluntad y del ánimo llena de gracia y luz la acepta y sufre voluntariamente como querida o permitida por Dios dentro del plan redentor". –Feuling, 417 – (Schmaus o.c. p. 230 ss.).

Sobre cómo conciliar la libertad de Cristo con su incapacidad de pecar veamos cómo concluye Schmaus, después de haber expuesto varios intentos de solución con resrespecto al problema de la muerte de Cristo que era mandato del Padre y que Cristo debía aceptar:

"La cuestión es insoluble en definitiva: nos enfrenta con el impenetrable misterio del Dios-hombre. Tenemos que contentarnos con lo que es seguro; el Yo del Logos divino, que quiere libremente y decide, es portador de la voluntad humana, concede a la naturaleza humana, junto con su existencia, el querer humano libre, realiza el querer justamente en cuanto libre. No se debe tampoco pasar por alto que la libertad consiste esencialmente en realizar independientemente, según la propia intención y decisión, lo que corresponde al propio ser pero no consiste en hacer también lo que contradice al propio ser.

La verdadera esencia de la libertad consiste en que el hombre tiene la capacidad de decidir por sí mismo, sin imposición ajena, incluso sin imposición por parte

de Dios, aquello que es conveniente a su ser, lo que es su bien. Por el hecho de poder hacer lo que es opuesto al propio ser y al ser de las demás cosas ante Dios, no somos libres. No 'podemos' *obrar de manera distinta a la que exige el ser ante Dios. El hecho de ser* 'libres' *frente a los bienes terrenos, en cuanto que no siempre y en todo caso apetecemos lo que conocemos como bueno, tiene su explicación y fundamento en que tenemos a la vez la percepción de un bien terreno y la de su carácter relativo.*

Somos conscientes, aunque no en todos los casos con plena claridad, de que hay bienes todavía más altos. Pero mientras no nos parezca mejor no apetecer un bien reconocido como tal, no dejaremos en ningún caso de apetecerlo. El hombre tiene el extraño poder de pecar porque percibe el sumo bien defectuosamente, lo mismo que los demás bienes terrenales, es decir, como relativo. No querer conocer ni reconocer más libertad que la que se basa en la imperfección de la fuerza espiritual del hombre y en la que la esencia de la libertad consiste en poder negar el ser pecando y hacer después de esta libertad la medida de la libertad del Dios-Hombre, es un procedimiento cuya ejecución se estrella contra la perfección de la humanidad de Cristo. La perfección de Cristo sólo puede ser apreciada reconociendo que su libertad consiste en que sólo el sumo bien y ninguna otra cosa hace que se determine por sí mismo a afirmar su sentido y finalidad y a comportarse conforme a esa afirmación. Cristo tuvo una libertad exenta de la imperfección común humana de poder negar y percibir falsamente como relativo al bien supremo que es Dios, origen y fin de las cosas creadas. La humanidad sacratísima de Cristo estuvo exenta de la libertad de 'poder' *negarse a sí misma pecando. Pero la unión*

de la humanidad sacratísima de Cristo con la persona del Hijo de Dios no destruye la posibilidad de hacer el más perfecto sacrificio como acto ético de amor a Dios y, por tanto, con perfecta libertad.

Solamente Cristo tuvo plena libertad al realizar su sacrificio y ofrecimiento justamente mediante su muerte; porque la humanidad sacratísima de Cristo nada tenía en sí, cuya necesaria consecuencia o expresión esencial fuera la muerte. La humanidad del Señor no estaba sometida a la muerte en el sentido en que las demás están sometidas. Y cuando el Señor dijo: 'El Cristo debía padecer todo esto', *la obligación y el deber proceden únicamente de El mismo, que sabía que el camino a través de la muerte era la perfección, no de su ser ante Dios, sino del ser de la humanidad en pecado ante Dios".* —Gottmenchen, 1938, 71— (Schmaus o. c. pp. 232-234).

Semejantes razones da Faynel, o.c. pp. 207-209:

"3) La verdadera línea de Solución. La verdadera Libertad:

En efecto, con demasiada frecuencia tenemos de esta palabra libertad un falso concepto.

Para muchos, ser libre es tener la posibilidad indeterminada de decir sí o no, de hacer el bien o el mal. Carecer de esa libertad 'total' *sólo podría ser un signo de debilidad. Ahora bien, basta pensar en Dios para darnos cuenta de que nos equivocamos. ¿No es el ser perfecto? Pues bien, Dios no tiene posibilidad, el* 'poder' *de hacer el mal. No puede hacer más que el bien. ¿Y no es esto la prueba evidente de que el*

'poder' *de hacer el mal, como decimos nosotros, representa no un poder, sino una imperfección; no una fuerza, sino una debilidad? En realidad, la verdadera libertad es la que consiste en realizar plenamente su ser espiritual, amando y entregándose al bien, totalmente, voluntariamente, sin ninguna presión de nadie.*

Pero ahondemos más en nuestra reflexión. Siguiendo siempre en esta perspectiva, seríamos tanto más libres cuanto más neutros fuéramos; o, si se prefiere, sería preciso, para ser verdaderamente libres, que sintiéramos igual atracción hacia el bien y el mal. Pues bien, es evidente que esto no es ni puede ser así. De hecho, somos seres orientados, *y la relación de nuestra libertad no es la misma respecto al bien que respecto al mal. Respecto al bien, tenemos una relación* 'esencial y natural'; *respecto al mal, tenemos una relación* 'por defecto y de desviación de la naturaleza' (Santo Tomás). *Así pues, nos encontramos a todas luces en una falsa pista.*

La prueba de ello es, por otra parte, que nuestra libertad actual, a la que se llama también libre albedrío, o también libertad de opción (ya que ella efectivamente debe abarcar esa opción para ser fuente de mérito), no es en sí misma más que una etapa y debe un día terminar en la verdadera libertad de los hijos de Dios. Pues bien, en ese día, nosotros no seremos menos libres, por el hecho de que no podremos elegir, sino más libres aún. Entonces es cuando solamente seremos verdadera y plenamente libres. Ahora bien ¿no es eso la prueba evidente de que lo que constituye la esencia profunda de la libertad no es la posibilidad de elección entre el bien y el mal, sino el hecho de elegir efectivamente el bien,

de elegirlo voluntaria y conscientemente? Así pues, la elección está en realidad al servicio de la libertad. No tiene valor en sí.

Y ahora volvamos a Cristo. El problema se ve en seguida. Puesto que Cristo era 'viator' y puesto que debía merecer, es evidente que debía tener también él una libertad que le permitiese efectivamente ese mérito y que le liberase de toda necesidad o presión interna. Pero, entonces, ¿cómo sostener al mismo tiempo que era impecable? Decir impecable, ¿no equivale a decir orientado necesariamente hacia el bien? Es preciso que miremos las cosas más de cerca. De hecho, es también evidente que parece que a primera vista creemos que existe una contradicción absoluta entre una libertad verdadera (y nosotros entendemos una libertad que supone una posibilidad radical de opción) y la impecabilidad, o dicho en otras palabras, el triunfo asegurado del bien (no decimos el atractivo irresistible del bien lo cual podría hacer creer que existe una necesidad interna).

Consideremos el ejemplo de los santos. Cuanto más santos son, con más naturalidad y espontaneidad hacen lo que Dios les manda y, sin embargo, siguen siendo total y plenamente libres. Pero en la misma medida en que son santos, su voluntad coincide de alguna manera con los mandamientos. Es la aplicación exacta de la famosa frase de San Agustín: 'Con el Espíritu Santo, el placer es no pecar, y esto es la libertad; sin el Espíritu Santo, el placer es pecar y ahí está la esclavitud'. *Así, pues, lleguemos hasta el final.* 'Si alguien pudiera amar así de una manera absoluta, éste sería totalmente libre, ya que para él sería una sola y misma cosa hacer lo que quiere y hacer lo que debe'. *También aquí, no haría más que aplicar la*

frase de San Agustín: 'Dilige et fac quod vis'. 'Ama y haz lo que quieras'. *Para los santos, esto es evidentemente un límite.*

Pero Cristo alcanzó precisamente ese límite. El ama efectivamente con un amor absoluto. Y por eso también, aun permaneciendo plenamente libre (para utilizar nuestro pobre lenguaje humano), sigue invenciblemente unido a su Padre.

Si San Pablo ya podía decir: 'Nada nos podrá separar del amor de Dios' (Rm. 8,39), *él puede verdaderamente decirlo sin reserva y sin ninguna excepción posible, precisamente porque es* 'el santo' *por excelencia, el único que merece plenamente ese título. Y no sólo no es menos libre a causa de eso, sino que es* 'el hombre liberado por excelencia; tan liberado del mal y del pecado, tan dedicado al amor de su Padre, que trascendiendo la miseria de la elección, no podía pecar'. *Pretender que él es menos libre que uno que tiene la posibilidad de pecar equivaldría a decir que un hombre es menos fuerte porque ni siquiera puede estar enfermo.*

Siempre, evidentemente, tendremos mucha dificultad en imaginar lo que podría ser esa libertad de Cristo. Lo mismo que todo el misterio de Cristo, siempre nos desbordará. Y lo mismo que en otras ocasiones, no nos es tan fácil desmontar su mecanismo como descubrir su profundo sentido. En el fondo, todo se basa en el amor absoluto de Cristo hacia su Padre. Al mismo tiempo vemos también cómo, en este punto lo mismo que en todos los demás, Cristo es nuestro modelo. El nos muestra con su ejemplo en qué consiste la verdadera libertad, y nos ayuda por su gracia a acercarnos a ese ideal".

3. LA SENSIBILIDAD Y EL SUFRIMIENTO EN CRISTO.

Cristo tuvo también esta capacidad humana de la sensibilidad, como hombre verdadero que era. . . En efecto, en el Evangelio vemos que Cristo se alegró, se entristeció, lloró, se angustió, se emocionó, tuvo compasión, se encolerizó, amó como ninguno de nosotros puede amar y sufrió realmente (Cfr. Lc. 7,11; 10,21; Mc 8,2;14,19; Jn 4,6; 11,33; Mt 4,2; 12,28; 26,49; 26,39; Lc 13,34;).

4. LA HUMANIDAD DE CRISTO Y SALVACION.

Decimos sólo una palabra. Ya hemos hablado de ello.

El papel importante de la humanidad de Cristo aparece sobre todo en los milagros (Cfr. Lc. 8,46) y en la obra de la Redención especialmente en el sacrificio de la Cruz que sella la nueva alianza en la sangre humana de Jesús (Lc. 22,20) (Cfr. C. Vaticano II, Constitución sobre la Liturgia. ***"Fué su humanidad en la unidad de la persona del Verbo, la que fué el instrumento de nuestra salvación";*** cfr. *Mystici Corporis* paralelo entre Verbo y humanidad de Cristo y Verbo e Iglesia como elemento humano material; cfr. Obras de A. Javierre, relaciones entre Eclesiología encarnada y carismática, espiritualista; entre Cristología y Eclesiología).

Lo que Dios hizo en la salvación radical, *in radice*, en Cristo, lo sigue haciendo en la aplicación de la salvación. Dios nos sigue salvando a través de otros. . . con nuestra colaboración. Hay paralelismo entre la función del elemento material, humano, en Cristo, y la función del elemento humano, material, externo en la Iglesia: procesiones, ritos, sacramentos, devociones, etc. Cfr. Faynel p. 214:

"Cederíamos a una tendencia peligrosa si la viva percepción nos indujera a desdeñar la humanidad de nuestro Señor para preferir a ella alguna cosa exclusivamente espiritual. La doctrina católica no aparta nunca la atención del hombre, de la humanidad de nuestro Señor. La acción de Cristo como hombre es para el alma redimida la más alta realidad espiritual. Donde la vida espiritual es intensa y muy sincera, la devoción a la humanidad de nuestro Señor es muy tierna, y muy fuerte el sentimiento de dependencia hacia ella.

Se puede asentar como un principio indiscutible que nuestro Señor en su humanidad es para el espíritu humano lo que constituye su honor y su grandeza".

IV. CONSECUENCIAS DE LA UNION HIPOSTATICA

1. Adoración a Cristo.
2. Filiación natural del hombre Jesucristo.
3. Comunicación de idiomas.

1. ADORACION A CRISTO.

El motivo de la legitimidad de la adoración a la humanidad de Cristo es que forma una sola cosa, una sola persona con la divinidad.

El magisterio de la Iglesia enseñó explícitamente esta doctrina en el Concilio de Efeso (D. 120), en el Quinto Concilio de Constantinopla (D. 221), y Pío VII contra los Jansenistas D. 1561 (D. Errores) sobre los deberes, ejercicios e instituciones pertenecientes al culto religioso. Y pri-

meramente, de la adoración a la humanidad de Cristo. (De fide § 3).

61. La proposición que afirma que adorar directamente la humanidad de Cristo y más aún alguna de sus partes, será siempre un honor divino dado a una criatura—en cuanto por esta palabra directamente intenta reprobar el culto de adoración que los fieles dirigen a la humanidad de Cristo, como si tal adoración por la que se adora la humanidad y la carne misma vivificante de Cristo, no ciertamente por razón de sí misma y como mera carne, sino como unida a la divinidad, fuera honor divino tributado a la criatura, y no más bien una sola y la misma adoración, con que es adorado el Verbo encarnado con su propia carne (del Conc. Constantinopol. II, quinto ecum. (v. 221; cf. 120)—, *es falsa y capciosa, y rebaja e injuria el piadoso y debido culto que se tributa y debe tributarse por los fieles a la humanidad de Cristo.* (D. 1561). D. 1561

Discutir la verdad de la adoración a Cristo como hombre equivaldría a discutir la verdad de la encarnación.

De la escritura bástenos citar el famoso pasaje de San Pablo: Fil. 2,10: *"Quien exisitiendo en la forma de Dios se anonadó. . . por lo cual Dios le exaltó y le otorgó un nombre sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús doble la rodilla toda criatura en los cielos, en la tierra y en los infiernos".*

Esta adoración a la humanidad de Cristo puede recaer sobre una de sus partes, verbigracia: Cinco Llagas, Preciosa Sangre, y sobre todo al Corazón de Jesús, si hay una razón particular para ello.

La devoción al Corazón de Jesús existió ya en la Edad Media (San Bernardo, San Buenaventura, Sta. Gertrudis) y

se difundió sobre todo en el siglo XVII con San Juan Eudes y Santa Margarita María Alacoque.

El magisterio de la Iglesia ha emanado dos documentos principales al respecto: La Encíclica *"Misserentissimus Deus"* (Pío XI, 1928) y la *"Haurietis aquas"* (Pío XII, 1956).

En estos documentos se enseña que el objeto de esta devoción es hacernos tomar conciencia del amor de Cristo al Padre y a nosotros, imitar sus virtudes y reparar las ofensas a su Corazón hechas por los pecadores.

2. FILIACION NATURAL DEL HOMBRE-DIOS.

Cristo, también en cuanto hombre, es Hijo natural de Dios, ¿Por qué? Porque no forma más que una sola cosa con el Verbo, que es Hijo natural de Dios.

En la antigüedad, algunos teólogos de la escuela de Antioquía inventaron la doctrina de los dos hijos en Cristo: esta posición fué recogida otra vez por los teólogos de los siglos VIII y IX:

Cristo en cuanto Dios es Hijo Natural de Dios.
Cristo en cuanto hombre es Hijo adoptivo de Dios.

El Papa Adriano I condenó esta doctrina (D. 299, 309) **De los errores de los adopcianos** (De la Carta *Institutio universalis*, a los obispos de España, del año 785).

D. 299 *. . . Por cierto que de vuestras tierras ha llegado a Nos una lúgubre noticia y es que algunos obispos que ahí moran, a saber, Elipando y Ascárico con otros que los siguen, no se avergüenzan de confesar como adoptivo al Hijo de Dios, blasfemia que jamás ningún hereje se atrevió a pro-*

ferir en sus ladridos, si no fué aquel pérfido Nestorio que confesó por puro hombre al Hijo de Dios. (D. 299). . .

De los errores de los adopcianos. (De la Carta de Adriano *Si tamen licet* a los obispos de las Galias y de España, 793).

Reunida con falsos argumentos la materia de la causal perfidia entre otras cosas dignas de reprobarse, acerca de la adopción de Jesucristo Hijo de Dios según la carne, leíanse allí montones de pérfidas palabras de pluma descompuesta. Esto jamás lo creyó la Iglesia Católica, jamás lo enseñó, jamás a los que malamente lo creyeron, les dió asenso. . . (D. 309). ¿Cuál es la razón? Es evidente: divide a Cristo, suprime su unidad y por tanto la verdadera unión hipostática y la redención verdadera. D. 309

3. LA COMUNICACION DE IDIOMAS.
(Ya hablamos de ello).

¿Por qué se puede usar en los nombres concretos y no en los abstractos? Porque aquellos se refieren normalmente a la persona y en cambio éstos a las naturalezas.

2a. PARTE

SOTERIOLOGIA

CAPITULO IX

CRISTO MEDIADOR, SACERDOTE Y VICTIMA DEL NUEVO TESTAMENTO.

I. CRISTO MEDIADOR

Ya hemos dicho al principio del Tratado que el misterio cristiano es que Dios decidió tener compasión y salvar a la humanidad en Cristo, por medio de Cristo a quién constituyó mediador, intermediario, víctima expiatoria. San Pablo nos habla de este hecho como del Gran Misterio escondido por los siglos en Dios y revelado finalmente al llegar Cristo, Ef.1, 3-12:

> ***("Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos en Cristo: por cuanto nos ha elegido en él antes de la creación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor; eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia con la que nos agració en el Amado. En él tenemos por medio de su sangre la redención, el perdón de los delitos, según la riqueza de su gracia que ha***

prodigado sobre nosotros en toda sabiduría e inteligencia, dándonos a conocer el Misterio de su voluntad según el benévolo designio que en él se propuso de antemano, para realizarlo en la plenitud de los tiempos: Hacer que todo tenga a Cristo por cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra. A él, por quien entramos en herencia, elegidos de antemano, según el previo designio del que realiza todo conforme a la decisión de su voluntad, para ser nosotros alabanza de su gloria, los que ya antes esperábamos en Cristo.")

Cristo mediador entre Dios y el hombre: con El empieza una nueva forma de existir: una existencia en la que la divinidad está unida a la humanidad, Cristo tiende el puente, aún más, El mismo es el puente entre Dios y el hombre. En adelante, toda criatura que quiera ir a Dios deberá pasar por este puente que es el único mediador.

La mediación de Cristo como mediación única entre Dios y el hombre es dogma de Fe: enseñada en la carta dogmática de San León I, en el decreto *"Pro Jacobitis"* (D. 711), y en el Canon número 3 de la sesión quinta del Concilio de Trento, D. 790: Paulo III, 1534-1549 – Concilio de Trento, 1545-1563. Sesión V (17 de junio de 1546) **Decreto sobre el pecado original.**

D. 790 3. *Si alguno afirma que este pecado de Adán que es por su origen uno solo y, transmitido a todos por propagación, no por imitación, está como propio en cada uno, se quita por las fuerzas de la naturaleza humana o por otro remedio que por el mérito del solo mediador, Nuestro Señor Jesucristo* (v. 171), *el cual, hecho para nosotros justicia, santificación y redención* (1 Cor. 1,30), *nos reconcilió con el Padre en su sangre; o niega que el mismo mérito de Jesucristo se aplique tanto a los adultos como a los*

párvulos por el sacramento del bautismo, debidamente conferido en la forma de la Iglesia: sea anatema. Porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que hayamos de salvarnos (Act. 4, 12). *De donde aquella voz: He aquí el cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo* (Ioh. 1, 29). *Y la otra: Cuantos fuistéis bautizados en Cristo, os vestisteis de Cristo* (Gal. 3, 27). (D. 790) Esta verdad está claramente enseñada en la Escritura (N.T.).

1. ANTIGUO TESTAMENTO:

Mediador significa, en el lenguaje extrabíblico, intermediario, fiador, garante, juez, árbitro, hombre de confianza cuya misión es poner de acuerdo a dos individuos en un negocio.

Tanto el Nuevo como el Antiguo Testamento, testifican cada uno a su manera esta función mediadora de Cristo.

En el A.T. son mediadores entre Dios y la Humanidad el Rey, el Profeta y el Sacerdote, pero estos tres personajes aparecen como precursores de aquel que encerrará en si perfectamente esas tres figuras de Rey, Profeta y Sacerdote: Cristo.

La función mediadora de Cristo está prefigurada en el A.T. sobre todo con la figura de Moisés y el símbolo del Siervo de Yavé. En el Exodo sólo Moisés puede hablar y verse cara a cara con Yavé. El mismo pueblo le ruega que hable él solo con Yavé y le transmita después sus palabras, que sea el intercesor entre Dios y el Pueblo; él reza y ayuna por el pueblo (Cfr. Ex. 20,19; 32, 11-12; 33, 1-2.11; Núm. 17, 27-28.21,7; Deut. 3, 23-28; 5,24; 18,16; 9,8-9; 23-29; 34,10).

El Cántico al Siervo de Yavé del Deutero Isaías Cap. 53 es también una bella prefiguración de la función mediadora de Cristo. El Justo, varón de dolores, sufre y muere por su pueblo. Es lo que realizó Cristo.

2. EL NUEVO TESTAMENTO:

La idea, aunque no la palabra de que Cristo es el único mediador entre Dios y la humanidad está difundida en todo el N.T. San Pablo usa también el término en tres textos: Gál. 3,19-20; 1Tim. 2,5-6; Hebr. 8,6.

Aunque Cristo no se aplica así mismo el apelativo de mediador, tenía conciencia de ser la única vía a Dios; tenía conciencia de que dependía de la entrega a él, el destino del hombre. Esa doctrina no la inventó la Iglesia primitiva; la encontró en Cristo.

La función mediadora de Cristo aparece en San Pablo evidente en el paralelo que establece entre Adán y Cristo. El primero fue mediador de la desgracia entre Dios y el hombre, el segundo, portador de la unión, de una unión tan íntima que da al hombre la misma vida divina (Rom. 5,12-13; 1 Cor. 15,45-46).

Cristo es mediador con Dios no sólo para los hombres, sino para toda la creación. Cristo es mediador del cosmos. En El serán recapituladas y pacificadas todas las cosas. (Col. 1,19-20; Efe. 1,10) El es el primogénito de toda creatura que será glorificado por todo el Cosmos. (Col. 1,15; 3,4): todo el cosmos será salvado, redimido por El
Rom. 8, 19-23 Rom. 8, 19-23. *Porque el continuo anhelar de las criaturas ansía la manifestación de los hijos de Dios, pues las criaturas están sujetas a la vanidad, no de grado, sino por razón de quien las sujeta con la esperanza de que también ellas serán libertadas de la servidumbre de la corrupción para*

participar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Pues sabemos que la creación entera hasta ahora gime y siente dolores de parto, no sólo ella, sino también nosotros, que tenemos las primicias del Espíritu, gemimos dentro de nosotros mismos, suspirando por la adopción, por la redención de nuestro cuerpo. (Rom. 8, 19-23).

También San Juan enseña clarísimamente la doctrina de la mediación única de Cristo aunque no use el término. Sólo El es el camino, la verdad y la vida a Dios (Jn. 14,6). Nadie puede llegar al Padre si no pasa por él (Jn. 10,17). Su mediación culmina en la intercesión y en la muerte que tiene significado expiatorio en nombre de la humanidad. (Jn. 17,1; 2,1; 10,11; 12.32; 17,19).

Cristo es el mediador, y une al hombre con Dios, al mundo con Dios, porque ya en El lo están unidos. . . Este es el argumento que siempre aducen los Padres.

Cristo está en el mundo y une al mundo a Dios, no como individuo solo y aislado sino como individuo que es Jefe, cabeza representante de toda la creación y, como tal, une a toda la creación a Dios.

Con la Encarnación el mundo quedó tan unido a Dios que podemos decir recibió una verdadera consagración al penetrar en él, al ser injertada en él una chispa de la vida divina, la misma vida de Dios que es el Verbo.

Cristo es mediador (en su ser) y hace, realiza esta mediación (en su obrar, mediación dinámica). Toda su vida y sobre todo su muerte, resurrección y ascensión fueron un llevar a cabo, practicar su calidad de mediador. Acto que sigue realizando en el Cielo, pues está siempre intercediendo por nosotros (1 Jn. 2,1; Hebr. 7,25). Su muerte, resurrección y Ascensión tiene un lugar tan destacado en la vida

mediadora de Cristo que sus demás actos y movimientos pasan inadvertidos.

¿Cómo es mediador Cristo; como Dios o como Hombre?
R: Como hombre.

Si él es mediador en cuanto hombre: ¿cómo participa la naturaleza humana de esa actividad mediadora?
R: Como instrumento del Hijo de Dios, el Verbo.

¿Cómo es instrumento?
R: a) Actividad de la naturaleza humana: Moral u ocasional.
b) Actividad: Intencional.
c) Actividad: Física (Tomista).

La Sagrada Escritura naturalmente no enseña directamente ninguna de estas teorías, pero algunos de sus textos se explican mejor con la última; verbigracia: algunas curaciones ocurren al tocar el cuerpo de Jesús (Lc. 6,19; 8,46; Jn. 6,54-55; 20,27-28).

Con esta teoría resulta más clara la unión vital, íntima de la naturaleza divina con la humana.

De entre los padres, los griegos acentúan la actividad física de la naturaleza humana de Cristo mientras que algunos latinos hacen resaltar la actividad moral.

Santo Tomás defendió la doctrina de la actividad física (Schmaus, p. 312 y 314). "*. . . Ya en el comentario a las Sentencias dice Santo Tomás: se la llama carne deificada no porque se haya hecho divinidad, sino porque se hizo*

carne de Dios y también porque participa con más abundancia de los dones de la divinidad, por estar unida a ella y por ser el cuasi-instrumento por medio del que la virtud divina obra nuestra salvación: tocando al leproso curó la carne en virtud de la divinidad y muriendo en la carne venció la muerte en virtud de la divinidad. Pero la fuerza del agente está de algún modo en el instrumento del que se sirve para obrar" (III, dis.5, quaestio2, art.2 ad 6 um. . .")
". . . Sin embargo, la naturaleza humana fue asumida en Cristo para que realizara instrumentalmente aquellas cosas que son operaciones propias y exclusivas de Dios, como quitar los pecados, iluminar la inteligencia con la gracia y conducir a la perfección de la vida eterna. Luego la naturaleza humana de Cristo es con relación a Dios como un instrumento propio y unido a El, del mismo modo que la mano al alma. . ."

II. CRISTO SACERDOTE Y VICTIMA DEL NUEVO TESTAMENTO.

Hemos dicho que Cristo ejerció su mediación en toda su vida. Su función mediadora podríamos decir está difundida en toda su vida. Es riquísimo, y habría que estudiarla bajo diversos aspectos para poderla comprender mejor.

Pero resalta la mediación en el sacrificio expiatorio y reparador al Padre en favor de la humanidad.

Por el hecho de ser mediador entre Dios y la Humanidad, Cristo es sacerdote y siendo mediador nato, es también el sacerdote nato, el sumo sacerdote del Nuevo Testamento.

Con su sacrificio Cristo firma la nueva Alianza entre Dios y el hombre, inaugura un tiempo nuevo: la Cruz es

la piedra miliar más importante de la Historia que divide los tiempos.

Cristo fue consagrado sacerdote en el momento mismo de su Encarnación, pero fue sobre todo en la Cruz en donde ejerció de una manera más plena y visible su sacerdocio.

Que Cristo sea el verdadero y único sacerdote del N.T. es dogma de fe enseñado en el Concilio de Efeso (D.122).

La revelación del sacerdocio de Cristo la hallamos abundante sobre todo en la Epístola a los Hebreos.

Cristo es constituido sacerdote, sacado de entre los hombres en favor de ellos en el momento de la Encarnación: tiene la vocación no usurpada, como un intruso sino llamado por Dios, como hombre conoció nuestra debilidad y puede compadecerse de nosotros, Hebr. 4, 14-5,9: *Teniendo, pues, un gran pontífice que penetró en los cielos, Jesús, el Hijo de Dios, mantengámonos adheridos a la confesión. No es nuestro Pontífice tal que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, antes fue tentado en todo a semejanza nuestra, fuera del pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, a fin de recibir misericordia y hallar gracia para el oportuno auxilio.*

Pues todo Pontífice tomado de entre los hombres, en favor de los hombres es instituido para las cosas que miran a Dios, para ofrecer ofrendas y sacrificios por los pecados, para que pueda compadecerse de los ignorantes y extraviados, por cuanto él está también rodeado de flaqueza, y a causa de ella debe por sí mismo ofrecer sacrificios por los pecados, igual que por el pueblo. Y ninguno se toma por sí este honor, sino el que es llamado por Dios, como Aarón.

Y así Cristo no se exaltó a sí mismo, haciéndose Pontífice, sino el que le dijo: "Hijo mío eres tú, hoy te engendré". Y conforme a esto dice en otra parte: "Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec".

Habiendo ofrecido en los días de su vida mortal oraciones y súplicas con poderosos clamores y lágrimas al que era poderoso para salvarle de la muerte, fue escuchado por su reverencial temor. Y aunque era Hijo, aprendió por sus padecimientos la obediencia, y por ser consumado, vino a ser para todos los que le obedecen causa de salud eterna. (Hebr. 4, 14-5,9).

"Teniendo, pues, tal Sumo Sacerdote que penetró los cielos —Jesús el Hijo de Dios— *mantengamos firmes la fe que profesamos. . ., y llegado a la perfección, se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen. . ."*

Con el sacerdocio de Cristo desaparece todo otro sacerdocio aún el instituido por Dios en el A.T., que no era más que figura de lo venidero. Hebr. 9, 1-10: *Y el primer pacto tenía su ceremonial y su santuario material. Fue constituido un tabernáculo, y en él una primera estancia, en que estaban el candelabro, y la mesa, y los panes de la proposición. Esta estancia se llamaba el Santo. Después del segundo velo, otra estancia del tabernáculo, que se llamaba el Santo de los Santos, en el que estaban el altar de oro de los perfumes y el arca de la alianza, cubierta toda ella de oro, y en ella un vaso de oro que contenía el maná, la vara de Aarón, que había reverdecido, y las tablas de la alianza. Encima del arca estaban los querubines de la gloria, que cubrían el propiciatorio, de los cuales nada hay que decir en particular.*

Dispuestas así las cosas, en la primera estancia del tabernáculo entraban cada día los sacerdotes, que desempe-

ñaban sus ministerios; pero en la segunda, una sola vez en el año, entraba el pontífice solo, no sin haber ofrecido la sangre en expiación de sus ignorancias y las del pueblo. Quería mostrar con esto el Espíritu Santo que aún no estaba expedito el camino del santuario mientras el primer tabernáculo subsistiese. Era esto figura que miraba a los tiempos presentes, pues en aquél se ofrecían oblaciones y sacrificios que no eran eficaces para hacer perfecto en la conciencia al que ministraba. Sus preceptos eran carnales, sobre alimentos, bebidas, diferentes lavatorios y preceptos de una justicia carnal establecidos hasta el tiempo de la substitución. (Hebr. 9, 1-10). Cristo es el único sacerdote del N.T. y esencialmente diferente de los demás sacerdotes, es el sacerdote por excelencia, *"Santo, inocente, inmaculado, apartado de los pecadores y más alto que los cielos, que no necesita, como los pontífices, ofrecer cada día víctimas primero por sus propios pecados, luego por los del pueblo"* (Hebr. 7,26-27).

Cristo no es sacerdote según el orden de Aarón sino de Melquisedec, (origen de su sacerdocio no de la descendencia carnal, sino celeste. . .)

Cristo como sacerdote ofreció un sacrificio. Sacerdocio y sacrificio son dos conceptos y realidades correlativas.

El sacrificio perfectísimo de Cristo está en correspondencia a la perfección de su sacerdocio perfectísimo.

Que Cristo haya ofrecido en la Cruz un sacrificio expiatorio, conciliador al Padre, es dogma de fe (**Concilio de Efeso, D. 122; cap. I y II del Concilio de Trento, D. 938.** Pío IV, 1559-1565. – Concilio de Trento, 1545-1563. Sesión XXII (17 de septiembre de 1562) **Doctrina. . . acerca del santísimo sacrificio de la Misa.** Cap. I (De la institución del sacrosanto sacrificio de la Misa).

Como quiera que en el primer Testamento, según tes- D.938
timonio del Apóstol Pablo, a causa de la impotencia del secerdocio levítico no se daba la consumación, fue necesario, por disponerlo así Dios, Padre de las misericordias, que surgiera otro sacerdote según el orden de Melquisedec (Gen. 14, 18; Ps. 109, 4; Hebr. 7, 11), *nuestro Señor Jesucristo, que pudiera* consumar *y llevar a perfección a todos los que habían de ser santificados* (Hebr. 10, 14). *Así, pues, el Dios y Señor nuestro, aunque había de ofrecerse una sola vez a sí mismo a Dios Padre en el altar de la cruz, con la interposición de la muerte, a fin de realizar para ellos* (v. l.: allí) *la eterna redención; como, sin embargo, no había de extinguirse su sacerdocio por la muerte* (Hebr. 7, 24 y 27), *en la última Cena, la noche que era entregado, para dejar a su esposa amada, la Iglesia, un sacrificio visible, como exige la naturaleza de los hombres* (Can. 1), *por el que se representara aquel suyo sangriento que había una sola vez de consumarse en la cruz, y su memoria permaneciera hasta el fin de los siglos* (1 Cor. 11, 23 ss.), *y su eficacia saludable se aplicara para la remisión de los pecados que diariamente cometemos, declarándose a sí mismo constituido para siempre sacerdote según el orden de Melquisedec* (Ps. 109, 4), *ofreció a Dios Padre su cuerpo y su sangre bajo las especies de pan y de vino y bajo los símbolos de esas mismas cosas, los entregó, para que los tomaran, a sus Apóstoles, a quienes entonces constituia sacerdotes del Nuevo Testamento, y en ellos a sus sucesores en el sacerdocio, les mandó con estas palabras: Haced esto en memoria mía, etc.* (Lc. 22,19; 1 Cor. 11, 24) *que los ofrecieran. Así lo entendió y enseñó siempre la Iglesia* (Can. 2). *Porque celebrada la antigua Pascua, que la muchedumbre de los hijos de Israel inmolaba en memoria de la salida de Egipto* (Ex. 12, 1 ss.), *instituyó una Pascua nueva, que era El mismo, que había de ser inmolado por la Iglesia por ministerio de los sacerdotes bajo signos visibles, en memoria de su tránsito de este mundo al Padre, cuando nos*

redimió por el derramamiento de su sangre, y nos arrancó del poder de las tinieblas y nos trasladó a su reino (Col. 1, 13); y D. 940 Cap. 2 (El sacrificio es propiciatorio por los vivos y por los difuntos).

D. 940 *Y porque en este divino sacrificio, que en la Misa se realiza, se contiene e incruentamente se inmola aquel mismo Cristo que una sola vez se ofreció El mismo cruentamente en el altar de la cruz* (Hebr. 9, 27)*; enseña el santo Concilio que este sacrificio es verdaderamente propiciatorio* (Can. 3)*, y que por él se cumple que, si con corazón verdadero y recta fe, con temor y reverencia, contritos y penitentes nos acercamos a Dios, conseguimos misericordia y hallamos gracia en el auxilio oportuno* (Hebr. 4, 16). *Pues aplacado el Señor por la oblación de este sacrificio, concediendo la gracia y el don de la penitencia, perdona los crímenes y pecados, por grandes que sean. Una sola y la misma es, en efecto, la víctima, y el que ahora se ofrece por el ministerio de los sacerdotes, es el mismo que entonces se ofreció a sí mismo en la cruz, siendo sólo distinta la manera de ofrecerse. Los frutos de esta oblación suya (de la cruenta, decimos), ubérrimamente se perciben por medio de esta incruenta: tan lejos está que a aquella se menoscabe por ésta en manera alguna* (Can. 4). *Por eso, no sólo se ofrece legítimamente, conforme a la tradición de los Apóstoles, por los pecados, penas, satisfacciones y otras necesidades de los fieles vivos, sino también por los difuntos en Cristo, no purgados todavía plenamente* (Can. 3), (D. 940); Encíclica de Pío XI en 1928 *"Miserentissimus Redemptor*).

En este sacrificio se ofreció a sí mismo, a su humanidad santísima como víctima inmaculada bendita, santificada con la unión del Verbo divino (Cfr. Hebr. 9, 7.8.14. 15.22; 9, 25-26; 8, 1:10,10).

El sacrificio de Cristo es para la humanidad la nueva puerta de esperanza, el áncora de nuestra salvación (Cfr. Hebr. 6, 19-20).

Hay que notar la voluntariedad y libertad del sacrificio de Cristo: El, que vino para que tuviéramos la vida en abundancia, que puede dar la vida a quien quiere, tiene poder para entregar la suya y tomarla de nuevo; El entregó su vida libremente. (Cfr. Jn. 10, 10; 15, 21; 10, 18).

Cristo ofrece voluntariamente su vida, su sangre por otros, por todos nosotros, como rescate de muchos, para la redención de muchos, en nombre de toda la humanidad, para obtener de Dios el perdón de los pecados, (Expiación y satisfacción Vicaria) estableciendo así la nueva alianza en su sangre (Cfr. Mt. 26, 26-28; 20.28; Lc. 22, 19-20; Mc. 14, 22-24).

El cuerpo y la sangre de Cristo son el cuerpo y la sangre de la víctima de un sacrificio ofrecido por nuestros pecados; En la última cena, representación anticipada del sacrificio de la cruz, dice Jesús: ***"Este es mi cuerpo que se da por vosotros; haced esto en memoria mía". "Este cáliz es el Nuevo Testamento en mi sangre, cuantas veces lo bebáis, haced esto en memoria mía".*** (I Cor. 11, 25).

Ya el bautista había presentado a Cristo como el "***Cordero de Dios que quita los pecados del mundo***" (Jn. 1, 29) y varios siglos antes había sido anunciado por Isaías en la figura del Siervo o Varón de dolores. Is. 53, 1-12: *¿Quién* *Is. 53,*
creerá lo que hemos oído? ¿A quién fue revelado el brazo *1-12.*
de Yavé? Sube ante él como un retoño, como raíz de tierra árida. No hay en él parecer, no hay hermosura para que le miremos, ni apariencia para que en él nos complazcamos.

Despreciado y abandonado de los hombres, varón de dolores y familiarizado con el sufrimiento, y como uno

ante el cual se oculta el rostro, menospreciado, sin que le tengamos en cuenta.

Pero fue él ciertamente quien soportó nuestros sufrimientos y cargó con nuestros dolores, mientras que nosotros le tuvimos por castigado, herido por Dios y abatido. Fue traspasado por nuestras iniquidades y molido por nuestros pecados. El castigo de nuestra paz fue sobre él, y en sus llagas hemos sido curados. Todos nosotros andábamos errantes como ovejas, siguiendo cada uno su camino, y Yavé cargó sobre él la iniquidad de todos nosotros. Maltratado, mas él se sometió, no abrió la boca, como cordero llevado al matadero, como oveja muda ante los trasquiladores. Fue arrebatado por un juicio inícuo, sin que nadie defendiera su causa, pues fue arrancado de la tierra de los vivientes y herido de muerte por el crimen de su pueblo. Dispuesta está entre los impíos su sepultura, y fue en la muerte igualado a los malhechores, a pesar de no haber cometido maldad ni haber mentira en su boca.

Quiso Yavé quebrantarle con padecimientos. Ofreciéndose víctima en sacrificio por el pecado, verá descendencia que prolongará sus días, y el deseo de Yavé prosperará en sus manos. Por la fatiga de su alma verá y se saciará de su conocimiento. El Justo, mi Siervo, justificará a muchos y cargará con las iniquidades de ellos. Por eso yo le daré por parte suya muchedumbres, y dividirá la presa con los poderosos por haberse entregado a la muerte y haber sido contado entre los pecadores, llevando sobre sí los pecados de muchos e intercediendo por los pecadores. (Is. 53, 1-12).

Para San Juan el que cree que Cristo es el cordero de la nueva alianza inmolado por los pecados del mundo, no debería pecar más, y si por debilidad peca, sabe que tiene

un buen intercesor ante el Padre (Cfr. Apoc. 5, 12; I Jn. 2,1; Act. 8, 32; I Pe. 2, 22-23). El sacrificio de Cristo inmolado por nuestros pecados en la cruz es la prueba más evidente del amor que Dios nos tiene (I Jn. 4,10).

III ALGUNAS PRECISACIONES SOBRE EL SACRIFICIO DE LA CRUZ:

1. El sacrificio de Cristo no debe ser medido por el concepto de sacrificio sacado del estudio de la historia de las religiones. . .*"Se explica por sí mismo; la revelación lo presenta como tal. . . Más bien el sacrificio de Cristo debe ser la medida de todo otro sacrificio. . ."*.

2. Notar la insistencia de la Escritura sobre el sacrificio de Cristo; amor, obediente a Dios. Esta es la única posición lógica frente a Dios. . . Había sido negada por el pecado. Cristo la reasume. En la destrucción de una cosa que pertenece al hombre en honor de Dios, se confiesa su dominio y se adopta la posición de humildad, obediencia y amor que es la única posición lógica frente a Dios poniendo fin a su orgullo.

Ahora bien, la entrega de la propia vida con la muerte es la expresión más clara, perfecta del sometimiento, del amor a Dios.

El sacrificio de Cristo, fue fruto de Amor; de amor a los hombres es cierto. . .; pero sobre todo de amor al Padre. Es el Padre quien toma la iniciativa y decisión de salvar a la humanidad en Cristo. Cristo acepta este amor del Padre a la humanidad, y lo hace suyo por amor al Padre y por amor a El se inmola por nosotros en la cruz. En el sacrificio de Cristo lo que cuenta es este amor; no la cantidad de

dolores físicos o morales. . . Esto viene en segundo lugar (la crueldad de los verdugos viene en segundo lugar).

3. El sacrificio de Cristo no trata directamente de apaciguar la ira de Dios, ya que el acto del sacrificio de Cristo procede del Padre mismo (expresándonos impropiamente podríamos decir si lo envió para que nos redimiera es porque ya estaba aplacado).

La muerte de Cristo por nosotros fue una revelación del amor del Padre. En Cristo se hizo visible el amor que Dios nos tenía. Su amor, su santidad se encarnan y en adelante, para que el hombre pueda participar de ellos, tendra que buscarlos en el lugar en donde se encuentran en este mundo, que es en Cristo.

4. El amor de Dios a nosotros fue totalmente gratuito: No es que Dios nos amó porque encontró algo en nosotros que motivó, causó ese amor. "No", Dios nos amó

2Cor. 5, 17-21. gratuitamente Cfr. 2Cor. 5, 17-21: *De suerte que el que es de Cristo se ha hecho criatura nueva, y lo viejo pasó, se ha hecho nuevo. Mas todo esto viene de Dios, que por Cristo hos ha reconciliado consigo y nos ha confiado el ministerio de la reconciliación. Porque, a la verdad, Dios estaba en Cristo reconciliandc al mundo consigo y no imputándole sus delitos y puso en nuestras manos la palabra de reconciliación. Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios os exhortase por medio de nosotros. Por Cristo os rogamos: Reconciliaos con Dios. A quien no conoció el pecado le hizo pecado por nosotros, para que en El fuéramos justicia de Dios.* (2Cor. 5, 17-21).

5. La Redención no fue solo acción divina: Fue de Dios y del hombre, del hombre-Jesucristo. Era necesario que alguien de la raza humana se sometiese a Dios para reparar la desobediencia que es el pecado. El amor del Pa-

dre se realiza en Cristo y éste, como cabeza de la Humanidad y de la creación se inmola por amor al Padre. En él como cabeza, toda la humanidad y toda la creación se inmola al Padre.

6. La muerte de Cristo vista desde Dios y desde Jesucristo hombre: El considerar la muerte de Cristo desde estos dos ángulos nos ayudará a comprender mejor su significado. . .

Desde Dios: la muerte de Cristo es el juicio del Padre sobre el pecado y sobre el pecador; el Padre decidió librar al hombre del pecado en su Hijo. Sobre él, cargado con los pecados de los demás, descargó el peso de su justicia que no pudo soportar el pecado. La Santidad de Dios y el pecado son incompatibles. Al aparecer aquella en Cristo tuvo que manifestarse también el aborrecimiento, la detestación, el hundimiento, la destrucción, el castigo al pecado y esto apareció también en Cristo.

La muerte de Cristo fue pues, un juicio al pecado, pero fue un juicio de amor: —El reo condenado es el Hijo muy amado—. Por amor a la humanidad pecadora, para salvarnos.

Desde Cristo-Hombre: El sacrificio de la cruz es la aceptación voluntaria de la voluntad del Padre, recorriendo Cristo el camino inverso hecho por el pecador al rebelarse a Dios.

Y puesto que la obediencia más profunda a Dios lleva o equivale a la comunión de vida más íntima con él, la cruz de Cristo que fue el acto supremo de obediencia, lo llevó a la comunión de vida más intima con Dios, convirtiéndose así la cruz en el instrumento más grande de la gloria de **Cristo-Hombre.** La gloria de la Cruz de Cristo se manifestó

visiblemente en la Resurrección y Ascensión que Dios Padre había previsto ya y por las cuales había elegido su muerte en la cruz.

7. Desde el hecho histórico de la Redención Cristo crucificado y glorioso está contínuamente ante el Padre para interceder por nosotros. Esto quiere decir que vamos al Padre a través de Cristo no sólo mientras estamos en esta tierra sino también en el cielo. La humanidad de Cristo será siempre un camino al Padre.

8. Puesto que Cristo es el único sacerdote del N.T. se sigue que no hay verdadero sacerdocio que no esté unido, vinculado a El, que no sea partícipe de su sacerdocio. Y al mismo tiempo es imposible que la humanidad que está unida a Cristo por la fe y los sacramentos no participe de su sacerdocio, puesto que su sacerdocio es uno de los caracteres esenciales de Cristo.

IV. VICARIEDAD DE LA SATISFACCION Y MERITOS DEL SACRIFICIO DE CRISTO.

La muerte de Cristo fue victoria sobre el pecado, sobre Satanás, expiando el pecado, satisfaciendo la justicia y santidad de Dios rechazadas por el hombre. Ahora bien, Cristo hizo todo esto en cuanto cabeza de toda la humanidad y por tanto en nombre de todos los hombres. Esa doctrina fue enseñada por el Concilio de Trento, (*De Iustificatione. De Poenitentia*). Igualmente fue enseñada por el Concilio XI de Toledo del año 675 **D. 286**; Adeodato, 672-676 – XI Concilio de Toledo, 675. **(De la redención)**

D. 286 ***En esta forma de hombre asumido, concebido sin pecado según la verdad evangélica, nacido sin pecado, sin pe-***

cado es creído que murió el que sólo por nosotros se hizo pecado (2 Cor. 5, 21), *es decir, sacrificio por nuestros pecados. Y, sin embargo, salva la divinidad, padeció la pasión misma por nuestras culpas y, condenado a muerte y a cruz, sufrió verdadera muerte en la carne, y también al tercer día, resucitado por su propia virtud, se levantó del sepulcro.* (D. 286); por la Encíclica *Misserentissimus Redemptor* de Pío XI, 1928; y por la Encíclica *"Ad Diem Illum"* de Pío X, año 1904.

La misma doctrina nos fue revelada en muchos pasos de la Sagrada Escritura. El Siervo de Yavé cargó sobre sí nuestros pecados y la expiación por ellos debida (Is. 53, 1-12).

Cristo entregó su vida como rescate para muchos, para todos (Mc. 10,45). Derrama su sangre y muere El solo (uno por muchos) por todo el pueblo. . . Dios le hizo pecador y le envió a la muerte en lugar nuestro (2 Cor. 5,21). El es la víctima expiatoria por nuestros pecados, descargando y revelando Dios su justicia en El, castigado por nosotros. Rom. 3, 23-26: *Pues todos pecaron y todos están privados de la gloria de Dios, y ahora son justificados gratuitamente por su gracia, por la redención de Cristo Jesús, a quien ha puesto Dios como sacrificio de Propiciación, mediante la fe en su sangre, para manifestación de su justicia, por la tolerancia de los pecados pasados, en la paciencia de Dios para manifestar su justicia en el tiempo presente y para probar que es justo y que justifica a todo el que cree en Jesús.* (Rom. 3, 23-26). *Rom. 3, 23-26.*

De entre los Padres, los Orientales ven en el pecado especialmente un desarreglo, una perturbación del orden ontológico y la redención llega a restablecer el orden del ser, llega a librarnos de la esclavitud de la muerte y del diablo. Los Padres y Teólogos Occidentales, Tertuliano y

S. Cipriano influenciados por el derecho romano y después S. Anselmo de Canterbury y Sto. Tomás, ven en el pecado en primer lugar la perturbación del orden jurídico y lo interpretan como un ultraje al honor de Dios, una ofensa a El. Por tanto la satisfacción consistirá en el desagravio de ese honor ofendido.

Y puesto que la ofensa debe medirse en base a la dignidad del ofendido y no del que ofende, se sigue que el pecado será una ofensa infinita porque Dios es infinito. Y por tanto sólo un ser que es capaz de realizar actos infinitos (Dios) podía satisfacer. Sto. Tomás de Aquino hace notar que la ofensa fue infinita, sólo moralmente, mientras que la satisfacción dada por Cristo fue infinita física y realmente, pues todos sus actos tenían un valor infinito. Su satisfacción fue, pues, sobreabundante. . . y por todos los pecados, original y personales. Fue tan sobreabundante cuanto el amor infinito de Cristo al Padre supera la mezquindad del odio del pecado.

El pecado había pospuesto a Dios a las creaturas. La cruz de Cristo lo reconoce de nuevo como Señor absoluto de todo (la muerte de Cristo destructora del propio ser en subordinación a Dios es la mejor manera de reconocer el señorío del Creador).

Pero esta victoria del amor de Cristo sobre el pecado es invisible y no puede ser demostrada rigurosamente a nadie. Hay señales de ella pero será clara sólo para el que cree. La victoria de Cristo se hará visible sólo en la Parusía.

Podemos preguntarnos a quién se dirigió la satisfacción de Cristo. Cristo satisface como hombre y en muchos textos de la Escritura aparece que su satisfacción se dirige al Padre. También se puede pensar que la satisfacción de Cristo se dirige a la Trinidad y por tanto también a Cristo en cuanto Dios. En este sentido Cristo satisfizo a sí mismo.

La satisfacción de Cristo es al mismo tiempo mérito, ya que sus acciones son dignas de un premio. Mérito es una acción digna de premio o también el premio mismo. Y puesto que Cristo fue y obró en todo como cabeza nuestra, lo que mereció para El lo mereció también para nosotros (Jn. 15,5; Rom. 3, 24; 7, 25; Ef. 1, 3; 2,5-10; 2Tim. 1, 9; Hebr. 5, 9). Cristo satisfizo y mereció vicariamente por nosotros, en nombre nuestro, y a favor nuestro.

V. GRATUIDAD, CONVENIENCIA Y UNIVERSALIDAD DE LA REDENCION:

Redención: Cfr. Diccionarios Teológicos en dicha voz. . . vg. Parente. . . p. 329 y siguientes.

1. GRATUIDAD Y CONVENIENCIA:

¿Nos salvo Dios libremente o porque era necesario?

La respuesta a esta pregunta determina toda una concepción de la Redención.

Redención {
- Libre y Gratuita (**Is.52, 3; Rom. 9, 5; 2, 4-5**)
- Conveniente a la Sabiduría de Dios.
- Necesaria: Si Dios quería una reparación perfecta.

Libre: ¿Qué decir de un Dios que se viera obligado a reparar el mal de sus creaturas? Para S. Anselmo: Los designios de Dios son inmutables; fueron quebrantados por el pecado, luego debieron restablecerse y puesto que el pecado fue una ofensa infinita, y el hombre, creatura limitada, no podía repararla, Dios tenía que hacerlo. . . Y por tanto encarnarse. . .

Crítica:
- Dios podía perdonar sin exigir reparación.
- Que la ofensa sea infinita implica que ésta influya en Dios mismo.

Conveniente: Para evitar el quebrantamiento de los designios de Dios y la división de la creación.

Por esto la Iglesia exclama en la vigilia Pascual *"Oh Felix culpa"* ***¡Oh dichosa culpa que nos mereció tal redentor.***

Necesaria hipotéticamente: El pecado del hombre es tan grave que no puede ser reparado dignamente por el hombre sino sólo por Dios mismo. El hombre puede venderse, pero no rescatarse, dirá S. Agustín (*Enarratio in Psalmos* 95,5). Necesaria si Dios quería una reparación perfecta.

2. UNIVERSALIDAD:

a) La Redención es universal porque se extiende a todos los hombres.

Hemos visto ya que Cristo murió por todos: S. Juan nos dice (I Jn. 2,2), que Cristo es la propiciación por nuestros pecados, y no sólo por los nuestros sino por los de todo el mundo. ***"Se entregó a sí mismo para redención de todos"*** (I Tim. 2, 6). ***"Murió por todos para que los que vivan no vivan ya para sí sino para aquél que por ellos murió y resucitó"*** (2 Cor. 5, 15).

La Iglesia afirmó siempre la universalidad de la redención contra algunos herejes que querían limitarla a los predestinados o a los fieles; **D. 1096**: Inocencio X. 1644-1655, **(Cinco) errores de Cornelio Jansenio** (Extractados del *Augustinus* y condenados en la Constitución *Cum occasione*, del 31 de mayo de 1653).

5. Es semipelagiano decir que Cristo murió o que derramó su sangre por todos los hombres absolutamente. D.1096

Declarada como falsa, temeraria, escandalosa entendida en el sentido de que Cristo sólo murió por la salvación de los predestinados, impía, blasfema, injuriosa, que anula la piedad divina y herética. (D. 1096); **D 1294: Alejandro VIII, 1689-1691, Errores de los Jansenistas** (Condenados en el Decreto del Santo Oficio de 7 de diciembre de 1690).

4. Cristo se dió a sí mismo como oblación a Dios por nosotros, no por solos los elegidos, sino por todos y solos los fieles. (D. 1294); en el Concilio de Trento **D.794: Paulo III, 1534-1549.–Concilio de Trento, 1545-1563.** Cap. 2 De la dispensación y misterio del advenimiento de Cristo. D. 1294

De ahí resultó que el Padre celestial, Padre de la misericordia y Dios de toda consolación (2,Cor.1,3), *cuando llegó aquella bienaventurada plenitud de los tiempos* (Eph. 1, 10; Gal, 4, 4) *envió a los hombres a su Hijo Cristo Jesús* (Can. 1), *el que antes de la Ley y en el tiempo de la Ley fué declarado y prometido a muchos santos Padres* (Cf. Gen. 49, 10 y 18), *tanto para redimir a los judíos que estaban bajo la Ley como para que las naciones que no seguían la justicia, aprehendieran la justicia* (Rom. 9, 30) *y todos recibieran la adopción de hijos de Dios* (Gal. 4, 5). *A Este propuso Dios como propiciador por la fe en su sangre por nuestros pecados* (Rom. 3,25), *y no sólo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo* (1 Ioh. 2, 2). (D. 794); y en oraciones de la liturgia del Viernes Santo. D. 794.

Diversas formas del mismo problema:

A
- Objetiva.
- Subjetiva.

B
- Por qué no todos se salvan.
- Resp.: porque no todos cooperan. Dios no nos obliga; la salvación supone un compromiso de amor, una respuesta libre.

C
- Suficiencia.
- Eficacia de la pasión de Cristo.

b) La redención es universal porque se extiende a todas las culpas (1 Jn. 1, 7: *"La Sangre de Jesús, su Hijo, nos purifica de todo pecado"*). Si la satisfacción de Cristo tuvo un valor infinito nos pudo redimir de todo pecado.

c) La redención es universal también porque es la fuente, el origen de todas las gracias y méritos. *"Sin mí nada podéis hacer"* dirá Cristo, (Jn. 15, 5). Aún nuestros méritos, nuestra cooperación tienen su origen en la redención de Cristo.

La Iglesia enseña esta verdad con hechos: la liturgia concluye todas sus oraciones al Padre *"Por Cristo Señor nuestro"*. Esta fórmula de conclusión es verdaderamente una síntesis de todo el dogma de la redención.

VI. SIGNIFICADO PROFUNDO DE LA REDENCION:

Redención:
- No fue puesta en duda por los cristianos.
- Pero es un escándalo, no es creída por muchos.
- Porque no creen en el pecado original.

Redención: Es todo lo que Cristo hizo para hacernos pasar del estado de esclavitud del pecado al de la santidad y libertad de los hijos de Dios. Podemos decir que la redención es el centro de toda la historia de la salvación, aún más es esa misma historia de la salvación.

Preparada (A.T.), realizada (*in radice*) en Cristo, aplicada o comunicada (en la Iglesia). Encarnación y redención. . . relaciones. . . Sto. Tomás (realista), Escoto. . . (Cristo corona de la creación).

Veamos a través de la historia de la salvación los elementos que hay que tener en cuenta en el misterio de la redención.

En el A.T. Dios prepara al pueblo a comprender el **hecho** y el sentido del pecado:

Hechos históricos: pecado de Adán y Eva, etc.

Profetas: (predicación).

La historia de la misericordia de Dios para con Israel (entrelazadas fidelidad divina e infidelidad de Israel. . .) y el sacrificio por el pecado (que tiene tanta importancia en el A.T.), especialmente el del Cordero Pascual al mismo tiempo que los profetas insistirán en combatir el ritualis-

mo vacío; todo esto preparaba al sacrificio redentor de Cristo. La solidaridad que une entre sí a todos los miembros del pueblo de Dios, sobre todo la solidaridad entre el siervo doliente y el pueblo.

También en el N.T. aparecen los mismos temas, naturalmente, de una manera inmensamente más clara. . . sobre todo la redención nuestra a través del sacrificio de Cristo.

Se predicaba el dominio universal del pecado y la conversión (Rom. 11, 32); el de la misericordia de Dios que lleva a la encarnación y al sacrificio redentor de Cristo
Ef. 2, Ef. 2, 4-6: *Pero Dios es rico en misericordia, por el gran*
4-6 *amor con que nos amó, y estando nosotros muertos por nuestros delitos, nos dio vida por Cristo —de gracia habéis sido salvados— y nos resucitó y nos sentó en los cielos por*
Hebr. 3, *Cristo Jesús.* (Ef. 2, 4-6); Hebr. 3, 16-17: *¿Quienes en*
16-17 *efecto, se rebelaron después de haber oído? ¿no fueron todos los que salieron de Egipto bajo la guía de Moisés? ¿Y contra quiénes se irritó por espacio de cuarenta años? ¿No fue contra los que pecaron, cuyos cadáveres cayeron en el desierto?* (Hebr. 3, 16-17); el de la salvación como fruto del amor, misericordia y perdón divinos; salvación, que consiste en una divinización a través de la filiación adoptiva (Jn. 3, 18; 1Jn. 4, 9; Ef. 1, 5-7). Esta salvación aparece como obra de toda la vida de Cristo y sobre todo de su sacrificio pascual. La salvación es posible en virtud de la solidaridad entre el siervo doliente, Cristo y el pueblo de Dios que es toda la humanidad (Cfr. tema de los dos Adanes, Rom. 5, 18).

Los Padres de la Iglesia al hablar, de la redención, tratan los temas de la Encarnación (redención *in radice*), la redención por la cruz, la expiación debida, el sacrificio y el del rescate. En este último tema algunos de ellos (Orígenes, S. Gregorio Niseno) se fueron por caminos equivo-

cados reconociendo al demonio determinados derechos por los que Dios tuvo que pagarle un precio para poder redimir a la humanidad. (Cristo fue una trampa para el demonio. . .) (Mitigación: abuso de poderes del demonio por lo cual Dios le quitó los que tenía sobre la humanidad (San Agustín).

De entre los teólogos de la edad media, de S. Anselmo ya hemos dicho algo. . . De Sto. Tomás: fuente de la redención es la gracia capital de Cristo (Es la misma idea de muchos Padres en otras palabras: no sólo fuimos salvados por Cristo, sino que fuimos salvados en Cristo. Cristo se hace cabeza de la humanidad precisamente redimiéndola).

RESUMIENDO: Por ser Cristo el verbo encarnado, Dios y hombre a la vez, es el mediador nato, puede mediar entre Dios y la humanidad; por ser cabeza nuestra, jefe, representante, por contenernos a todos en sí, puede expiar el pecado en nombre nuestro, satisfaciendo al amor de Dios rechazado por el hombre pecador, y darnos la vida divina perdida.

Esto lo hace en toda su vida, pero de una manera especial en el sacrificio de su pasión y muerte en el cual, en nombre nuestro, expió nuestros pecados mereciéndonos el perdón, y en su resurrección y ascensión mereciéndonos la misma glorificación que El posee.

Murió por nuestros pecados y resucitó para nuestra glorificación. Todo esto es posible en base a la solidaridad que reina entre Cristo y todos nosotros.

El Amor de Cristo al Padre y a la humanidad y su solidaridad espiritual con el hombre, como nuevo Adán, son el centro del misterio redentor. **Faynel, o.c. p. 261**: *"En la his-*

toria de dos hombres, escribe S. Agustín, de los cuales uno nos perdió en sí mismo, haciendo su voluntad y no la de aquel que le había creado, y el otro nos salvó en sí mismo, haciendo no su voluntad, sino la de aquel que le había enviado, en la historia de esos dos hombres consiste propiamente la fe cristiana" (*De gratia Christi. . .* 2, 24; PL 44, 398).

El amor de Cristo al Padre y a la humanidad y su solidaridad espiritual con el hombre, como nuevo Adán, son el centro del misterio redentor: (Faynel, o.c. pp. 261).

CAPITULO X

VALOR SALVIFICO Y REDENTOR DE LA PASION, MUERTE, RESURRECCION, ASCENSION Y PENTECOSTES.

I. PASION Y MUERTE

Ya hemos hablado bastante de la pasión y sacrificio de la cruz. Simplemente resumiremos puntualizando el significado profundo de los sufrimientos de Cristo en orden a nuestra redención.

Los evangelistas nos presentan los sufrimientos de Cristo en una forma realista: Cristo sufrió realmente y mucho. Pero al mismo tiempo los narran evitando todo sentimentalismo. Es evidente y digna de admiración la serenidad y equilibrio de los evangelistas en esto.

Más admirable es la actitud de serenidad y paz interior de Cristo frente al dolor. Brotaba sin duda alguna de su íntima unión con el Padre. Podemos decir que lo mismo sucede a los hombres: Cuanto más unidos están a Dios, más serenidad y paz hallan en su vida, aún en medio del dolor. Los sufrimientos de Cristo reciben un valor particular de dos hechos:

1o. El es inocente, sufre sin culpa.

2o. Podría evitarlos y no lo hace.

El amor a nosotros nos lo demostró de una manera admirable haciéndose nuestro hermano como uno de nosotros y librándonos así de la muerte, no desde fuera, sino desde dentro, compartiendo la misma suerte nuestra y venciéndola para bien nuestro. Si Cristo no hubiera venido y sufrido con nosotros, no lo habríamos considerado como uno de los nuestros.

Desde que el Hijo de Dios quiso vivir, trabajar, sufrir y morir con nosotros, el trabajo, el sufrimiento y la muerte han cambiado de signo. Perdieron el significado penal de castigo, para adquirir el valor de la redención. Vistos desde la cruz de Cristo el trabajo, el sufrimiento, el dolor, no son un oprobio sino una gloria, un honor, ya que fueron escogidos por el Hijo de Dios para realizar la redención, como camino a la glorificación. El problema del dolor y sufrimiento en esta vida, especialmente en los inocentes, no tiene explicación completa sino en el dolor y sufrimiento del verdadero inocente: Cristo. (por otros y por amor).

— (Cfr. I. DE LA POTTERIE, Studi di Cristologia giovannea, Genova, Marietti 1986, pp. 155-166).

II. LA RESURRECCION:

1. EL HECHO:

La resurrección de Cristo, (junto con la cruz) es el acto central del misterio de la redención. El que le da el valor y significado de salvación a la redención. Es el fundamento y centro de la fe cristiana.

La Iglesia lo ha comprendido y lo predica llamando a esta fiesta: *"Solemnitas solemnitatum"*. Para San Pablo la resurrección de Xto., es el fundamento de nuestra fe: ***"Y si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación. Vana nuestra fe. Seremos falsos testigos de Dios, porque contra Dios testificamos que ha resucitado a Cristo, quien no resucitó, si en verdad los muertos no resucitan. Porque si los muertos no resucitan, ni Cristo resucitó; y si Cristo no resucitó, vana es nuestra fe, aún estáis en vuestros pecados, y hasta los que murieron en Cristo perecieron. Si sólo mirando a esta vida tenemos la esperanza puesta en Cristo, somos los más miserables de todos los hombres. Pero no; Cristo ha resucitado de entre los muertos como primicias de los que duermen"*** (1 Cor. 15, 14-20).

La resurrección de Xto. es a la vez objeto de comprobación histórica como hecho histórico y al mismo tiempo es, pero bajo diverso aspecto, objeto de fe como un misterio que es. La Iglesia afirmó siempre la historicidad de la resurrección de Cristo. Cuando los modernistas intentaron negarlo, la Iglesia los condenó en el *"Decreto Lamentabili"*. **D. 2036-2037 San Pío X, 1903-1914.**
Errores de los modernistas acerca de la Iglesia, la revelación, Cristo y los sacramentos. (Del Decreto del Santo Oficio *Lamentabili* de 3 de julio de 1907).

36. La resurrección del Salvador no es propiamente D. 2036
un hecho de orden histórico, sino un hecho de orden me-

ramente sobrenatural, ni demostrado ni demostrable, que la conciencia cristiana derivó paulatinamente de otros hechos.

D. 2037 *37. La fe en la resurrección de Cristo no versó al principio tanto sobre el hecho mismo de la resurrección, cuanto sobre la vida inmortal de Cristo en Dios.* (D. 2036-2037).

Como hecho histórico es comprobable mediante los medios de la Historia. Para nosotros que vivimos veinte siglos después de acaecida la resurrección es comprobable a través de los testimonios abundantísimos de testigos oculares y verídicos dignos de fe, como aparecen los escritores del N.T. que dieron su vida por la profesión de fe de este hecho.

Para nosotros y para estos testigos oculares, los apóstoles, la resurrección es un hecho tan importante que se
Act. 2, convierte en el centro de su predicación (Cfr. Act. 2, 14-36
14-36. *Entonces se levantó Pedro con los once, y alzando la voz les habló: Judíos y todos los habitantes de Jerusalén, oíd y prestad atención a mis palabras. No están éstos beodos, como vosotros suponéis, pues no es aún la hora de tercia; esto es lo dicho por el profeta Joel:*

"Y sucederá en los últimos días, dice Dios, que derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, y vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños; y sobre mis siervos y sobre mis siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días y profetizarán. Y haré prodigios arriba en el cielo, y señales abajo en la tierra, sangre y fuego y nubes de humo. El sol se tornará en tinieblas y la luna en sangre, antes que llegue el día del Señor, grande y manifiesto. Y todo el que invocare el nombre del Señor se salvará".

Varones Israelitas, escuchad estas palabras: Jesús Nazareno, varón probado por Dios entre vosotros con milagros, prodigios y señales que Dios hizo por El en medio de vosotros, como vosotros mismos sabéis, a éste, entregado según los designios de la presencia de Dios, le alzásteis en la cruz y le disteis muerte por mano de los infieles. Pero Dios, rotas las ataduras de la muerte, le resucitó, por cuanto no era posible que fuera dominado por ella, pues David dice de El: "Traía yo al Señor siempre delante de mí, porque El está a mi derecha, para que no vacile.

Por esto se regocijó mi corazón y exultó mi lengua, y hasta mi carne reposará en la esperanza. Porque no abandonarás en él mi alma, ni permitirás que tu Santo experimente la corrupción. Me has dado a conocer los caminos de la vida con tu presencia, y me llenarás de alegría".

Hermanos, seáme permitido deciros con franqueza del patriarca David, que murió y fue sepultado, y que su sepulcro se conserva entre nosotros hasta hoy. Pero siendo profeta y sabiendo que le había Dios jurado solemnemente que un fruto de sus entrañas se sentaría en su trono, le vio de antemano y habló de la resurrección de Cristo, que no sería abandonado en el hades ni vería su carne la corrupción. A este Jesús lo resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Exaltado a la diestra de Dios y recibida del Padre la promesa del Espíritu Santo, le derramó, según vosotros veis y oís. Porque no subió David a los cielos, antes dice: "Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos por escabel a tus pies".

Tenga, pues, por cierto toda la casa de Israel que Dios le ha hecho Señor y Cristo a este Jesús, a quien vosotros habéis crucificado. (Act. 2, 14-36; primer discurso de San Pablo).

¿En qué fundan estos testigos su testimonio? Ante todo en las múltiples apariciones de Jesús resucitado. Cfr. finales de todos los 4 Evangelios. San Pablo lo resume en I Cor., 15, 3-8: ***"Pues a la verdad os he transmitido, en primer lugar, lo que yo mismo he recibido, que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado, que resucitó al tercer día, según las Escrituras, y que se apareció a Cefas, luego a los doce. Después se apareció una vez a más de 500 hermanos, de los cuales muchos permanecen todavía y algunos durmieron; luego se apareció a Santiago, luego a todos los apóstoles; y después de todos, como a un abortivo, se me apareció también a mí".***

Es digno de notar en todos estos testimonios del N.T. la variedad de testigos, su número, la insistencia en afirmar su veracidad. Cfr.: casos típicos de Santo Tomás incrédulo, Jn. 20 y la insistencia de Cristo en decirles que no era un
Lc. 24, fantasma, sino El mismo en carne y hueso, Lc. 24, 36-43:
36-43. *Mientras esto hablaban, se presentó en medio de ellos y les dijo: La paz sea con vosotros. Aterrados y llenos de miedo, creían ver un espíritu. El les dijo: ¿Por qué os turbáis y por qué suben a vuestro corazón esos pensamientos? Ved mis manos y mis pies, que yo soy. Palpadme y ved, que el espíritu no tiene carne ni huesos como veis que yo tengo. Diciendo esto les mostró las manos y los pies. No creyendo aún ellos en fuerza del gozo y de la admiración, les dijo: ¿Tenéis aquí algo que comer? Le dieron un trozo de pez asado, y, tomándolo, comió delante de ellos.* (Lc. 24, 36-43). . . En segundo lugar insisten en el hecho del sepulcro vacío. Pero la resurrección de Cristo es también un misterio y como tal objeto de fe.

¿Cómo conciliar ambas afirmaciones?

SINTESIS. La resurrección de Xto., es objeto de investigación histórica desde el exterior, con los signos

sensibles, pero la resurrección en sí, el hecho salvífico de la resurrección puede ser comprendido sólo por los ojos de la FE.

2. EL SENTIDO DE LA RESURRECCION:

El significado o sentido profundo de la resurrección es la glorificación del Hijo primogénito de Dios y en El de sus hermanos, todos nosotros.

Lo expresa muy bien San Juan en su Evangelio 17, 1-2: ***Padre, llegó la hora: glorifica a tu Hijo, para que el Hijo te glorifique, según el poder que le diste sobre toda carne, para que a todos los que tú le diste les dé El la vida eterna".*** Es pues el principio de la glorificación de la cabeza y del cuerpo. Glorificación ante todo de la Cabeza, de Cristo. Recordemos que al encarnarse Cristo renunció a la condición de forma divina para tomar la de esclavo y someterse a las consecuencias del pecado que era una forma de existencia de anonadamiento, de *kenosis*, nada conforme a su condición de Hijo de Dios. (Cfr. Flp. 2, 7; II Cor. 5,21).

Con la resurrección Cristo recibe, toma de nuevo su condición normal de Hijo de Dios de la gloria, majestuoso, que era la única condición de existencia, que era la única que normalmente le convenía, le pertenecía: con la resurrección, triunfó del pecado, de la muerte y de sus consecuencias recibiendo como nueva vida, como un nuevo nacimiento, siendo entonces hecho Hijo de Dios. (Cfr. I Cor. *I Cor. 15,*
15, 42-43: ***Pues así en la resurrección de los muertos. Se*** *42-43.*
siembra en corrupción y resucita en incorrupción. Se siembra en ignominia y se levanta en gloria. Se siembra en flaqueza y se levanta en poder. (I Cor. 15, 42-43); Act. 13, *Act. 13,*
32-33: ***Nosotros os anunciamos el cumplimiento de la pro-*** *32-33.*
mesa hecha a nuestros padres, que Dios cumplió en noso-

tros, sus hijos, resucitando a Jesús, según está escrito en el salmo segundo: Tú eres mi hijo, yo te engendré hoy. (Act. 13, 32-33); Rm 1, 4 y el Prefacio Pascual donde la Iglesia canta a Xto., que ***"muriendo destruyó la muerte y resucitando nos devolvió la vida".***

Pero la resurrección de Xto. es causa de glorificación también para nosotros. El resucitó, sí como persona individual, pero como individuo que es cabeza de todo un cuerpo.Cfr. I Cor. 15, 20-23: *Pero no; Cristo ha resucitado de entre los muertos como primicias de los que mueren. Porque como por un hombre vino la muerte, también por un hombre vino la resurrección de los muertos. Y como en Adán hemos muerto todos, así también en Cristo somos todos vivificados. Pero cada uno a su tiempo; el primero, Cristo; luego los de Cristo, cuando El venga.* (I Cor. 15, 20-23); Rm. 4,25.

I Cor. 15, 20-23.

Fue en la resurrección cuando Xto., convertido en espíritu vivificante, fue constituido en principio universal de salvación y glorificación. Glorificación que por otra parte fue el premio del amor demostrado con su muerte. Podemos decir que la glorificación fue merecida por su muerte y ésta fue a su vez el hecho capaz de salvarnos mediante la resurrección. Cruz y resurrección, Viernes Santo y Domingo de Pascua son, pues, dos momentos inseparables y condicionados el uno al otro.

En lenguaje técnico se diría que la redención es causa ejemplar y eficaz de nuestra salvación, mientras que la muerte sería causa meritoria. (Para el desarrollo de todas éstas ideas consultar: **Jn. 10, 17; Hb. 2, 9; Ef. 2 16; I Cor. 15, 54-56; Filip. 3, 20-21**).

Finalmente la redención de Xto., es causa de glorificación no sólo para el hombre sino para todo el universo que lógicamente debe ser asociado a la gracia del hombre

y de Xto., ya que éste es cabeza no sólo de la humanidad sino de toda la creación. (Cfr. Rm. 8, 18-21, Ef. 1, 10; Col. 1, 20; Ap. 21, 1). (Cfr. R. E. Brown, The Virginal Conception and Bodily Ressurection of Jesus, London and New York 1973, pp. 69-129).

III. LA ASCENSION:

Nada diremos del problema exegético acerca del hecho o mejor dicho de la fecha de la Ascensión. Hay cierta discordia entre los textos:

UNOS: inmediatamente después de la resurrección.
OTROS: después de algún tiempo.
ASCENSION invisible.
visible.

Digamos más bien algo acerca del sentido de este misterio.

La ascensión es una fiesta de toma de posesión, de entronización; es el triunfo celestial del Cristo resucitado. En ella celebramos a Xto., que, triunfador del pecado y de la muerte, vuelve victorioso a su patria, a su estado de majestad y gloria que es el cielo. *"Jesu, tibi sit gloria, qui Victor in Coelum redis"* cantamos en la liturgia del día juntamente con el salmo 24, 7: ***"Alzad, oh puertas, vuestros dinteles; levantaos eternos portales, para que entre el rey de la gloria"*** o el salmo 110 que dice: ***"Oráculo de Yahvéh a mi Señor: siéntate a mi diestra en tanto que pongo a tus enemigos por escabel de tus pies".***

Con la ascensión la humanidad de Xto., el cordero degollado, sentado a la diestra del Padre recibe el poder y la gloria divina. (Cfr. Ap. 5, 12).

La Ascensión es, pues, la entrada triunfal de Cristo en su gloria y en esa entrada vamos todos nosotros. En ese sentido la ascensión es causa de nuestra salvación, pues nos abre las puertas del cielo al decir de Xto.: *Voy a prepararos un lugar"* (Jn. 14, 2). En la Ascensión Xto., nos envía su Epíritu. Es necesario que El salga de este mundo, que entre en su gloria par que nos envíe el Espíritu Paráclito

Act. 2, 32-33. Cfr. Act. 2, 32-33 *A este Jesús lo resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Exaltado a la diestra de Dios y recibida del Padre la promesa del Espíritu Santo, le* Jn. 16, 5-7. *derramó, según vosotros veis y oís.* (Act. 2, 32-33); Jn. 16, 5-7 *Mas ahora voy al que me ha enviado, y nadie de vosotros me pregunta: ¿A dónde vas? Antes, porque os hablé de estas cosas, vuestro corazón se llenó de tristeza. Pero os digo la verdad, os conviene que yo me vaya. Porque si no me fuere, el abogado no vendrá a vosotros; pero, si me fuere, os le enviaré.* (Jn. 16, 5-7).

En la Ascensión recibe también Xto., junto con el triunfo de rey, el poder judicial de juzgar a vivos y muertos. Poder judicial que consiste en salvación para los que creen en él y en condenación para los que libremente rechazan la salvación que se les ofrece. (Cfr. Act. 10, 42-43);

Jn. 3, 17-18. Jn. 3, 17-18: *Pues Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo sea salvo por El. El que cree en El no es juzgado; el que no cree, ya está juzgado, porque no creyó en el nombre del* II Cor. 2, 15-16. *Unigénito Hijo de Dios.* (Jn. 3, 17-18); II Cor. 2, 15-16: *Porque somos para Dios penetrante olor de Cristo, en los que se salvan y en los que se pierden; en éstos. olor de muerte; en aquéllos, olor de vida para vida. Y para esto, ¿Quién es suficiente?* (II. Cor. 2, 15-16).

IV. PENTECOSTES:

La misma elección de esta fiesta cristiana en la de Pentecostés judía es ya una esperanza. Señalemos algunos aspectos de la doctrina contenida en este hecho narrado en Act. 2.

1o. Paralelismo entre la bajada del Espíritu Santo para dar la vida a la Iglesia y en el Gen. Cap. 4 donde Dios sopla sobre el hombre para hacerle viviente.

2o. La universalidad de la Iglesia y de la redención, la unidad del género humano señalada en la comprensión de las lenguas en contraposición a la dispersión de la humanidad por la dificultad de las lenguas de Babel.

3o. La transformación que se opera en los apóstoles y que se realizará en la Iglesia, realizándose la profecía de Joel 3, 1-5 (sobre la difisión del Es- *Joel 3,*
píritu): "*Y sucederá en los últimos días, dice* *1-5.*
Dios, que derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, y vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños; y sobre mis siervos y sobre mis siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días y profetizarán. Y haré prodigios arriba en el cielo, y señales abajo en la tierra, sangre y fuego y nubes de humo. El sol se tornará en tinieblas y la luna en sangre, antes que llegue el día del Señor, grande y manifiesto. Y todo el que invocare el nombre del Señor se salvará" (Joel 3,1-5).

¿Cual es el sentido, significado, valor de este misterio?

Es el paso del plano de la realización de la redención, de la salvación llevada a cabo por Cristo, al de la aplicación, al de la comunicación, al de la universalización que se llevará a cabo en la Iglesia. La Pascua de Cristo cabeza se convierte en pascua de todo el cuerpo. Su sacrificio se vuelve fecundo y universal en Pentecostés. Para esto Xto. envía su Espíritu.

Este espíritu de la Trinidad que es el lazo viviente, de unión entre el Padre y el Hijo y que hizo que la humanidad de un hombre, Jesús, fuera la humanidad del Hijo de Dios, hace también de nosotros hijos adoptivos de Dios divinizándonos.

¿Cómo? Uniéndonos a la humanidad de Cristo mediante la cual nos salva el Verbo, en la cual nos resucita el Padre y en la cual nos vivifica, diviniza el Espíritu.

¡LAUDETUR JESUS CHRISTUS!

BIBLIOGRAFIA EN LA BIBLIOTECA DEL INSTITUTO

A

—*ADAM KARL, El Cristo de nuestra fe. Barcelona, Herder 1962, pp. 456.

—* Jesucristo. Barcelona, Herder 1964, pp. 304.

—*ALFARO JUAN, Cristología y Antropología. Temas actuales cristológicos. Madrid, Ed. Cristiandad 1973.

— AMATO A., La rissurretione di Gesù nella teologia contemporanea, en Salesianum 43 (1981) 317-332.

—*AMATO ANGELO, S.D.B. (A cura di), Problemi attuali di Cristologia. Conferenza della Facoltá Teologica Salesiana 1974-1975. Roma, LAS, 1975.

— AMATO ANGELO, S.D.B. Gesù il Signore, Bologna, EDB 1988.

— AUTORES VARIOS, De Christo. Praelectionum selectio. Augustae Taurinorum 1962-1963. pp. 617, (Pro manuscripto).

—* Gesù Cristo. .. en Enciclopedia Cattolica VI col. 223-286.

—* Gesù Cristo, en Enciclopedia della Bibbia 3, col. 896-982.

—* Gesù Cristo, en Enciclopedia delle religioni 3, col. 1-149.

—* Jésus. . . en Dictionnaire de Spiritualité, VII, col. 1065-1150.

—* Jesus Christus, en Lexikon für Theologie und Kirche 5, col. 922-964.

A—*AUTORES VARIOS Jesus Christ. . . en New Catholic Encyclopedia 7, pág. 909-971.

—* Jesucristo, en G E R, 13, pág. 416-464.

—* Jesucristo. . . en Iniciación Teológica III, pág. 17-18, Barcelona, Herder 1961.

—* Jesucristo, en Sacramentum Mundi 4, col. 12-77.

—* Jesucristo, Jesús etc. . . . en Enciclopedia de la Biblia IV, col. 451-549.

—* Mysterium Salutis, Vol. III (Tomos I y II). Madrid, Ediciones Cristiandad, 1971.

—*ANDRONIKOF C. IL senso della Pascua nella Liturgia bizantina, 2 voll., Torino - Leumann, LDC 1986.

B— BARTMANN BERNARDO, Manuale di Teologia Dogmatica, II, 5-155.

— BAULES ROBERT, L'insondable richesse du Christ. Etudes des themes de l'Epitre aux Ephesiens. París, Du Cerf 1971, pp. 170.

— BERTETTO DOMENICO, S.D.B., Gesù Redentore. Cristología, Firenze, Ed. Fiorentina 1962, pp. 774.

—*BONNEFOY GIOVANNI FRANCESCO, O.F.M., Il primato di Cristo nella Teologia contemporanea, en Problemi e Orientamenti di Teologia Dogmatica, II p. 123-236.

— BONNET GERARD, Jésus ha resucitado. Barcelona, Herder 1971, pp. 173.

— BOURGY PAUL, O.P., Theologie et spiritualité de l'Incarnation. Bruxelles, La Pensée catholique 1960.

— BÜIL NICOLAS, S.J., La divinidad de Nuestro Señor Jesucristo. Montevideo, Mosca 1941, pp. 157.

— CABA J., Resucitó Cristo, mi esperanza. Estudio exegético, Madrid, BAC 1986.

– CABODEVILLA, J.M., Oraciones cotidianas, Lecturas especiales. "Hecce Homo". Salamanca, Sígueme 1962, (Col. Hinneni 6). C

–*CERFAUX L., Jesucristo en San Pablo. Pamplona, Desclée 1963, pp. 454.

–*Christus, Enciclopedia popular de la Doctrina Cristológica. 2 Vols. Madrid, Escelicer 1962.

– CORDOVANI MARIANO, O.P., IL Salvatore. Roma, Studium 1946, pp. 574.

– Cristo nel mondo. . . . Milano, Grafprint, 1963, pp. 350.

–*CULLMANN OSCAR, Christologie du Nouveau Testament. Délachaux et Niestlé 1955, pp. 287.

– Cristo y el tiempo. Barcelona, Estela 1968, pp. XXXVI-23.

–*CHOPIN C., El Verbo encarnado y redentor. Barcelona, Herder 1969, pp. 279. (Col. El Misterio Cristiano). CH

– DIDON P., La fe en la divinidad de Jesucristo. Guatemala, Guillermo Herrero 1984, pp. 193. D

– DUPUIS J., Jesus Christ at the Encounter of World Religions, New York, Orbis Books 1991.

–*DUQUOC CHRISTIAN, Cristología, ensayo dogmático. Salamanca, Sígueme 1972.

–*Enciclopedia Cristologica. Alba, Paoline 1960, pp. XXIII-1245. E

– ERNST JOSEF, Anfange der Christologie. Stuttgart 1972, pp. 173.

–*FEUILLET, A., Chirstologie paulinienne et tradition biblique, París, Desclée 1972, pp. 263. F

–*FOERSTER, W., Iesus, en Grande Lessico del Nuovo Testamento, (Kittel) IV, col. 909-934.

G – GALOT JEAN, Appunti sul Verbo Incarnato pp. 117. (Manuscrito).

–* Hacia una nueva cristología. Bilbao, Mensajero 1972.

– ¿Una Nueva Cristología? Roma, Apes 1970, pp. 44.

– GESCHE ADOLPHE, La Chistologie du "Commentaire sur les Psaumes" découvert a Toura. Gembloux, Duculot 1962, pp. XXXI-448.

– GONZALEZ DEL VALLE, JOSE IGNACIO, La humanidad nueva. Ensayo de Cristología. Razón y Fe 1974. (Vol. I y II).

– GONZALEZ GIL, Cristo el Misterio de Dios. Madrid, B.A.C. 1972.

–*GRANDMAISON LEONCE DE, Jésus Christ, en D.A.F.C. II. col. 1288-1538.

–*GRANT F. C., Jesus Christ, en The Interpreters Dictionary of the Bible, 2, pág. 869-897.

–*GRILLMEIER, A., Christologie, en Lexikon für Theologie und Kirche 2, col. 1156-1166.

– Cristología, en Sacramentum Mundi 2, col. 59-73.

– GUERRA SANTIAGO, Esquemas de Cristología (Litografiado).

– GUERRY EMILE, In the whole Christ. N. York, Saint Paul Publication 1964, pp. 351.

H – HAMMAN ADALBERT, Cristo, ayer y hoy. Salamanca, Secretariado Trinitario 1974.

— HENGEL MARTIN, El Hijo de Dios. El origen de la Cristología y la historia de la religión judeo-helenística. Salamanca, Sígueme 1978, pp. 131. H

— HUGON EDUARDO, Le Mystère de l'Incarnation. París, Pierre Téqui 1913.

— JEREMINAS JOACHIM, Les paroles inconnues de Jésus. París, Du Cerf 1970, pp. 132 (Lectio Divina 62). J

—* Jesus Christ... en The International Standard Bible Encyclopedia III, pág. 1624.

—* JÜNGEL EBERHARD, Paolo e Gesù. Alle origini della Cristologia. Brescia, Paideia 1978.

— KRIEG, R. A. Story-Shaped Christology: The Role of Narrative in Identifying Jesus Christ, N. York Paulist Press, 1988.

— KAYSER WALTER, Jesús el Cristo. Salamanca, Sígueme 1976. K

—* LAMARCHE PAUL, Christ vivant. Essai sur la Christologie du Nouveau Testament. París, Du Cerf 1966, pp. 181 (Col. Lectio Divina 43). L

— Cristo vivo. Ensayo sobre la Cristología del Nuevo Testamento. Salamanca, Sígueme 1968.

—* LECLERCQ, H., Jésus-Christ, en Dictionnaire d'Archéologie Chrétienne et de Liturgie VII (2) 2393-2468.

—* LEON - DUFOUR X., Risurrezione di Gesù e messaggio pasquale, Cinisello Balsamo, Paoline 1987.

—* LESETRE, H., Jésus - Christ,. . . en Dictionnaire de la Bible III (II) col. 1422 - 1517.

— LOHFINK G., L'ascensione di Gesù. Invenzione o esperienza? Brescia Queriniana, 1976.

– LONERGAN, B., De Verbo Incarnato ad usum auditorum. Romae, Gregoriana, 1961.

– MALONEY A. GEORGE, S.J., El Cristo cósmico. De San Pablo a Teilhard, Santander, Sal Terrae 1969, pp. 265. M

M– MARUVATHRAIL MATHEW J., S.D.B., The Hypostatic Union in Novatian, Madras, 1975. (Tesis Doctoral).

–*MASSABKI DOM CARLO, IL Cristo incontro di due amori, Torino, L.D.C. 1967, pp. 2079.

– MASURE L.,-BARDY, G.,-BRILLANT, M., Le Rédempteur. París, Bloud et Gay 1933, pp. 234.

–*MICHEL A., Jésus Christ. . . en D.T.C. VIII (I). Col. 1108-1414.

– MICHIELS ROBRECHT, Jésus-Christ, hier, aujourd'hui demain. París, Casterman 1971, pp. 169.

– MIDALI MARIO, Corpus Christi Mysticum. Roma, Gregoriana 1962, pp.239.

– MOLTMANN JÜRGEN, El Dios Crucificado. La cruz de Cristo como base crítica de toda teología cristiana. Salamanca, Sígueme 1975.

– MOONEY, F. CHRISTOPER, Teilhard de Chardin y el Misterio de Cristo, Salamanca, Sígueme 1967, pp. 295.

– MUSSNER FRANZ, La Resurrección de Jesús. Santander, Sal Terrae 1971, pp. 123.

O–*OGGIONI GIULIO, IL mistero della redenzione, en Problemi e Orientamenti di Teologia Dogmatica, II, pp. 237-344.

—*ORBE ANTONIO, S.J. Cristología gnóstica. Introducción a la soteriología de los siglos II y III. Madrid, BAC, 1976.

—*OTT LUDWIG, Manual de Teología Dogmática. Barcelona, Herder 1960, pp. 209-307.

— O'COLLINS, G., Interpreting Jesus, London, G. Chapman 1983.

— PERKINS P., Ressurrection. New Testament Witness and Contemporary Reflection, London, G. Chapman 1984.

— PANNENGERG, WOLFHART, Fundamentos de Cristología. Salamanca, Sígueme 1974, pp. 511. **P**

—*PARENTE PIETRO, La Psicologia di Cristo, en Problemi e Orientamenti di Teologia Dogmatica, II, pp. 345-372.

—*PERRET J., Gesù è davoero risorto? Una ricerca storica, Torino, SEI 1986.

—*PRAT F., S.J., La Teologia di San Paolo, 2 vols. (varios capítulos). Torino, SEI, 1941.

—*RAHNER KARL - THÜSING WILHELM, Cristología. Estudio Teológico y exegético. Madrid, Ediciones Cristiandad 1975, pp. 309. **R**

— RUBIO MORAN LUIS, El Misterio de Cristo en la Historia de la Salvación, Salamanca, Sígueme 1968, pp. 493.

— RUNIA KLAAS, The present - day Christological debate, Leicester, Inter - Varsity Press 1984.

— SANTO TOMAS DE AQUINO, Le Verbe Incarné. París, Desclée 1927, pp. 316. **S**

–*SCHMAUS MICHAEL, Teología Dogmática, III. Dios Redentor. Madrid, Rialp 1959, pp. 503.

– SCHULTE RAPHAEL, O.S.B. Jesus Christus filius Dei, filius hominis, salvator et dominus generis humani. Romae 1967 - 68 (Manuscripti).

–*SEGALLA GIUSEPPE (y otros), IL problema cristologico oggi. Assisi, Citadella Editrice 1973, pp. 270.

– XVI Semana Española de Teología. . . Algunos Problemas Cristológicos, Madrid, Aldecoa 1954, Tomo 13.

– XXVI Semana Española de Teología. . . El sacerdocio de Cristo y los diversos grados de participación en la Iglesia. Burgos, Aldecoa 1969, pp. 588.

– SUAREZ FRANCISCUS, S.J., Disputationes in III Partem Divi Thomae. Moguntiae, Balthasari Lippii 1616.

T – TAYLOR VINCENT, La personne du Christ dans le Nouveaux Testament, París, Du Cerf 1969, pp. 306.

– THOMPSON, W. M., The Jesus Debate: A Surveyand Synthesis, New York, Paulist Press 1985.

– TURRADO, A., Cristología, en G E R, 6 pág. 715-719.

V –*VGTLE ANTON, Jesus Christ, en Sacramentum Verbi 2, pág. 419 - 437.

– VONIER ABAD, La personalidad de Cristo. San Sebastián, Dinor 1954.

W – WEIDNER FRANKLIN, Christology or the Doctrine of the Person of Christ. Chicago. Warthurg Publishing House.

LECTURAS SOBRE CRISTOLOGIA
(Para los Alumnos del Curso)

SECCION I:

ADAM KARL, "Jesucristo"
Barcelona, Herder (o Buenos Aires, Ed. Difusión), 1940.

ADAM KARL, "Cristo nuestro hermano"
Barcelona, Herder.

ADAM KARL, "El Cristo de nuestra fe"
Barcelona, Herder, 1962. pp. 456.

BOWMAN DAVID, S.J., "The World made flesh"
Englewood Cliffs, Prentice-Hall, Inc., 1963. pp. X-118.

CONGAR YVES, O.P., "Gesù, nostro Mediatore, nostro Signore".
Torino, Marietti, 1966, pp. 227.

GUARDINI ROMANO, "El Señor"
Madrid, Rialp 1965 - 6.

GUITTON JEAN, "El problema de Jesús"
Madrid, Ed. Fax 1960, pp. 334.

MANTAN-BONAMY, O.P. "Iniciación teológica"
Barcelona, Herder, 1961, vol. III pp. 5-190: Jesucristo

NUEVO CATECISMO PARA ADULTOS,
Versión íntegra del Catecismo Holandés.
Barcelona, Herder, 1969, pp. 71-194.

PRUCHE BENOIT, O.P., "Historia del hombre, misterio de Dios". (Teología para seglares).
Madrid, Guadarrama, 1963.
pp. 189-277: El misterio de Cristo.

RAHNER KARL, S.J., "Escritos de Teología"
Madrid, Edic. Taurus, 1961-64, vol. I pp. 169-222: Problemas actuales de Cristología; vol. IV pp. 139-214: Cristología; vol. V pp. 181-246: Cristología.

SCHEEBEN, M. J., "Los Misterios del cristianismo"
Barcelona, Herder, 1960, pp. 333-481: El misterio del Hombre-Dios y de su economía.

SCHMAUS MICHAEL, "Teología dogmática". III: Dios Redentor.
Madrid, Rialp, 1962, pp. 514.

SECCION II:

CERFAUX, L., "Jesucristo en San Pablo"
Bilbao, Desclée, 1963. pp. 454.

CULMAN OSCAR, "Christologie du Nouveau Testament"
París, Neuchätel, Ed. Delachaux et Niestlé, 1958. pp. 300.

PRAT F., "La Teología di S. Paolo"
Torino, SEI, vol. II. 1958, pp. 107-229: La persona del Redentore. L'opera della redenzione; vol. I pp. 273-291; 357-374: Preminenza del Cristo; Il Cristo mediatore.

LANE DERMON A., Christ at the Center,
New York, Paulist Press 1991.

LAMARCHE PAUL, "Christ vivant". Essai sur la Christologie du Nouveau Testament. París, Cerf, 1966, pp. 181. (Col. Lectio Divina).

GUARDINI ROMANO, "Imagen de Jesús el Cristo en el Nuevo Testamento".
Madrid, Edic. Guadarrama, 1960, pp. 138.

TAYLOR VINCENT, "La personne du Christ dans le Nouveau Testament"
París, Ed. du Cerf., 1969, pp. 306.
(Col. Lectio Divina, número 57).

VANHOYE ALBERT, "Situation du Christ
(epitre aux hébreux 1 et 2).
París, Cerf., 1969, pp. 403.

BONSIRVEN GIUSEPPE, "Il vangelo di Paolo"
Roma, Edizioni Paoline, 1963, pp. 546.

SECCION III:

AUBRY GIUSEPPE, "I misteri di Gesù Salvatore"
Milano, Editrice Ancora, 1962, pp. 374.

BUYSE PABLO, "Jesús ante la crítica"
Barcelona, E.L.E. (sin fecha), pp. 496.

CECCHELLI CARLO, "Mistero del Cristo".
Roma, Editrice Nicola Ruffo, 1943, pp. XV-364

CHOPIN C., "El Verbo Encarnado y Redentor"
Barcelona, Herder, 1969, pp. 279.

CULLMAN OSCAR, "Christ et le temps"
Neuchätel-París, Delachaux et Niestlé, 1966, pp. XVI-182.

DEL PARAMO SEVERINO, S.J., "La persona de Jesús ante la crítica liberal protestante y racionalista"
Santander, 1956, pp. 202.

DEWAILLY L. M., O.P., "Jésús-Christ Parole de Dieu"
París, Ed. Cerf., 1969, pp. 202.

DUQUOC CHRISTIAN, "Cristología" Ensayo dogmático. I.
El hombre Jesús.
Salamanca, Ed. Sígueme, 1969, pp. 451.

DUNN, J. Christology in the Making: A N.T. Enquire into the Origins of the Doctrine of the Incarnation,
London, SCM Press 1980.

DURWELL, "La resurrección de Jesucristo misterio de salvación"
Barcelona, Herder.

GALTIER PAUL., S.J., "L'unité du Christ. Etre. . .personne. . . conscience"
París, Beauchesne, 1939, pp. XX-378.

GRASSO DOMENICO, "El problema de Cristo"
México, Ediciones Paulinas, 1968, pp. 5-138.

GUARDINI ROMANO, "Jesucristo" (Palabras espirituales).
Madrid, Ed. Cristiandad, 1965, pp. 138.

GUARDINI ROMANO, "Realidad humana del Señor".
Aportación a una psicología de Jesús.
Madrid, Guadarrama, 1966, pp. 219.

MAZZONI GIUSEPPE, "L'uomo - Dio".
Milano, Vita e Pensiero, 1934, pp. XI-429.

NEIRA ENRIQUE, S.J. "Una lógica del problema de Jesús"
Madrid, Razón y Fe, 1963, pp. 268.

NEIRA ENRIQUE, S.J., " Cristo nuestro centro"
Cali, Edit. Norma, pp. 329.

MARMION COLUMBA, "Jesucristo vida del alma"
Barcelona, E.L.E., 1948, pp.

PINARD DE LA BOULLAYE, S.J., "Jesús, Hijo de Dios", pp. 196; "Jesús Redentor", pp. 231; "Jesús Profeta y Taumaturgo", pp. 212; "Jesús, luz del mundo", pp. 224 "La persona de Jesús", pp. 196.
Madrid, Razón y Fe, 1941.

RAMSEY MICHAEL A., "La resurrection du Christ".
Essai de Théologie biblique.
Tournai, Casterman, 1968, pp. 145.

SCHMAUS MICHAEL, "Cristo prototipo dell'uomo"
Torino, Editrice Borla, 1964, pp. 112.

SCHUTZ ANTONIO, Sch. P., "Cristo"
Barcelona, Edit. L. Gili, 1944, pp. 229.

SEMAINE DES INTELLECTUELS CATHOLIQUES 1968,
"¿Qui est Jésus-Christ?"
París, Desclée de Brouwer, 1968, pp. 257.

SIMON JESUS, "El hombre-Dios" Valoración de la persona y
hechos de Jesucristo ante la razón y la historia".
Barcelona, E.L.R., 1949, pp. 368.

SURGY, GRELOT, CARREZ, ETC., "La resurrection du Christ et
l'éxégèse moderne"
París, Ed. du Cerf., 1969, pp. 191 (Col. Lectio Divina, número 50).

VARIOS, "De Christo. Praelectionum selectio"
Augustae-Taurinorum, E. Gili, 1963, pp. 616.

COOLECCIONES DEL INSTITUTO TEOLOGICO SALESIANO DE GUATEMALA

COLECCION HISTORICA

1. PAHULA, Estudio Histórico-Pastoral de San Cristóbal Totonicapán. Bruno Renato Frison, O.F.M. (agotado).

2. LA UNION DE LAS IGLESIAS. Balance y Perspectiva. Cardenal Antonio María Javierre, S.D.B.

3. LA IDENTIDAD SALESIANA. Para un estudio metódico del Capítulo General Especial Salesiaño (XX). José Aubry, S.D.B.

4. GOBERNACION ESPIRITUAL DE INDIAS. Código Ovandino. Angel Martín González, S.D.B.

5. ORIGEN DE LAS MISIONES SALESIANAS. La evangelización de las gentes según el pensamiento de San Juan Bosco. Angel Martín González, S.D.B.

6. TRECE ESCRITOS INEDITOS DE SAN JUAN BOSCO AL CONSUL ARGENTINO J. B. GAZZOLO. Angel Martín González, S.D.B.

7. LAS IGLESIAS EVANGELICAS DE GUATEMALA. Luis Corral Prieto, S.D.B.

8. COMENTARIOS AL DOCUMENTO DE PUEBLA. Autores varios.

9. MARXISMO Y CRISTIANISMO. Angel Roncero Marcos, S.D.B.

10. LOS SALESIANOS EN GUATEMALA, 1929 - 1987. José Atilano Rivera, S.D.B.

COLECCION CATEQUESIS BIBLICA

1. EL EVANGELIO DEL AÑO 2000. The gospel for the year 2000. Lorenzo Gagnon. (Sólo en inglés, agotado en español).

2. UN HOMBRE QUE SABE ESCOGER. Evangelio Según San Marcos, vol. I, Mario Galizzi, S.D.B.

3. VOSOTROS LO HABEIS MATADO. Evangelio según San Marcos, vol. II, Mario Galizzi, S.D.B.

4. UN GRITO DE LIBERTAD. Carta a los Romanos, vol. I, Mario Galizzi, S.D.B.

5. LA HISTORIA TIENE UN SENTIDO. Carta a los Romanos, vol. II. Mario Galizzi, S.D.B.

6. HACIA JESUS. Catecismo para niños.

7. GUIA DE CURSILLOS BIBLICOS. Ignacio Vegas, O.F.M. Cap.

8. FLORES DEL ROSARIO EN LA BIBLIA. Fernando Bogantes, S.D.B.

9. PERSONAJES DEL ANTIGUO TESTAMENTO. Hugo Estrada, S.D.B.

10. EL ESPIRITU SANTO en La Biblia y en nuestra vida, Hugo Estrada, S.D.B.

COLECCION VIDA ESPIRITUAL

1. BAUTIZADOS EN EL ESPIRITU. José María Delgado, O. de M. (agotado).

2. CRISTO PALABRA Y PALABRA DE CRISTO. Ejercicios espirituales a religiosas en torno a la Palabra. Card. Antonio María Javierre, S.D.B.

3. LA FE. Cardenal Gabriel María Garrone.

4. DIOS ES AMOR. Por el Camino de la Cruz, Fermín María García, O.F.M.

5. RENOVAR NUESTRA VIDA SALESIANA. Conferencias de espiritualidad. José Aubry, S.D.B.

6. LLEGAR A DIOS. La oración. Cardenal Gabriel María Garrone.

7. ESCRITOS ESPIRITUALES DE SAN JUAN BOSCO. José Aubry, S.D.B.

8. LOS DIEZ MANDAMIENTOS. Hugo Estrada, S.D.B.

9. LOS SACRAMENTOS. Hugo Estrada, S.D.B.

10. MEDITACIONES BIBLICAS. Hugo Estrada, S.D.B.

11. REFLEXIONES EVANGELICAS Hugo Estrada, S.D.B.

12. REZAR NO ES NADA FACIL. Hugo Estrada, S.D.B.

COLECCION TEOLOGIA Y VIDA

1. PARA VOSOTROS, ¿QUIEN SOY YO? Cardenal Gabriel María Garrone.

2. LA EUCARISTIA SALVAGUARDIA DE LA FE.
Cardenal Gabriel María Garrone.

3. LA CONCEPCION DE LA SALVACION Y SUS PRESUPUESTOS EN MARIE DOMINIQUE CHENU. Luis Antonio Gallo, S.D.B.

4. EL SACERDOTE. Cardenal Gabriel María Garrone.

5. MENSAJES A CENTROAMERICA (2-9 de marzo de 1983).
Juan Pablo II.

6. LA DOCTRINA CATOLICA SOBRE LA VIRGEN MARIA.
Mons. Francisco Javier Lozano.

7. LA RENOVACION EN EL ESPIRITU SANTO.
Salvador Carrillo Alday, M. Sp. S.

8. EN QUE CREEMOS LOS CATOLICOS. Hugo Estrada, S.D.B.

9. CRISTO IGLESIA Y SACRAMENTOS. Santiago Anitua, S.J.

10. CONTRA LOS HEREJES. Una Respuesta a las Sectas Modernas.
Tertuliano.

11. INTRODUCCION A LA CRISTOLOGIA. Angel Roncero Marcos, S.D.B.

COLECCION LITURGIA Y PASTORAL

1. ALABEMOS AL SEÑOR, I.

2. ALABEMOS AL SEÑOR, II.

3. ALABEMOS AL SEÑOR, III.

4. CANTOS Y ORACIONES PARA RETIROS.

5. CUANDO VENGAS CON TU REINO. Oscar Julio Vian, S.D.B.

6. LECTURA BIBLICA DIARIA PARA LA FAMILIA CRISTIANA. Ciclo B, Año Par.

7. CANTOS Y ALABADOS DE GUATEMALA.

8. CANTARE PARA TI. DON BOSCO '88.

COLECCION PEDAGOGIA CRISTIANA

1. EL SISTEMA EDUCATIVO DE DON BOSCO. Pietro Braido, S.D.B.

2. METODOLOGIA. Normas para la Técnica del Trabajo Científico. Rafael Farina, S.D.B.

3. LA EDUCACION UNIVERSITARIA CATOLICA, I. Cardenal Antonio María Javierre, S.D.B.

4. LA EDUCACION UNIVERSITARIA CATOLICA, II. Cardenal Antonio María Javierre, S.D.B.



ANGEL RONCERO MARCOS, Sacerdote Salesiano. Nacido en España. Nacionalizado de Guatemala. En 1950 se traslada a la Provincia Salesiana de Centro América (San Salvador). Doctorado en Teología Ecuménica por la Universidad Pontificia Salesiana en Italia, regresa en 1964 a Centro América desarrollando por 25 años su actividad docente y administrativa en el Instituto Teológico Salesiano de Guatemala.

Fundador con la Universidad Francisco Marroquin de la Facultad de Teología y de las carreras universitarias de Pedagogía, Historia Civil y Ciencias de la Comunicación Social, en Guatemala.

Fundador y Director de la Revista Estudios Teológicos, de la Sociedad Bíblica Católica Nacional, de la Academia Arquidiocesana de Catequesis, de la Parroquia Personal para la Juventud y Parroquia Universitaria en el Santuario a María Auxiliadora, de las Colecciones de Historia, Catequesis Bíblica, Vida Espiritual, Teologia y Vida, Pedagogia Cristiana, Liturgia y Pastoral.

En 1982 inicia y promueve la fundación de la Universidad Don Bosco en San Salvador.

En 1988 funda con la Universidad Francisco Marroquín la Escuela Superior de Economia y Administración de Empresas en San Salvador y la Universidad Francisco Marroquin le otorga el Doctorado Honorífico en Ciencias Sociales.

Autor de numerosos artículos sobre la filosofía de la libertad y el desarrollo social, en periódicos de Guatemala y de El Salvador, es periodista de la Cámara Guatemalteca de Periodismo.

Entre sus publicaciones destacan las siguientes:

EL EPISCOPADO PROBLEMA CRUCIAL DEL ECU
UNIDAD Y EPISCOPADO EN EL ANGLICAN
UNIDAD Y EPISCOPADO EN EL LUTERAN
UNIDAD Y EPISCOPADO EN LA IGLESIA UNIDA D
LA SALVEZA NELLA RELIGIONE DI ISIDE ED
INTRODUCCION A LA CRISTOLOGIA.
MARXISMO Y CRISTIANISMO.
ECONOMIA POLITICA Y FILOSOFIA SOCIAL.
HISTORIA Y FILOSOFIA DE LA SOCIEDAD LIBRE (en colaboración).